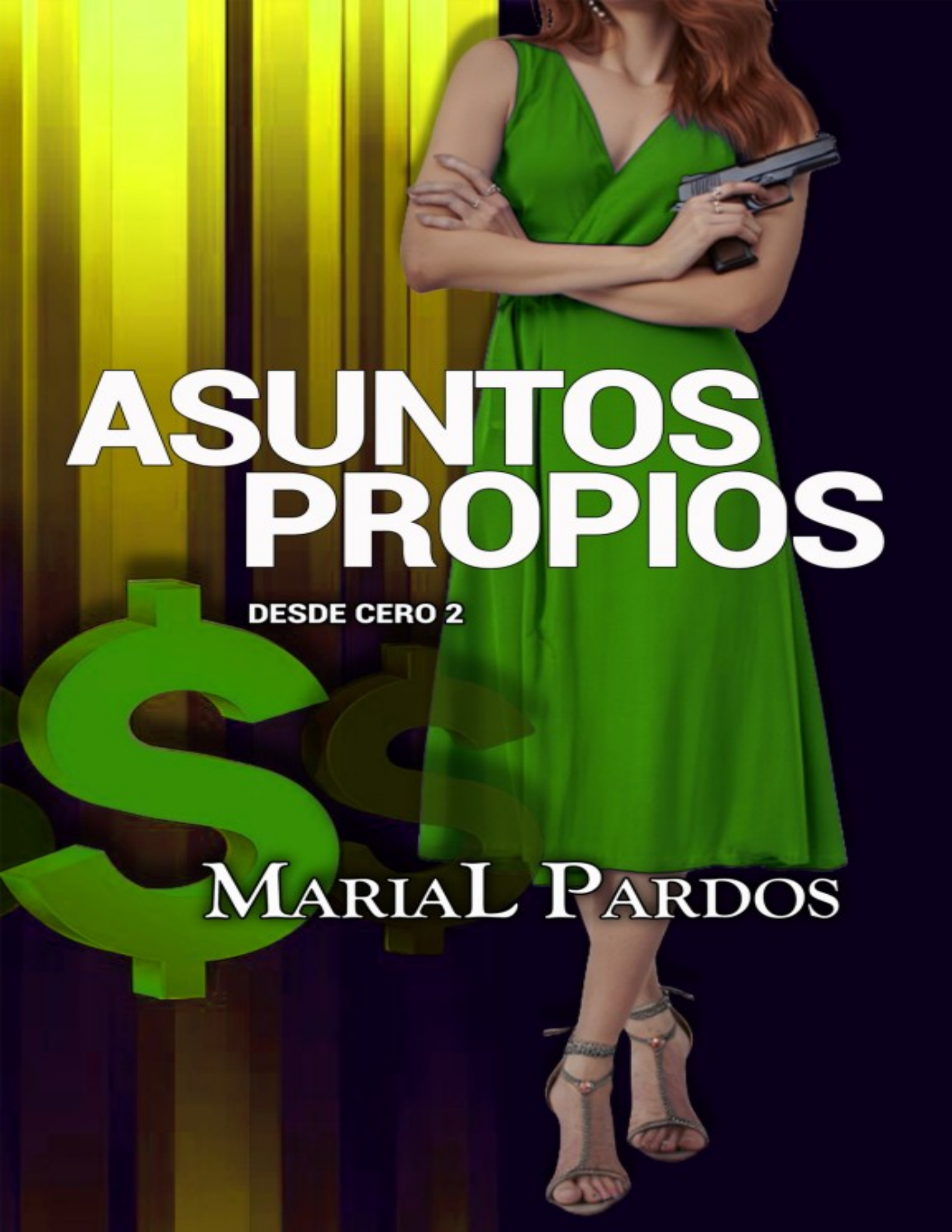

ASUNTOS PROPIOS
DESDE CERO 2
MARIAL PARDOS

ASUNTOS PROPIOS

Desde cero 2

MariaL Pardos

Derechos de autor © 2025 MariaL Pardos

Asuntos propios (desde cero 2)
©MariaL Pardos 2025 Todos los derechos reservados.
ASIN:
Sello: Independently published
Foto portada: StockSnap (Pixabay)

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

La lealtad es un concepto curioso: todos la exigen, pero cuando nadie está mirando, pocos la practican.
Sed leales el uno con el otro, Aisha y Pepe, el futuro os compensará.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Asuntos propios
1. Por cosas del destino
2. Preparando el equipaje
3. Elige una ventana, te largas
4. Malas vibraciones
5. Vuelta a casa
6. cuatro
7. Solo di sí
8. Un cappuccino y mucho amor
9. El aire de Marsella
10. Coto de caza
11. Preparativos
11. Primera y última vez
12. Veneno en el alma
13. Pólvora y sal
14. Perspectivas
16. Una barbacoa y una promesa
17. Curiosidad

18. Tacones y casinos
19. Tiro seguro
20. Indiscreciones
21. Armas y adrenalina
22. Socios problemáticos
23. Forzar la maquinaria
24. Valoración
25. Querer y poder
26. Defensa propia
27. Mónaco
28. Regreso al hogar
29. Nadie queda atrás
30. Ambición
31. Sin miramientos
32. Al margen
33. Una de cal y otra de arena
34. En la clandestinidad
35. Heridas por omisión
36. Señales de vida
37. Lección de escapismo
38. Baño nocturno
39. Malas noticias
40. puerta trasera
41. Sobornos honorables
42. Sobre la mesa
43. Un cielo sin estrellas
44. Conversaciones aplazadas
45. El karma y sus cosas
46. Indiscreción y ambición

47. Rasgos inolvidables
48. Quien roba a un ladrón…
49. Cazador furtivo
50. Asuntos personales
Agradecimientos
Acerca de la autora
Novelas de la autora
Página de autor Amazon

ASUNTOS PROPIOS

El hombre de porte elegante traspasó la puerta principal del banco, mirando al frente, con el rostro inexpresivo y la falta de curiosidad propia de los que acostumbran a frecuentar instituciones semejantes a diario.

Se trataba de una sucursal del banco suizo más grande del mundo y el hombre se encontraba en su oficina de Ginebra, dedicada en exclusiva a clientes estadounidenses. Con la magnificencia que caracterizaba a la banca suiza, la puerta de acceso se encontraba integrada en el entorno de edificios centenarios, aunque, una vez traspasada, el cristal y el cromo predominaban en el amplio espacio. Decenas de trabajadores atendían a clientes «de a pie», después de que los seis recepcionistas, situados a ambos lados de la entrada, los dirigieran a uno u otro lado, dependiendo de sus necesidades.

—Patrick Majors —dijo el recién llegado, al empleado que se acercó para atenderle, solícito.

—¿Sería tan amable de seguirme? —pidió el recepcionista, tras consultar su Tablet.

Además de una cuidada apariencia, la exquisita educación era otro de los requisitos que se exigía a los empleados. La gran mayoría de clientes del gigante bancario poseían *jet* propio y, por tanto, fortunas considerables que mimar. Era bien sabido que el dinero constituía un imán para el dinero, sin importar su procedencia.

Nada más empezar a caminar tras el empleado, percibió el pequeño revuelo organizado en la puerta de la sala de seguridad. Varias personas hablaban con voz contenida, señalando hacia lo alto,

a las cámaras de seguridad, cuyos pilotos rojos se encontraban apagados.

El recién llegado simuló mirar la hora, consultando, en realidad su cronómetro, sincronizado con otro, a miles de kilómetros de allí. La cuenta atrás se había iniciado cuando puso el pie en la puerta y se detendría a su salida de la oficina.

El despacho al que le condujo el recepcionista tenía las dimensiones de un apartamento, con varios ambientes diferenciados entre sí por la coordinación de telas, maderas y alfombras. De hecho, la mesa de trabajo de su ocupante, tallada en caoba y presidida por un sillón de cuero blanco, parecía un añadido sin importancia, como si se considerase lógico que las operaciones se llevasen a cabo en cualquier otro rincón de la estancia, de forma más distendida.

Un individuo de poca estatura, que suplía con una gran confianza en sí mismo, como demostraba su forma de moverse, se adelantó con ambas manos por delante, dando a entender que estaba tan complacido con su visita que estrechar una de sus manos no era suficiente.

—¡Señor Majors!

La reunión duró apenas media hora, aunque al hombre le hubiese bastado con la mitad. Tenía lo que quería y estaba deseando quitarse las lentes de contacto.

Seguía siendo un reto técnico convertir unos ojos oscuros en otros claros; exigía un ajuste en la forma de observar el entorno, manteniendo la vista alineada al frente. Al visitante le bastó esa media hora para sentir un ligero dolor de cabeza, que se le pasó al subir al coche, conducido por su compañero, y deshacerse de ellas.

—¿Lo tienes? —preguntó a través del teléfono.

—Todo perfecto —contestó Liv—. Cualquiera que lo vea, sabrá que es Majors, entrando en la sucursal. La posterior caída del sistema de seguridad la achacarán a una avería.

Él le proporcionó las claves necesarias y la mujer le dijo que vaciaría la cuenta cuando llegase el momento.

—Y tranquilo, modificaremos la fecha de grabación. Ni siquiera el FBI podría detectar la alteración.

—El FBI nunca se enterará, solo los interesados.

—Por si acaso —dijo ella—. Hemos llegado muy lejos para fastidiarla por dejar asuntos al azar.

1. POR COSAS DEL DESTINO

El jefe de la unidad 1 de logística, estaba más preocupado de lo que dejó traslucir en su conversación con un viejo amigo al que le pidió un favor, y no por primera vez, aprovechando que McPherson lo había llamado a él.

Lavick y Vic McPherson sirvieron juntos durante varios años. Se hicieron inseparables al comienzo de su incorporación a filas, ya que los dos tenían un objetivo y ganas de trabajar duro para lograrlo. Al término de sus estudios y, cuando hubieran satisfecho la totalidad de los créditos universitarios, fáciles de conseguir para los que pertenecían a cualquier rama del ámbito militar, dejarían el ejército.

Se trataba de una práctica extendida entre los jóvenes con familias sin recursos y con ganas de labrarse un futuro, que beneficiaba a ambas partes. Para el ejército era una fuente casi inagotable de personal en tiempos en los que nadie quería jugarse la vida, a cambio de un sueldo no excesivamente alto para el riesgo que corrían.

—Entiendo el problema, pero ahora no tengo a ninguna mujer de los equipos disponible —dijo McPherson al terminar de escuchar la petición de su amigo.

—Te lo agradezco igual, Vic.

—Espera… Estoy pensando… —exclamó el del FBI—. Quizá la mujer de la que quería hablarte esté interesada.

—¿Está preparada? No me sirve cualquiera, ya lo sabes.

—No tiene preparación como la vuestra, pero se maneja bien sobre el terreno y me parece que de mentir sabe un rato.

—No sé si preguntarte sobre eso…

—Si no preguntas, no tendré que mentirte yo.

Ambos rieron.

—No obstante, como te digo, tenía intención de hablarte de ella. Por motivos que no vienen al caso y que ya te contaré, descubrí su auténtico nombre…

—¿Y?

—Pues que es de los tuyos.

—Explícate, Vic, no estoy para jugar a las adivinanzas.

McPherson le contó lo que había averiguado, de forma indirecta, y una nueva preocupación cayó sobre los hombros del sargento mayor Lavick, bastante cargados de peso.

—¿Estás seguro de lo que dices? —le preguntó.

—Las huellas y el ADN no mienten, amigo.

—De acuerdo, a mi regreso tenemos que vernos y ver cómo afrontamos esto, porque no pienso hacerlo solo.

—Avísame cuando estéis de vuelta y me pasaré a saludar a tu preciosa esposa.

—¡Gracias por lo que me toca!

—Sabes que siempre me alegro de verte, pero añoro más el pollo cajún de Madie. Y podemos acompañarlo con alguna de tus cervezas bien fresca, mientras nos ponemos al día y decidimos sobre el tema que nos ocupa.

Lavick sabía que McPherson bromeaba, pero él seguía rumiando lo que acababa de contarle.

—¡Qué jodidamente pequeño es el mundo! —exclamó, sin terminar de reponerse de las novedades.

—El destino da muchas vueltas, aunque suele colocar las cosas en su sitio. A su debido tiempo.

—Espero que sea para bien. Consulta con ella si quiere probarse, usaremos las próximas dos o tres semanas para prepararla lo mejor posible. Y ya pensaré en lo otro.

—De acuerdo. Puede que no acepte, pero yo le pregunto y te digo algo cuanto antes.

Lavick se lo agradeció, colgó y volvió a sus reflexiones: llevaba una temporada pensando en disolver la unidad, antes de que los

pocos que quedaban terminaran en el calabozo por insubordinación o por algo peor. Últimamente, todo parecía haberse torcido. Demasiados accidentes y trabajo malogrado hacían suponer que el cuidado extremo recomendado a sus hombres, ya no bastaba. Se encontraban inmersos en una guerra que no habían buscado y que amenazaba con aniquilarlos.

Cuando salían de misión, valía casi todo para finalizarla con éxito. En cambio, en casa, las unidades seguían una ética propia a rajatabla, basada en el respeto mutuo. Podían congeniar mejor o peor, pero acataban las reglas de convivencia o se iban. No había amonestaciones ni recordatorios, solo un petate lleno junto a la taquilla del infractor.

Las cinco unidades que componían el Grupo de Estudios Logísticos, se movían al amparo del total anonimato. Sus huellas y ADN no constaban en base de datos alguna, y solo un puñado de personas debían saber de su existencia y ocupación real: el personal del centro de operaciones tácticas, cuyo cometido era prestarles apoyo a distancia, el mando responsable, el director y subdirector de la Agencia de Inteligencia de Defensa, el secretario de Defensa y el propio presidente.

La realidad, sin embargo, era que otras personas conocían su existencia, por motivos que tenían que ver más con el orgullo de los mandos que con su responsabilidad profesional. El sigilo de sus actuaciones, a raíz de esa brecha, debía duplicarse, porque su razón de ser era, precisamente, el anonimato.

Se encargaban de solucionar asuntos, habitualmente fuera del territorio nacional, en los que no debía verse comprometida ninguna otra agencia, ni por casualidad. Por eso el secretismo era más que deseable, era necesario. De ser capturados y descubrirse su filiación militar, el conflicto diplomático estaría servido, así que todos estaban preparados para salir de las peores situaciones por sus propios medios.

En el trabajo actual que preparaba la unidad de Lavick, demasiado mermada para su tranquilidad, la presencia de una mujer era un seguro extra: en zonas turísticas, las parejas pasaban desapercibidas mejor que los hombres solos. De ahí su petición a

McPherson porque la única mujer de su unidad, la sargento Emma Rayburn, estaba en África, buscando a su pareja, también miembro del equipo, desaparecido hacía un mes.

El teniente coronel Majors denegó la autorización a la unidad para buscarle, así que él envió a Emma, que hubiera ido de todas formas, aunque le hubiera costado un consejo de guerra. Y si Majors llegaba a sospechar que la sargento estaba en misión privada, el consejo de guerra se lo organizaría a Lavick, que lo daría por bien empleado. Sullivan, además del más veterano de sus hombres, era un buen amigo y, si le había ocurrido algo irreparable...

No habían transcurrido ni dos horas cuando McPherson lo llamó para decirle que podía contar con Cassandra Martin. Suspiró de alivio. Su papel debía ser simple, pero creíble, e intentaría mantenerla lejos del peligro. No deseaba más cargos de conciencia de los que tenía y los milagros no se repetían. Además, tenía curiosidad por conocerla.

—Y haz el favor de no ser demasiado exigente con ella. Aún no lo sabe, pero he llamado a algunas puertas y ya le han concedido el traslado a la división de Brooks. Quiero que empiecen con buen pie.

—Descuida, la cuidaremos. Y seguro que Mack Brooks le cae bien, es un tío simpático.

—Cuando hablé con él, me dijo que participaría también en esta misión… —dijo McPherson— . Siempre está dispuesto a apuntarse a lo que le pidas.

—¿Qué quieres que te diga? Le va la acción. No sé por qué se marchó al FBI si está deseando que lo reclame para sentir algo de emoción.

—Los federales estamos atados en corto, ya lo sabes —contestó McPherson—. Demasiada prensa en nuestro cogote, esperando que metamos la pata.

—Por eso creaste una división a tu medida.

—Por eso y porque me gusta mangonear a la gente sin tener que dar explicaciones de cada paso que damos o justificar cada bala disparada.

—Cualquier día, te pido trabajo —dijo Lavick.

—Pues espabila, que aquí nos jubilamos a los 58. Cuando quieras incorporarte, será hora de que nos jubilemos los dos.

La risa alegre de McPherson era contagiosa y Lavick salió de su oficina con el ánimo renovado. Hablar con su antiguo amigo tenía un efecto balsámico.

Al contrario que él, McPherson no cambió de opinión sobre dejar el ejército. Se marchó con su flamante título bajo el brazo, se casó, tuvo hijos y, en contra de todas las probabilidades, dejó el derecho para entrar en el FBI. No obstante, seguían hablando cada poco tiempo, y viéndose cuando podían.

Frank Keaton era el otro amigo íntimo del sargento mayor, al que las cosas no le habían ido tan bien como al federal. Lavick y él entraron con pocos meses de diferencia en las unidades especiales de logística y pronto se convirtieron en inseparables, trabajando mano a mano. Ellos permanecieron en el ejército, seducidos por la disciplina y el orden que encontraron, tan diferentes del ambiente familiar que conocían, donde imperaba el caos y la falta de respeto.

Keaton abandonó diez años más tarde, antes de ser licenciado con deshonor por varias faltas graves. Tras sufrir una herida, por la que casi pierde la vida, se enganchó a las drogas. Primero fue para mitigar el dolor, pero los analgésicos dejaron de surtir efecto y pasó a remedios menos legales, arrastrando a su esposa al oscuro mundo de las drogas, sin proponérselo. Ya no había dolor, pero sí una adicción con la que no supo lidiar.

Al cabo del tiempo, reapareció para pedir ayuda a Lavick para desintoxicarse. El sargento mayor buscó una asociación de veteranos, con un programa estricto de tres meses, y Keaton regresó para agradecérselo. Pero cuando volvía a por su familia, un nuevo accidente lo dejó en coma durante ocho meses y en silla de ruedas para el resto de su vida. Lo peor, sin embargo, es que despertó con la mente hecha añicos y tardó años en empezar a juntar el puzle de su memoria.

Cuando su amigo se recuperó lo suficiente para decirle dónde se encontraba su familia, Lavick acudió a buscarlos, para encontrarse con que se habían marchado hacía tiempo y nadie sabía su paradero. Durante su tiempo libre, indagaba, seguía pistas que

daban a callejones sin salida, pero gracias a la intervención de la jefa del centro de control de operaciones, consiguió localizarla. Tarde, sin embargo.

La recuperación de Keaton fue lenta y dolorosa, aunque cuando estuvo fuerte, Lavick no tuvo más remedio que contarle lo de su familia. Tenía derecho a saber que habían muerto y en qué circunstancias.

Keaton se encontraba sin familia, sin trabajo y sin propósito en la vida, hasta que su amigo le ofreció uno. Se reenganchó para ocuparse del mantenimiento de las armas que, en realidad, no necesitaban sus cuidados, puesto que cada hombre de la unidad era responsable de las suyas. Su verdadero trabajo sería gestionar las pensiones alternativas de las unidades, ajenas al control de la administración. El puesto, ocupado por otro veterano hasta su fallecimiento, había quedado vacante.

El teniente coronel Majors, que pensaba haberse librado de un elemento inútil cuando murió el anterior encargado, tuvo que ceder ante la presión de los jefes de sus unidades. Mantener ese puesto vigente era una deferencia para uno de los suyos en momentos de necesidad.

Gestionar y mover el dinero de las pensiones ocultas, requería de mucha habilidad, y Frank Keaton demostró que las drogas no habían hecho mella en su agudeza mental.

Durante una velada en casa de los Lavick, McPherson confesó que se aburría en el FBI: el exceso de burocracia restaba agilidad al trabajo. Ya no estaba en edad para entrar en los equipos especiales, pero tenía ideas para librarlos de las trabas administrativas, con las que tenían que lidiar a diario.

—¿Y por qué no propones una especie de unidades, como las de aquí? —intervino Keaton, que se había unido a la cena—. Un mando único, con una oficina legal que se encargue de los problemas administrativos de antemano, o que los esquive, llegado el caso.

—Oye, ¿sabes que suena bien? Vamos a darle una vuelta a eso… —asintió McPherson, animado de repente.

Al cabo de dos horas, tenían un buen esbozo.

—Necesitarás gente de confianza —dijo Lavick.

—Conozco a agentes que se apuntarían. Además, hay un muchacho con el ímpetu necesario para hacer frente al reto y sin los remilgos que se gasta la agencia.

—¿Y no trabaja contigo? —preguntó Lavick.

—Es cazarrecompensas —contestó McPherson.

—Pues hazle una propuesta que no pueda rechazar.

—Cuando haya conseguido el visto bueno de los de arriba, en caso de poder convencerlos.

Por cosas del azar, llegó el momento oportuno; el cazarrecompensas Josh Carter aceptó y se reunieron los cuatro. Ese fue el inicio del nuevo departamento que dirigía McPherson en el FBI, que lo llevó a conocer a Cassandra Martin y a proponerla para cubrir el hueco del equipo de Lavick.

El destino ponía las cosas en su lugar, solo que, a veces, necesitaba un empujoncito. El sargento mayor Lavick lo sabía muy bien, porque las unidades se dedicaban a eso.

2. PREPARANDO EL EQUIPAJE

Cass

Estuve a punto de rechazar la propuesta de Vic McPherson, pero alguna vez tenía que levantar la cabeza y exponerme. Llevaba años practicando para pasar inadvertida y lo estaba haciendo con tanta eficacia que empezaba a perder mi esencia, la que me había mantenido a salvo durante mucho tiempo.

Para conservar algo de mí, cedí al impulso. Total, no tenía nada que perder y tenía, en cambio, mucho que ganar. Mi colaboración con la unidad del ejército sería un secreto, pero se enterarían las personas adecuadas, las que podían colocarme en algún departamento interesante. En delitos económicos me aburría sobremanera y quería pasar a cualquiera que me permitiera investigar sobre el terreno.

—El agente que participará en lo de Europa, lleva tres años en el CID (División de investigaciones especiales) de San Francisco y seguro que te recomendará, igual que yo, pero… —me advirtió McPherson—. Pero no puedo asegurarte nada, depende de que haya una plaza que cubrir.

—Por mí, está bien. Gracias.

Y de verdad que pensaba hacerlo. De hecho, la conversación surgió el día previo a mi partida de Nueva York y la noche anterior tuve otra con mi jefe en San Francisco. La investigación por la que me trasladé a la ciudad se saldó con la imputación de varios personajes importantes de las finanzas neoyorkinas. En ese momento, la noticia estaba en los periódicos y mi reputación en el

FBI se encontraba en alza, así que no desaprovecharía la oportunidad.

Ese viaje, que empezó con pocas expectativas, se estaba convirtiendo en un cúmulo de novedades. Conocí a personas interesantes en Nueva York, con las que deseaba continuar en contacto, aunque cuando el tren traspasó la línea estatal me sentí más ligera, como si volviera a marcharme de la ciudad por primera vez. Quizá algún día pudiera sobrellevar la aversión que me causaba, pero no sería en un futuro cercano.

Por otro lado, me apetecía trabajar en Europa y con un equipo de profesionales, de los que podía aprender mucho. Lo único que frenaba mi entusiasmo era pensar que, siendo militares, mostrasen un exceso de formalidad. La gente demasiado estirada terminaba con mi paciencia.

La otra novedad consistía en vivir en una base del ejército durante el tiempo previo a salir hacia Europa.

Estaba claro que tenía ideas preconcebidas sobre los militares; por suerte, infundadas, según aprecié nada más conocer al sargento que acudió a recibirme a la estación.

—Hossen. —Me alargó la mano, esbozando una sonrisa simpática—. Supongo que eres Cassandra Martin.

—Cass —asentí—. ¿Hossen es nombre o apellido?

—De todo, así es más fácil.

Era un claro «no preguntes más de la cuenta», y al cabo de los días lo comprendí mejor: sus actividades eran encubiertas, hasta para sus propios vecinos y amigos de la base en la que trabajaban y vivían sus familias, si es que las tenían.

Hossen, sin uniforme, me precedió hasta un coche normal, sin distintivo alguno. A mí aquellos «sin» me hacían sentir más cómoda. Mi acompañante parecía un civil cualquiera, cuyo mayor atractivo, y tenía unos cuantos, eran unos enormes ojos verdes, que le daban un aire ausente, despistado. Pero no me engañaba: de inocente, nada. Al alargar la mano con la que me saludó, se fijó en el bulto de mi pistola en su arnés y, al cederme el paso, me rozó la cintura con la mano, como por accidente, para comprobar si llevaba otra arma.

Me superaba en altura por más de diez centímetros y en edad por menos de diez años. Reales, no los que constaban en mi documentación. Calculé que Hossen debía tener unos treinta y cinco, frente a mis veintisiete. En todo caso, lejos aún de los treinta y uno que figuraba en mi documentación.

En cuanto a la base, solo puedo decir que se encontraba a unos cien kilómetros de la capital y que, de no ser por el control de la entrada, guardada por varios militares armados, hubiese pasado por un barrio residencial.

Casas unifamiliares competían con edificios de dos y tres plantas, dedicados a oficinas o a apartamentos. Los jardines estaban cuidados y los niños llenaban con sus gritos y risas los parques y el campo de deportes.

Hossen alzó la mano para saludar a una mujer, con cuyo coche nos cruzamos en una de las calles más ancha. Ella pisó el freno y mi conductor la imitó, para quedar a la misma altura.

—¿Es la nueva?

—Eres una chismosa, Liv. Pásate luego y os presentaré en condiciones —dijo Hossen, riendo.

Ella le sacó la lengua y continuó su camino.

—Es la jefa del centro de operaciones —me explicó él, dejando atrás los edificios—. Y un cielo de persona, ya verás. Nos cuida cuando estamos fuera.

—¿A dónde vamos?

Habíamos tomado una carretera paralela al aeródromo, alejándonos de la parte habitada de la base.

—Almacenes y logística se encuentran más adelante, lejos del núcleo principal.

—¿Hay materiales peligrosos?

—¡Ni te lo imaginas! —contestó, risueño.

Nos detuvimos ante otro control, con la misma custodia que habíamos encontrado a la entrada de la base.

—¿Es una base dentro de la base?

—Algo por el estilo. Ya te irás enterando.

—Bueno, espero que no se alargue mi estancia, aunque he visto un cine, tiendas y un supermercado. A una mala…

Él chasqueó la lengua.

—Lo siento, careces de pase de seguridad, y sola no te dejarán traspasar el control. ¡Ni siquiera tendrías que estar aquí!

—¡Uf, ya me estoy empezando a agobiar!

—Créeme, no tendrás tiempo para aburrirte.

Esperaba que fuera una promesa.

Conté, al menos, diez almacenes parecidos a hangares, con varios edificios de oficinas diseminados aquí y allá.

—¡Esto es enorme!

—Necesitamos mucho espacio, ya lo verás.

Nos detuvimos delante del portón abierto de un almacén y Hossen tocó el claxon para llamar la atención de dos hombres que se encontraban dentro, inclinados sobre el mapa extendido en una mesa. Ellos levantaron la cabeza y acudieron a nuestro encuentro.

—El anciano es Lavick, el culpable de que estés aquí.

—Ya hablaremos luego sobre edades y experiencia, chaval —gruñó el aludido, tendiéndome la mano, y para nada molesto con el comentario—. Bienvenida, agente Martin, me han dado muy buenas referencias de ti.

El «anciano» ya no estrenaría la cincuentena, aunque cualquier veinteañero, adepto a los gimnasios, envidiaría su forma física; era alto, delgado y con un porte altivo, como si perteneciera a la aristocracia europea. Su espesa mata de cabello oscuro, entreverado de canas, reforzaba la idea, aunque sus ademanes suaves le hacían asemejarse más a un bailarín retirado, en mi opinión.

—Espero ser de utilidad, señor Lavick.

—Lavick, a secas.

Comprendía la dinámica. Solo apellidos, y seguro que estos no eran los auténticos. El hombre que me presentaron a continuación sí que usaba su nombre real, igual que yo, puesto que había oído hablar de él en las oficinas de San Francisco.

—Creo que te tengo vista por ahí —dijo Mack Brooks, guiñándome el ojo—. Ese pelo no pasa desapercibido.

—Algo a lo que tendremos que buscar solución —intervino Hossen—. Precisamente, conviene no llamar la atención. Pero ya lo abordaremos, hay tiempo.

—Enséñale su *suite* para que se vaya acomodando, Mack —indicó Lavick a Brooks—. Mientras, le mostraré a Hossen lo que estábamos mirando, a ver si se le ocurre alguna solución.

Brooks cogió mi maleta y me precedió al interior del almacén, dividido en varias áreas, bien diferenciadas unas de otras. Por algunas puertas abiertas, atisbé una galería de tiro, un tatami sobre el que colgaban cuerdas, y un rocódromo. En la zona más alejada del portón, se alzaban habitaciones prefabricadas iguales, sin numerar, y solo identificables por una pequeña tarjeta pegada a la puerta. Vi mi apellido en la que abrió mi acompañante.

—El ejército prefiere lo práctico a lo cómodo —explicó él—. Cama, armario y escritorio. La ducha común es la última puerta y la penúltima, la zona de baños. Todo aséptico y carente de personalidad, aunque es una suerte que ya no tengamos que dormir todos en el mismo espacio, como antes.

—¿Cuánto tiempo estuviste aquí?

—Cuatro años.

—¿Y por qué lo dejaste? —Retiré la pregunta con un gesto de las manos—. Disculpa, soy una entrometida.

Él sonrió. Tenía una bonita sonrisa en un rostro bastante agraciado, cubierto por una barba corta y espesa. No era un hombre guapo de los que llamaban la atención, pero tenía un atractivo innegable; en especial, el contraste de sus ojos claros con el cabello oscuro y rizado, que se retiraba cada cierto tiempo de la frente, con impaciencia.

—No me importa contestar. Necesitaba algo de calma en mi vida. Esta es de locos.

—Sin embargo, tengo entendido que te presentaste voluntario para este trabajo.

—No me importa echar una mano en la unidad cuando hace falta, y ahora hace mucha falta. Han sufrido varias bajas, Sully lleva desaparecido casi un mes y hay otra persona buscándole. Cada falta

es irremplazable porque todos tienen sus especialidades y una función fundamental.

—¿Puedo preguntar cuál era tu especialidad?

—Solo si me acompañas a comer algo. Llevo entrenando y sin probar bocado desde el desayuno.

La sala de reuniones hacía las veces de comedor. En una mesa alargada, adosada a la pared, había bandejas de comida preparada ese mismo día, traída desde la base, y fruta fresca. Dos frigoríficos, pegados uno a otro, contenían bebidas, más fruta, comida refrigerada y fiambre para preparar bocadillos.

—Esto es excesivo, ¿no? —dije—. Con esto bastaría para alimentar a un ejército.

—Pues este ejército es de tan solo seis personas, pero no subestimes lo que puede comer alguien que entrena como para tomar por asalto el Kremlin en solitario.

—Exagerado…

—Toma, empieza a coger fuerzas. —Me alargó un plato y él se sirvió comida en otro.

Nos sentamos a un extremo de la mesa para doce personas, en el espacio despejado de papeles y ordenadores.

—Me preguntabas por mi especialidad: me entrenaron como experto en explosivos. Artificiero, vaya.

Eso explicaba la cicatriz, parecida a la que dejaban las quemaduras por fuego, de su antebrazo izquierdo.

—No me estalló nada o me hubiera quedado manco —dijo, al percatarse de mi mirada de reojo—. Esto es lo que parece: me cayó encima una viga de madera ardiendo y coloqué el brazo para cubrirme la cabeza. Sully lleva el dibujo de la jodida viga en la espalda. Y tuvimos suerte.

—¿Sully es el que ha desaparecido?

—El mismo.

—Así que trabajasteis juntos.

—Y somos muy buenos amigos. De mi estancia en la unidad solo quedan Lavick y Sully, el resto se han retirado o…

O estaban muertos, completé en mi cabeza.

Eso me llevaba a pensar que quizá el trabajo para el que me necesitaban no estaba tan exento de peligro como había asegurado McPherson. Esa unidad no se dedicaba a repartir el rancho en comedores sociales.

Brooks pareció leerme el pensamiento.

—El trabajo de Marsella tendría que ser sencillo: seguir a una persona, localizar a otra y vuelta a casa.

—Haces que suene fácil, pero todo lo que he visto ahí fuera predispone a suponer lo contrario —comenté, señalando el resto del almacén con sus divisiones.

—Ya te lo he dicho: Lavick quiere a su gente preparada, sea para lo que sea. Lo mismo toca hacerse pasar por comerciante de diamantes en Amberes que meterse en el corazón de una zona en guerra.

—Exagerado… —repetí, menos convencida.

Mi titubeo le hizo sonreír de nuevo.

—Tranquila, creo que en tu caso, va a incidir en tu entrenamiento con Hossen, el más camaleónico, capaz de pasar desapercibido en cualquier lugar.

—Me alegro. Por un momento me he visto subiendo y bajando por la cuerda, y eso no lo hago desde la academia.

—Pues vas a tener que rememorar esos días. Ya te digo que Lavick no se conforma con unas sentadillas, así que prepárate para sudar y acabar la jornada rendida. No creas que te vas a pasar el día disfrazándote.

Resoplé, pero el que algo quiere… Y yo quería.

3. ELIGE UNA VENTANA, TE LARGAS

Un mes antes

—Ibas por mal camino y has llegado al final: elige una ventana, porque has perdido la oportunidad de largarte por la puerta con tu dignidad intacta —le dijo Emma al patoso, que llevaba más de una hora importunando a Liv.

Ambas se encontraban en un bar de la población cercana a la base, después de una intensa guardia en el centro de control de operaciones. Dirigir a las unidades desplegadas, exigía dedicación completa, que comenzaba cuando la unidad salía de la base y terminaba cuando se hallaban de vuelta.

Emma comenzó su andadura militar sin decidirse entre quedarse o probar algo nuevo. El ejército seguía siendo un feudo masculino, en el que no encontraba su lugar. Superó el entrenamiento con los grupos Delta, pero no admitían mujeres en sus filas; de hecho, pocas fuerzas especiales lo hacían.

Casi había desechado ese camino y se preparaba para manejar drones y tropas sobre el terreno, cuando la reclamaron para cubrir una vacante imprevista en el centro de control de las unidades del coronel Majors. Se entrevistó con el sargento mayor Lavick antes de rechazar la oferta. No le atraía lo más mínimo el seguimiento de los equipos de logística, dedicados a repartir armas, provisiones y todo lo necesario, a lugares lejanos donde hubiera un conflicto armado.

—Es cierto que hace falta cubrir esa vacante —le dijo él, después de invitarla a pasar a su modesta oficina—, pero la he

reclamado por su preparación.

—Puedo manejar drones de reconocimiento y establecer las comunicaciones necesarias para…

—No hablo de esa preparación —la interrumpió él—. Estudié a muchas candidatas la semana pasada y le pedí al teniente coronel Majors que la localizase a usted, expresamente.

Ella inclinó la cabeza, esperando una aclaración.

—Acompáñeme, sargento. Lo entenderá mejor si lo ve, que si intento explicárselo.

Acompañó a Lavick al centro de control de operaciones del equipo de estudios logísticos y lo que contempló no tenía nada que ver con el traslado de material necesario a zona de conflictos. Se trataba de la tapadera de otras operaciones, que ni sus propios compañeros de la base conocían.

—Si le interesa, este será su puesto de trabajo habitual —continuó el sargento mayor—. Pero deberá estar dispuesta a operar sobre el terreno cuando se la necesite, y para eso cuento con que no haya olvidado su aprendizaje de La Granja.

Emma tuvo que reconocer que Lavick se había informado bien. Había coqueteado también con la posibilidad de entrar en la CIA tras la negativa de los equipos Delta, pero abandonó después de completar el programa de capacitación. Era cabezota y estaba dispuesta a encontrar su lugar en los equipos de élite militares, aunque le costase el resto de su vida.

Así comenzó su andadura con la unidad, agradecida porque, por primera vez, tenía la oportunidad por la que había luchado. Lavick había apostado por ella y no lo decepcionaría.

Al principio, invertía muchas horas en el centro de control con Liv, de la que se hizo buena amiga. Pero, a medida que fue pasando el tiempo y demostrando que podía ser una buena baza del equipo de Lavick sobre el terreno, pasó a ser una más.

Las otras unidades se resistían a la apertura, aunque a ella le bastaba con que una la aceptase.

Esa noche, en el bar, las dos amigas estaban celebrando el final de una compleja misión y un imbécil, que no sabía encajar la negativa de una mujer, estaba estropeando su velada.

Lavick y Sully se encontraban en el local, sin decidirse a intervenir para no provocar una pelea, cuando vieron que Emma cogí al desgraciado en una llave que le aprisionó el brazo a la espalda, de forma muy dolorosa, lo empujaba hasta una ventana y lo lanzaba fuera.

—Acostumbro a cumplir mis promesas —explicó ella a la gente que se encontraba en el local y que asistieron, estupefactos, al desalojo del molesto personaje.

Emma entrenaba con la unidad, aunque aún no había sido requerida sobre el terreno y Lavick le guiñó el ojo a Sully.

—Te lo dije, encajará.

Sullivan no era un hombre enamoradizo, pero, igual que el resto de sus compañeros de unidad, se había fijado en el atractivo de la mujer que entrenaba con ellos y que se esforzaba más para demostrar que lo del «sexo débil» no era aplicable a ella. No obstante, a partir de ese momento, empezó a verla con otros ojos.

—Oye, tranquilo —le dijo Emma al camarero—. Pagaré la factura de la ventana.

—Eso merece un chupito —intervino Liv, muerta de risa.

—Cárgalos a mi cuenta, por favor —terció Lavick, dirigiéndose al camarero y alzando su copa en la distancia.

Emma y Liv lo celebraron con una sonrisa. La primera, en especial, estaba agradecida de que no hubieran mediado. Sabía arreglárselas sin ayuda.

Después de ese episodio, se inició con la unidad en una misión en Oriente Medio y luego vinieron muchas más. Ya no estaba mirando por una pantalla lo que ocurría, lo vivía de primera mano, y también lo sufría.

En su tercera salida con ellos, una misión simple en zona de guerra se convirtió en una encerrona, de la que salieron vivos de milagro. Y como esa, podía contar muchas desde entonces. Había encontrado su lugar, hacía lo que amaba y apreciaba a sus compañeros; su familia, desde entonces.

Lo único que mortificaba a Emma era Sullivan. Sully, se había convertido en algo más que un compañero a sus ojos. No podía

mirarle como a cualquiera de los demás, porque de los demás no estaba enamorada.

Cuando llegó a la unidad, las esposas de Sullivan y Hossen se pusieron inmediatamente a la defensiva, suponiendo que una mujer entre ellos sería una distracción, cuando no una amenaza. Por suerte, Madie, la esposa del sargento mayor Lavick, puso orden con la energía que la caracterizaba.

Poco a poco, se fue integrando y, aunque no se sentía especialmente cómoda en las reuniones, terminó aceptándolo como algo que formaba parte de su vida.

Hasta que todo cambió, hacía un mes.

Bastó una misión rápida, dos días libres para descansar o hacer turismo por Roma, una atracción que los protagonistas se afanaban en ocultar, y un encuentro casual a orillas del Tíber, con el castillo de Sant Ángelo de fondo.

Esa vez, la vuelta a casa no se hizo en transporte militar, sino que cada uno tomó una dirección para regresar, y vuelos aleatorios, como solían hacer, por precaución.

Sully rompió las reglas al coger el mismo que Lavick.

—Tengo algo que decirte en privado –dijo. Estaba algo más pálido de lo habitual al sentarse a su lado.

—Imagino que te has decidido.

Sullivan asintió. Había rechazado ponerse al frente de una nueva unidad por asuntos propios, pero era el momento y quería hablarlo con él. Llevaban muchos años juntos y habían compartido situaciones complicadas. Más que de camaradería, su relación era de amistad.

—Me preguntaba por qué tardabas tanto.

—No quería asumir semejante responsabilidad. Liderar una unidad requiere tomar decisiones que afectan a todos y muchas veces te equivocas. Mi vida era demasiado complicada para arrastrar a otros conmigo.

—Eso entra en el paquete, Sully. En ocasiones, la responsabilidad es apabullante, y el sentimiento de culpa cuando las cosas salen mal, perdura. Recuerdo a todos y cada uno de los

hombres con los que he trabajado. Con mayor frecuencia a los que no volvieron a casa.

—Ahora me siento con fuerzas.

—Hace años que estás preparado para asumir la responsabilidad —aseguró el sargento mayor—. ¿Quién mejor que tú? Confiaría en un equipo preparado por ti, eres precavido y meticuloso, llevas tiempo demostrándolo.

Sullivan lo miró agradecido. Había estado meditando los dos últimos días sobre si estaba preparado para dar el paso. El teniente coronel le había puesto la propuesta sobre la mesa hacía varios años, pero pospuso la decisión, considerando que todavía no estaba listo para dejar su unidad. Ahora sí lo estaba.

—De todas formas, antes de lanzarme, quiero arreglar cosas en casa, y necesitaré tu apoyo, si estás dispuesto a dármelo.

Lavick lo miró, expectante.

—Voy a separarme de Christine.

—Eso es muy grave, Sully. Supongo que lo has pensado con detenimiento.

—Es otra decisión que vengo posponiendo desde hace años y que cada día añade veneno a nuestras vidas.

—Pero lo que ocurrió fue un accidente desafortunado, nadie te culpó por ello. Todos soportamos periodos de presión con diferentes consecuencias.

Ambos suspiraron, recordando. Sully, Mack y Lavick volvieron de una misión desastrosa, en la que los otros miembros de la unidad habían caído. Heridos, aunque vivos, consiguieron regresar a casa y superarlo, con ayuda de médicos y psicólogos.

—Madie te apoyó en ese momento; en cambio, yo solo encontré reproches a mi vuelta. No pretendo justificarme, lo que ocurrió fue culpa mía: me echó de casa a empujones y cuando traté de apartarla, cayó y se rompió el brazo. Desde entonces, hemos ido de mal en peor.

Si para los otros dos la recuperación resultó larga, para él mucho más, ya que pasó dos días en un calabozo. Sus heridas solo requirieron sutura y medicación, así que la policía militar se lo llevó

esposado de su casa, acusado de maltrato familiar. Cuando Christine retiró la denuncia, ya era tarde porque figuraba en su expediente.

Los exámenes y las sesiones con psicólogos resultaron extenuantes, aunque los tres se recuperaron y la unidad se recompuso con nuevos miembros cualificados, preparados con paciencia por el sargento mayor.

—¿Christine es consciente de que las cosas están tan mal?

—No. Cree que podemos arreglarlo todavía después de este tiempo y de todo lo que ha ocurrido. Me dio los documentos de divorcio en un momento de furia.

—¿No vas a intentarlo, al menos?

Sullivan lo miró fijamente, entrecerrando los ojos.

—Si te preguntas si lo sé, la respuesta es sí.

—¿Que sabes, qué?

—Que Christine y el teniente coronel mantienen una relación desde hace algo más de un año.

Lavick guardó silencio. No sabía qué decir. O si tenía que decir algo, porque se había enterado hacía poco y todavía intentaba asimilar la mezquina traición del teniente coronel.

—Ese es un asunto muy delicado. No me concierne a mí juzgar. Pero tú tenías derecho a haber hecho algo.

Sullivan se frotó los ojos con cansancio. Las unidades se regían por un estricto código de fraternidad y confianza. Si alguien lo rompía de esa forma, quedaba a expensas de la decisión del ofendido. La muerte no estaba fuera de esa ecuación y ninguno de los hombres reclamaría.

—Te estoy diciendo lo que voy a hacer: no quiero juzgar a nadie —contestó—. Aunque no sabe lo cerca que estuvo Majors de morir cuando me enteré.

Sully calló al llegar la auxiliar de vuelo con sus bebidas.

—La seguí un día, porque se estaba comportando de forma muy errática y bebiendo más de la cuenta, y la vi entrar en un motel discreto a las afueras de la ciudad. Aguardé, sospechando que podía tener una aventura, y me quedé paralizado al ver a Majors. Sin pensarlo demasiado, cogí el rifle del maletero, busqué un lugar alto, lo monté y esperé a que saliera. Lo tenía a tiro en el visor del rifle,

pero entonces pensé que no merecía la pena cargar con su muerte. Cuando Christine volvió a casa, yo estaba bastante borracho, lo suficiente como para reírme de su excusa por llegar tarde, pero pensé que ella tampoco era feliz, así que me lo guardé dentro para no hacer más daño. Mi hija nos necesitaba a los dos.

—Es una carga demasiado pesada para callarla, Sully —Lavick posó una mano en su hombro.

—Sí, hasta hoy. Quiero empezar desde cero, Lavick. Y ese es el otro motivo por el que necesitaba hablar contigo. Cuando lleguemos a casa quiero un par de días libres.

—Sabes que eso no va a suponer ningún problema.

—¿Y si te los pido también para la sargento Rayburn?

Lavick levantó la cabeza, menos sorprendido de lo que su amigo esperaba.

—Que sepas que no estoy ciego y vi que eso podía ocurrir. Desde que llegó, casi se podía sentir la atracción mutua entre vosotros. Pero eso sí que puede resultar problemático: Majors no quería mujeres en las unidades para prevenir estas situaciones, y odiaría tener que darle la razón.

—No tiene por qué ser un problema. Ella se queda en la unidad y yo me voy.

—¿Te vas por ella?

Sullivan reflexionó.

—Me voy porque ella me ha hecho pensar en todo lo que me estoy perdiendo por dejarme llevar. Estos últimos años solo soy feliz cuando estamos desplegados, y eso sí que es preocupante. Si no arriesgas algo, no consigues nada, ¿recuerdas?

—¿Qué dice ella de todo esto?

—No lo hemos hablado. Necesitamos un poco de tiempo.

Lavick levantó las manos, exasperado.

—¿Me estás diciendo que toda esta película te la has montado tú solo? Joder, Sully…

Las relaciones esporádicas eran la constante en las unidades, porque mantener una relación estable conllevaba una disciplina que pocos querían asumir. Había demasiadas distracciones y menos compromiso.

—No importa que no quiera estar conmigo… Bueno, sí importa. A mí me importa. Pero he decidido tomar las riendas de mi vida. No puedo limitarme a salir en una misión, jugarme la vida y regresar a un hogar roto, esperar una pelea para irme de casa y dormir en el sofá de Meir o Goode.

—¿Y Morgan?

—Sabes que la adoro. Christine es buena madre y cuidará bien de ella. Y no puedo hacer nada con eso. Después de lo ocurrido con aquella denuncia, no puedo esperar su custodia. Me conformaré con los días que me conceda el juez. Voy a hacer las cosas bien esta vez, no te preocupes.

—Sí que me preocupo –respondió Lavick— Es mi trabajo y mi responsabilidad. Además, eres mi amigo y me preocupo por mis amigos, aunque callen más de lo que dicen.

—Me acabo de abrir en canal, Lavick. Y hacía tanto tiempo que no hablaba con franqueza de mi situación familiar, que creo que he adelgazado varios kilos.

—Espero que Emma lo tenga tan claro como tú, porque ya sabes lo bien que se le da desalojar gente por las ventanas.

Algunos pasajeros se giraron al escuchar sus carcajadas.

4. MALAS VIBRACIONES

Cass

Estaba molida. Brooks se había quedado corto al describir los entrenamientos que Lavick exigía a su gente. No había sudado tanto desde mis primeros días en la academia del FBI.

Y cuando todos daban la jornada por terminada, a mí aún me quedaban un par de horas con Hossen, que me preparaba para fundirme en cualquier ambiente. Ni qué decir tiene que yo me hubiese fundido mejor con la ducha y la cama, pero atendía sus lecciones hasta que le daba pena mi cara de cansancio y me mandaba a dormir.

Dudaba que fueran personas de carne y hueso cuando nos reuníamos a cenar en la sala y pasaban el rato bromeando. Yo sostenía el tenedor por las justas, y la mayoría de las veces me llevaba una bandeja a mi habitación para no perder tiempo. Tenía más necesidad de descanso que de alimento.

Sobrevivir a base de zumos, lo más rápido para llenar mi estómago y recuperar la energía, pronto resultó una solución inviable. Se me acababan pronto las pilas y Lavick insistió en que debía hacer un par de comidas potentes al día, o tendrían que enviarme al hospital. Después de una semana, empezaba a ver lo del hospital con mejores ojos. Si tenía que volver a correr diez kilómetros con una mochila de treinta kilos, como si me persiguiesen los demonios o subir una vez más la puñetera pared del rocódromo, me tiraría de cabeza desde lo alto para terminar con mis penurias.

—¿De verdad es necesario todo esto? —pregunté a Hossen un día—. Vamos a seguir a un hombre por una ciudad europea, no en una escalada por los Alpes, por Dios.

—La gente te sorprende… ¿Y si el tipo tiene esa afición? No podríamos seguirle.

Le dediqué una pedorreta.

—Has visto las mismas fotos que yo. El único deporte de riesgo que practica ese tío es cruzar un semáforo en ámbar.

Hossen soltó una risotada.

—Venga, hoy lo dejamos aquí —dijo.

—Que conste que es decisión tuya.

—Anda, vete a dormir.

—Tenías razón cuando me dijiste que no tendría tiempo para pensar en ir al cine o de compras. Mis sábanas apestan a pólvora porque tengo más necesidad de dormir que de ducharme, se me está olvidando lo que es socializar, y hasta comer me resulta una pérdida de tiempo.

—En tu habitación tiene que haber una provisión de barritas de proteínas, no olvides llevarte alguna a los entrenamientos. En un par de días ya no te costará tanto.

—Más vale, porque me empieza a resultar atractiva la idea de largarme de aquí sin despedirme, aunque me detengan en la entrada y me metan en un calabozo. Sería un descanso.

Por supuesto, Hossen tenía razón y mi cuerpo se acostumbró al entrenamiento continuado. Las ampollas de mis manos se convirtieron en callos y podía disparar durante horas seguidas sin tener que despegarme los guantes de la piel, y hasta empecé a disfrutar de las comidas en común, además de apreciar las bromas de Meir y Goode.

Los ratos que menos me gustaban eran los protagonizados por el director de las unidades. Acudía cada dos o tres días a… Bueno, no sé a qué. El caso es que creaba mal ambiente entre los presentes, como si trajera pegado a su cuerpo un olor repelente del que nadie podía librarse en días.

—¿Qué pasa con ese tío? —le pregunté a Brooks en un momento de descanso, volviendo del campo exterior de tiro.

—Pasa lo peor que puede ocurrirle a un jefe: que sus hombres no se fíen de él.

—¿Por qué?

—Cosas de la unidad.

—¿Clasismo, acaso?

—¿Clasismo? —indagó él, girándose para mirarme.

—Se nota que es militar de carrera, al contrario de los que componen la unidad.

—No lo había pensado —confesó Brooks—. Pero no es eso. Se trata de respeto mutuo, y Majors ha fallado a sus unidades. Las dirige porque le dieron ese puesto, pero no las respeta.

—¿Por qué? —volví a preguntar.

—Cosas de las unidades —respondió de nuevo.

—Parece una conversación de besugos. No hacemos más que repetirnos.

Me respondió con una sonrisa de las suyas, que empezaba a conocer: abierta, atractiva y más falsa que mi identidad.

—¡Ni que fuese un asunto de Seguridad Nacional! —bufé.

—¿Qué secreto de Seguridad Nacional guardamos? —intervino Hossen, pasando a nuestro lado.

—Le preguntaba a Brooks por qué hay tan malas vibraciones con Majors.

—Cosas de la unidad.

Su contestación hizo reír a Brooks y a mí resoplar y acelerar el paso para perderlos de vista.

En posteriores visitas de Majors, me fijé mejor en la actitud de los hombres bajo su mando. El desprecio mutuo se podía palpar en el ambiente. Y yo pensaba enterarme de qué ocurría porque una de las cosas que me dijo Hossen, en una de nuestras largas sesiones, era que sin la total confianza de todos los que trabajaban en el centro de recursos logísticos, las unidades no existirían. Si la confianza en el principal responsable fallaba, auguraba un futuro corto para las unidades.

*****

Me tiré encima de la cama después de ducharme. Se trataba de un breve respiro antes de comenzar a experimentar con Hossen los cambios de identidad, así que no podía dormirme.

En teoría, seríamos un matrimonio reciente en su luna de miel, nada más. Pero mi profesor ya me advirtió que, si algo se torcía, era preferible que no me cogiera por sorpresa.

Yo le pregunté qué podía torcerse: teníamos que seguir a un ladrón de secretos del Pentágono, observar a quién se los vendía, detenerlos a los dos y vuelta a casa. Dos o tres días a lo sumo en una parte del mundo civilizada.

—Planeamos todo al detalle, e incluimos los supuestos que se nos ocurre que podrían ir mal y, aun así, un pequeño detalle puede marcar la diferencia entre regresar con el objetivo cumplido o con un buen cabreo.

—¿Un detalle como que alguien se fije en ti?

—Por ejemplo. En nuestro caso, tenemos que pasar por una pareja a la que recordarán en el hotel, pero de la que no podrán dar detalles porque para eso entrenamos la mirada fija. Cuando miras fijamente a un desconocido, se siente intimidado y baja la vista. Se ha quedado con una percepción general de ti, pero no podría describirte al detalle.

—¿Truquillos psicológicos?

—Truquillos intimidantes.

—Que no funcionan con todo el mundo… —adiviné.

—Exacto. Por eso debemos cambiar nuestra actitud general y cuidar los detalles que alguien podría asimilar para revertirlos en cuanto el trabajo esté realizado. Te sorprendería saber cuánta gente te reconoce más por tu forma de andar que por tu rostro. En especial, si no has tenido demasiado contacto con esa persona.

—Y por los gestos inconscientes —aporté, recordando que reconocí a Hari Dahwan por su forma de tamborilear los dedos cuando se encontraba inquieto[1].

—Detalles —confirmó Hossen—. Y, aun con todo el cuidado, la simple aversión a un olor puede dar al traste con una operación planeada con semanas de antelación.

Continuó ante mi mirada interrogante.

—Sabíamos que, en determinada fecha, se reunirían dos grandes magnates del petróleo para planear la absorción de una de

las mayores empresas del sector. No te aburriré con los detalles, pero para ponerle freno a una asociación que hubiera impuesto un monopolio, con su correspondiente dependencia, había que conocer la manera en que lo iban a llevar a cabo y esa reunión tendría lugar en la embajada de un país que no nos quería ver ni en pintura.

—¿Una embajada? —Silbé por lo bajo, reconociendo la dificultad del entorno.

—No te daré pormenores. Solo te diré que en el interior era imposible colocar micrófonos, así que decidimos ponerlos en el coche que usaría una de las partes, un hombre que discutía todo con su secretario y, como este tendría que esperar fuera, creíamos que hablarían del tema en el coche, camino del aeropuerto. Bueno, para no alargarme… ¿Sabes qué falló?

—Más te vale que me lo digas porque estoy intrigada.

—Cuando se subieron en el vehículo, al hombre le desagradaba el olor de la loción para después del afeitado del conductor. Y no se conformó con cambiar de chófer porque su aroma había impregnado el interior del coche.

—¡Y cambió de coche!

—Cambió de coche y nos quedamos sin oídos.

—Aunque, como no existe ese monopolio, imagino que encontrasteis la forma de impedirlo.

—Esa es otra historia, pequeña Padawan[2] —dijo, con humor —. Ahora, aplícate el maquillaje para convencerme de que tienes varios años más.

El maquillaje consistía en una base clara, sobre la que Hossen me había enseñado a difuminar líneas oscuras, de forma que me cambiaba los rasgos a placer. Pómulos más altos o mejillas resaltadas, mentón suave o agresivo, nariz ancha o estrecha. Me estaba convirtiendo en una experta y me encantaban los cambios.

Hossen tenía el cabello castaño, enormes ojos verdes y elocuencia para salir del atolladero más peliagudo. La gente confiaba en él y en su aire aniñado, pero Cass ya sabía que era implacable. Además de la lengua, usaba las armas con destreza. Al contrario que yo, mi camaleónico compañero dominaba varios idiomas, aunque

eso no sería impedimento, puesto que fingiríamos ser turistas y convenía seguir usando el nuestro.

Cada miembro del equipo tenía su cometido y entre ellos había una compenetración impresionante.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos? —pregunté a Hossen en uno de los descansos.

—El suficiente para conocernos bien.

Alcé una ceja, esperando más, y él sonrió.

—Digamos que Lavick es la excepción.

El resto de los miembros de la unidad no llegaba a los cuarenta; algunos, ni a los treinta, por lo que imaginé que se trataba de un trabajo duro para dedicarle una vida laboral entera.

—Vale, y ahora, continuemos —dijo él—. Imaginemos un cambio de situación en el mismo escenario…

Hossen tomaba en segundos la identidad de cualquiera, desde un sofisticado hombre de negocios a un sin techo, y todo eso sin cambiarse siquiera de ropa. Bastaba con la actitud, el lenguaje corporal y el oral, y modificaciones en la postura de hombros y espalda. Me fascinaba.

—Creo que estás aquí porque este era tu punto fuerte en la academia, así que demuéstralo —me dijo.

No podía presumir de su gran destreza, pero sabía salir airosa de situaciones complejas y variadas. La vida era una gran profesora, aunque poco paciente.

Al terminar, me felicitó.

—Eres una gran mentirosa.

—Gracias —reí—. Viniendo de un embustero como tú, suena a tremendo cumplido.

—Vamos con los demás. Creo que Lavick quería comentarnos algún cambio de última hora.

Meir, Goode y Brooks ya se encontraban en la sala de reuniones y comedor. En una gran pantalla de pared, Lavick mostraba la vista aérea de Niza.

—Venga, pasad y sentaos, acabamos de empezar —dijo el jefe de la unidad.

—¿Te ha tocado hoy la lección de Lara Croft? —me preguntó Goode, esbozando una alegre sonrisa

Señalaba mi cabello, recogido en una trenza.

—Esa misma —contesté—. Pero estoy algo decepcionada con el conjunto porque faltaba una funda de arma para llevarla sujeta al muslo.

—Menudo fallo, Hossen —intervino Meir, chocando el puño con Goode y prorrumpiendo ambos en carcajadas.

Los dos eran muy amigos, y yo sospechaba que algo más, por la forma de lanzarse miradas cómplices.

—Los quiero centrados, señores —cortó Lavick, sin acritud—. Suponemos que el intercambio tendrá lugar en Niza, como las veces anteriores, pero hay que tener en cuenta…

La reunión se alargó más de una hora y luego nos retiramos a descansar. El intenso entrenamiento empezaría muy temprano al día siguiente.

La rutina matinal se iniciaba con un desayuno ligero, porque lo siguiente era una carrera de resistencia, seguida de la primera visita del día a mi amigo el rocódromo. Después podíamos hacer un breve descanso para reponer fuerzas, porque habíamos quemado más calorías de las ingeridas. Tras la media hora de asueto, acudíamos al campo de tiro exterior, donde disparábamos con armas cortas y rifles de varios calibres, incluyendo uno de francotirador, que yo no había usado nunca. Después de un almuerzo rápido, venía la parte de planificación en la sala de reuniones. Se trataba de la más tediosa, a la par que descansada. Tras ella, el entrenamiento de ataque cuerpo a cuerpo, el de resistencia y, mientras los demás terminaban la jornada, Hossen y yo continuábamos.

De vez en cuando, se nos unía Brooks, puesto que preveían momentos en los que tendría que sustituir a Hossen, ocupado en otros asuntos, porque la norma era actuar por parejas. Si las circunstancias impedían encontrarnos juntos, uno siempre andaría cerca, cuidando del otro. Eran muy celosos de su trabajo, que siempre se desarrollaba en las sombras.

El teniente coronel que dirigía las cinco unidades activas se ponía en contacto con los jefes de operaciones especiales adecuados

cuando hacían falta refuerzos o acciones individuales. Estos jamás conocían la naturaleza del cometido de sus hombres, ni de las acciones a realizar, solo el agente escogido era puesto en antecedentes, llegado el momento.

Perdida en mis pensamientos, pegué un salto al escuchar a mi espalda la voz de Brooks.

—¡Vaya paliza la de ayer!

Se encontraba a pocos pasos por detrás de mí. Ambos nos dirigíamos al campo de tiro, donde aguardaríamos a los demás.

Sin ser guapo, según los cánones establecidos, poseía un atractivo innegable y una capacidad de concentración envidiable. Pasaba de bromear con Meir y Goode a la atención que requerían los planes del jefe de unidad, en cuestión de segundos.

—Tengo entendido que han aprobado tu traslado de la división económica al CID, mientras te preparas para el trabajo de campo —comentó, acabando de preparar su arma.

Hice visera con la mano para observar las dianas en las que tendríamos que hacer blanco, situadas a sesenta metros, y luego me giré. Aun me sorprendía el contraste de sus ojos tan claros con el vello del rostro tan oscuro. Parecían los de un niño atrapados en un cuerpo adulto.

—Te has enterado antes que yo.

—También me ha dicho un pajarito que te vienes a antiterrorismo y que seré tu mentor hasta que te hayas adaptado.

—Menuda putada cargar con la novata, ¿no? —contesté, comprobando mi cargador con demasiada atención.

—¡Qué va! Si has pasado de investigar delitos económicos a ser recomendada para este trabajo, lo tengo chupado.

—Me adapto con facilidad.

¿Por qué no me habían llamado a mí para comunicármelo? Siendo la interesada, debería haberme enterado la primera. La lógica de la administración era un misterio.

—¿Qué ha pasado con la trenza de Lara Croft? —preguntó Goode, uniéndose a nosotros en el campo de tiro al aire libre.

—Que me he levantado sin paciencia —respondí, mostrando mi coleta, recogida en la nuca con poca destreza—. Además, si me la

hago con el pelo húmedo de la ducha, cuando me la suelto parece que he metido los dedos en el enchufe.

—¡Mira qué coqueta! —exclamó Meir, uniéndose a nosotros y elevando los brazos para desperezarse.

—Para una cosa buena que tengo…

—¡Pues también es verdad!

—¡Oye, no te pases! —le dije, dándole un manotazo.

—No me des pie —contestó él, guiñándome un ojo.

Goode y Meir se pasaban el día así, y yo ya los iba conociendo, de forma que no me sentía ofendida cuando se metían conmigo, porque sabía que bromeaban.

Meir, como su apellido indicaba, era de origen judío y su nariz reforzaba el efecto, sobresaliendo en su rostro alargado como una aleta de tiburón en el agua. Sus ojos oscuros miraban todo con curiosidad y parecía no perder jamás la sonrisa. Era experto en modificar cualquier elemento electrónico con la uña y el capuchón de un bolígrafo. Siempre nos sorprendía con alguna rareza que se sacaba de la manga, porque le encantaba ver nuestras expresiones asombradas. Su falta de atractivo físico lo compensaba con un sentido del humor excelente.

Goode siempre quiso estudiar medicina, algo que en su casa no podían permitirse, y por eso se unió al ejército. Cumplió su propósito y debería haberlo abandonado cuando zanjó la deuda acumulada, pero ahí seguía. Había encontrado su propósito en la vida, que seguía siendo salvar vidas, pero las vidas de sus compañeros de armas. En lugar de estar haciendo la residencia en cualquier hospital, prefería operar sobre el terreno. Su labor encubierta llevaba aparejados muchos riesgos, y más de una vez se veían en zonas de guerra, donde lo más leve que encontraban era una herida limpia de bala.

Reuní esa información hablando con ellos, porque al ecléctico equipo le gustaba poco contar detalles personales. En eso, se parecían a mí.

Una semana antes de salir para el continente europeo, Majors reclamó a Goode y Meir para solucionar un problema que requería

atención inmediata. Lavick no replicó, pero fulminó a su superior con la mirada.

—Tranquilo, esto se soluciona en una semana, a lo sumo —dijo Majors—. Se unirán a vosotros en Niza.

El intercambio de miradas entre todos me indicó que la decisión del teniente coronel los había cogido por sorpresa. Y pensé que, con dos personas menos, habría que modificar los planes de Lavick a toda marcha.

Ese día, el jefe de la unidad, nos mandó a descansar antes de tiempo, cosa que agradecí, como todo descanso. La unidad se dedicaba a sacar adelante misiones encubiertas, rodeadas del más estricto secretismo, y muchas veces me preguntaba si estaría a la altura. McPherson quizá había sido demasiado optimista con su recomendación.

Físicamente, se encontraban a años luz de mí. Ni siquiera jadeaban al llegar a lo alto del rocódromo, como si su organismo no detectase el esfuerzo. ¿Subir por la cuerda o deslizarse por ella hasta el suelo? Chupado. Eso, por no hablar de la diversidad de armas que dominaban.

Solo mi espíritu competitivo consiguió mantenerme a flote en esa exhibición de habilidades, que yo nunca había trabajado tan a fondo. Y solo mi necesidad de superarme me impelió a continuar, porque me sentía agotada como jamás lo estuve en mi vida. Me había acostumbrado hasta cierto punto, pero todas las tardes caía rendida en la cama.

Eso sí, la próxima vez que fuese a la playa podría presumir porque mi cuerpo había fagocitado cualquier cúmulo de grasa y solo me quedaba músculo, esqueleto y piel.

—¿Hacen esto todos los días? —le pregunté a Brooks.

—No, solo tres a la semana. Pero esta vez Lavick ha insistido en dar ejemplo a las nuevas incorporaciones.

—Nueva incorporación, querrás decir, porque tú ya tienes un bagaje. —De repente caí en la cuenta—. ¡Joder, debéis odiarme! Por mi culpa no paráis en todo el día.

—A mí me ha venido bien para reciclarme —contestó él, riendo y flexionando el brazo para mostrarme el bíceps, que parecía el de

Popeye tras tomar una ración de espinacas —. Y a los demás no les importa hacer un entrenamiento intensivo para librarse de otras obligaciones más tediosas.

Lavick entrenaba con todos y como todos. El tiempo de descanso lo dedicaba a la planificación y a las tareas administrativas obligadas. Nunca lo escuché quejarse y solo parecía despistado durante los ratos de las comidas, como si tuviese demasiadas cosas en la cabeza para disfrutar del sempiterno buen humor de Goode y Meir.

En mi única hora de asueto total, ellos se dedicaban a hablar sobre cosas de la unidad de las que querían mantenerme al margen. A mí me parecía genial, por la hora libre y porque yo estaría allí unos días y luego seguiría con lo mío. No quería cargar con problemas ajenos. Ni qué decir tiene que usaba ese tiempo para tirarme encima de la cama y dormir una siesta reparadora de media hora o cuarenta minutos. Y si echaba una carrerita hasta mi habitación, podía arañar dos minutos de propina. Luego necesitaba diez para despejarme, dos para volver a ser persona y otro más para presentarme puntual al siguiente entrenamiento, con el aspecto de ser un despojo que el perro del vecino había encontrado en el camino.

Lavick entrenaba conmigo el cuerpo a cuerpo y se lo tomaba en serio: daba hostias como panes.

—¡Cúbrete! ¡Contraataca! —gritaba—. Voy a hacerte daño, no estás jugando… ¿O estás jugando?

Durante el tercer entrenamiento, me tocó bien las narices y le abrí el labio inferior con un gancho, pero cuando me detuve para señalarle que sangraba, él me machacó el hígado, dejándome inerme, caída en la lona.

—¿Vas a pararte si haces sangre a un atacante o vas a asegurarte de tenerlo totalmente dominado en el suelo, antes de acercarte demasiado? —gruñó.

Goode se aproximó y él lo despidió con un gesto.

—¿Qué ocurre si dejas de atacar?

—Nada, porque nunca dejo de atacar.

—Pues levanta y demuéstralo —me dijo—. Si te das por vencida, estás vencida de antemano.

Ese día, Goode tuvo ocasión de desempolvar su botiquín. Necesité puntos en el pómulo, pero Lavick también se fue con lo suyo. Puede que no tuviera su fuerza, pero era mucho más ágil que él y conseguí abrirle la ceja antes de terminar el entrenamiento que, en mi opinión, había tenido mucho de enfrentamiento personal.

—¿Cómo harías para comunicarte con la base si estuvieses en un lugar sin cobertura y sin móvil?

Meir me instruía en comunicaciones, aunque casi todos los ratos que pasábamos juntos, chismorreábamos más que otra cosa, porque le di un argumento contundente:

—A ver —le dije—. Vamos a Europa, no a perdernos en una selva boliviana. Habrá teléfonos fijos, si me quedo sin mi móvil. Y, a una mala, podré decir que soy una turista extraviada y alguien me prestará un teléfono, digo yo.

—Yo no te prestaría el mío —contestó, risueño.

—Habría que verlo. Hossen me está enseñando a desplegar todos mis encantos.

Goode aún se reía más conmigo, aunque no podía enfadarme con él ni con Meir. Eran demasiado simpáticos como para mantener la compostura.

—¿En serio que me vas a enseñar a hacer una RCP? Eso lo aprendí en el instituto.

—¿Con traumas producidos por proyectiles? —preguntó, irónico —. Yo solo te voy a dar consejos prácticos y espero que los sigas si me pegan un tiro: como norma general, corta la hemorragia como sea, excepto metiendo el dedo en la herida, porque la infección me mataría y, por lo que más quieras, no llores. Hay pocas cosas que desanimen más a un herido que los lloriqueos del que los están atendiendo.

—Vale. Nada de lágrimas, me reiré como una loca cuando te vea retorcerte de dolor. Pero, aun así, no te meteré el dedo en ningún sitio. ¿Te vale así?

Al contrario que Lavick, que parecía siempre tan grave, ellos me hacían reír y olvidar el cansancio acumulado en mi cuerpo. Aun así, me fijé en que todas las clases de Goode estaban destinadas a salvarle la vida a alguien. Incluso a mí.

5. VUELTA A CASA

Un mes antes

Cuando terminó la última tostada, Emma tomó un sorbo de café y se reclinó en la silla, relajada.

Volver a casa suponía un reencuentro consigo misma, lejos de todos los disfraces y falsas identidades. Necesitaba un día para centrarse en su vida real. Compraba provisiones y se atrincheraba en su apartamento a ver la tele y a dormir a pierna suelta. Este regreso, no obstante, iba a resultar distinto. Iría de compras porque tenía el frigorífico vacío, pero tenía que pensar en las últimas palabras que le había susurrado Sully: «¿Por qué no, si tú quieres y yo también?».

Durante el vuelo de vuelta a casa, pensó en muchas contestaciones a esa pregunta, pero el argumento que más pesaba era que iban a romper la unidad.

A las diez de la mañana sonó el teléfono. No lo cogió porque había desviado las llamadas a su buzón. Si había una urgente de la unidad, se haría por el móvil seguro, que siempre tenía a mano. Todo lo demás, podía esperar.

Se vistió con vaqueros cómodos y una camiseta vieja del equipo Delta con el que entrenó, y salió de compras. Era estupendo estar de nuevo en la base, sin nada que hacer. Cargó el maletero del coche y volvió a casa con una idea nueva en mente: invitar a Goode y Meir a cenar, para variar. Cuando la compra estuvo en su sitio, los llamó. Los dos vivían en sendos apartamentos pegados al de ella, pero el código de privacidad requería de una llamada previa. Por muy amigos que fuesen, cada uno tenía su vida privada, e irrumpir sin avisar se consideraba una falta de consideración.

Como los dos amigos tenían planes, resolvió cocinar solo para ella, aun sabiendo que el plato terminaría en la basura. Se colocó los auriculares y, con el teléfono de la unidad a la vista, se puso manos a la obra en la cocina.

Por la tarde, durmió una siesta reparadora y después se acomodó delante de la televisión. Pero ese no iba a ser el día de tranquilidad mental que esperaba, así que se fue a ver a Liv al centro de operaciones. Quedaron en encontrarse por la noche y tomar unas copas.

A la vuelta, detenida en un semáforo, vio a Christine y a su hija cruzando la calle. Las observó caminar, tomadas de la mano y algo se removió en su interior. Daba igual si la comidilla de la unidad eran las diferencias entre Sully y su esposa, ella no tenía derecho a inmiscuirse en la relación.

En el correo tenía una invitación para acudir a la celebración del día de Gloria. Se trataba de un eufemismo para rememorar a los caídos ese año y se le ocurrió que a Christine le encantaría ver su foto entre ellos, de sospechar lo que había ocurrido en Roma.

Emma odiaba esa celebración. Le hacía pensar en todo el tiempo que pasaban coqueteando con la muerte.

Brindaban por cada uno de los caídos y ese año se tomarían muchas copas porque sus esposas, novias e hijos esperaban ese reconocimiento, que se contasen sus hazañas y todo lo bueno de la persona amada.

Nadie mencionaba lo peor: la mala muerte con dolor y sangre, la angustia que producía la impotencia de los supervivientes, que convertía a hombres sanos en alcohólicos en ciernes, de los problemas de comunicación que creaban conflictos conyugales irresolubles. No había lágrimas ese día, se intercambiaban por copas bien colmadas. No había nostalgia, se sustituía por anécdotas de las misiones completadas con éxito. Habían caído como héroes y como tales se les recordaba.

Solo los compañeros del fallecido y el centro de control de operaciones sabían lo que había ocurrido de verdad. A veces, no eran unas muertes tan limpias, silenciosas y asépticas como les hacían creer a los familiares. Por eso Liv tenía un sillón con su

nombre en la consulta de apoyo psicológico: lo escuchaba todo, los acompañaba en sus misiones, en lo bueno y en lo malo y, muchas veces, al final de sus vidas.

—¿Papá? Estoy en casa.

Escuchó al otro lado el suspiro contenido de su padre. Recibir esa llamada era todo lo que necesitaba para saber que había vuelto de una pieza. Por eso solía llamarle enseguida.

En dos días, sería la celebración del día de los caídos y tendría que acudir, a pesar de que odiaba aquella pantomima, pero quizá pudiese soportarla mejor después de haber comido y hablado con su padre, que siempre le daba serenidad.

Madie llamó a su puerta a media tarde.

—Vente a cenar con nosotros, Lorraine está de visita.

Lorraine, la hija de Lavick y Madie, estaba en la universidad cursando derecho, y sentía una especie de fascinación por Emma, por ser la única mujer de la unidad. La admiraba y la envidiaba porque a ella le hubiese gustado entrar en una academia militar, pero no quería decepcionar a sus padres.

—Termina la carrera y decide —le aconsejaba Emma—. No vas a decepcionarles si tienes claro qué quieres hacer con tu vida, y tú lo tienes muy claro, cielo.

La muchacha admiraba a su padre y quería seguir sus pasos. Lavick tendría que aceptarlo y lo haría porque la quería.

Ayudó a su anfitriona a poner la mesa para la cena, mientras Madie intentaba convencerla de entrar en una asociación benéfica nueva. Lorraine puso los ojos en blanco y las dos soltaron una carcajada.

A las nueve, se despidió, dándoles las gracias y deseándoles las buenas noches a los Lavick. Su jefe alzó una ceja, interrogante, y ella atajó cualquier comentario, metiéndose en su coche. Lo de Roma no era de la incumbencia de nadie.

Liv ya la estaba esperando cuando entró en el Two Roses.

Además de ocupar un puesto clave en las misiones de las unidades, Liv era la mano derecha del teniente coronel y un cerebrito, con facilidad para las comunicaciones y agilidad mental suficiente para tomar una decisión, si no tenía un superior a mano, e

incluso cuando lo tenía. Era menuda, morena y con una nariz alargada y afilada, pero no falta de atractivo. Su problema con los hombres es que no encontraba a ninguno que la sorprendiera. Ninguna de sus relaciones había llegado a buen puerto porque no podía olvidar a su primer amor.

—Ya sé que te pasa algo y que no me lo contarás —dijo Liv—. No te lo reprocho, pero si me usas para emborracharte, al menos deberías darme una pista para que sepa por dónde van los tiros o me pasaré la noche mordiéndome las uñas.

—Sí, me pasa que tengo cansancio encima como para pasar un año en la cama… —contestó Emma, riendo— Por lo demás, no hay nada digno de comentarse.

—¡Una pena! Pensaba que me ibas a contar que te habías enamorado de un italiano y estabas triste porque no se quiso venir escondido en tu petate.

—¿Y cuándo hubiese tenido tiempo, con uno de los chicos siempre conmigo? ¡Son capaces de espantar a cualquiera!

—¡Buena apreciación! —La jefa del centro de control alzó su copa—. ¡Brindo porque te suelten un poco la correa!

—¡Bebamos para que un día se haga realidad!

—Me alegro de que estés aquí. —Liv ya no reía y le puso una mano en el antebrazo. Sabía que el trabajo de la unidad era difícil y que muchas veces terminaba mal.

—Confiesa que te alegras porque no tenías a nadie que te invitase a copas esta semana.

Emma bromeaba porque conocía la obsesión de su amiga. Solo se quedaba tranquila cuando todos regresaban a casa sanos y salvos. Cuando ocurría lo peor, lo pasaba muy mal. Liv era amiga de todos y a todos los cuidaba por igual. Distanciarse de los hombres sobre el terreno a los que dirigía, como recomendaban los terapeutas del cuerpo, nunca había formado parte de su credo. Liv estaba con ellos, compartiendo chanzas y risas o llanto y dolor.

—¿Vas a ir al día de los Caídos? —le preguntó Liv.

Todos conocían la celebración con ese nombre. El nombre de día de Gloria se lo sacaron los mandos de la chistera para que no resultase tan crudo a los que quedaban.

—Sí. Debería pasar un momento. Toda la unidad se acercará y no estaría bien que yo no apareciera, aunque no me apetezca. No es una de mis celebraciones favoritas.

Liv miró fijamente la cerveza que tenía entre las manos.

—Ha sido un año duro… —comentó.

—Demasiados caídos. Pero es nuestro trabajo.

—Bueno, si nos vamos a poner dramáticas, tirando a depresivas, será mejor que pasemos al plan «b».

—Suena bien, te escucho.

—Tequila.

La sargento asintió y retiró su cerveza.

—Eso sí que suena a gloria y no la celebración.

*****

Sullivan tomó un taxi, que lo dejó en un hotel de la ciudad, a solo diez kilómetros de la base. No quería regresar a casa porque era hora de tomar decisiones, y una nueva pelea con Christine o sus airados silencios, cargados de reproches, le llevarían a precipitarse. Como le había dicho a Lavick, esta vez quería hacer las cosas bien para todos.

Nunca imaginó que la atracción que sentía por Emma se convirtiera en un sentimiento profundo. No lo buscó, a pesar de que su matrimonio hacía tiempo que había dejado de tener sentido y solo resultaba soportable por Morgan. Y quizá porque no tenía otro sitio al que volver.

Se encontraba tan cansado que ni se molestó en darse la ducha que había estado deseando durante todo el viaje. Se desnudó y se metió en la cama. Sin embargo, no descansó lo que hubiese querido: tuvo un sueño inquieto del que despertó sudando y con una sensación de peligro inminente, de la que no se deshizo hasta media mañana.

Una vez comprobado en su móvil que Lavick se había encargado de darle los días libres prometidos, llamó a Emma, que no respondió. Insistió durante todo el día y, a las once de la noche, se atrevió a llamar a Liv.

—¡Hola, Sully! ¿Te apetece un tequila con las chicas para celebrar vuestro regreso, o te vas a rajar como los demás hombres de la unidad?

—¿Ninguno ha querido haceros compañía? ¡Qué poco caballerosos! —exclamó él, bromeando.

—Estamos Emma y yo mano a mano, pero te guardamos sitio, si te animas.

—Ni se me ocurriría meterme en medio, seguro que tenéis mucho que contaros. Nos vemos en un par de días.

Cuando se disponía a cortar la llamada, Liv se lo impidió.

—Oye, Sully. El coronel te estaba buscando y se ha disgustado al no verte aparecer con los demás…

—Le pedí unos días libres a Lavick.

—Lo sé, me lo ha dicho. Y también que el teniente coronel tenía trabajo para ti, por eso me ha recomendado que no te encuentre y yo no sé nada de ti.

Liv podía hacer el seguimiento del móvil de todas las unidades, los del trabajo y los privados, por si surgía algo urgente.

—¡Acabamos de llegar después de casi un mes fuera! —resopló él—. Nos corresponde un descanso largo.

—Tranquilo, pero si de verdad quieres descanso, no aparezcas por aquí.

Cortó la comunicación, deseándoles buena velada. Él tenía que pensar en la conversación pendiente con Emma y en el «asunto» del teniente coronel.

La fijación de su superior con él empezaba a llamar la atención. Aunque Lavick le había asegurado que la relación de Majors con Christine solo la conocían él y Hossen, si continuaba por ese camino, se delataría a sí mismo. Con muy malas consecuencias, además, porque si Sully no actuaba, la unidad tenía derecho a hacerlo en su lugar.

Por otra parte, a ninguno de los hombres de las unidades le daba tanto trabajo en solitario como a él, pero eso tenía explicación: seguramente confiaba en que no volviera de alguna misión. Y llevaba buen camino porque se estaba agotando, física y anímicamente. Hasta que ocurrió lo de Roma.

Emma le había dado una muy buena razón para empezar de cero y quizá, tener unas palabras con Majors. No quería matarlo, pero sí amenazarlo. Tendría que dejar la jefatura de las unidades, o cierta información aterrizaría en la mesa de su superior, provocando su licencia deshonrosa.

Había pasado de la fase en la que solo quería tener unas horas de paz en su día a día, a desear un lugar al que volver, en el que se apreciara su regreso, en el que charlar de las experiencias de la jornada, en el que sentir que la mujer con la que se iba a la cama le amaba con la misma intensidad que él era capaz de amarla a ella.

Su trabajo era exigente. A veces, demasiado absorbente y peligroso. Por eso, sentirse vivo, amado y necesitado era el doble de valorado al volver a casa.

Él nunca tuvo eso con Christine. Quizá porque eran demasiado jóvenes cuando se conocieron. Tuvieron sexo salvaje, violento a veces, ansioso y falto de momentos íntimos. Los sentimientos del principio se diluyeron pronto, envueltos en velados reproches y acusaciones de abandono premeditado.

En todo caso, hacía tiempo que cualquier relación que hubieran podido tener, se había atrofiado. Ya no tenían veinte años, ambos habían evolucionado como personas, con sus propios sentimientos y necesidades.

Sully suspiró, aunque tenía las ideas más claras que nunca. Se fue a dormir temprano porque al día siguiente iría a la base, para mantener con Emma la conversación pendiente.

6. CUATRO

Cass

—¿Podremos solo nosotros cuatro? —pregunté.

La falta de Goode y Meir había dejado la sala de reuniones demasiado vacía para mi gusto.

—Podremos —aseveró Lavick.

—Podremos —confirmó Hossen.

—¿Te están entrando los nervios previos al estreno? —me guiñó el ojo Brooks.

El jefe de unidad disimulaba el disgusto, pero yo había aprendido a comprender las micro expresiones, gracias al cursillo intensivo de Hossen, y la marcha de los dos hombres tampoco había sido de su agrado.

Hossen cada vez era más exigente conmigo.

—O te recoges el pelo o tendrás que usar peluca —me había dicho la tarde anterior.

—No es justo, tú no tienes que llevar peluca.

—Tampoco tengo un pelo tan llamativo como el tuyo. Recuerda que la gente se queda con las impresiones y lo primero que vi cuando bajaste del tren fue tu cabello.

Me lo había repetido mil veces y estaba dispuesta a recogérmelo cuando llegásemos a Europa, pero todavía estábamos en la base y su comentario había tenido un tono menos paciente del habitual.

—No entiendo por qué han enviado a Goode y Meir a otra misión, a punto de marcharnos —dije.

—Majors parece decidido a poner palos en las ruedas de la unidad —murmuró, como si hablase para sí mismo—. Hacen falta

más unidades, somos pocos para tanto trabajo.

Dos días después, llegó la orden de salir, lo haríamos al día siguiente y Brooks tenía razón: estaba algo nerviosa.

—Aquí está la documentación. —El jefe de unidad nos lanzó a cada uno un pasaporte, quedándose él con dos—. Examinadlas porque aún hay tiempo de rectificar.

Estudié mi pasaporte y vi que los datos eran correctos. Había memorizado mi personaje a fondo.

—Vale, todo conocemos nuestras identidades y papeles. El único cambio es que, al ser menos, tendremos que dividirnos ciudades —informó Lavick, dirigiéndose a mí—. Hossen viajará conmigo a Ramsteim, así que Mack y tú iréis a Marsella como recién casados y vigilaréis a nuestro sujeto mientras llegamos a Niza. Quiero actualizaciones continuas.

Brooks se llevó un par de dedos a la frente, remedando un saludo militar.

—¡Esto va a ser un paseo, agente Martin! —me dijo.

Le sonreí, aunque por dentro me comían los nervios. Quizá para ellos fuera un paseo; para mí, era una novedad.

—Me siento como una espía, con documentación falsa, aprendiendo a caracterizarme y todo eso.

—Pues espera a que venga la parte de improvisar —rio él.

—¿Improvisación?

—Una pareja de recién casados tiene que hacerse arrumacos y comerse a besos. De lo contrario, resultaría sospechoso…

—Mack —le llamó la atención Lavick.

—No le hagas caso —me dijo Hossen—. Como todo lo demás, es cuestión de simular una intimidad inexistente.

—Me subestimas —contesté a Brooks—. Cuando terminemos, querrás casarte conmigo.

Mi comentario les hizo reír, pero yo pensé que no me costaría tanto hacer unos «arrumacos» a mi compañero. Aunque no pensaba casarme con él, me gustaba lo suficiente como para imaginar sus labios pegados a los míos y mi mano acariciando su oscuro cabello rizado.

*****

Los planes estaban hechos y todo preparado.

Hossen y Lavick salieron ese mismo día, aprovechando un transporte militar para llevar el equipo electrónico, que preveían necesitaríamos, y las armas. Todo bien empaquetado, no ocupaba más de dos bolsas de deporte grandes. Se acomodarían en Niza y organizarían lo necesario para la llegada de Ballantine, nuestro objetivo.

Brooks y yo cogeríamos un vuelo regular hasta París al día siguiente. Desde allí, tomaríamos un enlace a Marsella, donde ya se encontraba Ballantine. Nadie tuvo que explicarme que convenía dejar un rastro creíble. El matrimonio debía viajar y pasar las aduanas con sus respectivos pasaportes.

—Ya que tenemos unas horas libres antes de coger el vuelo, vamos, te presentaré a nuestra susurradora al oído oficial —me dijo Brooks.

Salimos del almacén, se detuvo y consultó su móvil.

—Tenemos que esperar un par de minutos —me dijo.

Poco antes del plazo, un coche se detuvo delante del portón y un soldado le entregó una caja pequeña con sumo cuidado. Brooks le dio las gracias y me conminó a seguirle.

En un edificio en el centro del complejo de logística, se levantaban las oficinas, con personal que se dedicaba realmente a lo que se suponía que tenía que hacer un equipo de logística y, en un ala anexa, a la que se accedía con un teclado electrónico, se encontraba el centro de control de operaciones.

El espacio era como una sala de control de la Nasa. Disponía de cuatro salas acristaladas, provistas de pantallas enormes en las paredes, escritorios con ordenadores, consolas táctiles y equipos sofisticados de uso ignorado por mí.

Al frente del personal, se encontraba la mujer con la que Hossen y yo nos habíamos cruzado a mi llegada a la base.

—¡Mack, cariño! —exclamó ella, acercándose para darle un abrazo—. Sabía que estabas por aquí, pero hemos tenido una temporada movida y no he podido pasarme a saludarte.

—Hubiese venido antes, pero no quería hacerlo con las manos vacías, por si acaso me tirabas de las orejas.

Ella aceptó la caja que le tendía, le cogió el mentón con la mano y lo sacudió, con los ojos chispeantes.

—Con café o sin él, siempre me alegraré de verte, grandullón. Pero con café me alegro más.

Abrió la caja y palmeó al ver el café, aún caliente, en una taza de cerámica. El dibujo formado por la crema de leche se había emborronado un poco por el traslado.

—El detalle de la taza… No te preguntaré de dónde lo has sacado, pero sabes que te quiero. Tendría que haberte pedido matrimonio antes de que nos dejaras —dijo Liv.

—Hubiese aceptado.

No cabía duda del aprecio mutuo que se tenían.

—¡Ay, que no te he presentado a Cass!

—Nos conocemos de vista —dijo ella, inclinando la cabeza para saludarme—. Lo siento, Cass, mucho trabajo.

—Tampoco yo he tenido demasiado tiempo libre.

—¿Te han machacado con el entrenamiento? ¡No sé para qué pregunto, si Lavick es un obseso!

La mujer tenía una sonrisa contagiosa y poseía una vitalidad apabullante. Cogió la taza con una mano y me enlazó el brazo con el suyo.

—Ven, te voy a enseñar esto.

Más impresionante que las instalaciones, era el trabajo que llevaban a cabo. En una de las salas hacían el seguimiento de una unidad a vista de dron. Se encontraban en un paisaje desértico, con una población pequeña a menos de un kilómetro. Un operador principal hablaba con el jefe de equipo y el dron los dejó atrás para sobrevolar las primeras casas, cambiando la visión a infrarrojos.

Liv nos alejó enseguida. Cada una de las operaciones era secreta; solo quería mostrarme el trabajo.

—En esa… —Me señaló otra sala, con solo un operador de guardia, aunque con pinta de estar aburrido—. Están esperando el contacto de Goode y Meir. Los has llegado a conocer, ¿no?

Asentí, interesada de repente.

Liv daba tragos de su café mientras me explicaba el funcionamiento del equipo y luego nos llevó a su pequeño despacho, donde le contó novedades de la unidad a Brooks. Pude apreciar que estaba siendo discreta por mi presencia. Yo era una extraña que se marcharía una vez cumplido el trabajo y no convenía revelar asuntos privados.

Brooks parecía tener una gran conexión con ella. Más tarde tenía intención de preguntarle, por si me lo quería contar. A esas alturas, ya sabía que la discreción formaba parte de su trabajo, igual que la precisión.

—Nosotros salimos por la mañana. ¡Vente a tomar una copa esta noche! —le propuso.

—Ojalá pudiera, cariño. Mi guardia empieza a las cuatro de la mañana y es de esas que no puedo posponer ni delegar.

—Siempre tan profesional. La próxima vez, entonces.

—Te prometo que sacaré tiempo de donde sea, aunque tenga que coger vacaciones.

Se despidió de él con un prolongado abrazo y de mí con un beso en la mejilla.

—Cuida de este grandullón, vale su peso en oro —me dijo.

Mi compañero reía todavía cuando salimos del centro.

—¿De qué te ríes? —pregunté, algo molesta.

Quizá creyera que no sería capaz de cubrirle las espaldas, y eso me molestaba un poco.

—De Liv y su amenaza de coger vacaciones. A Majors le daría un infarto el primer día sin ella organizando todo. ¿De qué creías que me reía?

—De su última recomendación de que te cuidase.

Él alzó las cejas y me detuvo, cogiéndome por el brazo.

—No te equivoques. A pesar de la recomendación, Lavick te hubiese echado el segundo día si no te viese preparada. Es preferible ser menos, que jugársela con alguien incapaz de adaptarse al equipo —dijo, con seriedad—. Puedes tomarlo como un cumplido, porque lo es. Y también es un compromiso de cuidado mutuo.

Me aliviaron sus palabras. Debía tener más confianza en mí misma. Si fui capaz de suplantar a una licenciada en economía, saldría bien parada de esta nueva prueba.

Esa noche no hubo salida ni copas, por lo que supuse que la invitación de Brooks era solo la excusa para hablar con Liv.

Por la mañana nos trasladamos al aeropuerto en taxi y, como teníamos muchas horas de avión por delante, le pedí que me contase por qué la coordinadora se había emocionado por un café. Si es que podía hacerlo.

Podía y me contó varias anécdotas, entre ellas, la estrecha relación que lo unía con la jefa de operaciones.

7. SOLO DI SÍ

Un mes atrás

Más relajado y despejado después de una ducha, Sully volvió a la base, cuidando de que nadie lo viera entrar en el edificio de apartamentos. Llamó a la puerta de Emma y ella la abrió unos centímetros.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz espesa.

—Tenemos que hablar.

—Si no es de trabajo, no tenemos nada de qué hablar —contestó ella, más lúcida.

—Por favor… —suplicó él.

—Si alguien te ve aquí… —Dejó la frase en suspenso y abrió la puerta, asomándose a un lado y otro, tirando de Sully para meterlo en el apartamento, fuera de la vista de cualquier vecino—. Pasa, pero te vas en un minuto. Deberías estar en tu casa o en algún otro sitio, no aquí.

Emma todavía llevaba la ropa con la que había dormido. Se acababa de despertar con resaca y no era el mejor momento para abordarla, aunque no habría otro, porque tenían que aclararse con sus sentimientos y sobre cómo manejarlos.

—¿Hago café? —preguntó él, cuando la vio dirigirse al cuarto de baño y abrir el grifo de agua caliente de la ducha.

—No hace falta, gracias. Solo quiero que te hayas marchado antes de que salga del baño.

Sullivan no se marchó. Preparó el café y la esperó. Emma salió con una camiseta que le llegaba a medio muslo y secándose el pelo con una toalla.

—¿Por qué sigues aquí?

—Quiero hablar contigo antes de irme. Y no me iré hasta que te sientes y escuches lo que tengo que decir. —Le alargó una taza de café humeante—. Toma, te sentará bien.

—No quiero escuchar nada. Acabamos de volver de una misión larga y necesito relajarme, es todo. Dentro de nada nos llamarán para otra y tengo que descansar. Vete, por favor.

Sully negó con la cabeza y señaló el café frente a ella. Emma claudicó y se sentó, escrutando sus ojos.

—Lo de Roma ocurrió porque estábamos cansados. Llevarlo más lejos sería un error —dijo.

—Voy a preparar a mi propia unidad y abandonaré esta —dijo él, antes de que Emma continuase—. No trabajaremos en la misma, así que no debería ser un inconveniente.

—Ya, pero…

—Y voy a divorciarme de Christine, por lo que tampoco engañaremos a nadie. Aunque llevará su tiempo, solo quiero hacer bien las cosas para todos.

—¿Estás loco? ¿Vas a cambiar tu vida por una noche?

—Al contrario, voy a empezar a vivir de una vez. Llevo años posponiendo esas decisiones y ha llegado la hora, aunque no quieras apoyarme en la transición.

Ella agachó la cabeza. No podía negar sus sentimientos por Sully, pero Christine la odiaría, con razón. Y quizá se ganase la animadversión de todos los miembros de la unidad, incluidas sus familias. No sabía qué decir porque deseaba lo mismo que él, pero el precio que tendrían que pagar era muy alto.

Sullivan se levantó y se colocó a su espalda, masajeándole los hombros.

—Has sido lo mejor que me ha ocurrido en mucho tiempo. En años. Me haces sentir especial, nuevo, limpio de todo remordimiento. Querría demostrarte que puedo ser buena compañía, si me das la oportunidad y si me quieres en tu vida.

—Sully, es una locura.

—¿Querrás darme un tiempo? Lo necesitaré para sacar todo adelante —le preguntó, y siguió, sin esperar respuesta—. Luego podemos reconsiderarlo o cambiar lo que no te guste.

—Esto podría traer consecuencias graves para los dos, y también para la unidad —musitó Emma al fin.

—Voy a hacerlo bien. No habrá motivos de reproche.

Le acarició dulcemente el cuello. Ella cerró los ojos y sintió que una corriente le subía desde el vientre hasta el pecho, entreabrió los labios y soltó un suspiro.

—Lo prometo —dijo él.

Emma negó sin convicción.

—No será fácil. Solo necesito tu apoyo y que te olvides de lo demás. Iremos solucionando los problemas a medida que se presenten, no por adelantado.

Sullivan la alzó de la silla y la giró hacia él. Aunque permaneció callada, los ojos de Emma no podían ocultar que sentía lo mismo y buscó sus labios para besarle, rubricando su apoyo con el gesto, más elocuente que las palabras.

Él retiró la silla y la alzó por la cintura hasta sentarla sobre la mesa de la cocina, percibiendo el calor que se apoderaba de su cuerpo con la caricia; despertando la pasión en ambos, con igual intensidad que en Roma, aunque ahora no solo era el deseo el que impulsó a Emma a desabotonar la camisa del hombre, era la decisión de enfrentar lo que viniera, siempre que lo hicieran juntos.

Ella sonrió contra sus labios, al notar el gemido masculino cuando le acarició la espalda y avanzó en la mesa para pegarse a él y rodear sus caderas con las piernas, olvidando las dificultades futuras. Habían tomado un camino arduo y quería disfrutar de lo mejor: de su amor.

A las cinco de la tarde se levantaron de la cama para preparar una ensalada y un filete, y volvieron a acostarse en cuanto hubieron recobrado las fuerzas suficientes. Hicieron el amor por tercera vez en el día con la misma pasión de la primera y se quedaron abrazados, con las piernas entrelazadas, cada uno disfrutando del calor y el olor del otro.

—¡Dios, como se nos va a complicar la vida! –exclamó ella.

—Mucho, es verdad. Sería mejor que no nos vean juntos hasta la sentencia de divorcio. En eso Lavick tiene razón. Pero me niego a

esperar meses para poder salir de la mano contigo. Quiero que todos sepan…

Emma le puso un dedo sobre los labios.

—No digas tonterías. Solo tendrás que tener cuidado de que no te vean cuando vengas y te vayas. —Lo miró con una sonrisa traviesa—. ¿Crees que podrás hacerlo, sargento primero? Te han entrenado para cosas más difíciles.

—No quiero que seamos amantes. Para mí eres importante y no pretendo esconderte, ni esconder nuestra relación.

Su seriedad la hizo reír.

—Pues durante un tiempo, vamos a tener que serlo. ¡Eh, quizá sea divertido!

—No creo que lo sea para mí. —Sully le acarició el pelo con suavidad—. Deseo que todo el mundo sepa que te quiero.

—Eso son palabras mayores. Deberíamos darnos un tiempo para saber lo que sentimos. No somos unos niños.

—Precisamente porque no soy un niño, sé lo que siento.

—Mientras no te asignen una unidad, debemos trabajar juntos y esto no debe interferir en lo que esperan de nosotros —contestó ella, sentándose en un lado de la cama—. Si quieres hacerlo bien, será de esa forma. Que nadie tenga que llamarnos la atención. ¡Ya llegará nuestro momento!

Él se colocó a su lado, le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo hacia sí.

—Tengo que volver a casa para hablar con Christine.

Ella le obligó a tumbarse de nuevo, mientras se subía a horcajadas sobre sus caderas.

—Eso será mañana —le susurró al oído—. Esta noche me perteneces, y me voy a aprovechar, soldado.

8. UN CAPPUCCINO Y MUCHO AMOR

Liv llamaba «mis chicos» a los hombres de las unidades, aunque la sobrepasaran en edad en muchas ocasiones, porque eran su familia. Ella los cuidaba como un ángel guardián y se tomaba muy en serio su labor. Siempre estaba pendiente de mantenerlos informados con novedades, solucionaba los problemas de comunicación entre ellos y con la base, les proporcionaba apoyo aéreo o evacuación cuando era necesario. Hablaba con ellos, les daba ánimos y hasta contaba algún chiste en los momentos de desánimo, cuando las cosas se torcían.

Daba igual el tipo de misión en la que interviniesen. Las misiones «sucias» se desarrollaban en algún país en conflicto con el suyo, las «limpias» eran en un territorio pacífico. Sin embargo, todas estaban revestidas de riesgo.

Cuando alguno caía, se lo tomaba de forma personal, porque esos hombres eran su responsabilidad y, cada vez que ocurría algo desastroso, ella perdía un pedacito de su gran corazón.

A partir del grado de sargento primero y por turnos —cuando no se hallaban desplegados— tenían guardia en el centro de operaciones tácticas, supervisando las misiones en curso. Observar en la distancia, decidir y aprender a dar órdenes con rapidez y eficacia, era otra forma de aprendizaje.

Mientras estuvo en la unidad de Lavick, Brooks era especialmente apreciado en esos turnos. Tenía un gran sentido del humor y exageraba sus gestos para restar importancia a los momentos tensos, arrancando sonrisas a los operadores. Cuando le

tocaba dirigir alguna operación, sin embargo, no se distraía. Un despiste en la base significaba un riesgo añadido para sus compañeros, por lo que se centraba en reaccionar a amenazas con rapidez, dando órdenes claras y concisas a los hombres sobre el terreno en situaciones de emergencia.

Cuando le tocaba turno, nunca olvidaba llevarle a Liv, la jefa de operadores, un *cappuccino* bien cargado.

—No te lo puedo llevar a la cama porque ya sabes lo chismosos que son por aquí.

—¡Si piensas que por esto me vas a caer mejor, ya te lo puedes currar más! —gruñía ella—. Hoy me conformo con que no alborotes el gallinero demasiado.

Él conocía a todos los operadores y saludaba a cada uno por su nombre, interesándose por su familia o por algún asunto de salud. Esos detalles, como el del café de Liv o que apareciera de vez en cuando con un par de bandejas «distraídas» de la sala de oficiales, eran muy apreciados.

—¡Venga, ya habéis saludado, a trabajar!

Liv daba unas palmadas para llamarlos al orden y todos volvían a su labor, con la sonrisa que provocaba siempre la llegada al turno de Brooks. Ella sorbía su café y le guiñaba un ojo.

La tradición del *cappuccino* venía de una ocasión en la que el sargento creyó que no lo contaba. Cayó herido en zona de guerra y el resto del equipo lo tuvo que dejar solo durante interminables horas, que pudo soportar gracias a la charla incesante de Liv desde el centro de operaciones. Dolorido y apenas consciente por el chute de morfina, recordaba su voz, tirando de él para que no se durmiera.

—Haz un esfuerzo y bebe un poco de agua, te ayudará a despejar las ideas, cariño —le propuso ella—. Si te duermes, no sé a quién voy a contarle mi vida.

Había dejado a uno de sus mejores operadores guiando al resto de la unidad y aisló el auricular de Brooks para que solo la escuchase a ella.

—No sé si me apetece más un trago de agua o de tequila —confesó él con un suspiro.

—El primero corre de mi cuenta cuando regreses y te recuperes —intentó animarlo Liv —. Antes, solo te van a dejar tomar café, y yo café normal no bebo desde hace años.

Entonces le contó que había dejado de tomar café a raíz de un viaje a Florencia, en el que conoció al hombre de su vida: Valerio, que le llevaba todos los días un *cappuccino* a la cama. Poco antes de terminar sus vacaciones, se enteró de que estaba casado, pero no dijo nada. Decidió vivir el cuento hasta que tomó el avión de vuelta. A fin de cuentas, solo se vivía una vez. A partir de ese momento, ya no pudo beber otro tipo de café.

Brooks pensó que cualquier otra persona hubiera montado en cólera por el engaño, pero Liv seguía su propia filosofía. Veía demasiada violencia, dolor y muertes a diario, y quería paz de espíritu para no convertirse en otra amargada. Creía en el karma y en que el universo sabía hacer su trabajo.

Cuando sus compañeros regresaron para evacuar a Brooks, el helicóptero enviado por ella, con un médico a bordo, ya los estaba aguardando. La historia de Liv, sin embargo, perduraba en el recuerdo del herido, de tal forma que, durante su periodo de convalecencia, adquirió lo necesario y se dedicó a aprender la técnica del café como se hacía en Florencia.

La primera vez que apareció con la taza en su turno de la sala de operaciones, a Liv se le saltaron las lágrimas. El detalle la conmovía siempre y Brooks no olvidó el *cappuccino* ni una sola guardia, a partir de entonces.

La jefa de operaciones no volvió a llorar, aunque sí a recordarle que le costaría muchos cafés hacerle olvidar el lío de comunicaciones que organizó el primer día que le tocó trabajar allí. Brooks aprendió pronto que su labor era táctica y que la parte técnica tenía que delegarla en los que sabían. Cada uno tenía su trabajo y el equipo funcionaba a la perfección, según pudo comprobar en carne propia.

Sin Liv animándole y distrayéndole, y sin el equipo que tenía preparada la evacuación inmediata, él estaría muerto. Respetaba, valoraba y admiraba el trabajo de aquellas personas anónimas, que velaban por su vuelta a casa, sanos y salvos.

*****

—No sé si he sabido contestar a tu pregunta, pero eso es lo que ocurrió y de ahí el *cappuccino* de Liv.

—Así que eres todo un experto.

—Está mal que yo lo diga, pero…

Brooks soltó una carcajada, al tiempo que se colocaba el cinturón para el aterrizaje, según indicaba la señal.

—Bueno, señora Adams, ¿preparada para hacer tu aparición estelar en París?

—Preferiría venir como turista de verdad, pero me conformo. Ya llegará el día.

—Podemos decirle a Lavick que hemos perdido el enlace con Marsella y salimos mañana —sugirió él, con humor.

—Primero el deber, luego el placer.

—¿Lo prometes?

Ella sonrió de medio lado.

—Muy gracioso…

—¡Ya sabía yo que hubieses preferido casarte con Hossen!

Su vecina de asiento, que se había quitado los auriculares y escuchó la exclamación, los miró, ceñuda.

—Primera riña de enamorados, señora, no se alarme que luego haremos las paces en condiciones —le explicó Brooks.

Cass le dio un manotazo, conteniendo la risa.

Tuvieron tiempo de sobra para tomar un café en el aeropuerto, estirar las piernas y lavarse la cara, antes de coger el vuelo de enlace, que los dejó en Marsella al atardecer.

—Bueno, toca parecer una pareja de vacaciones, así que ¡vamos a ello! —dijo Brooks, enlazándola por la cintura, cada uno arrastrando su maleta de ruedas, de camino a la salida del aeropuerto.

—¿Nos irá bien lo que hay en la maleta? ¿Tú sabes qué llevan? —preguntó ella.

—Con lo detallista que es Lavick, te aseguro que la talla es la correcta. Respecto al contenido, te prevengo que será una horterada que querrás quemar.

—¿Faldas?

—Lo has dicho con un asco que casi me repele la idea.

—Es que las faldas y yo…

—No sé por qué, tienes unas piernas bonitas —comentó él, haciéndola sentirse halagada—. Si no llamase la atención, yo no me pondría otra cosa.

—¿Te estás riendo de mí?

—Claro que no, cariño.

—Más te vale o esta noche duermes en el sofá.

Brooks no durmió en el sofá porque no lo había.

La habitación contaba con baño amplio, una cama grande, un armario empotrado, dos sillas de diseño y una mesita para el desayuno. La decoración tampoco estaba mal; sencilla y fresca, en colores blancos con toques de azul.

Pidieron cena abundante al servicio de habitaciones y Brooks sacó un ordenador de su maleta, además de una cajita que contenía comunicadores.

Se colocó uno en el oído y lo conectó con dos toques.

—¡Hola, guapísima! Mi reciente esposa y yo estamos listos para una sesión en grupo. ¿Alguien que quiera apuntarse?

Cass se puso el comunicador y escuchó las risas de Liv.

—Os pongo con los demás.

—¿Todo bien, Mack? —preguntó casi de inmediato Lavick.

—Acabamos de llegar. ¿Hace falta vigilancia ya o tenemos unas horas para aclimatarnos?

—Descansad. Ballantine está en su habitación de hotel y no creo que vaya a moverse esta noche. Llegó con síntomas de *jetlag* y aún lo arrastra.

—De acuerdo. Vamos a dormir unas horas y nos ponemos en marcha por la mañana.

Su compañera, que no intervino en ningún momento, le interrogó con la mirada.

—Liv tiene acceso a las cámaras del hotel. Lo ha visto llegar y nos avisará si sale —le explicó él, levantándose para atender la llamada discreta a la puerta de la habitación.

Recogió el carrito con la cena, que un camarero había dejado en la puerta, siguiendo sus instrucciones.

—¡Me muero de hambre y sueño, no sé por dónde empezar la memorable velada! —exclamó ella.

—Vamos a cenar y a dormir.

Ella casi echaba de menos el intenso entrenamiento. Parecía que estuviese haciendo trampas después de irse Lavick.

—Si no estás preparada a estas alturas, nunca lo estarás —le dijo Brooks cuando compartió su inquietud—. Tu cuerpo ya sabe cómo actuar, ahora es hora de relajarse físicamente y centrarnos en la misión. ¿Podrás?

Era una pregunta retórica, puesto que llevaban preparándose casi un mes para lo que tenían por delante, incluyendo las actualizaciones debidas a la ausencia de Goode y Meir.

Cass alternaba los bocados a su pollo con la ardua tarea de deshacer la trenza de su cabello. Su compañero no hizo comentario alguno, cada cual necesitaba sentirse cómodo a su manera y, si ella tenía que soltarse el pelo, le parecía bien. A él le gustaba con el pelo suelto. Y recogido también.

—¿Ventanilla o salida de emergencia? —le preguntó, viéndola revolver en su maleta, buscando los útiles de aseo.

—Salida de emergencia, por supuesto.

Brooks sonrió. Le había cogido el punto de humor y le gustaba todavía más por eso.

Resultaba un inconveniente distractorio, pero no quería pensarlo demasiado o no pegaría ojo en toda la noche.

9. EL AIRE DE MARSELLA

Cass

Ni notaba el *jetlag*, quizá porque me inquietaba más estar durmiendo con un hombre que la diferencia horaria. Era la primera vez en mi vida que lo hacía.

Nunca había tenido una cita y mucho menos todo lo que conllevaba una incipiente relación: tomarse de la mano, mirarse con arrobamiento, reír de naderías… De hecho, ni siquiera compartía cuarto de baño después de tener sexo con el desconocido de turno, porque el desahogo sexual terminaba siendo menos satisfactorio de lo esperado; un consolador hubiese sido igual de eficaz. La sordidez y la vergüenza ocupaban el lugar de la necesidad, como invitados forzosos e indeseables a una fiesta. Al fin y al cabo, me acostaba con desconocidos precisamente por eso: porque eran desconocidos y no tendría que verlos otra vez. No sentía que me boicoteara a mí misma, sino que era consecuente con mis circunstancias.

Jamás me había permitido enamorarme, e intuí que eso sería la constante en mi vida porque un instante de relajación podía delatarme. Así que esa mañana, me sentí extraña, como si el hecho de haber dormido con un hombre, hubiese sido el colmo de los despropósitos que podía llegar a cometer.

Aunque no hubiese nada entre nosotros, sentí cierta calidez desconocida, como cuando llegamos al hotel y me pasó la mano sobre los hombros para acercarnos a la recepción.

Me levanté y me fui al baño para meterme en la ducha.

El ruido del agua despertó a mi compañero de habitación que, con el cabello revuelto y los ojos adormilados, se incorporó para investigar de dónde procedía la molestia. Al verme, volvió a dejar

caer la cabeza en la almohada. Se desperezó, bostezando, y rezongó un «buenos días» cargado de sueño.

—Ballantine debe estar todavía en el hotel o nos hubieran avisado —dijo.

Salí del cuarto de baño ya vestida con la ropa que había escogido de la maleta. Brooks tenía razón: no me gustaba nada de lo que contenía. Lo más llevadero eran unos vaqueros y una camisa blanca, anodina, que fue lo que elegí. El resto lo componían una mezcla de vestidos veraniegos con estampados de flores, camisetas y chaquetas multicolores y faldas largas hasta el tobillo o cortas hasta medio muslo. Se trataba de ropa actual que llevaría una mujer de ciudad con acceso a numerosas tiendas no excesivamente caras, pero con gusto. No eran mi estilo.

—Adivina qué he encontrado en mi maleta.

Le enseñé lo que traía oculto en la espalda.

—¿Qué es eso?

—Un pareo —dije, riendo.

—¡No imagino a quién se le puede haber ocurrido que eso te haga pasar desapercibida!

—Pues que sepas que pienso ponérmelo en algún momento, porque quiero bañarme en el Mediterráneo.

—Y yo pienso hacerte una foto.

Se lo lancé a la cara y él lo esquivó con una risotada.

—¿Y si te vas preparando? —le pregunté—. Ballantine puede ponerse en marcha en cualquier momento y no podemos llamarle para decirle que aún no estamos listos, que nos espere tomando un café…

—Tengo sueño —protestó.

—Y yo hambre. ¡Venga, salgamos a desayunar, estamos en Marsella!

—Dijiste que habías estado aquí el mes pasado.

—Si cuentas como estancia bajarse de un avión para subir a un coche, arrestar a alguien, meterlo en el coche, en el avión y de vuelta a casa, es cierto. Incluso respiré durante un par de horas el aire francés.

—Podías haber especificado —contestó él, levantándose—. Dame cinco minutos y nos vamos.

Me gustó que tuviese esa deferencia. De verdad me apetecía salir y ver algo de la ciudad, antes de que Lavick nos llamase para que estuviésemos preparados. Si he de ser del todo sincera, esperaba que el *jetlag* de Ballantine fuese de los terribles y que estuviera un día más sin salir del hotel.

No ocurrió, por supuesto. Sin embargo, hubo tiempo para desayunar en una terraza con preciosas vistas al viejo puerto.

Ballantine se alojaba en un hotel de lujo cercano; nosotros en uno de cuatro estrellas, porque una pareja de recién casados no habría ido a uno de menos. Aunque a mí me gustaba y me bastaba. Sin disponer de las espectaculares vistas al puerto viejo de Marsella, teníamos una panorámica envidiable de la basílica de Notre Dame de la Garde.

El hombre, objeto de nuestro interés, salió del hotel solo, miró a ambos lados de la calle y cruzó con prisas.

—Lo tenemos a la vista —informó Brooks.

Lavick acababa de avisarnos de su próxima salida, vigilada por las cámaras de seguridad del hotel.

—Voy yo —me ofrecí, segura de que podría seguirle sin llamar la atención.

—No desconectes el auricular —me advirtió Lavick—. Brooks, síguelos a cierta distancia. Ya sabes…

—Lo sé, jefe. Intercambiar lugares cada cierto tiempo es de primero de seguimiento de sospechosos.

Preferí no responder a Lavick porque la advertencia era para mí, no para Brooks. Me mantuve a muchos metros de Ballantine, un hombre que padecía de obesidad y de todas las trabas físicas que debía sufrir por trabajo: demasiadas horas de oficina y pocas dedicadas al ejercicio. Se notaba que le costaba respirar y transpiraba más de lo normal.

—No somos los únicos que le seguimos, Cass. Atenta a tus cuatro. Desvíate por la próxima calle, te tomo el relevo.

—Os alcanzaré más adelante —dije.

Tampoco hubo ocasión. Ballantine llegó a una plaza y tomó asiento en una terraza, con un resoplido de alivio.

—Vete de todas formas. Yo me quedo —dijo Brooks.

—¿Todo bien? —preguntó Lavick.

—Se ha detenido en una terraza —respondí yo.

Lo perdí de vista, al meterme en una calle peatonal que daba al puerto. Saqué del bolso una chaqueta ligera, sin dejar de caminar, me la puse encima de la camiseta y recogí mi coleta en un moño bajo con un par de horquillas.

—Estoy cerca, avísame si necesitas relevo —dije a mi compañero, a través del comunicador.

—El otro perseguidor se sienta con Ballantine —informó Brooks —. Parece que le esperaba porque no ha habido sorpresa.

—De acuerdo. A ver si Liv puede sacarnos un buen plano.

—Puedo hacerlo yo, mientras le doy un morreo a mi «mujercita» para disimular.

Escuché la risa de Hossen de fondo y a Lavick llamándole la atención con un exabrupto.

—No te mosquees, hombre, que era broma.

—Arréglatelas para hacerle una buena foto, quiero saber quién es, y Liv solo tiene acceso a una cámara de baja resolución en la otra punta de la plaza.

Me asomé con cuidado y vi a Brooks caminar despacio, fingiendo hablar por su móvil, deteniéndose como si su interlocutor le hubiera dicho algo importante y continuar sin volverse ni una vez a mirar la terraza. No hacía falta, había estado grabando durante la supuesta conversación; con el teléfono y la mano se había cubierto la cara para que no pudiesen reconocerlo más adelante.

Cuando llegó a mi altura, se detuvo, me guiñó el ojo y envió la grabación a Liv para que procediera a pasar el rostro del hombre por el reconocimiento facial.

—¿Qué te parece? ¡Y sin morreo!

—¡Eres todo un profesional —exclamé, con ironía.

—¡Ya te digo!

—Me estoy arrepintiendo ya de no haber enviado a Hossen —rumió Lavick, haciendo reír a Brooks.

Me asomé de nuevo. Los hombres seguían charlando, aunque Ballantine parecía algo más congestionado.

—¡Lástima no poder escuchar su conversación! —dije.

—La están escuchando —susurró Brooks, demasiado cerca de mí—. Los satélites solo nos muestran sus cogotes, pero te sorprendería el oído tan fino que tienen.

—¿Y de qué hablan? —pregunté, en el mismo tono bajo usado por él y que imaginé sería para no molestar a los demás que nos estaban oyendo.

—Luego nos lo dirán, no seas impaciente.

—No le hagas caso al grandullón —intervino Liv—. El hombre es Vartan Barsamian, un enviado de los armenios que operan en Marsella. Lo está tanteando, aunque está claro que no pueden competir con el postor que Ballantine espera. Quizá quiera participar en el negocio, de alguna forma.

Me asomé otra vez y observé al armenio, del que solo podía ver su perfil. Rondaba los cuarenta años y tenía una mata de pelo oscuro, acompañada de un gran mostacho, que le llegaba hasta el mentón. Llevaba una chaqueta demasiado gruesa para la estación y algo en su actitud proclamaba que la paciencia no era su fuerte.

—Pero podría matarle para robar el maletín —dije.

Ballantine llevaba el maletín esposado a su muñeca; poca protección para la información que debía contener.

La llegada de otro hombre a la reunión, acabó con la conversación y el armenio se marchó, con patente cabreo.

—¿Y ese quién es? —pregunté.

—Alguien que no tendría que estar aquí —contestó Brooks con una seriedad inesperada—. Un agente de la CIA.

—Howard Lewis ya no está en la CIA —rebatió Liv—. Llevaba tantos asuntos turbios que lo echaron años atrás. Estás desfasado, grandullón.

La llegada a la plaza de cuatro hombres más, que se colocaron en puntos equidistantes de la misma, inmóviles, excepto por sus ojos que lo escrutaban todo, complicó la situación.

—Pues parece que Lewis tiene nuevo dueño. Seguro que le da más de comer que la CIA —comentó Brooks—. Y lleva escolta.

Cuatro. No sé si para él o para nuestro hombre.

—A ti no te conoce —dijo Lavick—. Procura que siga así.

—Soy el primer interesado.

—Se van —intervine—. ¡Vamos!

—Quedaos al margen —ordenó Lavick—. Tenemos el maletín localizado y no merece la pena que os descubran. Cuéntame detalles, Brooks.

—Van todos armados y tienen pinta de saber usar la artillería que llevan. Si me dicen que son antiguos colegas de agencia de Lewis, me lo creería.

—¿No son militares?

—Juraría que no.

—Vale, pues largaros de ahí. Liv nos dirá algo cuando tenga las imágenes y todo el audio.

—¿Entonces, qué hacemos? —pregunté.

Mi frustración era patente. Quería hacer algo.

—Turismo —contestó Hossen.

—¿Turismo?

—Aprovecha los momentos de respiro mientras puedas.

—Haz caso —me dijo Lavick—. Desconectaos, si hay alguna novedad os llamaré al teléfono.

—Entonces, la cuenta de gastos… —empezó a decir Brooks.

—No te pases —contestó Lavick—. Que sea dentro de un orden, a ver si vas a tener que pagarla tú.

—¡Demonios, qué piojosos sois los militares! —rezongó mi compañero, riendo y desconectando su auricular con un par de toques e invitándome con un gesto para que le imitase.

—¿Para esto las dos semanas de preparación? —gruñí.

Él me cogió del brazo con delicadeza para alejarnos.

—Desconecta —me dijo, y cuando lo hice, continuó—. No creas que Ballantine va a estar sin ojos encima. Ahora mismo, con ese individuo cerca, es mejor seguir el consejo de Lavick.

—¿Y si hace algo imprevisto?

—Nos avisarán para que volvamos.

Su respuesta no me dejaba contenta. De verdad que esperaba haber subido y bajado la maldita cuerda y el rocódromo incontables

veces, disparado con distintas armas todos los días y practicado el camuflaje con Hossen para algo más.

Brooks me pasó el brazo por los hombros, dejándome sin aliento por el inesperado contacto, y me sonrió.

—Te invito a un café, esposa.

Nunca había caminado enlazando a alguien de la cintura y resultaba una experiencia de lo más inquietante. Sugería intimidad y requería coordinación, además de confianza.

El día, además, acompañaba el conjunto, bañando de sol las piedras de la calle, las fachadas de las casas y deslumbrando con su reflejo en el mar, a lo lejos.

—¿Te apetece un tour por la parte histórica de la ciudad, por la costa o nos arriesgamos a meternos en los barrios chungos para sacarte la espinita de la inacción?

—¿Quieres la verdad?

—Si pretendes quedarte sola para meditar, prefiero no escucharlo. Déjame hacer de guía turístico, siempre ha sido mi vocación frustrada y me apetece pasar el día contigo. —Un segundo después, añadió, como si se hubiese dado cuenta de que había sonado raro—. Además, quiero ver tu cara de asombro, esta parte de Francia es muy bonita.

Algo debía tener el aire francés, porque me gustó su propuesta y me esponjé, como un bizcocho en el horno. A mí no solían revolotearme mariposas en el estómago ni acostumbraba a crearme expectativas basadas en un halago.

Me preciaba de tener la cabeza en su sitio y creía que el romanticismo era como la necesidad de comer azúcar cuando el hambre apretaba. Al terminar el trozo de pastel, resultaba que solo habías conseguido un segundo de placer lleno de calorías vacías y energía para cinco minutos.

No se me podía acusar de romántica; si acaso, de lo opuesto: me gustaban los hombres para un rato y luego cada uno por su lado, así no había peligro de empacho.

Para escapar a esos derroteros, tan atrayentes como peligrosos, cambié la corriente de la conversación.

—La verdad es que me gustaría saber más de ese Vartan Barsamian. Según ha dicho Liv, este negocio le va grande. ¿A qué se dedica? ¿Por qué ha contactado con Ballantine?

La sorpresa en su rostro fue genuina. Puede que él estuviera acostumbrado a apagar el interruptor de trabajo con rapidez; a mí me costaba. Y seguía pensando en el breve encuentro de Ballantine y el armenio.

—¿Crees que tiene importancia? —preguntó.

—¡Y yo qué sé! Pero el episodio me ha parecido chocante. Sobre todo, porque se ha largado de inmediato cuando ha aparecido el de la CIA. Daba la impresión de que se conocían y que a … ¿Lewis se llamaba? Le ha cabreado verlo allí.

Brooks suspiró.

—Vamos a hacer una cosa: nos dedicamos a pasear por esta parte de la ciudad, te enseño lo que conozco y subimos a Notre Dame de la Garde, desde donde hay unas maravillosas vistas de la costa. Comemos donde te apetezca y, mientras, le vamos preguntando a Liv. A medida que tenga información, nos dirá algo más sobre Barsamian.

Tenía agilidad mental, había que reconocerlo: su estrategia complacía sus deseos y los míos.

No obstante, esperaba estar equivocada sobre sus intenciones, porque pronto seríamos compañeros de división en el FBI y yo no empezaría con mal pie a causa de un tropezón previo. Si cuando tenía hambre no me contentaba con un dulce, sino que buscaba alternativas rápidas y saludables, cuando acuciaban otras necesidades, era capaz de apaciguarlas fuera de mi ámbito laboral.

10. COTO DE CAZA

Durante los años que llevaba al mando de las unidades, el aburrimiento había hecho presa en Majors y solo le divertía caminar sobre la fina línea que separaba lo correcto de lo reprobable, poniendo el pie más de una vez en la parte equivocada.

Por ese hastío de tener que permanecer en la base más de lo que le gustaría, comenzó a flirtear con Christine Sullivan. Al principio lo hizo solo por el atractivo físico de la mujer, que sabía realzar sus encantos con prendas provocativas y una actitud que, a cualquiera que no la conociese, podía parecer frívola.

Pero sus ojos de depredador percibieron que ella ocultaba en su interior la fragilidad propia de las personas inseguras y recelosas, que la conducía al enfrentamiento cuando no se encontraba cómoda. Y no había cosa que incomodara más a Christine Sullivan que las continuas ausencias de su marido. Imaginaba el peor escenario, que no era que lo matasen, sino que conociese a otra mujer y la abandonara.

Semejante descubrimiento fue determinante para el teniente coronel, que venteó esa debilidad como un depredador acechando a su presa. Sullivan le resultaba especialmente antipático, pues acostumbraba a ponerlo en evidencia y a desobedecer sus órdenes, esgrimiendo un código de honor propio de las unidades, que Majors despreciaba. En rigor, aborrecía la superioridad moral de la que hacían gala, negándose a asumir misiones en las que se pusiera en riesgo a demasiadas personas inocentes y ajenas al conflicto, cualquiera que fuera este.

Majors no respetaba a sus hombres ni su trabajo, por eso tenían continuos enfrentamientos y el ambiente era de desconfianza

mutua. De hecho, esa falta de respeto y la necesidad de paliar el aburrimiento lo llevó a tener una aventura con Christine. Si la unidad de Sullivan tan solo lo hubiera sospechado, teniendo en cuenta que sus vidas dependían de las órdenes del centro de mando que él mismo dirigía, hubiese sufrido un desafortunado accidente hacía tiempo.

Pero no había nada más tentador que lo prohibido y desde que Sullivan le había roto el brazo a su mujer en una de las peleas familiares, que eran una constante en casa de la pareja, el teniente coronel aprovechaba cualquier momento para acercarse a ella. Y Christine se dejaba consolar porque necesitaba reafirmarse, aunque seguramente ella ni siquiera supiera qué significaba esa palabra. Como la mayoría de ignorantes, veía lo que quería ver.

Al principio, eran cafés tomados en la cocina, soportando sus lloriqueos sobre el exceso de trabajo de su marido. Luego llegaron las llamadas a horas intempestivas en las que, hecha un mar de lágrimas, se quejaba con amargura de que Sullivan había vuelto a irse de casa.

Tras esas llamadas, a menudo Majors iba a visitarla y dejaba que se desahogase ante un par de vasos de *whisky*. Él solo aportaba el hombro y dejaba que el tiempo transcurriera. Soportaba las largas sesiones con la paciencia del depredador porque, además, no tenía prisa; todavía conservaba a su última amante, aunque había empezado a cansarse de ella y estaba dando pasitos cortos, pero firmes, para quitársela de encima con la mayor discreción.

Christine era frágil, pero no era tonta, tenía clara conciencia de que la relación con Sully estaba deteriorada hasta un punto cercano al de la ruptura. Ya hacía tiempo que no había amor entre ellos, solo resentimiento. Ella era incapaz de entender su trabajo, sus largas y frecuentes ausencias y su cansancio a la vuelta. Él no encontraba en su casa la vida familiar que soñaba, sino continuos enfados de su esposa, que solo soportaba por el cariñoso recibimiento de su hija.

A pesar de todo eso, Christine seguía deseando sus caricias de amante considerado, que la hacían arder por dentro, las miradas tiernas que antaño le dedicaba a cada momento y en cualquier sitio.

Seguía obcecada con la idea de que aún había amor entre ellos y que solo tenían que conectar de nuevo.

La primera vez que Sully cayó en la cuenta de que la brecha existente entre ellos era irreparable, fue una mañana primaveral. El olor de las flores del jardín inundaba el recibidor de la casa y el sol entraba a raudales por las ventanas. Él acababa de llegar y se quedó en la puerta de la cocina, observándola recoger las cosas del desayuno, preguntándose qué había pasado con ellos para distanciarse tanto.

—¿Vienes para un tiempo o vas a salir corriendo enseguida? Lo digo por cambiar mis planes y lavarte la ropa antes de que te largues —espetó ella.

—Nunca te he pedido que laves mi ropa, Christine.

—No, claro. Nunca pides nada.

Él no quería una discusión, así que recogió la bolsa de viaje que acababa de soltar y se fue. Se hubiera quedado, aún a costa de otra pelea familiar, de haber imaginado el precio que tendría esa decisión, porque esa fue la primera noche que Christine y Majors se acostaron juntos.

Una vez se hubo serenado, consciente de que había estado demasiado agresiva, Christine llamó al móvil de su marido durante todo el día, sin obtener respuesta.

Por la tarde, pidió a la esposa de Lavick que se ocupase de su hija y, a las cinco de la tarde, se encontraba sentada ante la barra de un bar que encontró abierto. El ambiente estaba enrarecido, pero los clientes parecían ir cada uno a lo suyo, por lo que los imitó. Se sentó en un taburete y fue pidiendo una copa tras otra sin mirar a su alrededor, sumida en su tormenta interior, que el alcohol hacía llevadera.

A las siete aún no estaba bastante borracha para haber perdido la esperanza de que fuese Sully el que la llamaba. La ilusión, sin embargo, se disolvió casi de inmediato: en la pantalla parpadeaba el nombre de Majors.

—Patrick — dijo, más que preguntó al teléfono.

—¿Qué ha ocurrido? —indagó él, en tono preocupado—. Tu marido me ha pedido permiso para irse fuera.

—Hemos discutido y lo estoy celebrando —contestó ella con voz titubeante, tanto por la sorpresa de saber que se había ido de la base como por el alcohol ingerido.

Hubo una pausa casi audible y por fin el coronel dijo:

—Vale, te dejo entonces, no quiero molestarte.

—¡Espera, Patrick! —Hacía un par de meses que habían apeado el tratamiento en privado—. ¿Quieres tomar una copa?

Majors esbozó una sonrisa al otro lado del teléfono. El león estaba a punto de alcanzar a la gacela.

—No sé. Si te apetece estar sola, podríamos hablar mañana… —dijo, reprimiendo el tono triunfal.

—¿Sola? —Christine soltó un graznido, que pretendía ser una carcajada—. ¡Estoy harta de estar sola!

Le dio el nombre del bar y colgó, sabiendo que no tardaría en aparecer. Hacía tiempo que había visto el brillo lujurioso en su mirada. Estaba deseando tirársela. Bien, después de que hubiese contestado a lo que quería saber, quizá le dejase, ¿qué más daba? ¿A quién tenía que rendirle cuentas, a un hombre que llevaba años follándose a otras por todo el mundo?

Había sido una de las chicas populares en su instituto y se había librado de la etiqueta de «zorra» porque había esquivado la cama de todos los del equipo de fútbol, excepto la de Sully. De él se había enamorado y sabía que el sentimiento era mutuo. Quizá la relación se había atemperado un poco con el tiempo, pero entonces llegó el embarazo, poniendo las cosas en su lugar: iban a ser una familia.

Sus sentimientos siempre fueron algo enfermizos, porque necesitaba exclusividad. Quería ser el centro del mundo para su marido y el nacimiento de su hija la había desplazado a un segundo lugar muy frustrante.

Y cuando entró en la unidad, el resentimiento empeoró. Las unidades no se limitaban a la actuación habitual militar. Según tenía entendido, participaban en operaciones con civiles, en entornos más propensos a la relajación que a la guerra.

Más de una vez, hablando con Madie de esas operaciones, que ellos no podían compartir, se preguntó si había otras mujeres por

ahí, pendientes de su marido, igual de enamoradas de él y si tendría una relación seria con alguna de ellas.

En una de esas conversaciones con Patrick Majors hasta altas horas, él había cometido un desliz: la madrugada y el whisky tenían esos efectos, a veces. Se le había escapado que, en ocasiones y si la tarea lo requería, los miembros de la unidad tenían que hacer lo posible, y subrayó, cualquier cosa, para conseguir información. Además de que las largas ausencias de sus casas y las mujeres hermosas, con las que tenían que tratar, eran mala combinación.

Majors lo dejó caer y ella lo recogió porque lo esperaba. El hombre sonrió por dentro cuando ella palideció un poco al procesar la información, pero siguió hablando como si no se hubiera percatado de ello.

Esa noche, tocaba hablar de Fátima, porque Christine estaba a punto. Él le contaría su versión de la historia y ella le creería, como siempre.

Cuando Majors llegó al bar, se sentaron a una mesa y, tras intercambiar varias frases de saludo, Christine lo miró fijamente y el teniente coronel fingió azorarse, bajando la mirada.

—Cuéntamelo todo, me lo debes… —espetó ella, mirándolo por encima del vaso, que tenía asido con ambas manos.

—¿Contarte qué? —Él se hizo el tonto. Sabía perfectamente a qué se refería ella.

—Mack tiene otra vida. Apenas duerme en casa, se va a otro sitio. Cuéntame lo que sabes.

—Yo, yo… —balbuceó.

—Nada va a cambiar. Tengo los documentos del divorcio, pero me gustaría saber toda la historia, por curiosidad.

El teniente coronel bajó los ojos a su vaso. Más tarde pensó que había sido algo teatral, pero no pudo evitarlo.

—No estoy en posesión de todos los datos, tienes que entenderlo. Lo que yo sé lo he captado de informes y un poco de chismorreo que corre por el centro de control.

—¡Da igual! —cortó ella—. Cuéntame lo que sabes, las conclusiones ya las sacaré por mi cuenta.

Majors la miró y volvió a bajar la vista. Le encantaba su ingenuidad, que se debía al hermetismo de Sullivan, como debía ser. Las esposas nunca preguntaban los pormenores de su trabajo porque sabían que ellos no podían contárselas.

—Fue hace un tiempo, tendría que consultar para saber hace cuanto exactamente. —Ella hizo un gesto con la mano. No le importaba ese dato—. Se encontraban en Pakistán creo, o en Irán, no sé. Solo recuerdo que una mujer les servía de intérprete con alguna facción local, que hablaba una de las múltiples lenguas de la zona. Hacía de mediadora y de guía, según creo.

Ella volvió a hacer el mismo gesto para que fuera al grano.

—Por lo visto, el equipo se encontraba en una mina y se produjo un derrumbe. Fátima, que así se llamaba la guía, quedó atrapada bajo unas vigas y Sullivan se negó a abandonarla, contraviniendo las órdenes.

—Fátima…—dijo Christine entre dientes, con la vista puesta más allá de Majors.

—Cuando lograron liberarla, visto que la mujer había quedado al descubierto ante una de las facciones y ya no estaría segura en el país, Sullivan dijo que se la llevaban.

Ella volvió a posar sus ojos en el teniente coronel.

—A pesar de que reiteré la insensatez de tal medida, Sullivan la metió en el helicóptero de evacuación, hizo los trámites pertinentes y le consiguió asilo político.

La miró, aguardando el efecto de sus palabras.

—¿Vive aquí?

—A unos cien kilómetros.

—Dime más —murmuró Christine, tragando saliva.

—No sé más.

—¿Se ven?

—Sí. No sé cuánto, pero estoy seguro de que él la visita cuando se encuentra de permiso.

Nubes de tormenta atravesaron los ojos de la mujer.

Su cambio de expresión complació al teniente coronel. Deslizó una mano sobre la mesa y cubrió la de ella. No dijo nada, dejó que ella completara la historia a su conveniencia.

—¿Tiene hijos? —preguntó, algo temerosa.

—Sí, tiene un hijo varón.

La respuesta resultó devastadora para Christine. Ella siempre había deseado darle un hijo a Sully, convencida, por alguna razón atávica estúpida de que un varón lo hubiera atado a la familia más que cualquier otro argumento.

El teniente coronel, que sabía ese dato, seguía atento a sus cambios de expresión, porque le acababa de dar una respuesta incompleta, que ella había interpretado a voluntad.

Fátima había dado a luz cinco meses después de su llegada al país. El padre no podía ser Sullivan. Pero eso no cabía en la conversación. Todo el grupo había estado de acuerdo en sacarla del país, excepto Majors, y Sullivan se le enfrentó:

—¡Si quiere matarlos, a ella y a su hijo, venga usted mismo a pegarle un tiro en la cabeza. Si no está dispuesto, en dos horas tomará el mismo helicóptero que nosotros, señor!

Y ese «señor» final había sido una provocación.

En el centro de control todos lo habían mirado, expectantes, y tuvo que ceder. El hijo de puta de Sullivan lo sabía, era una comunicación abierta, y se había aprovechado de ello.

Christine terminó su copa de un trago. Tenía suficiente.

Majors se ofreció a llevarla a casa. Ella era consciente de que no podía conducir un coche, pero si podía reconducir su vida y se sentó en el asiento del copiloto.

—Llévame a un motel —susurró, con la vista al frente.

11. PREPARATIVOS

Hossen y Lavick no habían parado desde su llegada a la base de Ramsteim, en Alemania. Tenían muchos kilómetros que cubrir hasta Ginebra y luego otros tantos hasta Niza.

Su misión paralela requería de una precisión milimétrica y, aun así, solo pudieron tomarse respiros por turnos, mientras el otro conducía. Durante el viaje, alquilaron un piso amplio de cuatro habitaciones por teléfono y ocultaron el material, susceptible de llamar la atención en algún control fronterizo.

Mientras preparaban la misión, salió a relucir un dato importante: el hotel en el que Ballantine solía realizar la venta de la información robada al Pentágono, resultaba muy conveniente porque se encontraba en las sombras.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Cass con el ceño fruncido, por ser la única que desconocía la jerga usada por ellos.

—Pues que reúne las mejores condiciones para asegurarse una negociación privada —respondió Hossen.

—Vale, ahora sí que me ha quedado claro —dijo ella, con ironía, apoyando la espalda en la pared, como si la explicación la hubiera dejado satisfecha.

Goode, que aún no sabía que saldría en misión distinta una semana más tarde, intervino:

—El edificio en el que está el hotel era una vivienda antigua de tres plantas, de muros gruesos de piedra, que sobrevivió a un bombardeo de la Segunda Guerra mundial. Los propietarios actuales la concibieron como un lugar de recogimiento para clientes que desean un retiro mundano. No tiene wifi, carece de teléfono,

excepto en recepción, y de cualquier cobertura de telefonía móvil, debido al grosor de los muros.

—¡Con el añadido de que, cada habitación cuesta un ojo de la cara! —exclamó Meir, con los ojos en blanco—. Pero no es solo eso lo que convierte el trabajo en un fastidio: además se encuentra en un pasillo entre satélites, así que es imposible captar imagen ni sonido desde el cielo. Y, por si fuera poco, está en una calle peatonal estrecha, sin cámaras y sin entrada a garajes, por lo que la circulación se limita a alguna furgoneta de reparto, además de los vehículos de los vecinos, que pueden detenerse no más de cinco minutos.

Cass silbó.

—Esto parece un capítulo de Misión Imposible. Decidme, al menos, que disponemos de algún ingenio que nos permita volar. A Tom Cruisse se lo ponen difícil, pero le dan «extras».

—No tendremos esos «extras» —intervino Lavick—. Pero disponemos de otros mejores.

El jefe de unidad se señaló la cabeza y la agente del FBI pensó que, si habían conseguido meterse en las negociaciones de una embajada enemiga de su país, como le había contado Hossen, tendría que confiar en que algo se les ocurriría.

Y algo se les había ocurrido, por eso Lavick acababa de enviar un correo a uno de los vecinos, cuyo apartamento se encontraba delante del hotel, objeto de su interés.

Hossen identificó los tres apartamentos, situados frente al edificio que les interesaba, e investigó a sus ocupantes. El afortunado ganador de un crucero por la costa amalfitana era un hombre joven, con una novia nueva a la que querría impresionar y que podía permitirse un fin de semana largo en el trabajo. Le presionaron, diciéndole que la oferta caducaba en seis horas para tener tiempo de desalojar a los otros vecinos, si hacía falta, con distintas artimañas.

Hossen y Lavick acababan de llegar al piso alquilado, donde habían descargado el material necesario.

—Listo —dijo Lavick—. Liv nos avisará.

—¡Pues vamos! —exclamó su compañero.

Subieron a una furgoneta, con rótulos de vinilo recién estrenados, dedicada al mantenimiento. Dieron una vuelta a la manzana y la dejaron cerca del hotel, al que se acercaron caminando. Vestían monos de una empresa local de reparaciones y llevaban cajas de herramientas aparatosas. Previamente, metieron las manos en la maceta ornamental de la calle en la que aparcaron para ensuciarse las manos y parte del rostro, sin pasarse. Debían parecer operarios muy ocupados. Antes de entrar, Lavick se puso una gorra y gafas de montura dorada. Era el más reconocible por su cabello y las gafas desviarían la atención del recepcionista.

—Mantenimiento del gas, señorita. ¿Puede indicarme dónde está la caldera principal del hotel? —preguntó Hossen en un francés perfecto.

La recepcionista, una mujer de mediana edad y rostro simpático, les explicó que se encontraba en la azotea, algo que ellos ya suponían, puesto que el sótano estaba habilitado como bodega. Les entregó las llaves e indicó el ascensor. Ascendieron al tercer piso y subieron un corto tramo de escaleras, cerrado con una puerta metálica.

—Quédate, yo voy abajo —le dijo Lavick a su compañero, después de descargar su caja de herramientas en la terraza.

Bajó al primer piso por las escaleras y se cruzó con un hombre en el pasillo. Se limpió las manos sucias en un trapo aún más sucio e inclinó la cabeza en un saludo, al que el otro no correspondió.

Al quedarse a solas, cuando el ascensor se cerró con su antipático ocupante dentro, se apresuró a abrir la puerta de la habitación que, al día siguiente o el próximo, ocuparía Ballantine, y que estaba reservada durante diez días, por lo que sabía que se encontraba vacía.

Ni la habitación ni el mobiliario eran excepcionales. Estaba decorada con profusión de blancos y muebles de madera decapada, con sendas mesillas a ambos lados de la cama matrimonial, provistas de dos lámparas, armario empotrado, puerta de acceso al baño y cortinas con leves pinceladas violeta sobre fondo blanco. Era todo y, en opinión del sargento mayor, excesivamente poco para lo que costaba.

Minimalista y soso.

Lavick se preguntó qué harían los huéspedes allí. No podían usar sus teléfonos ni tenían televisión por cable… A no ser que llevaran a una pareja muy activa en la cama… Porque para meditar podían irse al monte, no era necesario pagar un pastón para tumbarse en una cama a contemplar el techo.

Desechando semejantes pensamientos, tiró de la cortina para apartarla y observó la ventana: tenía doble acristalamiento y se abría con un tirador simple. La abrió y esperó.

En la terraza, Hossen estaba terminando de soldar el alambre en la fachada y lo deslizaba hacia abajo, al tiempo que lo enderezaba con las manos. El extremo que descendía iba provisto de un aparato ligero, con un imán, que se acoplaría al marco de la ventana en el momento preciso.

Lavick, abajo, cogió el extremo y tiró de él, para indicarle a su compañero que había rebasado el límite. Hossen recogió cable y esperó a recibir dos tirones, indicativos de que estaba en el lugar correcto.

Según había dicho Ballantine, el negociador y sus guardaespaldas pasaban un rastreador por la habitación, en busca de aparatos electrónicos, por lo que no podían dejar nada instalado dentro, por muy disimulado que quedase. La única posibilidad de escucha era colocar un dispositivo cuando los ocupantes estuvieran ya tranquilos en su interior y eso había que hacerlo en el momento.

La idea había sido de Meir. Dejarían una cámara pendiendo de un cable por fuera, sujeto para que el movimiento del aire no alertase de su presencia y, llegado el momento, soltarían un mecanismo para que descendiera un palmo más y pudiera acoplarse, mediante un imán, al marco metálico de la ventana. Incluso con las cortinas cerradas, tendrían visión de infrarrojos y audio del espacio.

Lavick dejó la habitación como la había encontrado y salió de ella, después de comprobar que el pasillo se hallaba vacío.

Subió a la azotea, recogió su caja de herramientas y Hossen le hizo una seña para indicarle que estaba todo listo: el mecanismo que haría descender el cable se accionaría a distancia. El hotel no tendría cobertura dentro, pero fuera la había.

Después de entregar un papel sepia a la recepcionista para justificar su paso por allí, se dirigieron al coche.

La casa alquilada no se encontraba en las inmediaciones para prevenir encuentros fortuitos no deseados.

—Hay noticias de Liv —anunció Lavick, recogiendo su móvil de la guantera.

—¿El inquilino del apartamento? —preguntó Hossen.

Su jefe le hizo un gesto para que aguardase, mientras llamaba a la responsable del centro de operaciones.

—Lo siento, Liv, estábamos…

—Meir se reúne con vosotros mañana —le dijo ella—. No he querido… No sabía cómo…

—Liv, ¿qué?

—Pregúntale cuando llegue, no puedo decirte más ahora.

El jefe de unidad soltó un juramento, consciente de que algo había ido muy mal, aunque no queriendo poner a Liv en problemas. Su trabajo era sensible y no podía explayarse cuando tenía gente a su alrededor.

—Llámame cuando puedas contármelo, Liv, por favor. Da igual la hora, estaré esperando.

Ella cortó la comunicación. En ese momento, no podía hablar y quizá le hiciera falta algo más de tiempo para hacerlo.

—¿Qué? —preguntó Hossen, buscando aparcamiento.

—Me temo que ha ocurrido algo. Prefiero no hacer suposiciones, pero cuesta evitarlo después de saber que solo Meir se reunirá con nosotros.

Hossen salió del coche, dejando a Lavick un minuto a solas. Su curiosidad tenía espera, pero comprendía cuándo debía dar margen a los demás para procesar sus propias preocupaciones y esa, en concreto, era una que ya habían debatido y que empeoraba por momentos: Majors.

Entró en la casa alquilada y aguardó. En algún momento habría que tomar una decisión extrema, porque hacía tiempo que Majors había pasado los límites personales para ponerles una diana en la espalda. Puede que a Lavick le importasen las formas, pero sus

hombres empezaban a pensar en que era una cuestión de defensa personal.

11. PRIMERA Y ÚLTIMA VEZ

Varios días antes

La sangre le cubría de la cabeza a los pies. Herman se doblaba sobre sí mismo, presa de un ataque de risa.

Goode jamás había despellejado a un animal y el puma que tenía colgado de las patas traseras ante sí, aunque ya estaba muerto, le había saludado con un surtidor de sangre en cuanto, siguiendo las instrucciones de Herman, abrió con un cuchillo una sección de su garganta para despellejarlo.

Meir se encontraba sentado en una umbrosa esquina del almacén y soltó algo parecido a un jadeo para corear las risas de su anfitrión, aunque le hacía tanta gracia como a su compañero que alguien hubiese dado caza a un animal tan impresionante solo para presumir de su piel a los pies de una chimenea.

—Eres un gilipollas, tío —espetó Goode.

—¡Sabía que caerías!

Matamoros era relativamente tranquila para ser una ciudad fronteriza. Estaba bien vigilada, además de libre de las trifulcas por drogas y territorio de los cárteles clásicos mejicanos. Aquí, los narcos eran de nuevo cuño, y aunque no menos peligrosos que aquellos, el resultado era una mejor organización y menos repercusión mediática. Las maquiladoras funcionaban a plena potencia, y el porcentaje de desapariciones de chicas que trabajaban en ellas no representaba un número tan importante como para que los medios de comunicación le diesen importancia, y la violencia se mantenía a raya.

Su objetivo: Eladio Aranguren, cuyo medio para medrar no consistía en el tráfico de drogas, sino en el de armas, ofrecidas al mejor postor que, casi siempre, eran los narcos locales.

La misión que tenían era pasarlo al otro lado de la frontera, a Brownsville, para ser juzgado en Estados Unidos y, si no era posible, hacerlo desaparecer. Medidas extremas para casos extremos y en ese, la ATF tenía las manos atadas.

Aranguren conocía las leyes y aprovechaba los resquicios de un país y las brechas del otro para hacer su negocio con total impunidad. La alarma saltó un año antes, con varios tiroteos, protagonizados por adolescentes, en ambas ciudades fronterizas, que se repitieron meses atrás.

La gota que colmó el vaso fue un asalto organizado en cuatro institutos de Brownsville. Todos sabían quién estaba detrás del tráfico de arma, pero no podían ponerle una mano encima mientras estuviera en México. Los cauces diplomáticos se alargaban y los muertos se amontonaban.

Tras descubrir que la última remesa de armas usadas en tiroteos procedían de una base del ejército en Colorado, Defensa, por medio de la DIA tomó cartas en el asunto. Descubrió a los responsables de la «distracción», que señalaron a Aranguren como responsable. Y por eso Goode y Meir estaban allí. En una misión apresurada, sin los apoyos necesarios ni la planificación deseada, en manos de un hombre del que no se fiaban.

Goode perdía la paciencia. Herman tenía contactos, que le avisarían cuando Aranguren hiciera su aparición en su casa de Matamoros. Como todos los que se dedicaban a esos negocios, el traficante no se quedaba mucho tiempo en un sitio para prevenir emboscadas de competidores o de narcos descontentos con sus tratos. El chivato, sin embargo, parecía más interesado en jactarse de su destreza desollando animales.

—Tranquilo, tendremos nuestra oportunidad—. Meir estaba más impaciente de lo que denotaba su tono de voz al dirigirse a su compañero.

Él también preferiría estar con el resto de la unidad en Francia, pero sabía que el camino más rápido para comerse una bala perdida

era la impaciencia. Su amigo torció el gesto. No le gustaba Herman, ni le gustaba aquella misión turbia. Aunque le hubiese gustado menos de sospechar que resultaban piezas prescindibles, molestas incluso, de un juego que había comenzado tiempo atrás.

*****

—¡Es la hora! Las mujeres de la limpieza han terminado. Esperan la llegada de Aranguren esta misma madrugada o mañana a primera hora. Parece que tiene asuntos importantes que tratar en persona con un nuevo comprador.

Los dos compañeros estaban preparados. Durante toda la semana habían diseñado los planes de extracción, lejos de la atenta mirada del soplón, que parecía muy interesado en conocer sus movimientos. Llevaban demasiado tiempo en ese «negocio» para no reconocer a un oportunista y, por un precio mejor, los vendería al traficante sin pensárselo dos veces.

A pesar de tener prohibida la comunicación con el centro de control operativo, los dos miembros de la unidad supieron arreglárselas para conseguir los planos de la casa del traficante y reconocer el terreno, aprovechando la falta de vigilancia. Además de eso, tenían preparado un viejo Jeep, que ya se encontraba aparcado a cincuenta metros de la casa de Aranguren cuando lo robaron, lo modificaron, en un garaje alquilado por horas, y lo devolvieron a su sitio. Todo a espaldas del soplón, para prevenir sorpresas.

Llegado el momento, sobrepasaron la escasa seguridad de la casa y esperaron con paciencia.

Goode se encontraba oculto en el dormitorio de Aranguren, y Meir en su despacho. Como ya habían imaginado, los hombres del traficante no eran demasiado profesionales y fueron incapaces de detectarlos en el registro de la casa, previo a la llegada de su patrón.

El traficante acudió al despacho, donde Meir lo sacó a punta de pistola, avisando a su compañero para que los siguiese. Era hora de poner sobre la mesa el valor de Aranguren.

Enseguida, los diez hombres del séquito del traficante les apuntaron con sus armas y los dos amigos, sin abandonar sus pistolas, quitaron las anillas de seguridad a sendas granadas.

Meir rodeó con el brazo el cuello de Aranguren, sosteniendo la granada bajo su barbilla, y le obligó a retroceder hasta la calle, trastabillando.

—Si tus esbirros son de gatillo fácil, espero que estés en paz con tu Dios, porque volaremos los tres —le dijo.

—¡No disparéis, hijos de puta! —gritó el traficante.

Sus hombres bajaron las armas al unísono y los tres retrocedieron hasta el Jeep. Meir entró con Aranguren en la parte de atrás y Goode se puso al volante. Los hombres ya se dirigían hacia los coches cuando salieron a toda velocidad hacia la frontera, soltando las granadas, que estallaron en mitad de la calzada, creando un par de boquetes importantes.

Sus perseguidores tuvieron que maniobrar o dar un rodeo para esquivar los agujeros, dándoles tiempo suficiente para llegar a la frontera, situada a un kilómetro.

No se detuvieron en el paso fronterizo mejicano. Derribaron las barreras, sabiendo que las patrullas no llegarían a la parte norteamericana de la frontera y se detuvieron, con un largo chirriar de neumáticos tras cruzar la línea, en una de las entradas clausurada al tráfico, aunque expedita para ellos, en la parte norteamericana de la frontera.

Herman los esperaba, charlando relajadamente con un par de patrulleros, avisados de que trasladaban a un traficante buscado por el gobierno, y debían facilitarles la entrada. La maniobra quedaría fuera de la vista de los pasos habituales, así que nadie, excepto los patrulleros, serían testigos.

—Avísales de que tenemos a Aranguren, yo lo vigilo. —Meir no veía muy probable que despertase porque el culatazo que le propinó cuando entraron en el coche había sido contundente, pero no debía dejarlo solo.

Herman se acercaba con su caminar cansino, mientras Goode salía del vehículo con las manos en alto, para indicar a los patrulleros que había dejado su arma en el coche y no era una

amenaza. Sin dejar de andar en su dirección, Herman disparó a Goode. Falló. A pesar de la sorpresa, este reaccionó rápidamente, tirándose al suelo y echando mano a la 9 mm de su bota. Se acordó entonces de que había desaparecido días atrás.

En ese momento, se dio cuenta de que sus sospechas de que Herman la había cogido iban bien encaminadas porque le disparaba con ella. ¡El muy perro!

Meir también reaccionó y saltó al asiento del conductor, arrancando el motor y alargando la mano para atrapar a su compañero por el borde del chaleco antibalas, que ambos se pusieron antes de ir a por Aranguren. Herman disparó dos veces más y el conductor notó que Goode dejaba de intentar auparse y se relajaba.

Tiró con todas sus fuerzas para meterlo en el vehículo y cruzarlo sobre sus rodillas, mientras pisaba el acelerador a fondo, jadeando por el esfuerzo y jurando entre dientes por el inesperado giro de la situación

.

La patrulla salió en su persecución, por lo que las sospechas de que estaban con Herman, resultaron acertadas, pero el motor preparado del Jeep los dejó atrás rápidamente. Cuando los perdió de vista, Meir empujó a Goode para acomodarlo en el asiento del acompañante y revivió el mapa mental de la ruta de escape que habían estudiado por si ocurría un imprevisto. Este era el imprevisto y esos caminos de tierra y senderos impracticables para vehículos normales, su ruta de escape.

Le echó un vistazo rápido a Goode y colocó la mano sobre su pecho para cerciorarse de lo que ya sabía por su súbita inmovilidad y la cantidad de sangre que lo cubría: estaba muerto.

Gritó con todas sus fuerzas al paisaje desértico, sin aminorar la marcha, atragantándose con las lágrimas y la frustración, que le cerraban la garganta. Tras arrollar un par de cactus de gran tamaño, detuvo el coche, se apeó y se dejó caer de rodillas en la tierra, con la cabeza gacha, sollozando.

Goode y él nunca llegaron a ser pareja, aunque cada uno conocía los sentimientos del otro. Se conformaban con su amistad

para poder seguir trabajando juntos. Quizá llegase el momento en que aquello cambiase, cuando estuviesen preparados para dejar atrás la unidad y empezar en otro sitio, juntos.

Nunca lo hablaron de forma explícita, porque las miradas y las acciones eran su manera de comunicarse, más clara que cualquier palabra.

Ahora, sus planes de un futuro en común nunca se harían realidad. Y, aunque sabían que podía ocurrir, resultaba muy duro resignarse a perder a tu alma gemela, al amor de tu vida, por el que Meir hubiera intercambiado la suya sin pensarlo.

El destino era una mierda.

Cuando consiguió serenarse, Meir volvió a sentarse tras el volante, echando una ojeada asqueada a Aranguren, que seguía tirado en el asiento trasero, inconsciente todavía.

Localizó el destartalado cobertizo donde días antes habían dejado otro vehículo, con el equipo necesario para contactar con el control de operaciones tácticas.

Tenía que reflexionar sobre lo ocurrido porque dejarse arrastrar por lo que sentía en ese momento le llevaría a matar a Aranguren de un disparo en la frente y no arreglaría nada. Goode seguiría igual de muerto y él igual de dolido.

Metió a Aranguren en el maletero del Ford familiar sin ningún miramiento y dejó conectada una baliza de posición en el Jeep al lado de Goode. Besó sus labios por primera y última vez con delicadeza, acariciando su rostro y conteniendo las lágrimas de tristeza. Ardía de dolor y de rabia.

—Te prometo que te amaré mientras viva y que alguien pagará por esto.

Meir entregó a Aranguren en San Antonio, a cuatrocientos cincuenta kilómetros de Matamoros y desapareció tras informar al control de operaciones tácticas de lo ocurrido y darles la posición de la baliza para localizar el cuerpo de Goode.

Hizo caso omiso a las órdenes que le apremiaban para regresar a la base, porque aún no había terminado su misión.

También había reconocido el arma desaparecida de Goode en manos de Herman y tenía que saldar una cuenta, antes de reunirse

con la unidad en Europa.

12. VENENO EN EL ALMA

Varios días antes

Meir hizo un par de llamadas desde el móvil. La habitación del motel tenía un aire opresivo, de mala ventilación y polvo, pero no le importaba, no iba a estar demasiado tiempo. Mientras esperaba respuesta a las llamadas, se dio una larga ducha y se cambió la ropa manchada de sangre por otra limpia. Había buscado expresamente un motel donde los trámites para alquilar una habitación se hacían sin salir del vehículo y nadie vio los pantalones con la sangre, ya seca, de Goode.

Dio un par de tragos de la botella que había comprado de camino, usando el mismo método que para alquilar la habitación del motel, sin salir del coche. Podía haberse cambiado el pantalón en cualquier callejuela desierta pero necesitaba quitarse también la sangre seca que notaba pegada a su piel.

Debía tener la mente fría, olvidando el dolor sordo del corazón, que le punzaba en el pecho como si alguien le clavase dagas afiladas afilada una y otra vez. Necesitaba un desquite, aunque no compensara jamás lo que le había quitado.

Le hizo señas a un tipo mugriento, de edad indefinida y barba pegoteada de suciedad que, sentado en la acera frente a la licorería, no perdía de vista la entrada de esta. Los faldones de una camisa enorme, que un día había sido azul o tal vez verde, arrastraban sobre el reguero de agua sucia que desembocaba en la alcantarilla, a escasos metros de él.

—¿Quieres un trago, amigo?

Meir casi oyó el crujido del cuello del hombre cuando lo giró de forma brusca hacia la palabra mágica. Se levantó con un gruñido y

se dirigió hacia el coche.

—Si me compras una botella, te invito a otra. —Amplió la oferta para hacerla atractiva.

Los ojillos enrojecidos del hombre se convirtieron en ranuras de desconfianza.

—¿Dónde está el truco? –preguntó con voz entrecortada por la excitación anticipada, pero sin fiarse.

—¡No hay truco, viejo! —le tendió unos billetes— Me compras una botella de Jim Beam y para ti lo que quieras. Si sobra algo, te lo quedas. ¡Hoy soy tu hada madrina!

El hombre le echó otro vistazo rápido y tomó los billetes con manos temblorosas. Cruzó la calle sin mirar si pasaba algún coche, tan apresuradamente que sorprendió a Meir. Con las mismas prisas, regresó con dos botellas, envueltas en sendas bolsas de papel, y una sonrisa de dientes verdosos. Junto con su bolsa le tendió los billetes que habían sobrado.

—Un trato es un trato, amigo. Son para ti.

El hombre se guardó los dólares y entrechocó su botella enfundada en papel con la de Meir en un brindis silencioso.

El miembro de la unidad alquiló una habitación, se duchó, se cambió de ropa y se puso en marcha de nuevo, después de tomar su primer trago, directamente de la botella, aguardando una llamada, que tardaba más de lo previsto.

En cuanto recibió la respuesta, salió hacia el West Fargo Bank para sacar una importante cantidad en metálico y de allí a una tienda de animales exóticos, que en una segunda llamada le recomendaron, y en la que se dejó la mitad del dinero. El resto, se fue en conseguir información.

A esas horas de la noche, el aeropuerto internacional de Laredo no tenía excesivo tráfico, por lo que localizar a Herman fue relativamente fácil. En ocasiones como esa se maravillaba de lo ingenua que era la gente, creyéndose invisibles por la caída de la noche y el cansancio de los vigilantes.

—Si crees que no te voy a pegar un tiro en el hígado ahora mismo, mueve algo más que los párpados —le siseó, encañonándole el órgano mencionado.

Herman no había perdido tiempo. Poner tierra de por medio le parecía la mejor opción porque no había cumplido su trabajo de terminar con los dos hombres y con el traficante. Lo buscarían desde varios frentes, así que decidió marcharse a zonas más tranquilas, y Brasil le parecía un sitio bastante lejano.

—Para los de tu calaña no existen los secretos si hay dinero por medio, imbécil. Te ha faltado publicarlo en el diario de la noche…. Tres de tus amigos me han dicho dónde encontrarte. No eres bueno eligiendo amigos. Ni enemigos.

—Si grito, veinte policías te estarán rodeando antes de que puedas huir.

—Estoy dispuesto a probar, ¿y tú? ¿Quieres saber los efectos de un disparo en el hígado? Duele la ostia y no hay forma de recuperarse de una herida así. Te desangras sin remedio —susurró Meir en su oído—. Tal vez me pillen o quizá no, pero tu estarás sufriendo demasiado para enterarte del desenlace.

—Vale tío, hablemos. Yo no tengo nada contra ti, ni tenía nada contra tu amigo. Solo estaba buscándome la vida. —Levantó ambas manos en gesto conciliador.

—Bien, ahora me lo cuentas. Camina hacia la salida —dijo Meir, mientras lo miraba directamente a los ojos. No quería que dudase. Lo mataría en el momento en que opusiera resistencia. Y Herman no quería morir.

El aparcamiento estaba bien iluminado y poco concurrido a esas horas. Le señaló una Ford Aerostar vieja y le indicó que se sentara al volante.

—Tío, ¿qué quieres? Me encargaron un trabajo y ya está. Tú te dedicas al mismo negocio, ¿no? —Los labios de Herman temblaban un poco por la tensión.

Meir le fue dando instrucciones para llegar hasta Delmar Boulevard, a una pequeña casa aislada que había alquilado varias horas antes por teléfono. Las llaves estaban en la parte de atrás, camufladas en una piedra hueca.

Entraron en la cocina y Meir cerró tras él. Habiendo comprobado antes de entrar que alrededor de la casa no había vecinos molestos, disparó a la rodilla derecha de Herman. Sangre y

hueso salpicaron el suelo de la cocina. Los aullidos del herido duraron unos segundos, hasta que se desmayó. Meir no estaba dispuesto a contentarse, debía sufrir de verdad para empezar siquiera a compensar el daño infringido. Eso quería decir que su sufrimiento ni siquiera había empezado.

Inspeccionó la casa y arrastró el cuerpo inerte hasta la cama de uno de los dormitorios, dejando por el camino un rastro sangriento. Ató sus manos al cabezal con el cable de una lámpara y le hizo un torniquete en el muslo, por encima de la herida. Luego, esperó a que despertase porque ese sería el único respiro que tendría el asesino de Goode.

Meir sacó la botella de *bourbon* y la colocó a su alcance. Durante casi una hora, bebió y lloró.

Había hombres que demostraban sus sentimientos aporreando la pared, gritando o haciendo ambas cosas; él lloraba.

Para sus compañeros de unidad, resultó embarazoso al principio, cuando ocurría algo terrible. Las muertes, las heridas y las situaciones demasiado tensas tenían efectos en todos. Él lloraba de alivio o de pena.

Con el tiempo, se acostumbraron. No podía evitarlo, igual que un herido no podía evitar cojear y, para restarle importancia, empezaron a llamarle «llorona». Lejos de molestarle, ya que Meir se aceptaba como era, se reía con ellos y los episodios de llanto dejaron de llamar la atención. Cada uno reaccionaba a su manera a la tensión y a las emociones.

La botella de *bourbon* estaba medio vacía cuando Herman comenzó a despertarse. Miró a Meir con ojos enloquecidos.

—¡Tío! Por favor…—suplicó, con las pupilas dilatadas—. Cumplía un encargo, nada más.

—¿De quién?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Me contratan por teléfono, me envían dinero e instrucciones.

—¿Quién?

—No lo sé… ¡Lo juro!

El cañón de la pistola se incrustó en el boquete de su rodilla herida. Un aullido sustituyó al quejido lastimero.

—¿Quién?

—¡¡No lo sé!!! Espera… Espera… —suplicó, anticipándose al dolor cuando vio que Meir llevaba de nuevo el cañón de la pistola hacia su pulsante rodilla.

Volvió a desmayarse y Meir lo despertó con un par de cachetes. Se había acabado el descanso.

—¿Quién? —volvió a preguntar con calma.

—Había un tipo…—jadeó Herman—, de la CIA.

—¿Quien?

—Me dijo que todo estaría bien. Me dio las instrucciones…

—¿Quien?

—¡No lo sé…! ¡Espera! —gritó—. ¡Espera! Tengo un número… En el bolsillo de atrás.

Meir le giró la cadera para sacar su móvil del bolsillo trasero, haciendo oídos sordos a las quejas del hombre.

—¿Cuál?

—Está por AMIGO, con mayúsculas.

Apretó el botón de llamada y el teléfono sonó hasta el límite. Cuando iba a volver a intentarlo alguien contestó:

—¿Qué coño quieres imbécil? ¡Te dije que no volvieras a llamarme! Hay uno vivo, así que olvídate de la pasta —gruñó una voz al otro lado.

—El vivo va a buscarte —susurró Meir con voz tensa.

Al otro lado del teléfono hubo una pausa y luego un silencio en la línea cuando colgaron.

Se giró hacia Herman, que lo miraba con los ojos saltones por el miedo, a punto de salirse de sus cuencas:

—Tú eras la persona en la que debíamos confiar esta mañana —gruñó, a escasos centímetros del rostro aterrorizado.

Herman, atado en la cama, palideció todavía más.

—Durante dos semanas Lee Goode, así se llamaba el hombre que has matado, y yo, confiamos en ti –explicó.

—Yo… yo….

—Shhhhh —chistó—. Ese hombre al que has matado era mi compañero, mi amigo, mi amor.

—Lo siento… Yo…

—Shhhhhh —repitió Meir, que no quería excusas—. Su vida no la reemplazarías ni con mil que vivieses, porque tú eres un desecho de la humanidad pero él era una buena persona.

Herman ya no conseguía ni farfullar, solo lo miraba fijamente con los ojos muy abiertos. Sabía reconocer el peligro y el hombre que tenía delante no iba de farol.

—Tu muerte jamás compensará su vida, pero va a ser dolorosa y lenta como mil muertes —siseó Meir, sin apartar la mirada de los ojos de Herman, que comenzó a sentir el escozor en los suyos, repletos de lágrimas de miedo, comprendiendo que el disparo en la rodilla había sido solo un aperitivo.

Meir sacó una hipodérmica del bolsillo interior de su cazadora y le inyectó su contenido en el bíceps.

—Esto es veneno de coral, que va a hacer tus últimas horas muy dolorosas y con el añadido de una toxina que no te dejará desmayarte. Tendrás todo ese tiempo para meditar sobre la mala idea que fue aceptar ese trato. Si el dolor te deja meditar sobre algo que no sea sentir que te mueres.

El hombre sacudió la cabeza y gritó, pero Meir todavía no había terminado con él.

Se agachó para sacar de la bota la 9 mm de Goode, con la que lo había matado, recuperada de la casa de Herman, a la que el traidor había vuelto para hacerse con sus escasas pertenencias antes de ir al aeropuerto. Meir había estado allí también, buscándole e indagando sobre él en el vecindario.

—¿La recuerdas?

Disparó a Herman en el estómago, con la precisión de la sabiduría. Le había perforado el estómago, pero la herida no lo mataría, solo incrementaría su sufrimiento.

Herman volvió a desmayarse pero a Meir ya no le interesaba, el compuesto que le inyectó le haría reaccionar enseguida. Aseguró sus ligaduras y salió de la casa.

Tenía que tomar un vuelo a Francia.

13. PÓLVORA Y SAL

Cass

Brooks y yo comimos en un sitio poco memorable, escogido por el aspecto del local, en lugar de dejarnos aconsejar por alguna guía especializada.

En realidad, la comida fue la excusa para mantener una conversación privada con Liv en un lugar tranquilo y preguntar lo que yo quería saber.

—Esta rama de la familia se dedica al contrabando de munición, pero a una escala demasiado limitada. Demasiado para los contratos que ofrece el Pentágono —dijo ella, hablándonos a través de los comunicadores solo a nosotros dos.

—¿Estarían en condiciones de competir sin ser norteamericanos? —le preguntó Brooks.

—A ver, serían tontos si no buscasen a un norteamericano que representase su empresa para cumplir el primer requisito. Muchos lo hacen. Y las subastas salen en los medios de comunicación, aunque se pide un mínimo. En cuestión de munición, que es lo que manejan, no llegan a ese mínimo por muchos millones de unidades.

—A no ser que hayan encontrado abastecimiento para cumplimentar las exigencias —sugirió él.

Liv soltó un «ajá» para mostrar su conformidad.

—Gracias —dije al camarero, que estaba poniendo los platos de sopa bullabesa frente a nosotros, para llamar la atención de mi compañero.

El hombre no podía saber que llevábamos intercomunicadores y Brooks parecía hablar solo.

—Voy a ver qué más encuentro entre sus trapicheos. Luego os llamo si hay novedades —dijo Liv.

—Gracias, preciosa. Eres la mejor.

—Lo sé, grandullón. —Liv cortó la comunicación riendo.

—No sé cómo funciona eso de las licitaciones —confesé.

—Yo me enteré hace poco —dijo él, atacando su plato como si estuviese hambriento—. A ver, según lo que entendí, las licitaciones del Pentágono dejaron de ser privadas cuando salieron a la luz varios escándalos de contratos otorgados a dedo, con el coste en miles de millones que supuso a Defensa, de los que podían haber ahorrado la mitad. Entonces, el presidente del momento, decidió que se compitiera en igualdad de condiciones, así que las licitaciones para contratos militares se solicitaron a través de una página web pública del gobierno a la que cualquier ciudadano podía acceder y en la que podía pujar.

—¿Cualquiera?

—En principio sí. Luego hay que demostrar que puedes acceder al material que estás queriendo vender. Por ejemplo: chalecos antibalas. Yo manifiesto que cumplo las expectativas que solicitan mil unidades, pero tengo que dar un precio menor al ofrecido por otros y justificar que puedo conseguirlos, si no dispongo de ellos en ese momento.

Asentí. Entendía que una cosa era pujar y otra disponer del material requerido.

—Desde entonces, cada bala, cada granada, cada uniforme, visor nocturno, etcétera, pueden ser ofertados por pequeñas empresas. Las grandes tienen todo a su favor, pero las pujas están ahí y el que oferta un precio menor y demuestra que puede cumplir, se lleva el gato al agua.

—De ahí la importancia de lo que robó Ballantine.

—Exacto —asintió Brooks—. Las pequeñas empresas y contratas se desloman por unos cientos de miles de dólares, pero los grandes saben que los contratos millonarios les reportan, además de dinero, prestigio. Si ganan miles de millones, pueden permitirse rebajar las tarifas para un comprador tan espléndido, que les reportará más dinero en el futuro.

—Así que ese es el motivo de que estemos aquí: dinero.

—Dicho así, suena muy frívolo.

—Si vas a refutarlo diciendo que se trata de la seguridad de las tropas o algo así, puedes ahorrártelo —dije—. Al final, todo se reduce a lo mismo.

—Así que cínica, ¿eh?

Seguí comiendo mientras me encogía de hombros. En Nueva York había sido testigo de lo poco civilizados que éramos cuando se trataba de dinero. Esto era lo mismo a mayor escala. Cualquier convencido de que el dinero no movía el mundo era un ingenuo, un idealista o demasiado joven.

—Me da la impresión de que las guerras no son por cuestiones ideológicas, sino de negocios y se libran en despachos, no en campos de batalla.

—Pues es bastante acertado. La guerra es una realidad y da igual si estás a favor o en contra, siempre proporciona dinero al que sabe buscarlo.

—Los buitres —dije, con asco.

—La guerra es un negocio, el más lucrativo de todos los tiempos. Y los que se enriquecen a su costa, jamás han percibido el olor a pólvora en sus manos y en su ropa.

—Y me llamas cínica a mí.

Brooks hizo una parodia de reverencia.

—Se me ocurre que este sería un trabajo ideal para la CIA: ellos operan fuera del país y tienen medios de sobra —comenté.

—Las unidades nacieron como respuesta a una necesidad, supongo. Hay asuntos que conviene mantener lejos de la curiosidad de la Agencia y su tendencia a complicarlo todo, debido a intereses políticos puntuales o a estrategias propias.

—Pero las unidades son una especie de CIA del ejército…

—Nosotros las consideramos unidades de respuesta rápida, como las que actúan en cualquier lugar del mundo, pero sin uniformes y atendiendo a asuntos puntuales. Por lo demás, el sigilo debes ser máximo para no provocar un conflicto diplomático, en caso de captura. Nuestras huellas e identidad no constan en ninguna base de datos.

—Las tuyas y las mías, sí.

—Ya no. Liv se ha encargado de ello, así como se ocupará de restituirlas cuando hayamos terminado sin incidencias.

Estaba impresionada. Nunca hubiera caído en el problema que supondría la captura de alguno de nosotros.

—¿Y si comemos tranquilos, sin pensar en las grandes fortunas que mueve la defensa ni en identidades perdidas?

Su sugerencia me gustó. Yo tampoco deseaba profundizar porque solo sería para desanimarse. Aunque seguía teniendo curiosidad por la empresa de los Barsamian y su disposición a entrar a competir con los grandes.

—Venga, cuéntame algo de ti.

—No me gusta tener el papel protagonista —sonreí, sin querer comprometerme más.

—Pues aquí y ahora eres la protagonista.

—La protagonista tiene una biografía muy sosa: procedo de Harrisburg, Pensilvania. Carezco de familia, ya que mi madre murió siendo muy pequeña y mi padre hace unos años. No tengo tíos ni primos ni nada por el estilo, así que tampoco ningún lazo con la ciudad. San Francisco se convirtió en mi hogar desde que fui a cursar un posgrado y rellené la solicitud del FBI. Me aceptaron y completé el entrenamiento en la academia, además de algún programa extra al que me apunté. Al finalizar, pude elegir destino para el año de prueba y como me gustaba la costa oeste, la solicité. Es todo.

—¡No eres nadie contando pormenores sobre tu vida! —exclamó, irónico, a la vez que sonriente.

—Leí en algún sitio que nadie quiere saber más de ti de lo que puedes contar en una subida en ascensor de dos pisos.

—Y te lo has tomado en serio, por lo que veo.

Apenas había tocado mi comida. El cosquilleo en el vientre seguía dándome problemas, porque Brooks no dejaba de mirarme con demasiada intensidad para sentirme tranquila. Tenía unos ojos que chispeaban de interés y yo no quería hablar de mí, por lo obvio.

—De pequeño, jamás conseguí entrar en ningún equipo deportivo. Los entrenadores decían que me faltaba coordinación,

masa muscular… Resumiendo: que era un patoso. Por suerte las ciencias se me daban bien, para compensar. No obstante, me mortificaba porque mi padre siempre fue deportista y escuchaba las «hazañas» de mis primos en el campo de fútbol con un brillo especial en los ojos. Las celebraciones familiares suponían una auténtica tortura, en especial Acción de Gracias y los partidos de la NFL[3], seguidos y comentados por todos.

Mi expresión de interés le alentó a continuar. Por dentro, sin embargo, sentía algo de envidia: solo había visto ese tipo de reuniones familiares en la televisión.

—Pues sí, tenía dos primos fullbacks[4], un quarterback[5] y una prima que pertenecía al equipo estatal de natación junior. Yo era el torpe —sonrió, sin mostrar amargura, como si fuera algo ocurrido en el pasado que se había convertido en una simple anécdota.

—Espero el momento en que eso cambió, porque hubiera apostado, según veo ahora por tu forma física, que sería un terreno muy apropiado para ti.

—Mi padre terminó su carrera a base de becas deportivas y el deporte siempre formó parte de su vida. Para mí, aquello se llegó a convertir en un desafío porque necesitaba su aprobación: si en cualquier equipo entrenaban dos horas diarias yo entrenaba cuatro. Cuando cumplí los dieciséis estaba más preparado que el mejor jugador de mi instituto. El entrenamiento y la adolescencia obraron el milagro. Gané masa muscular, resistencia y rapidez, y el entrenador de turno me puso de titular del equipo del instituto con solo una prueba. Pero, al cabo de un año, dejó de interesarme el exceso de testosterona en los vestuarios y perdí el interés en las jugadas programadas. El fútbol me parecía un juego de niños, sin ningún aliciente.

—Decepcionarías a tu padre… —comenté.

—No creas, comprendió que había querido complacerlo. Al dejar el fútbol, me retiraron la beca deportiva para la universidad y, en cambio, me ofrecieron una de ciencias.

—¿En serio?

—¡Totalmente en serio! Seguía siendo buen estudiante y mi programa de entrenamiento me lo organicé yo para contentar a mi padre. Luego me enteré de que, en la adolescencia, la mente y el cuerpo cambian, pero yo agilicé la transformación para no seguir siendo el flacucho de la familia.

—Aun eres un tipo flacucho —bromeé, porque mirando los brazos de Brooks nadie lo catalogaría de esa manera.

Me guiñó el ojo y pidió café y *pastís* para ambos, después de consultarme con un gesto.

—Por todo lo que callas y que seguro es una historia de lo más interesante —brindó el.

—Por el flacucho que dejaste de ser —contesté, notando con un estremecimiento su mirada clavada en la mía.

Era una mirada intensa, sensual y excitante.

Al salir del restaurante, decidimos dar un paseo por la playa cercana. Estábamos relajados, gracias al vino de la comida, y el silencio no resultó incómodo. El mar se encontraba en calma y solo un pequeño oleaje azotaba la arena. Nos descalzamos y arremangamos los pantalones para caminar con los pies en el agua, sintiendo su frescor aterciopelado. Eran las cinco de la tarde y la playa estaba desierta. Solo había vestigios de que algunos habían pasado el día disfrutando de un baño y un momento de relax: una piel de naranja amontonada sobre la arena, el envoltorio de una barrita energética, una lata de refresco olvidada y, más allá, una pelota medio deshinchada, señal de que unos niños habían estado jugando cerca.

Brooks corrió de pronto hacia la pelota y se puso a darle patadas y regatear contra un imaginario oponente.

—¿Sabes jugar al fútbol? —gritó, para hacerse oír sobre el ruido de las olas al romper en las cercanas rocas.

—¡Claro que no se jugar…! —reí mientras corría hacia él, intentando quitarle la pelota de entre los pies.

Como no lo conseguía le hice cosquillas en la cintura.

—¡Eh! Eso es falta —protestó Brooks.

—¡Denúnciame!

Pero yo me había hecho con la pelota y corría, alejándome de él que, sin cejar en su empeño de quitármela, metió la pierna entre las mías y ambos caímos rodando sobre la arena.

Su risa se superponía a la mía. Ambos estábamos rebozados en arena y me apoyé en los codos, echando la cabeza hacia atrás sin dejar de reír.

Por un momento me olvidé de lo complicada que era mi vida. Solo disfruté del instante.

Brooks, en cambio, tendido a mi lado, dejó de reír. Se acercó para retirarme la arena de la mejilla y besarme con la cautela del que prevé un rechazo. No encontró resistencia, porque yo quería ser besada por él. Le enredé los dedos en el cabello y me dejé caer en la arena, sintiendo sus labios salados contra los míos, ardientes, apasionados, necesitados de más. La energía acumulada entre nosotros surgió como si solo hubiese aguardado ese contacto, provocando una tormenta eléctrica.

Entonces, me tope con la realidad. Brooks no podía ser mi pareja sexual casual porque trabajábamos juntos y seguiríamos haciéndolo en el futuro.

Lo aparté, intentando no resultar demasiado brusca.

—Esto no ha ocurrido —logré articular, al tiempo que me levantaba, sacudiéndome la arena de la ropa.

Él no contestó. Tenía la mirada baja y respiraba por la nariz, intentando controlarse.

—Trabajamos juntos. Es un error —añadí.

Brooks asintió, levantándose también. Tenía granitos de arena entre sus negras pestañas y los labios entreabiertos.

—¿Te apetece una copa? —me preguntó, como si no se le ocurriese nada más para romper el momento tenso.

—Vale, en el hotel. Ya nos hemos paseado bastante.

Caminé por una pasarela de tablas hasta la acera, terminando de sacudirme la arena de encima, aunque no me libraría de ella sin una buena ducha. Brooks iba detrás de mí. No era una gran idea beber más, pero nos hacía falta sacudirnos de encima algo más que la arena y volver a nuestra relación normal de compañerismo, o la experiencia se convertiría en un fracaso.

Un taxi volvió a llevarnos al hotel y, antes de entrar, nos cogimos de la mano, como de costumbre. Pero si antes resultaba un gesto bastante natural, ahora me pareció que nos encontrábamos a una distancia insalvable el uno del otro y que cualquiera que nos observase podría percibirlo.

Definitivamente, algo había cambiado.

14. PERSPECTIVAS

Un año antes

Christine se despertó con un gran dolor en el corazón y otro no menos cruel atravesando su cabeza. Patrick Majors seguía dormido a su lado, con un brazo rodeando su cintura.

El alcohol le sentaba fatal, aunque se aguantó las ganas de salir corriendo a vomitar para no despertar a su compañero de cama. Se movió despacio y cerró la puerta del cuarto de baño a su espalda. Vació su estómago en el inodoro y se dio una ducha muy caliente para quitarse el olor de su piel, incrustada en cada uno de los poros de su cuerpo.

El único recuerdo claro que tenía de la noche anterior era el de su frustración al descubrir que su marido tenía otra familia, luego todo se mezclaba en una serie de instantáneas que la avergonzaban. Recordaba a Majors de pie en medio de la habitación, contemplándola mientras ella se desvestía, con la falta de pudor que proporcionaba el alcohol, y luego un momento casi hilarante cuando él intentó penetrarla con una erección que apenas podría decirse que lo fuera. Quizá tuviera que ver con la bebida, pero le pareció que a Majors le satisfacía el tamaño y dureza de su miembro, como si fuese su estado de excitación habitual.

Bajo el chorro de agua de la ducha, soltó una risita tonta al recordarlo, aunque ya se cuidaría de hacerlo frente a él, porque era el único que la mantendría al tanto de los asuntos de Sully. Y, si jugaba bien sus cartas, hasta podría salir ganando en otros sentidos, así que más le valía recordar su peso político y olvidarse de sus problemas de erección.

Ahora quería hacer daño y eso solo lo conseguiría a través de él. Si para eso tenía que convencerlo de que era el mejor amante que había tenido, pasaría el examen con matrícula.

Cuando salió de la ducha, percibió que él estaba despierto, pero no se dio por enterada. Tal cual iba recogiendo su ropa, se la ponía, sin detenerse. En cuanto terminó de vestirse, salió por la puerta y cerró tras ella.

Se cruzó con una camarera joven y poco agraciada, que le cedió el paso en el estrecho pasillo y llamó a un taxi.

Durante la mañana, esperó la llamada de Majors, que se produjo mucho antes de lo que suponía.

—Lo quiero fuera de mi vida —dijo, antes de colgar.

Justo eso era lo que había intentado Majors desde entonces, encontrar la forma en la que Sullivan desapareciera de sus vidas para siempre, aunque cumpliendo ciertas tareas en el proceso, porque no desperdiciaría sus habilidades. Pero el destino estaba en su contra. Había vuelto de las misiones más peligrosas intacto, haciendo gala de una suerte que no merecía, a ojos de su superior.

Al cabo de los meses, Majors tomó conciencia del peligro que corría al continuar su relación con Christine. Además, ella estaba cada vez de peor humor y ya no era una compañera tan excitante en la cama. Aunque sus encuentros seguían siendo fugaces, en el entorno del discreto motel, el teniente coronel había conocido a una mujer en Washington que le estimulaba mucho más y que le ofrecía ventajas sociales y políticas.

Era hora de cambiar de aires, poco a poco.

*****

La camarera con la que se cruzó Christine se llamaba Jane Anderson, tenía casi treinta años y la última mitad de su vida había sido dura, desconcertante e infeliz.

A los quince tuvo que dejar su casa, el instituto y buscar trabajo, sin estar preparada para afrontar la muerte ni la vida.

Debido al fallecimiento de su padre, pasó de un ambiente muy protegido, donde el cariño y la amistad eran bienes que nunca

faltaban, a otro desconocido y hostil. No fue un cambio gradual, sino repentino y desconcertante. De repente, todo se esfumó como en un sueño.

Los compañeros y amigos de su padre acudieron al funeral para homenajearlo y darle a la familia su apoyo incondicional, que duró una semana. Jane aprendió que la vida seguía para todos y para ellos también. Cada uno se tuvo que dedicar a lo suyo, igual que ella y su madre, solo que para las dos el ejército tenía una sorpresa desagradable: debían abandonar la base en el plazo de diez días a partir del recibo de la notificación.

Abandonar la base suponía dejar atrás todo lo que conocían, su hogar, sus amistades y su forma de vida.

Su madre, tocada ya por la muerte de su esposo, comenzó a perder la cabeza a marchas forzadas. El dolor la había dejado tan agotada que, con cuarenta y dos años, a apenas tres del fallecimiento de su esposo, tuvieron que recluirla en un sanatorio mental.

Solo tenían a la familia de su padre, a la que apenas conocían, y que las acogieron a regañadientes. Eran personas amargadas, capaces de ensombrecer el día más luminoso. El abuelo las instaló en un apartamento tan miserable, que incluso las cucarachas se negaban a convivir con ellas, y le consiguió a su madre un puesto de limpiadora en un motel de la zona, donde solo pernoctaban borrachos y camioneros. Su sueldo solo daba para el alquiler del apartamento y para comer el resto del mes. El dinero ahorrado a duras penas, mientras su marido estaba vivo, se había esfumado en tres meses.

Jane tuvo que trabajar también en ese motel cuando su madre empezaba a desvariar, al principio cubriendo sus ausencias, después ocupando su puesto. Allí perdió la inocencia y la poca fe que le quedaba en el género humano.

Cuando el estado se hizo cargo de su madre, ella se trasladó a otra población más grande, y siguió dedicándose a lo mismo. Siempre había pensado que era mejor malo conocido, pero los Servicios Sociales pretendían llevarla a una casa de acogida mientras

fuese menor de edad. Y ella ya no era menor de edad en muchos sentidos.

Aprendió a falsificar la firma de su madre hasta hacerla más creíble que la auténtica. Aprendió a mentir con la mirada más candorosa. Aprendió a reconocer los síntomas de la tormenta antes de que la alcanzara y a trasladarse con sus pocas pertenencias en menos de una hora. No caería en manos de los Servicios Sociales o cualquier otro organismo gubernamental, ¡bastante le habían jodido la vida!

A los veinte, y aunque ya era mayor de edad, se marchó apresuradamente del motel donde trabajaba en Houston. Había un hombre preguntando por ella, que le seguía la pista desde un año atrás. Seguramente tendría que ver con la situación legal de su madre, o con algún robo que ella misma había cometido en alguno de sus anteriores trabajos.

Cambió de ciudad y de nombre de forma legal, invirtiendo sus escasos ahorros en ello. Lo que no pudo hacer fue inventarse otra vida. No tenía estudios, no sabía hacer nada más que cambiar ropa de cama, limpiar cuartos de baño y pasar la aspiradora en moteles.

Todos los meses llamaba a la residencia donde se encontraba su madre para preguntar por su salud. Ya no iba a verla. Había perdido toda esperanza de que se recuperase.

En alguna de las muchas películas que veía a lo largo de la semana, ya que eran su único entretenimiento, puesto que nunca salía de copas y apenas se relacionaba con la poca gente que conocía en el trabajo, había escuchado una cita que se le quedó grabada: si las cosas no van bien, vuelve al punto de partida. Recordaba perfectamente ese punto. Era donde había sido una niña feliz de quince años, con los únicos problemas de elegir bien al chico con el que salir el sábado por la noche y aprobar ese examen de álgebra que la traía de cabeza. Añoraba ese tiempo. Añoraba ese sitio.

Decidió volver. La ciudad tenía mucha vida y prosperaba con la cercanía de la base. Jane Jordan llevaba un año en la ciudad, trabajando en un pequeño motel cuando su madre murió. La noticia se la dio la enfermera que se encargaba de ella y que le prometió

enviarle sus efectos personales. Estos consistían en algunos objetos sin valor y documentos de la fallecida, entre los que se encontraba una cuenta corriente desconocida.

—¡Tiene que ser una broma! —dijo por teléfono a la mujer, cuando recibió el paquete—. Mi madre no tenía dinero a su nombre, ha estado tutelada desde que enfermó.

—Debería hablar con el banco, yo no sé nada de eso.

Temía que algún error de la sucursal bancaria la metiese en más problemas de los que tenía. No cabía duda de que debía aclarar la confusión sin demora, porque solo faltaba que el propio banco o el fisco le reclamasen por un dinero imaginario que ni su madre ni ella habían disfrutado.

—De ninguna forma es un error, señorita Anderson… —dijo el empleado, consultando la documentación que tenía delante—. Perdón, señorita Jordan. Descontados los trámites de la herencia y los gastos del sepelio, los cuales hemos sufragado con esta cuenta, la suma total es correcta.

—Pero ¿cómo puede ser eso? Mi madre no tenía dinero a su nombre y ninguna cuenta, que yo sepa.

El hombre sentado frente a ella se ajustó las gafas de montura metálica y volvió a consultar sus documentos.

—Esta cuenta jamás tuvo ningún movimiento de reintegro. Se abrió hace trece años en esta sucursal y todos los meses se ha ingresado una cifra concreta, sin excepciones y con el mismo concepto: los primeros y los últimos. Los únicos gastos han sido los de mantenimiento de la cuenta y los fiscales. No existe ninguna tarjeta asociada ni ha habido consultas.

Jane todavía no se fiaba.

—¿Qué quiere decir ese concepto? —preguntó.

—Parece un lema.

—Mi padre trabajaba en logística, dudo que tuviesen uno.

—Sea como fuere, la cuenta existe, ahora a su nombre legal, y la cantidad de seiscientos mil dólares sigue ahí.

Jane desconfiaba de los regalos del destino y seguía pensando que se trataba de una equivocación. ¿Acaso le habían ingresado a su padre todos los meses el total de su paga como si aún estuviese

vivo? Pero la cuenta estaba a nombre de su madre. ¿Y si el ejército se daba cuenta del error y le reclamaba la totalidad del dinero?

Buscó al responsable de logística de la base. Quizá pudiese arreglar el error, adelantándose a una posible reclamación. En internet había una foto del teniente coronel Majors, con una biografía breve del militar.

Supo, en cuanto lo vio, que esa vía estaba descartada, porque en un breve intercambio de palabras mantenido unos meses atrás con él, se le quitaron las ganas de repetir.

Majors era uno de los clientes habituales del motel.

Acudía una vez a la semana para verse con una mujer, y en una de esas ocasiones se cruzaron por el pasillo.

—¿Eres la encargada de la limpieza de las habitaciones?

—Sí, señor.

—Pues deberías hacer mejor tu trabajo, ¡la moqueta está llena de mierda!

—Sí, señor, disculpe las molestias —contestó, agachando la cabeza para ocultar la ira en sus ojos.

Hubiese querido decirle que estaba harta de recoger condones usados de la moqueta de su habitación, pero se calló. El hombre le daba miedo. Tenía los ojos fríos de un depredador y cuando lo veía acercarse a la habitación en la que se citaba con la mujer, se escondía en cualquier esquina. El motel no era tan grande, pero procuraba estar atenta para apartarse de su camino cuando salía.

Desechó contactar con el teniente coronel, aunque no sabía con quién más podía hacerlo, porque prefería pasar desapercibida… «Los primeros y los últimos». ¿Podía ser una referencia cristiana? Ella había asistido a algunas clases, por insistencia de su madre. Le sonaba a las enseñanzas de Jesús en la Biblia para indicar un cambio radical en la escala de valores, donde la bondad y la atención se dirigían primero a los marginados y desfavorecidos, y no a los más poderosos. Pero eso carecía de sentido, su familia nunca había practicado ningún tipo de religión y las iglesias no eran conocidas por su caridad.

Y, desde luego, la familia de su padre quedaba descartada de inicio como benefactora.

En ese punto, se le acababan las ideas, así que decidió dejarlo estar y no tocar la cuenta. Si en el futuro había una reclamación, verían que seguía intacta.

16. UNA BARBACOA Y UNA PROMESA

Un mes antes

Christine sabía que la unidad había vuelto a la base, pero Sully no apareció por casa, por lo que supuso que seguía en el apartamento de uno de sus compañeros. Hacía casi dos meses que su presencia era intermitente y sus visitas tenían un solo fin: estar con Morgan. Raras noches se quedaba a dormir y ya ni siquiera intentaba acercarse a ella, por lo que le sorprendió su llamada, citándola en una cafetería esa misma mañana.

Se preguntaba cuántas de esas ausencias habían sido para ver a su otra familia. Se la llevaban los demonios y se arregló más de la cuenta para mostrarle lo que se estaba perdiendo.

Él estaba sentado a una mesa apartada cuando Christine entró. Llevaba el mono con el que trabajaba en el hangar y ni siquiera se había quitado del todo la grasa de limpiar armas de entre las uñas. Se sintió molesta y algo herida por su dejadez, aunque lo que más la irritó fue la tranquilidad con que la miró, la invitó a sentarse con un gesto de la mano y fue al grano:

—¿Recuerdas la solicitud de divorcio que nunca te devolví? —Alargó la mano hacia la silla de su lado y colocó los papeles sobre la mesa—. Solo falta la fecha, que la ponga tu abogado. Tendremos la custodia compartida de Morgan y pasará la mitad del tiempo con cada uno, si al juez le parece.

Se levantó y dejó un billete bajo su taza de café, dispuesto a marcharse. No había pretendido ser tan escueto, pero cuando la vio frente a sí, no encontró que tuviesen nada más que decirse. Nunca

volverían a ser una familia y ahora se alegraba de su decisión: seguir juntos en esas condiciones solo aumentaba el rencor entre ellos, y Morgan terminaría siendo otra víctima de un matrimonio resentido.

Entonces, Sully cayó en la cuenta de lo arreglada que iba ella y se preguntó por qué. ¿Qué pretendía? Llevaba tiempo acostándose con Majors y, en la última discusión que tuvieron, le tiró a la cara los documentos del divorcio. ¿Acaso ahora pensaba fingir que podían arreglarlo?

—Es por ella, ¿verdad? —siseó entre dientes Christine, reteniéndole del brazo.

Sully observó su mirada, que refulgía de rabia mal contenida. ¿A qué venía esa pregunta? No podía saber lo de Emma y, en todo caso, tampoco tenía derecho a echárselo en cara.

—Es por nosotros, Christine. Y por Morgan —contestó, con más calma de la que sentía.

—Fátima se llama, ¿me equivoco? ¿Y tu hijo? ¿Cómo se llama? —bisbiseó ella, aumentando la presa en la muñeca, para impedirle marcharse sin contestar.

Sully negó con la cabeza, comprendiendo la jugada de Majors. Se desasió con suavidad de su mano y le sonrió.

—Te pudrirás en la unidad, mientras yo me pego la gran vida en la capital —siseó ella, furiosa.

—Buena suerte, Christine.

En casa, semejante episodio hubiese desatado una de aquellas peleas a las que tan bien sabía conducirlo ella, por eso había querido quedar en un sitio público.

Sin embargo, Christine no parecía complacida. Después de dos meses recordándole que debía firmar la demanda, ahora parecía que era él quien le pedía el divorcio. Como si aquello fuera una competición, en lugar del final de una parte importante de sus vidas.

Christine se quedó sentada a la mesa un rato más, sin moverse, con la cara encendida de indignación y rabia. El muy cabrón ni siquiera se había molestado en negar lo de la otra mujer. Cogió los papeles de un manotazo y se fue.

*****

Emma se sorprendió de que Christine acudiese a la barbacoa. Llegó tarde y tambaleándose un poco, apoyada en su hija. Si no hubiese sido por ese sostén, seguramente hubiese caído por las escaleras que daban al jardín. Era un espectáculo lamentable verla deambular de un lado a otro con una copa en la mano, refunfuñando que Lavick solo era un proxeneta al servicio del ejército y alguna lindeza más que Madie cortó, llevándosela por la cintura hacia la casa.

Después de que Sully le dijera que se desplegaba, Emma no esperaba que Christine acudiera a la barbacoa. Sabía lo de los documentos del divorcio y se sintió en parte culpable de su estado de embriaguez. Era evidente que no lo había encajado bien. Tenía remordimientos e intentó retirarse temprano, pretextando cansancio, pero la esposa de Hossen se lo impidió.

—¡Ah, no! ¿Me vas a dejar sola con este grupo de pirados? Te necesito para controlarlos.

Christine también se sorprendió de la ausencia de su marido y del teniente coronel. Había pasado el día bebiendo, enfadada y dolida, pero pensaba acudir a la reunión y poner a Sully en evidencia delante de sus amigos. Si no sabían lo de su doble vida, esa noche se enterarían, y Majors la secundaría.

Pero ni el teniente coronel ni Sully acudieron.

Su marido tenía el móvil apagado y Majors contestó a la séptima llamada, con evidente tono de fastidio por su insistencia. Christine no pillaba las indirectas.

—¿Dónde te has metido? —Ella intentó bajar el tono para que nadie la escuchara, aunque cualquiera hubiera podido decirle que, en estado de embriaguez, los susurros se convertían en gritos —. Me dijiste que vendrías.

—Christine, tengo asuntos urgentes y no puedo ir cada vez que me necesites —contestó él, con calma.

—Bla, bla, bla… Nunca puedo contar contigo.

—Los hombres de la unidad no me quieren en sus fiestas, no podrían disfrutar a sus anchas.

—Se supone que tú estás al mando de todos, ¿qué más te da lo que piensen ellos?

—Si me hubieses cogido el teléfono durante el día, tal vez no te hubiese resultado una sorpresa que tu marido y yo nos encontrásemos ausentes.

—Hoy me ha dado firmados los papeles del divorcio.

—¿Y no era eso lo que querías? Por si no te ha informado, pretende crear su propia unidad. Y no ha acudido a la barbacoa porque está de misión.

Christine se quedó muda. ¿Sully dejaba la unidad?

—Dime que no me estas llamando desde la casa de Lavick. —El tono de Majors se volvió acusador. Si alguien escuchaba esa conversación, lo pondría en un compromiso.

Ella colgó sin responder. No sabía si era el divorcio lo que quería, no podía pensar con claridad ni lo iba a discutir por teléfono. Apretó los puños y se acercó a la mesa para servirse otra copa, bajo la atenta mirada de Madie.

Esa noche la pasó en casa del matrimonio, tan ebria que ni se enteró cuando la acostaron en la habitación de invitados.

*****

—Puede ponerse al día de camino a Washington. Un helicóptero lo esperará en el helipuerto mañana a esta misma hora… —Majors consultó su reloj—. Prepare lo necesario para la misión y no llegue tarde o perdería el vuelo diplomático.

Le alargó a Sullivan el sobre que reposaba en la mesa de su despacho. Este dio un paso al frente para cogerlo y volvió a su posición de firmes. Observó los ojos grises de su superior, cargados de determinación: ese hombre no le daría un respiro y tendría que cortarle las alas porque ya no estaba dispuesto a ser su títere, aunque la paciencia era fundamental para ponerle una zancadilla definitiva. Lavick le había recomendado que aceptase esa última misión. Luego, mientras entrenaba a su nueva unidad, Majors no podría enviarle a ningún sitio.

—Recuerde que, oficialmente, no está en África, por lo que una vez que se separe de la delegación diplomática, carecerá de apoyo

—le repitió—. Si tuviese otro tirador de élite disponible, no se lo pediría, pero la misión es urgente.

Sullivan asintió. Después de lo ocurrido con varios de sus compañeros, sabía a qué atenerse. El teniente coronel quería sus cabezas, la suya quizá por otros motivos, pero le iba a ser difícil cobrársela. Él tenía muchos recursos; Majors, en cambio, solo contaba con sus galones.

No habían transcurrido ni ocho horas desde su regreso oficial a la base y su incorporación a la unidad, cuando lo mandó llamar. Majors no disimulaba siquiera que quería quitarlo de en medio. No ya por Christine, sino porque veía desprecio en su mirada y no podía consentirlo. Era su superior y consideraba que esa falta de respeto tenía que pagarse.

A ojos de su subordinado, Majors era un hombrecillo despreciable, incapaz de ver más allá de su futuro político.

—Habrá una ventana de veinte horas para cumplir su misión y volver con la delegación. Si pierde ese avión, tendrá que regresar por sus medios.

Sullivan se sorprendía de que sus prioridades hubiesen dado un cambio tan brusco, de que alguna vez hubiese deseado matar a ese infeliz. Después de todo, él y Christine eran tal para cual, egoístas hasta la saciedad, solo que todos menos su mujer sabían que Majors jamás abandonaría a su esposa. Su posición en el ejército y su acceso a Washington eran demasiado preciadas para sacrificarlas por nadie.

Martha Majors, de soltera Mathison, era descendiente de una de las familias militares más influyentes de la capital. Se dejó seducir por un joven oficial, de buena planta y no tan buen *pedigrí* como el suyo, en un alarde de rebeldía madura, puesto que tenía treinta y seis años, cuatro más que su pretendiente, cuando se enfrentó a su padre para poder casarse con él.

Para Patrick Majors era más importante el braguetazo social que suponía semejante compromiso que la falta de encanto de la novia. De tan antiguo linaje castrense como ella, su familia, sin embargo, había caído en el descrédito cuando su bisabuelo fue condenado en un consejo de guerra durante la II Guerra Mundial y

encarcelado. Las siguientes generaciones habían continuado con la tradición militar, aunque ya no habían vuelto a levantar cabeza . Hasta que Patrick conoció a Martha.

Antes de cumplir un año de casados, ascendieron a Majors por numerosos méritos, cuyos detalles no constaban en su historial. Dos años después, Martha sufrió un accidente de automóvil, de vuelta de tomarse unas copas en la ciudad, y quedó paralítica y estéril cuando tuvieron que hacerle un aborto de emergencia. Otro ascenso, esta vez ya a teniente coronel, le recompensó de la desgracia. ¡La familia Mathisson sabía hacer bien las cosas! No trascendió que Martha conducía con mucho más alcohol en sangre de lo que un marinero, recién llegado a puerto tras dos meses de navegación, podía soportar.

Con un pie en la base y otro en Washington, tan solo esperaba el siguiente paso a coronel con mando en la capital. Pero su suegro se estaba demorando. Le pedía paciencia: «donde estás eres más valioso que cualquier general», le repetía desde que había accedido a su actual puesto, ocho años antes.

Martha ahora tenía una excusa válida para beber y nadie se lo impedía. Lo llamaba automedicarse mientras reía burlona. ¿Qué otra cosa podía hacer, encerrada en casa un día tras otro? Su familia, con la que se habían trasladado a vivir tras el accidente, fingía que todo marchaba bien, que su delicada salud se debía al desgraciado suceso, y Patrick Majors no iba a contradecirlos. Él aplacaba sus apetitos sexuales fuera de casa y la falta de hijos tampoco le preocupaba. Su carrera sí que lo intranquilizaba, porque todos esos sacrificios bien merecían un puesto en la capital. Un puesto que estaba tardando más de lo que su paciencia daba de sí.

Su suegro, el general Mathison, lo sacaba de sus casillas, pero no convenía contrariarlo, así que Majors acumulaba información y coleccionaba aventuras extramatrimoniales. Antes de Christine hubo otras: una Shirley, una Bárbara y varias más de las que no recordaba los nombres. Christine era una jugada muy arriesgada, aunque a él le gustaba apostar fuerte porque solía ganar. Y hombres como el que tenía delante, en posición de firmes, eran perdedores natos a su lado.

—Si no tiene preguntas, retírese a preparar el equipo necesario. —Despidió a Sullivan sin alzar los ojos de los documentos que tenía delante.

Sully saludó y salió apresuradamente.

Además de la misión que acababan de encargarle, tenía otra pendiente: acompañar a Frank Keaton a la cena de una asociación de veteranos, para recabar información sobre el antiguo superior de varios de ellos, el coronel Bigelow. Esa noche se quedaría en la ciudad porque, a primera hora de la mañana, tenía cita con un abogado que se encargaría de su parte del divorcio. Puede que Christine dejase los documentos aparcados y él quería ponerlo en marcha, aunque la enfureciese. Ahora Sully era el que tenía prisa.

Volvió a la base a terminar de preparar sus armas y llamó a Emma.

—Llegaré a casa en un par de horas, hoy me tocaba reconocimiento médico —le dijo ella.

—¿Querrás recibir a tu amante?

Emma rio y cortó la comunicación sin responder.

Sully consultó la hora y fue a hablar con Lavick sobre la cena de la noche anterior en la asociación de veteranos, aunque imaginaba que Frank Keaton lo habría puesto al día.

Transcurridas casi las dos horas, con los nervios de un quinceañero en su primera cita, volvió al hangar que compartía su unidad. De su taquilla recogió una bolsa de viaje grande y guardó sin mucho miramiento varias camisas y pantalones, así como ropa interior. Dudó un segundo sobre el rifle que necesitaría y optó por su viejo M24, pesaba la mitad del Barret y tenía alcance de sobra. Su Beretta M9 también fue a parar al fondo de la bolsa, junto con el sobre de Majors. Cogió de un manotazo la funda con el traje azul marino y ya en la salida lo depositó todo en el asiento trasero del coche.

*****

Emma levantó una ceja, irónica, cuando Sullivan apareció con la funda del traje en la mano, el cabello alborotado y una sonrisa

radiante en los labios.

—Si te trasladas a vivir conmigo, quizá deberíamos tener una conversación al respecto —dijo, soltando una risita mientras se colgaba de su cuello, juguetona.

—Me voy en una hora y tengo que cambiarme.

—Para cambiarte, primero tendrás que desnudarte —susurró ella mientras le mordisqueaba el cuello.

El traje terminó en el respaldo de la silla más cercana. Emma había enlazado sus largas piernas en torno a su cintura y él no pudo por menos que sujetarla contra sí mientras avanzaba a largas zancadas hasta la cama, intentando besarla sin tropezar con los obstáculos que se le ponían por delante. La respiración agitada de ella lo llenaba de autocomplacencia porque él la deseaba de igual forma.

Emma lo desnudó con rapidez, sin remilgos, y le hizo tumbarse sobre la cama para acariciarlo dulce y pausadamente, a pesar de la urgencia que sentía. Cuando las puntas de sus dedos dieron paso a su boca, él se estremeció como sacudido por una corriente invisible. Luego, se deshizo de su ropa y se colocó encima de Sully para cabalgarlo despacio, notando su impaciencia y regodeándose en ella, al tiempo que su abdomen se tensaba por el fuego del orgasmo inminente que amenazaba con derretir cada fibra de su cuerpo.

Eso terminó de desquiciar a Sullivan que, incorporando el torso, la sujetó firmemente por la cintura mientras la giraba para colocarse sobre ella. A Emma no le importó perder la iniciativa, su cuerpo era un cúmulo de sensaciones y él le proporcionaba más de las que podía recordar haber sentido nunca.

En ese momento, no importaba más que lo que ocurría en el dormitorio. Todo lo de fuera carecía de interés para los dos.

*****

Mientras Sullivan se vestía, ella lo observaba en silencio, abrazada a la almohada y pensativa.

—Estás muy *sexy* con ese traje.

Él se volvió para mirarla. La camisa azul celeste, resaltaba sus ojos claros y la tez morena.

—Aunque me gusta más tu culo con vaqueros —continuó ella, soñadora.

—¿Alguna preferencia más, señora? — rio él.

—Desnudo tampoco estás nada mal.

Sully chasqueó la lengua, frustrado porque le aguardaban y no podía arañar otro minuto para estar con ella.

—Si tienes algún piropo más, resérvalo para cuando volvamos a encontrarnos, seguro que puedo retribuírtelos. —Tomó asiento en la cama para abarcarle el rostro con una mano—. Escucha, ahora no puedo contártelo, pero desconfía de Majors. Si te envía a una misión, habla con Lavick y solo con él.

—Me gusta que vengas a escondidas, pero a tu vuelta tendremos que hablar. Tú, Lavick y Hossen, intercambiáis miradas que nos dejan fuera al resto y es injusto, si ocurre algo que afecte a la unidad.

—A la vuelta, lo prometo. Tardaré un par de días o tres.

17. CURIOSIDAD

Un mes antes

Christine arrastró una mala resaca durante el resto de la jornada, que empezó al mediodía del día siguiente a la barbacoa. Madie se ofreció a quedarse con Morgan para que ella pudiera ir a casa, darse una ducha y recuperarse.

Estuvo a punto de negarse porque le pareció notar en su tono cierta condescendencia y una superioridad moral insufribles. ¡Como si ella fuese una santa! Pero era cierto que necesitaba unas horas y con Morgan reclamando su atención, terminaría atiborrada de pastillas.

—Pasaré a recogerla para la cena.

—Pasa después, no tengas prisa, mientras mi hija esté por aquí, tienes niñera cuando la necesites.

Otra vez ese tono reprobatorio en su voz, por lo que Christine le dio las gracias en un murmullo y se marchó a su casa.

La tarde se pasó volando y la resaca había retrocedido a unos niveles soportables, por lo que llamó a la esposa de Lavick para decirle que recogería a su hija en media hora. Aprovechó ese tiempo para devolver la llamada a Patrick Majors.

—Ya era hora de que dieses señales de vida. Te he llamado un montón de veces desde ayer —dijo él.

—¡Fuiste un capullo!

—Y a ti se te fue la cabeza. ¿Quieres que me maten?

—Nadie escuchó nuestra conversación.

—Estabas borracha —espetó el teniente coronel.

—Pero no soy idiota. ¿Y a qué vienen esas prisas?

—Quiero que hablemos de todo esto. Quedemos.

—¿Qué hablemos de qué? —preguntó ella, aún enfadada.

—De cómo vamos a llevarlo. No puedo consentir que nos hundas la vida a los dos por una indiscreción.

—¿Que no puedes consentirlo? ¿Y qué piensas hacer? Porque me parece que el que tiene miedo a un divorcio eres tú. Yo tengo que llevar mis documentos al abogado mañana.

—¿Sullivan ha firmado?

—En breve, seré libre. ¿Cuándo podrás decir lo mismo?

—Lo hablaremos en persona, estas cuestiones…

—¡Ya! Como siempre, dando largas —gruñó ella.

—Tengo que ir con pies de plomo, mi traslado a Washington depende de mi reputación. ¿Quedamos mañana?

—Sully está por aquí, supongo que pasará en algún momento a ver a Morgan.

Majors suspiró. Las lagunas mentales de Christine cuando bebía demasiado le fastidiaban sobremanera y eso se lo había dicho por teléfono la noche anterior.

—Tu marido se va esta misma noche de misión y tardará varios días en volver.

Deshacerse de él tenía una doble función, porque con su muerte Christine se iría de la base; un primer paso decisivo para romper su relación de forma discreta.

—De acuerdo, nos veremos mañana —respondió ella.

Mientras se dirigía a por Morgan, vio la camioneta de Sully deteniéndose al lado de uno de los bloques de apartamentos para solteros de la base y aparcó de frente y a cierta distancia para abarcar las ventanas. Tenía curiosidad por saber si se había quedado con Goode o Meir, pero también debía reconocer que aún le quería: adoraba su aire socarrón y sus pómulos salpicados de pecas, que le habían enamorado en el pasado.

Una de las discusiones recurrentes de la pareja giraba en torno a la falta de ambición de Sully, y justo la noche anterior se enteró de que tenía planes de dirigir una unidad propia, algo en lo que ella venía insistiendo desde hacía tiempo. Era como si quisiera empezar una nueva vida tras su divorcio.

Quizá era lo que esperaba para empezar una nueva vida con Fátima, que ocuparía su lugar en la base. Le parecía una jugarreta injusta, a pesar de que ella tenía sus propios planes: antes de un año, Patrick estaría en Washington y, tras su divorcio, ella pasaría a ser la señora Majors.

Patrick estaba esperando a que la salud de su esposa mejorase un poco para pedirle el divorcio, tras una recaída en su enfermedad que casi la mata. Su estado podía terminar en eso y a Christine le daba igual si él se divorciaba o se quedaba viudo. Quería esa vida para ella. La vida que Majors podía ofrecerle superaba las expectativas de cualquier esposa de jefe de unidad, aunque por las noches todavía se masturbaba pensando en las manos de Sully recorriendo su cuerpo.

Aun así, sentía curiosidad por la mujer que le había dado un hijo. ¿El niño se parecería a él? ¿Yendría su carácter? Debía significar mucho para Sully si había dado el paso de divorciarse, porque Morgan era la niña de sus ojos.

La luz de varios apartamentos estaba encendida y por la ventana de una del segundo piso entrevió la silueta de Sullivan con una mujer encaramada a su cintura, ambos abrazados, besándose. El corazón le dio un vuelco. ¿Sería Fátima? ¿Cómo podía estar allí? ¿La habría colado en el apartamento de alguno de sus amigos para poder verla antes de desplegarse?

La idea consiguió tensarla hasta que sus mejillas enrojecieron de rabia, mientras respiraba a pequeñas bocanadas. Se apeó del coche para adentrarse en el edificio.

Segundo piso.

Ascendió las escaleras a la carrera y leyó los carteles al lado de las puertas que contenían los nombres de los inquilinos: sargento Goode, sargento Meir, teniente Murray, capitán Heinemann, cabo Lucas y sargento Rayburn.

Solo una mujer, Emma.

Una idea la asaltó de inmediato: ¡la melena que había visto ondear sobre la espalda de la mujer que estaba con Sully era como la de la sargento, lisa y larga hasta media espalda. La revelación hizo que su mente girase a velocidad vertiginosa.

¡Hija de puta! ¡Se estaba tirando a Sully!

Se quedó un momento con la mano apoyada en la puerta, intentando contener las ganas de aporrearla y que todos pudiesen ver la clase de zorra con la que trabajaban. Seguramente también se acostaba con el resto de sus compañeros cuando le viniese bien. ¡Ella había tenido razón sobre la calaña de Emma!

Una risita nerviosa le subió hasta la boca sin poder evitarlo: ¡también le estaba poniendo los cuernos a Fátima! A pesar de lo humillante de la situación, tuvo que ponerse la mano en la boca para contener la carcajada que pugnaba por salir. ¡Parecía que la tendencia de Sully era preñar mujeres! A ella también la había dejado embarazada al poco de conocerla, aunque tenía que reconocer que se había comportado como un caballero porque le propuso matrimonio enseguida.

Con un gran esfuerzo, se contuvo y su humor volvió a cambiar rápidamente cuando prestó atención a los sonidos que le llegaban desde dentro del apartamento. Escuchaba los jadeos y gemidos, sintiendo que unas garras heladas le apretaban las entrañas. Esos jadeos eran los que Sully le arrancaba en la cama, ¡ninguna otra mujer tenía derecho a quitarle lo que era suyo! Odiaba oír lo que estaba oyendo, envidiaba cada uno de los gemidos que él arrancaba a su amante, aborrecía a Emma y detestaba a Fátima que también disfrutaría de esas caricias, que un día habían sido suyas. La indignación impidió que las lágrimas rodasen por sus mejillas.

Necesitaba una copa. O varias.

Llamó a Madie para pedirle que se quedase con Morgan hasta el día siguiente, alegando que necesitaba ocuparse de asuntos propios, y se despertó a la mañana siguiente con un hombre tumbado a su lado en la cama de otro motel. Su espalda estaba salpicada de marcas de acné antiguo y tenía un aspecto demasiado juvenil mientras dormía y quemaba los efluvios del alcohol, que ambos habían consumido con demasiada poca prudencia la noche anterior.

¡Por dios, era un crio! Seguramente, ni siquiera había terminado la academia. Tendría, a lo sumo, veinte años. Se cubrió

los ojos con las manos, que olían a sexo, sintiéndose tan miserable como si lo hubiese violado.

No podía recordar casi nada de la noche pasada, pero la sensación de algo pegajoso entre los muslos la alertó de que no habían puesto protección a su encuentro y, a pesar del mareo que sintió al incorporarse, salió corriendo hacia el baño para vomitar el exceso de alcohol de su estómago.

18. TACONES Y CASINOS

La tarde había declinado, dejando paso a una noche templada y agradable. Habíamos alargado lo posible las copas, temiendo que el malestar por ese beso furtivo nos acompañara a la habitación compartida.

—¿Tienes hambre? Es hora de cenar —comentó.

Negué con la cabeza. Esa noche podría saltarme la cena.

El momento incómodo lo rompió Lavick, avisando para que conectásemos los comunicadores.

—Tienes que echar un vistazo de cerca al maletín de Ballantine tiene esposado a la muñeca, Mack. Liv ha visto algo bastante inusual en el cierre.

—La DIA dijo que le habían colocado un dispositivo biométrico para que solo pudiera abrirlo él.

—Me quedaré más tranquilo si lo observas de cerca y me das tu opinión.

Mi compañero resopló.

—Vale, ¿dónde está ahora?

—En un casino de la Rue Canebière —respondió Lavick—. Te envío ubicación. ¿Cuánto tardas?

—Necesitaré una hora para organizarme.

—De acuerdo. Que Cass no entre, si se puede evitar, porque ya tiene a los guardaespaldas alrededor y preferiría que no pudieran asociaros.

Al cortar la comunicación, Brooks parecía más activo, como antes del «incidente».

—¿Sabes robar coches? —me preguntó.

—No es mi especialidad.

Él volvió a sonreír y creí que teníamos superado lo anterior. Su sonrisa era contagiosa y sincera.

—Pues te enseñaré a delinquir. ¡No olvidarás este viaje!

No pensaba olvidarlo, pero asentí, dispuesta a aprender cualquier cosa que quisiera enseñarme. Incluso a robar coches.

Subimos a la habitación y Brooks se encerró en el baño durante media hora. Cuando salió, lo hizo sin rastro de barba y con el mismo brillo en los ojos que había perdido después del desliz. Lo había recuperado y me alegraba, porque me gustaba tal como era, con su sentido del humor, y no quería ser culpable de la tirantez que se había instalado entre nosotros.

—¿Me das tu visto bueno? —preguntó.

—Caramba, pareces otra persona.

Y era cierto. Sin barba, mostraba su mandíbula arrogante y una barbilla partida por una línea vertical de lo más atractiva. Por no hablar de que el traje le sentaba como si se lo hubieran cosido a medida. Se soltó un botón más de la camisa, que ya tenía uno abierto y dio una vuelta sobre sí mismo.

—De aquí a una pasarela de alta costura —dije, sin mentir del todo. Le faltaban los ademanes afectados; todo lo demás lo llevaba de serie.

—Pues tienes que ponerte a mi altura.

—¿Qué quieres decir?

—¿Tú qué crees?

Ya. Me lo temía.

Revolví entre los vestidos que había colgado en el armario y toqué uno, alzando una ceja para pedir su opinión.

—Este —dijo, señalando otro más ceñido que el que había escogido yo y, por tanto, menos cómodo.

—Si me tengo que quedar sentada en el coche esperándote, creo que merece la pena contemplar otras opciones.

—¿Y si te necesito dentro del casino?

Cedí ante el argumento, pero escogí otro vestido vaporoso y de falda ancha. Aunque de un verde chillón que nunca hubiera comprado para mí, creí que me quedaría bien. Además, si, por un casual, había que salir corriendo, no quería hacerlo a saltitos como

una *geisha* o tener que subirme el vestido hasta las caderas. No veía la practicidad de aquello, y menos después de encaramarme a unas sandalias de tacón de aguja tan bonitas como incómodas.

—Si te vas a reír, no salgo —le advertí, a través de la puerta del cuarto de baño cerrada.

—Prometo contenerme.

—No me gusta la gente que rompe sus promesas —dije, torciendo el gesto ante su evidente contención cuando salí. Se le veía la risa en los ojos.

—Estás muy guapa, solo que tienes que acostumbrarte a caminar con esos tacones sin parecer borracha.

—¡Oye, que sé andar con tacones!

Y sabía, pero nunca me había puesto tacones de aguja y era complicado mantener el equilibrio y parecer una persona normal al mismo tiempo.

Mi carrera de espía llevaba mal camino. Me habían entrenado para trepar, correr y disparar, pero a nadie se le había ocurrido prepararme para lucir un vestido de un color tan llamativo que podrían localizarme a dos kilómetros, con el añadido de unos tacones insufribles.

—Voy a dar una vuelta por el pasillo para acostumbrarme.

Brooks llevaba razón, si tenía que aparentar normalidad, no podía ir dando tumbos por ahí como si hubiese tomado más copas de la cuenta en el bar. Me sentía de lo menos femenina en ese momento, aunque el bajón de autoestima me duró poco: las mujeres no nacíamos con el don de caminar sobre tacones kilométricos; se trataba de un aprendizaje impuesto para resultar atractivas a ojos masculinos, sin otro fin práctico. Pero, como a todo, una se acostumbraba.

Recorrí el pasillo arriba y abajo un par de veces y me asomé a la habitación.

—¡Estoy lista!

Según lo prometido, Brooks me enseñó a robar un coche de gama media y algo antiguo. Según él, los nuevos requerían del uso del móvil, algún programa concreto, y ciertos datos para desbloquearlos. No había tiempo para eso.

—Mientras sigan circulando coches sin tanta electrónica, es preferible decantarse por ellos. Es fácil desactivar el GPS y cualquier alarma que lleven incorporada.

—Estás hecho todo un delincuente —dije.

—Soy un manitas; hasta la carpintería se me da bien. Venga, sube, el próximo lo robarás tú.

Brooks conseguía hacerme reír, y eso no podían decirlo muchas personas. Como alguien me había dicho en Nueva York: parecía estar siempre tensa. Y lo estaba. Él, sin embargo, me tenía en tensión por otras causas. Eliminadas estas, me encontraba a gusto a su lado. Era buen conversador e ingenioso, además de manitas.

Sonreí para mis adentros, aunque no debió ser tan para mis adentros porque me dijo, después de echarme un vistazo al detenernos en un semáforo:

—No sé si preguntarte.

—¿Sobre qué?

—¿Ofrecerte dinero por tus pensamientos estaría fuera de lugar o aceptarías?

—Depende de la oferta.

—Entonces, voy a hacer planes para atracar el casino mientras llegamos, porque como funcionario, con poco puedo tentarte. —Detuvo el coche, sin dejar de sonreír—. Por cierto, te toca conducir. Yo me quedaré a un par de manzanas.

Cambiamos de sitio y él puso el navegador de su teléfono para que nos guiase al casino.

—¿Podrás mantenerte en contacto cuando estés dentro? —le pregunté.

—Solo por teléfono y lejos de las mesas de juego.

—¿Y si te pillan grabando?

—Fingiré que estoy borracho —dijo, guiñando un ojo con picardía—. Detente por aquí. Te avisaré cuando salga y caminaré hacia el puerto. Recógeme donde puedas.

Arranqué y di la vuelta a la manzana. Había una callejuela frente a la entrada del casino donde pude distinguir huecos para aparcar. Además, se trataba de un lugar discreto, ya que los árboles

ocultaban la luz de las farolas, por lo que el coche quedaría en una cómoda penumbra.

Prefería estar cerca, por si acaso.

La entrada del casino estaba en alto, sobre una amplia escalinata de mármol blanco, profusamente iluminada. Apostados a ambos lados de la puerta, dos hombres de seguridad, vestidos con trajes oscuros, aprovechaban su situación dominante para vigilar a ambos lados de la calle.

Vi acercarse a Brooks con cierta admiración, porque el traje le sentaba de maravilla, y también con curiosidad: Hossen tenía que haberle dado clases intensivas de cambio de personalidad porque parecía una persona distinta. Caminaba despacio, con aire despreocupado, un cigarrillo apagado colgando de la comisura de los labios, las manos en los bolsillos, la chaqueta abierta y la corbata sobresaliendo del bolsillo superior. Tenía el cabello alborotado y los ojos adormilados.

Cualquiera hubiera pensado que estaba aburrido y acostumbrado a pisar esos establecimientos para sacudirse el hastío, probando los juegos de azar. De hecho, los guardias no le prestaron la mínima atención cuando pasó entre los dos. Debían ver personajes así todos los días.

Pasaron varias personas de camino al casino y a otros locales de la zona. Un coche de gendarmes rondaba lentamente por el Boulevard y las calles contiguas. Nadie se fijó en mí, en cambio, yo observaba todo alrededor, desde el interior del coche, inmóvil para no delatar mi presencia.

*****

El mensaje de Brooks llegó casi media hora más tarde.

—Reúnete conmigo en el casino.

Resoplé, pero salí del coche, alisándome el vestido verde lechuga, que debía estar arrugado por mi espera en el vehículo.

Jamás había entrado en un casino y no tenía ni idea de qué hacer, así que pasé entre los vigilantes de la entrada y me dirigí al mostrador que tenía frente a mí, en el que me pidieron una

identificación, que escanearon en un ordenador. Por suerte, me señalaron las puertas a mi derecha, en las que había un hombre maduro, vestido de uniforme, antes de que pudiera preguntar por el precio de entrada, porque ¿qué sabía yo de casinos? Era mi primera vez, como muchas cosas en ese viaje.

Accedí a una sala enorme, con un apartado de máquinas tragaperras, dos barras de bar en sendas esquinas y el resto llena de mesas de juego, gente, bullicio y sonidos líquidos de las copas que cada cliente tenía a su alcance.

Brooks salió a mi encuentro y me enlazó por la cintura, al tiempo que fingía un abrazo, como si estuviera aguardando a una cita que se presentaba con retraso.

—Acompáñame —me dijo—. Nos acercaremos a la mesa de ruleta donde está Ballantine con calma. Hay demasiados ojos y necesito que llames la atención para que no me vean grabar.

—Llamar la atención, ¿cómo?

—Estando allí —contestó, consiguiendo derretirme por el piropo encubierto.

De hecho, de mi estancia en el casino, solo recordaba que me puse cerca de Ballantine, porque la mano de Brooks en mi cintura me impedía pensar con claridad. Tampoco recordaba si había estado un minuto o una hora frente a la mesa de ruleta, hasta que él susurró en mi oído:

—Lo tengo. Vámonos.

Brooks no soltó mi cintura en ningún momento y uno de los vigilantes de la entrada le guiñó un ojo cuando salimos en dirección contraria a donde estaba el coche.

—Vamos a dar un rodeo —dijo él.

—¿Cómo ha ido? —le pregunté

—He podido grabar el maletín. No obstante, me parece que vamos a tener problemas.

—¿A qué te refieres?

—A que las sospechas de Liv no iban desencaminadas: pero mañana lo estudiaré con Meir, por si ve algo que a mí se me ha escapado.

Estaba previsto que nos reuniésemos con los demás en Niza por la mañana, después de haber hecho una última comprobación para cerciorarnos de la cantidad de hombres que escoltaban a Ballantine. Habíamos visto a cuatro, pero asegurarse nunca estaba de más.

—¿A dormir? —preguntó y, ante mi gesto contrariado, frunció el ceño—. ¿Qué?

—¿Te importaría si pasáramos un momento por un sitio?

—Si ha quedado algún lugar que quieres visitar, podemos aprovechar por la mañana.

—Sería mejor echar un vistazo por la noche —dije.

—¿Y piensas decírmelo o tengo que adivinarlo?

—El negocio de Barsamian.

—Ya ha dicho Liv…

—Venga, tengo curiosidad… —le pedí—. Puede que sean traficantes de munición al por menor, pero ¿no quieres saber por qué quieren meterse en algo tan gordo como las contratas del Pentágono? Algo raro tiene que haber.

—Las mafias aquí tienen gran influencia y son territoriales. Marsella es uno de los puertos mediterráneos más importantes, donde se mueven muchas mercancías, salpimentadas con todo tipo de tráfico. Si se moviese algo gordo, la Interpol estaría al tanto.

—Una miradita y nos vamos a dormir, ¿vale? —volví a pedirle—. O te dejo en el hotel y me voy yo.

19. TIRO SEGURO

Un mes antes

El vuelo diplomático se demoró solo una hora sobre el horario previsto. Sullivan tuvo tiempo suficiente para informarse durante las veinte horas de viaje sobre el país africano en el que debía cumplir la misión requerida.

Al margen de las órdenes, en especial en las misiones cuyo carácter debía quedar en el mayor secreto, se informaba de cómo, dónde y quién sería el objeto de su bala, porque era su responsabilidad, teniendo en cuenta que él la dispararía. Y Majors le enviaba con demasiada frecuencia a ese tipo de misiones en solitario, sin apoyo del equipo táctico.

Tiempo atrás, le hubiese restado importancia, pero ahora no se fiaba de las intenciones del teniente coronel, así que había dos personas al tanto de su destino: Liv y Lavick.

Tal como estaban las cosas, procurarse un seguro no era una medida superflua.

Por otra parte, hacía ocho meses ya había estado en el mismo país africano, del que tuvo problemas para salir. Aunque en esa ocasión no hubo rifle de francotirador ni balas al uso, sino un disco duro externo para dejar en el despacho del primer ministro pruebas de una malversación inexistente. Parecía una tarea adecuada para otro tipo de personal. No obstante, discutir órdenes era el camino más corto para una nueva degradación y con la primera ya tuvo bastante.

Sullivan hizo de la tradición familiar su profesión. Procedía de una larga estirpe irlandesa, cuyo principal trabajo era procurarse comida con la caza furtiva. Expulsados al nuevo mundo para no

tenerlos en una cárcel inglesa, prácticamente su modo de sustento no había cambiado.

La parte tradicional de la familia se quedó en las montañas y los osados, los que querían oler algo más que la tierra y la savia de los árboles, y comer otra cosa que carne de caza, se instalaron en Boston, arropados por la gran comunidad irlandesa.

Sully no quería terminar como sus numerosos primos, estivando en el puerto, o delinquiendo por costumbre y, en una de sus escapadas a cazar, un ritual que llevaban a cabo los miembros de la familia una vez al año, pensó que quería saber por qué algunas armas y munición se comportaban de distinta forma que otras.

El único lugar donde poder experimentar con ellas de forma legal era el ejército, en el que destacó como francotirador. Luego se enteró de que la balística explicaba, de forma científica, lo que le producía tanta curiosidad. Se matriculó y terminó la carrera con honores y un ascenso de rango.

Hoy en día podía percibir el sonido de un percutor, o el zumbido de una bala cercana y saber qué modelo la había disparado, su calibre y hasta su lugar de procedencia.

Las armas eran herramientas precisas en sus manos y la paciencia, una compañera con la que se sentía a gusto. Por eso era el mejor francotirador de las unidades y el candidato ideal para realizar el trabajo actual.

El avión tomó tierra a la una de la madrugada, hora local, y la delegación, cuyos equipajes se consideraban valija diplomática y no eran registrados, subió de inmediato a los vehículos para dirigirse a la embajada. Al día siguiente, tendrían la entrevista con el primer ministro hacia el mediodía y, según las conclusiones, habría otra más por la tarde, o no. La vuelta, en cualquier caso, estaba prevista para las 22:00, hora local.

Sullivan había dormido apenas cuatro horas durante el vuelo, pero se encontraba bastante despejado cuando lo condujeron a la habitación, en una esquina del ala sur de la embajada. Su papel era el de un agregado sin mayor relevancia, así que nadie lo echaría de menos durante las conversaciones. Pasó desapercibido para todos

menos para los agentes de la CIA de la embajada, siempre atentos a las novedades.

Colgó el traje, se dio una larga y caliente ducha para desentumecer los músculos, echando de menos las manos acariciantes de Emma bajo el agua.

Alejó esos pensamientos. Ahora tenía que centrarse para terminar su trabajo y volver con ella.

Se vistió completamente de negro con pantalones ligeros y camiseta de manga larga. Llevaba el rifle y la munición en una mochila alargada, junto con una botella de agua y la documentación adicional, que indicaba su procedencia australiana. Se aseguró de que el dinero del país y los dólares seguían en un pequeño bolsillo en su cintura y comprobó la carga de la Beretta, para proceder a encajarla entre la cintura y su pantalón, a mano. Se ajustó los guantes, pero el pasamontañas lo dejó para cuando estuviese en las sombras. Hacia demasiado calor y necesitaba tener buena visibilidad.

Desde la ventana de su habitación se orientó antes de descolgarse sigilosamente, aferrándose al saliente. Estaba en un primer piso, así que el salto fue sencillo. Buscó instintivamente los puntos ciegos de las cámaras y esquivó como una sombra a los marines que montaban guardia en el jardín.

Cuando se encontró en la calle, su respiración era tan calmada como en reposo. La ciudad estaba dormida y él se fue deslizando por zonas oscuras, siguiendo el mapa mental que había trazado hasta su destino.

El portal que buscaba estaba a oscuras y silencioso. Era un edificio moderno de apartamentos para jóvenes ejecutivos de algunas empresas que empezaban a despuntar en el país.

El sonido del ascensor le hizo apresurarse hacia las escaleras. El tercer piso le pareció una buena opción, después de echar un vistazo desde el otro lado de la calle. Las ventanas de los apartamentos del centro se encontraban frente a su objetivo y el ángulo de tiro sería ideal.

Escuchó un momento, con la oreja pegada a la puerta del apartamento más cercano y sacó sus herramientas. En unos

segundos, la puerta estaba abierta y él se deslizó como un susurro dentro. Se detuvo y escuchó. Una profunda respiración venía de una habitación al otro lado del salón.

Salió tan sigilosamente como había entrado, cerrando a sus espaldas y realizó la misma operación en el siguiente apartamento. Lo inspeccionó rápidamente. Estaba vacío. No había ropa ni objetos personales.

Estupendo, no le apetecía tener que estar pendiente de un inquilino que llegase a horas intempestivas y tener que sacarlo de circulación por unas horas. Esas situaciones siempre se podían complicar si alguien lo echaba en falta y venía a buscarlo, obstaculizando su trabajo.

Necesitaba concentrarse para ser certero.

Descorrió un poco la cortina para atisbar la calle. Al otro lado se alzaba un edificio comunal que sería la sede de la entrevista que él había venido a impedir. Eso, si la fuente era tan fiable como aseguraba Majors.

Abrió la ventana unos centímetros. Entró una brisa cargada de humedad e impregnada de olores diversos: basura, comida, asfalto recalentado y leña quemada. Trasladó la mesa del comedor hasta la ventana, con sigilo, y dedicó los siguientes minutos a montar el rifle. Tenía una larga espera por delante.

El edificio comenzó a cobrar vida con la llegada del amanecer. Ruidos de pasos, de grifos y de cisternas acompañaron a las voces amortiguadas en la escalera. Durante toda la mañana, la calle fue un trasiego constante de gente que iba y venía de sus trabajos, de compras o de tomar un café. Hacia las cuatro de la tarde, la intensidad del tráfico automovilístico y humano cayó en picado. Los trabajadores habían regresado a sus casas a comer y disfrutar de su tiempo libre.

Sullivan, que no había dejado de vigilar la calle durante toda la mañana, comenzó a notar la tensión: se acercaba la hora. Los francotiradores, normalmente, se acompañaban de ojeadores que les diesen una perspectiva global y parámetros como humedad, velocidad del viento… En fin, cuestiones físicas que podían afectar a los objetivos.

Cuando el blanco era único y sus movimientos previsibles, el uso de ojeadores no era necesario. Solo había que tener en cuenta la climatología puntual, adaptando la precisión del arma a las circunstancias y, sobre todo, conocerla bien. El comportamiento de una bala disparada desde un arma fría o desde una caliente, difería. Muchos francotiradores colocaban un silenciador para poder disparar unas cuantas veces, con el fin de calentar el cañón. Eso requería de más material que transportar y mayor probabilidad de dejar rastros. La pólvora quemada se adhería al entorno y las balas disparadas no se recuperaban.

Su trabajo era abatir al sujeto en cuestión, causando daños sin matarlo, y dejar las menos pruebas posibles.

Descorrió un poco más las cortinas. Sobre la mesa, había extendido una camiseta que tiraría más tarde, para no impregnarla de pólvora; él llevaba guantes, gafas y una pañuelo que le cubría la parte inferior de la cara. Se cambiaría de ropa luego, aunque no abandonaría el arma, de no ser absolutamente necesario. Las armas personales eran como mascotas.

A Sullivan no le hacía falta calentar el arma. La conocía lo suficiente para poder calcular la trayectoria de la bala, teniendo en cuenta las condiciones ambientales y el frotamiento con el cañón. Un milímetro no calculado en el punto de mira tenía que ser compensado con todos los demás aspectos físicos y ambientales, trayectoria, peso y calibre de la bala, velocidad y fuerza. Un profesional hacía los cálculos sin tener que pensarlos y, con esas consideraciones, los fallos solo podían deberse a aspectos ajenos al control del tirador. Reguló la mira telescópica, una de las mejores del mundo, y aguardó, controlando la respiración. La tensión incidía en la presión del gatillo, que debía alcanzar cuatro kilos y medio, y el retículo de la mira tenía que apuntar al sitio preciso para no matarlo. Una desviación mínima, significaba una sentencia de muerte.

El automóvil llegó puntual. No se distinguía de cualquier otro, excepto por los cristales ahumados. Dos hombres descendieron, mirando hacia todos lados, y otros dos salieron para formar un pasillo a ambos lados de la puerta posterior. Todos tenían las manos

cerca de las armas. Estaban tensos, no eran profesionales porque solo temían un ataque desde la calle.

Su objetivo descendió del vehículo, confiado, cuando la bala le atravesó el hombro, desparramando su sangre por los trajes de sus guardaespaldas. Estos se agacharon cuando se dieron cuenta de que les estaban disparando. Uno de ellos reaccionó más rápidamente que el resto y les ordenó que metieran a su protegido en el coche, antes de salir quemando rueda.

Un disparo, unos segundos, y la calle estaba despejada de todo menos de la sangre que salpicaba la entrada del edificio comunal. La reunión de su objetivo era con su rival político. Estaban en plena campaña y el atentado contra él sería una ventaja y un llamamiento al orden.

Su oponente era un hombre al que nadie querría poner al frente de un país, pero tenía demasiados partidarios, seducidos por el miedo. Su historial haría palidecer al mismo Hitler. Hijo de un genocida y tan cruel como él, era el principal dirigente de un grupo en la mira del tribunal de justicia internacional, acusado de secuestrar niños para usarlos como soldados y esclavos sexuales. A menudo hacían que estos niños matasen a sus propios padres, para no tener hogares a los que regresar. Una vez secuestrados, los niños eran usados como mulas, cargando suministros, hasta que se encontraban demasiado débiles para caminar y eran asesinados. A los más valientes los convertían en soldados para enviarlos a primera línea en los ataques contra el ejército.

El destino de las niñas tenía idéntico final mortal, pero con una transición infinitamente peor.

A Sullivan le hubiera encantado tener a ese sujeto en el punto de mira, en lugar de al primer ministro. No hubiera realizado un disparo de advertencia, aunque le costase una investigación, porque un francotirador, según las circunstancias ambientales, podía fallar.

Sully cumplía las órdenes, pero tenía un margen, en especial en momentos como ese en el que carecía de supervisión.

Desmontó el arma, recogió el casquillo y se desnudó, guardando la ropa en la mochila y sacando muda limpia. Ningún

revelador de pólvora indicaría que había disparado un arma de forma reciente.

Devolvió la mesa a su sitio y salió del apartamento, cerrando la puerta cuidadosamente. Su presencia en él no podría ser probada de ninguna forma. Desde ese momento, sería un turista más, hasta llegar a la embajada.

La noticia del atentado aún no había trascendido, así que la calle continuaba tan silenciosa como esperaba. El ruido del disparo hizo asomarse a algunos vecinos, que volvieron a sus casas, al comprobar que no había motivos de preocupación. Un disparo podía confundirse con el reventón de una rueda.

Tiró la ropa impregnada de pólvora a un contenedor, sabiendo que desaparecería pronto, recogida por uno de los muchos desafortunados sin trabajo que buscaban su sustento en donde otros depositaban sus desechos.

Sullivan se permitió un paseo tranquilo por la ciudad, estirando sus músculos, agarrotados de las horas en completa inmovilidad. Le quedaban unas horas para volver a colarse en la embajada y se sentó en una terraza, dejando filtrarse en su mente el recuerdo de Emma. Quería contarle muchas cosas, prevenirla de otras y explicarle los planes que tenía con Lavick.

Lo mismo que el personal de la CIA lo había calado nada más llegar a la embajada, él los pudo identificar sin problemas. Semejante despliegue de la agencia, solo podía obedecer a intereses políticos o económicos y se decantaba por los últimos, dados los rumores de un enorme yacimiento petrolífero descubierto en su subsuelo.

Los rumores, sin embargo, no eran certezas, aunque muchos lo habían tomado en serio y se corrió la voz de que de una unidad había acudido a sacar a un geólogo de la zona.

Como las unidades no hablaban sobre sus misiones entre sí, todos consideraban la historia como una leyenda, de las muchas que circulaban entre ellos.

Al recordar el incidente, Sully tuvo un mal presentimiento, que le corrió como una descarga eléctrica por la columna vertebral. Cayó en la cuenta, entonces, de que no tendría comunicación con la base

de operaciones hasta que se encontrara en la embajada y no podría compartir el mal pálpito con nadie, sin alterar el estricto protocolo de silencio de radio.

Se levantó, dejando su café a medias. Nunca había echado de menos la comunicación con la base como ahora. Tenía que hablar con Lavick de manera urgente.

Caminó con rapidez, dirigiéndose a la embajada, y se giró para enfrentar al coche que lo seguía desde que se había movido de la terraza. No tuvo tiempo de sacar su arma corta; sintió dos balas alcanzándole a la vez en el pecho y en la pierna, pero se encontraba inconsciente ya cuando lo metieron en el maletero del vehículo.

20. INDISCRECIONES

Un mes antes

—Me siento como un niño que se chiva al profesor del abusón de la clase.

—No te sientas mal, sargento mayor, estás velando por sus hombres —le tranquilizó Liv.

Ambos se encontraban en el despacho del jefe de unidad, donde anteriormente habían compartido preocupaciones por las misiones fantasma a las que Majors mandaba a los hombres, que solían terminar mal. Sin supervisión, sin el apoyo y la información del centro de operaciones, quedaban librados a su suerte. Y los problemas, en su trabajo, se saldaban con muertes. Liv albergaba sus mismos temores, por eso llevaba meses guardando información que debería haberse eliminado.

Al término de la misión asignada, cada individuo tenía que hacer un informe. Después de que Majors las leyera, le daba el visto bueno a Liv. Ella se encargaba de enviar un mensaje cifrado al director de la DIA, para anunciarle el éxito o el fracaso de la operación, y de hacer desaparecer cualquier rastro digital, puesto que nada se tramitaba en papel.

Lavick acababa de contarle a la jefa del control de operaciones, la entrevista que había mantenido con el coronel Bigelow para exponerle sus sospechas. Hacía meses que su unidad estaba operando de forma irregular, al contrario que las demás, que funcionaban como siempre. Las evidencias hacían pensar que Majors quería destruir su unidad. Solo la suya. Y la causa, también la sospechaba: él había cuestionado muchas de las misiones asignadas, colocándolo en el aprieto de tener que recular, ante la

evidencia de que estaban mal preparadas por falta de tiempo y recursos. El recorte presupuestario que venían padeciendo, era un tema que todos los jefes de unidad habían puesto sobre la mesa, porque siempre habían dispuesto de dinero de sobra para sacar adelante misiones en las que había que hacer una inversión millonaria.

Majors era hombre de despacho y no le interesaban las dificultades, ni económicas ni de ninguna otra índole. Quería resultados y Lavick se negaba a meter a su unidad en situaciones sin la más mínima posibilidad de éxito.

La desavenencia entre ambos se recrudeció y por la vigilancia a la que sometió a su jefe, se enteró de que frecuentaba compañías poco recomendables, así como de su relación con Christine. Supuso que por eso enviaba a Sully a tantas misiones sin supervisión. Quería deshacerse de él.

Por la terrible sensación de ser el responsable indirecto de la desaparición de su unidad, acudió a entrevistarse con el coronel Bigelow que, previamente, se había puesto en contacto con él para indagar sobre la eficacia del liderazgo de Majors. En aquella ocasión, Lavick había cortado la comunicación, sin contestar a la cuestión.

La existencia de las unidades era un tema que no le competía al coronel y que no debía conocer. Pero estaba claro que no solo sabía de su existencia, sino que conocía a su responsable y un poco de investigación sacó a relucir la animadversión mutua entre Bigelow y Majors.

Su desconfianza por los burócratas le obligó a recapacitar cuando las cosas se pusieron muy mal en la base, por eso quería saber algo más de él y envió a personas de su confianza a indagar entre los que dirían la verdad: los hombres que habían servido a sus órdenes en el pasado. Bigelow tendría sus cosas con Majors, pero la atención con la que escuchó las razones de Lavick y le preguntó por asuntos puntuales, obligó al sargento mayor a replantearse la idea preconcebida que tenía de él. Si albergaba animadversión personal contra Majors, sabía esconderla, por lo que le pareció un aliado aceptable. De momento.

Aunque compañeros de armas, a título personal, Bigelow despreciaba a Majors, por su falta de escrúpulos para trepar en la escala militar y social sin pisar siquiera un campo de batalla. Él había ascendido gracias a sus años de preparación y experiencia en casi todas las guerras en las que su país había tenido participación durante los dos decenios precedentes. La última herida que recibió lo incapacitó para volver al frente y, a regañadientes, porque le gustaba estar a pie de trinchera, se avino a ocupar un despacho en el Pentágono.

Aunque con mayor rango que Majors, en ocasiones había visto relegadas sus opiniones por la influencia de la familia política de su rival. Su suegro era superior en rango, así que los argumentos del mequetrefe tenían un peso inmerecido.

Cuando, esa mañana temprano, el sargento mayor Lavick de logística pidió hablar con él, urgentemente y en privado, se preguntó que estaría tramando esta vez Majors.

Escuchó con atención, comprendió su preocupación y le pidió que lo mantuviese al tanto de todas las misiones en las que se viera envuelta su unidad, las oficiales y las oficiosas.

Por esos antecedentes, de los que Liv estaba avisada, cuando Majors recibió la llamada personal de Bigelow mientras se encontraba en la sala de seguimiento uno, estuvo atenta.

—Pásame esa llamada al móvil, Liv.

—Sí, señor.

—Siempre es un placer hablar contigo —dijo Majors, saliendo de la sala para atender la llamada en privado.

—He recibido información que quizá pueda interesarte, Patrick. Se trata de uno de tus hombres desplegados en África.

Liv, que escuchaba la comunicación, decidió conectar el altavoz a la sala en ese momento, consciente de que, hubiera algo reprobable en la conversación o no, le caería una buena bronca. No obstante, necesitaría testigos, si la alusión al continente africano seguía los derroteros que imaginaba.

—Te equivocas, Bigelow, en este momento no hay ninguna unidad desplegada en ese continente.

Bigelow conocía la existencia de las unidades por boca del mismo Majors. El coronel solía meterse con él porque su suegro le había procurado los ascensos solo para tenerlo en un departamento de logística y en una de las numerosas fiestas en la que coincidieron, se lo dijo.

—Te tiene de repartidor —rio Bigelow.

—No tienes ni puta idea de la importancia de lo que hago.

—¿Llevar aviones cargados de papel higiénico al campo de batalla? —se burló el coronel—. Sí, muy heroico.

Al contrario que Majors, el coronel Bigelow escuchaba, era observador y aguardaba sus oportunidades con paciencia.

—No digo unidades, hablo de un solo hombre —dijo, a través del teléfono, sin reprimir una sonrisa.

Los demás técnicos, interrogaban con la mirada a Liv, que negó con la cabeza. No era momento de dar explicaciones, sino de escuchar la información que tenía Bigelow.

—¿Insinúas que no sé dónde están mis hombres? —indagó Majors con cierta acidez.

—No insinúo nada. Te digo que cierto agregado militar ha presentado un informe preocupante tras el asesinato del primer ministro de ese país, y que la delegación diplomática que tenía que entrevistarse con él, salió con prisas, aunque les faltaba un hombre.

—¿Y? ¿Has llamado a la CIA a ver si han perdido a alguien?

Majors, que hasta el momento había hablado de espaldas a la sala, se giró y vio las miradas furtivas de los empleados.

—La CIA tiene estación propia allí —contestó Bigelow—. Y el agregado ha proporcionado una descripción pormenorizada del sujeto. Creo que en una de tus unidades hay un francotirador que se ajusta bastante…

El teniente coronel abrió la puerta y comprobó lo que temía: la conversación con Bigelow no estaba siendo privada.

—¡Corta la comunicación inmediatamente! —gritó a Liv.

Ella simulaba intentarlo, pulsando botones en su teclado.

—¿Majors?

La voz del coronel se apagó cuando Majors cortó la comunicación telefónica y se dirigió hacia la jefa del centro de

operaciones para sisear con hielo en su tono:

—Quiero verla inmediatamente en mi despacho.

—Lo siento mucho, teniente coronel, no sé qué ha pasado para que su llamada… Trataba de…

—Pienso redactar un informe con una queja oficial. Este comportamiento no es propio de usted. —Majors intentaba mantener el control, que había perdido minutos antes al entrar en la sala, aullando.

—Pediré al técnico que revise el equipo de nuevo, lleva unos días fallando…

—Vuelva a su trabajo y solucione cualquier anomalía para que nuestras unidades tengan la mejor cobertura. Errores como el que acaba de suceder podrían costar vidas.

—Sí, señor.

Quizá Majors hiciera efectiva su promesa de quejarse de forma oficial, pero Liv lo dudaba.

Sabía lo que quería saber, aunque, de momento, no podía compartir la información con Lavick.

Majors acudió, al cabo de un rato, a arengar a los del turno de la sala sobre las consecuencias de compartir información de una conversación privada. Y durante las horas que faltaban para terminar el trabajo, Liv sintió su mirada, atravesándola como si le quisiera clavar un cuchillo en la nuca.

Lavick la había puesto al tanto del destino de Sullivan para que estuviese pendiente, porque esas misiones que no constaban en la orden del día y, por lo tanto, carecían de seguimiento y cobertura, últimamente abundaban.

Al terminar su turno, se fue a su apartamento sin saber muy bien cómo podía contárselo a Lavick sin levantar sospechas, porque Majors tenía un par de lameculos que se encargaban de hacerle llegar todos los chismes, y seguro que querría vigilarla. En todo caso, a las cinco de la mañana, poco podía hacer sin llamar la atención.

Se dispuso a seguir con su rutina diaria mientras la base se ponía en marcha. Con un poco de suerte, se le ocurriría algo para alertar al jefe de unidad sin alarmar a nadie más. Se cambió para

salir a correr durante cuarenta minutos y antes de completar la mitad del recorrido, ya sabía que la seguían. Fingió no darse cuenta y continuó a un ritmo constante.

El aporte de oxígeno le había despejado la cabeza y, de vuelta en su apartamento, redactó una breve nota, después de ducharse y cambiarse de ropa. La guardó en un bolsillo y salió con la cesta de ropa sucia hacia la lavandería.

El sobre con la nota pesaba en su bolsillo como si fuese un yunque, pero intentó actuar con normalidad. Después de poner la ropa en la lavadora-secadora, se trasladó a la cafetería. La lavandería contaba con una zona de autoservicio, con dos docenas de máquinas, otra de tintorería, para las prendas que requerían especial cuidado, y una cafetería, en la que esperar mientras se hacía la colada.

Pasar un par de veces a la semana por la lavandería, constituía la rutina habitual entre el personal de la base. Incluso las familias que vivían en casas individuales y poseían lavadora y secadora, tenían que hacer uso de la tintorería para mantener los uniformes en óptimas condiciones.

Se acercó a la barra a recoger el periódico en papel y le guiñó el ojo a la encargada, con la que tenía una buena relación, confirmándole el pedido, a base de té y tostadas, con el que solía desayunar los días de lavandería.

Simuló centrarse en los titulares del periódico, aunque levantaba la cabeza de vez en cuando para echar vistazos nerviosos alrededor. A medida que avanzaba la mañana, el local adquiría la dinámica normal de asistencia, que ya no decaería hasta el cierre, a las ocho de la tarde.

Cuando terminó el desayuno, dejó la bandeja en su sitio y se acercó a la barra, viendo que la encargada estaba sola, pues era su ayudante el que servía.

—Cielo, ¿podrías hacerme un favor?

—Claro, dime.

—¿Conoces al sargento mayor Lavick?

La mujer puso los ojos en blanco.

—Pues claro, ¡precisamente suele pasar por la lavandería las mañanas de los lunes para recoger los uniformes!

Con eso había contado Liv, porque no se le ocurría otra forma de ponerse en contacto con él.

Si, como creía, Majors sospechaba de ella y la estaba vigilando, o haciendo que alguien la vigilase, tenía que espabilar. A lo largo de la mañana, se cercioraría de que su teléfono estuviese libre de escuchas, pero para eso tenía que pasar por el centro de control, donde conseguir el programa adecuado. Mientras, prefería no fiarse.

Investigar a Majors era arriesgado, como poco, pero cada asunto que descubría, y había desenterrado un montón de su basura el último año, hacía que sus alarmas interiores saltasen. Lavick le pidió el favor de indagar un poco sobre él; acababa de perder a otro hombre de su unidad, e iban cuatro en un intervalo demasiado corto para achacarlo a la mala suerte.

Liv le confesó que llevaba mucho tiempo desconfiando de Majors e investigando sus movimientos.

Ballantine fue uno de los nombres que salieron a relucir en relación con su familia política y era una persona de interés. La Agencia de inteligencia de Defensa había descubierto irregularidades en sus cuentas, que habían dado lugar a una investigación. Ballantine tenía acceso a las licitaciones de Defensa y traficaba con ellas. Él accedió a actuar con normalidad para conseguir una sustanciosa reducción de la pena si les ayudaba a descubrir al comprador de las licitaciones sin adjudicar y, para preparar la acción, que se llevaría a cabo en Europa, y de la que se encargaría una unidad sin relación con el ejército, en apariencia, Lavick mantuvo varias entrevistas con él.

Durante esas charlas, privadas, por insistencia del director de la Agencia, para que las unidades siguiesen en el anonimato y no trascendiese la misión, Ballantine habló de mucho más que de licitaciones y Lavick escuchó con atención.

Aparte de sus hombres, Lavick solo confiaba tanto en Liv, que se encontraba en una posición inmejorable para indagar sobre todo lo que Ballantine había contado.

Y por todo lo que sabía de Majors, Liv era consciente de que debía cuidarse de dar un paso en falso. Por eso estaba hablando con la encargada de la cafetería, en vez de ir directamente a casa de Lavick.

—Lo sé y por eso se me ha ocurrido recurrir a ti —le dijo a la amable mujer—. Verás: Lavick quería hacerle una fiesta de cumpleaños sorpresa a su esposa y me pidió que me encargara de algunas cosas. El caso es que Majors me ha llamado al centro de logística y no puedo llevarle el presupuesto al sargento mayor. —La encargada escuchaba con atención—. Si lo llamo yo y se pone Madie al teléfono, se va a oler algo, y no me gustaría estropear la sorpresa.

—Yo puedo darle lo que sea cuando venga. A no ser que esté de viaje, pasará a lo largo de la mañana.

—Está en casa, seguro. Y te agradecería un montón que le dieses esto. —Le entregó el sobre cerrado —. Siento molestarte, pero es urgente. Hay que confirmar el presupuesto enseguida.

La mujer cogió el sobre y lo metió en el bolsillo de un delantal inmaculadamente blanco.

—No te preocupes, tu presupuesto está a salvo conmigo. En cuanto lo vea, se lo entregaré sin falta.

—Mil gracias de nuevo, eres un cielo.

Ella recogió la ropa de la lavandería y volvió a su apartamento para guardarla, como siempre.

No había transcurrido ni una hora cuando llamaron a su puerta con toques cortos.

—¿Sargento Iversen? Soy el sargento Jones.

Jones vivía en un apartamento del mismo edificio. Trabajaba en la administración de la base y tenía un carácter algo apocado, aunque era un hombre amable.

Ella abrió y él le alargó su teléfono.

—Es para ti, parece que se ha estropeado el tuyo y alguien tenía que ponerse en contacto contigo de manera urgente.

Liv no se sorprendió. Lavick había comprendido que no se atrevía a usar su móvil y quizá él tampoco estuviese usando ninguno de los suyos, ni el personal ni el que compartía con la unidad. El

sigilo era necesario porque uno de los lameculos de Majors sabía qué hacer con un ordenador, además de jugar.

—Gracias, Jones. Sí que es urgente. Te lo subo cuando termine, serán unos minutos.

Él sonrió y se dirigió a las escaleras antes de que ella cerrase la puerta de nuevo.

—No sabía que mi mujer cumplía años ahora —saludó Lavick en tono risueño.

—No se me ha ocurrido otra cosa.

—¿Que pasa, Liv? Podemos quedar y me lo cuentas.

—No, no podemos —contestó rápidamente —. Parece que me siguen. Creo que está pasando algo gordo y debes saberlo. Sullivan puede estar en peligro.

Lavick escuchó con el ceño fruncido toda la historia.

—Yo me ocupo, Liv. ¡Gracias!

El jefe de unidad se preguntó qué habría ocurrido, porque Sullivan no hubiera matado al presidente de un país soberano, eso estaba fuera de sus competencias.

21. ARMAS Y ADRENALINA

Cass

—No me puedo creer que te hayas colado aquí.

Brooks me acababa de alcanzar y casi le pego, por el susto.

—Baja la voz, hay mucha gente dentro.

Para nada esperaba encontrar lo que vimos al llegar al almacén de los Barsamian. Por la descripción de Liv, imaginé un almacén en algún polígono industrial de las afueras, pero cuando el GPS nos llevó al lugar indicado, resultaba que aquello eran las afueras de las afueras. Los edificios se caían de viejos y estaban aislados unos de los otros por un espacio de no menos de cuarenta metros y una valla de ladrillo, coronada por alambre de espino oxidado.

—Esto tiene más pinta de campo de concentración que de almacén —murmuró Brooks cuando pasamos por delante.

—Pues el campo de concentración está muy animado —comenté—. ¿Será normal que trabajen hasta tan tarde?

—A los delincuentes les gusta moverse en las sombras.

Le miré por si estaba bromeando. Lo estaba. Intentaba aguantarse la risa, quizá porque yo estaba demasiado concentrada, observando el entorno.

Di la vuelta a unos doscientos metros y volví a pasar por la entrada, aminorando la velocidad.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó.

—Parece que están cargando camiones.

—Es un almacén, Cass, trabajan cuando la gente está durmiendo para que reciban sus mercancías durante el día.

La lógica me parecía aceptable, pero si la información de Liv era acertada, sus clientes no esperarían recibir los pedidos de

munición entre las diez y las doce de la mañana. Para distribuir yogures, quizá la costumbre fuera ponerse en carretera a las tres de la mañana. La munición no caducaba tan pronto.

O tal vez yo no quería dejarlo estar.

Si eran distribuidores menores, por qué tantos camiones. Desde el portón abierto de la entrada había visto cuatro y quizá hubiera más fuera de nuestro radio visual. No era una experta calculando cuánta munición podría cargar un camión de semejante tonelaje, pero seguro que no era la remesa para una armería europea que, por cierto, eran escasas y demasiado selectivas para lo que acostumbrábamos en nuestro país.

—Te he esperado fuera del casino, dame un minuto para saciar mi curiosidad aquí —le pedí—. Y préstame tu chaqueta, con este vestido soy como un faro en el mar.

Él afirmó con la cabeza y se deshizo de la chaqueta de su traje, que me tendió.

Detuve el coche a cien metros de la entrada del recinto.

—Espérame aquí, no tardaré.

Salí del coche, me puse su chaqueta, recogiendo las mangas que me iban muy largas, y corrí con los tacones de aguja, esperando no dar un traspié y romperme un tobillo. El portón de entrada estaba abierto de par en par y parecía libre de vigilantes. A una mala, si me detenían para preguntarme, me fingiría perdida. Ya improvisaría. Solo quería ver.

Como había supuesto, en la entrada no había nadie, así que solo tuve que preocuparme de un camión que salió al tiempo que yo entraba y que casi me arrolla.

Me pegué a la parte interior del muro de ladrillo que rodeaba el almacén y aguardé. No había nadie por las cercanías, solo vehículos aparcados y camiones preparados en las rampas de carga, dentro del edificio principal.

Había muchos más de los que se podían ver desde fuera de un vistazo. Aparte de los muelles de carga, salían del interior del almacén, con una frecuencia de uno cada pocos minutos. Eso eran muchas balas para abastecer a las tiendas locales y hasta para sobrepasar las peticiones de toda Francia.

Puede que la apreciación de Brooks sobre que hubieran encontrado un proveedor externo no fuera tan descabellada y yo quería cerciorarme. ¿Por qué? No lo sabía, pero se me había metido entre ceja y ceja que Barsamian no era el minorista que aparentaba y que, si quería sentarse a la mesa de los mayores, era porque tenía algo que ofrecer.

Corrí para esconderme detrás de uno de los vehículos privados aparcados y el sonido de los tacones me resultó tan escandaloso que me quité las sandalias. Quería echar una ojeada de forma discreta. Me asomé y vi a muchos hombres ajetreados con palés mecánicos, cargando los camiones en los puertos. Seguía sin percibir a vigilantes armados y avancé entre las sombras hasta llegar a una escalera de incendios antigua, que quedaba fuera de mi alcance por varios centímetros.

Brooks se acercó, dio un salto, la alcanzó y la desplegó.

—Deberías haber comido más cereales de pequeña —dijo en voz baja, con una sonrisa pícara en los labios.

A mí, la mención a los cereales me afecto nada; no así su sonrisa y que me hubiera seguido. Eso era otra cosa, una en la que no quería pensar y que no podía dejar de pensar, igual que en la sensación de sentirme abrazada por él desde que me puse su chaqueta. Tenía su olor y no era inmune a él.

—Venga, que no te voy a subir en brazos —me dijo.

Llevaba las sandalias colgando de un dedo. Era demasiado cabezota para renunciar a ellas y ese quizá hubiese sido el momento ideal, pero yo seguía conservándolas porque me había propuesto no darme por vencida con ellas. Y llevándolas conmigo, empecé a subir la escalerilla de incendios, mugrienta y oxidada por la acción de los elementos.

Como dije, el almacén era antiguo, con vigas de madera y ladrillo visto, balcones y grandes ventanales, muy al estilo de la posguerra. Así, las escaleras nos llevaron al primer piso. Para ascender al segundo había que desplegar otra escalerilla y cuando Brooks lo intentó, el chirrido de esta lo paralizó.

—Alguien nos va a oír —dijo.

Yo negué con la cabeza. No merecía la pena, solo quería ver lo que había dentro del almacén.

—Cass, te recuerdo que vamos desarmados.

Sí, ya lo había pensado.

—Solo un vistazo y nos vamos.

Los postigos del balcón estaban abiertos, así que entrar no supuso ningún inconveniente, ni avanzar hasta el centro para contemplar la planta inferior desde un atrio, donde había cajas, cajones y paquetes de lo más reveladores: eran, como imaginábamos, munición de muchos tipos. Pude ver balas de pequeño calibre para armas cortas y obuses, preparados para ser embalados y cargados. Además, contaban con munición intermedia para rifles de asalto y tácticos.

—¿Eso son misiles? —preguntó en voz baja mi compañero, asombrado, igual que yo.

Lo eran. Misiles tierra-aire dispuestos en cajones abiertos en un rincón, a la espera de ser cerrados y cargados.

—Eso no es munición para un campo de tiro —dije—. Y ese es el tío de la CIA hablando con Barsamian.

Mi compañero se asomó para ver lo que yo estaba viendo.

—¿Por qué no estás cargando? —preguntó un hombre a nuestra espalda.

Se dirigía a Brooks, porque yo me encontraba detrás de un bloque de mercancía y no me había visto.

Mi compañero se giró para enfrentarse a él, y levantó los brazos a modo de rendición.

—Me estaba tomando un respiro, tío. No he parado desde hace horas —dijo en perfecto francés.

Yo tragué saliva. Brooks se había quitado la chaqueta, pero seguía llevando pantalón de traje y camisa blanca, nadie lo confundiría con un trabajador, a poco que se fijase. Él no perdió el tiempo, dio un par de zancadas para acercarse al hombre y lo abatió de un golpe en la yugular. Luego, se agachó para quitarle el arma que llevaba en una funda de cintura y lanzármela. Tiré de la corredera para comprobar que tenía una bala en la recámara,

mientras él intentaba quitarle un rifle de asalto que llevaba en bandolera.

—Tenemos cinco minutos —me dijo Brooks.

—¡Eh, tú! —gritó otro hombre, a su espalda.

—Un segundo —rectificó Brooks, con un humor que yo hubiera perdido si alguien me apuntase con un arma.

El hombre disparó a Mack Brooks y yo le disparé a él. Solo uno de los dos hizo un blanco perfecto.

—¿Estas bien? —le pregunté a mi compañero.

Brooks señaló su costado.

—Solo un roce. Larguémonos de aquí antes de que nos frían el culo, ¿te parece?

Me parecía. Ninguna de las armas tenía silenciador y el alboroto ya llegaba hasta nosotros. Dentro de nada tendríamos a un montón de gente, con munición ilimitada, friéndonos algo más que el culo. Durante un segundo, mi mirada se cruzó con la de el hombre de la CIA, que había salido de la oficina al escuchar los disparos y miraba hacia arriba.

—¡Vámonos! —gritó mi compañero.

Corrí hacia la escalerilla que habíamos usado para subir y vi al pie a un hombre que me apuntaba a la cabeza. Me retiré en el momento justo, porque noté la bala, besándome el pelo, y hasta noté el olor a quemado.

—Mierda —exclamé—. Por ahí no podemos salir.

—Vamos por el otro lado.

El otro lado del balcón era una caída de cinco metros.

—Nos vamos a romper las piernas —dijo él.

Entonces, vi uno de los camiones cargados que salía por debajo de nosotros, le entregué el arma a mi compañero, le cogí por la mano libre y se la apreté.

—¡Salta!

Saltamos antes de que el camión hubiera salido del todo. Era un salto de dos metros contra uno de cinco, valía la pena arriesgarse a un esguince. Nos aferramos a la superficie superior de la lona que cubría la caja del vehículo por las justas, agarrando los bordes casi con las uñas.

Varias ráfagas de balas nos trazaron el contorno antes de que el camión enfilase la salida, ajeno a nuestra presencia.

—Hay que saltar en cuanto aminore —dijo Brooks, sujeto al borde con una mano, mientras la otra aferraba la pistola.

Estaba de acuerdo con él, pero en aquel tramo, el conductor no tenía por qué aminorar. La carretera carecía de curvas cerradas, era una vía casi panorámica, flanqueada por altos árboles, curvados hacia el interior, formando un túnel natural, cuyas ramas nos lamían la espalda.

De pronto, otro camión nos alcanzó, dando las luces a su homónimo y tocando el claxon para llamar su atención.

Las luces del camión de detrás iluminaban demasiado, así que saltar quedaba desechado. Por no hablar de que desde aquella altura y, a esa velocidad, me hubiese conformado con un simple esguince; lo normal hubiera sido romperse el cuello.

El camión sobre el que estábamos, aminoró la velocidad y mi compañero me señaló hacia arriba, al árbol más cercano. Lo entendí, aunque no estaba tan segura como él. Brooks se puso en cuclillas y se lanzó hacia arriba, sujetándose a una rama. Yo le imité, fallando porque la rama escogida era demasiado grande para abracarla con las manos. Él me cogió de la muñeca cuando caía. En ese momento, di las gracias a todos los dioses por su fuerza, capaz de alzarme con una mano. Elevé la otra para sujetarme a una rama paralela, sin darme cuenta de que las sandalias todavía pendían de uno de mis dedos, aunque la tira de una de ellas pretendía escaparse a mi agarre y era el peor momento para delatarnos.

Los dos camiones se detuvieron y el conductor del de atrás se apeó con premura, para dirigirse al primero.

—¿Dónde han saltado?

—No he visto que nadie saltara, tío.

El hombre no estaba convencido y enfocaba con su linterna a ambos lados de la carretera de dos carriles, cubierta de maleza y porquería. Rogaba para que no se le ocurriera mirar arriba. No confundiría el verde de mi vestido con el del árbol.

—¿Seguro que no han saltado antes?

Brooks, inmóvil, me miraba para que no hiciera ningún movimiento. Yo no quería hacerlo, pero tenía la tira de la puta sandalia pendiendo de la punta de mi uña. Como tardasen mucho en marcharse, le daría a alguien en la cabeza y nuestro escondite en lo alto quedaría revelado.

Los hombres enfocaron sus linternas a ambos lados de la carretera, rastrearon un minuto y se dieron por satisfechos.

—No te detengas hasta llegar al puerto —le dijo el del segundo camión al del primero—. ¡Y enciende la puta radio!

Me relajé cuando los vi ponerse en marcha y mi sandalia escogió ese momento para hacer su entrada en escena, justo cuando el segundo camión pasaba por debajo de nosotros. Rebotó en su caja y salió disparada hacia el arcén, trazando un arco abierto. Pero ya no me preocupaba. Había aguantado lo suficiente para no delatar nuestra posición

—¿Ves para qué servía el rocódromo?

Miré a mi compañero, encaramándose a la rama a la que se había sujetado sin quejarse. Tenía razón, quizá antes de subir tantas veces la puñetera pared no hubiese estado preparada para agarrarme y aguantar tanto tiempo en la rama a la que me había sujetado. Mis manos recordaban cómo aferrarse, mi cuerpo sabía qué músculos debía usar para mantenerme en tensión y no había tenido más que recordar el entrenamiento.

Me incorporé sobre la rama en la que me apoyaba y estudié la forma de descender sin romperme la cabeza. Brooks hacía lo mismo, solo que él sangraba por el costado.

—Necesitas que te miren eso…

—Es solo un arañazo. Estoy bien —dijo—. Vámonos, si se les ocurre volver, tenemos poco sitio donde escondernos.

Bajar del árbol resultó un ejercicio para el que no estábamos preparados. Las ramas no eran sujeciones fijas como en el rocódromo y ambos terminamos resoplando, con las manos heridas y alivio al vernos con los pies afianzados en el suelo.

Quizá me encontraba en shock y no me había dado cuenta, pero me pareció importante recuperar mi sandalia perdida. Me acerqué al lugar donde había caído, la pesqué de un zarpazo y alcé

las dos en gesto triunfal, provocando una alegre carcajada en Brooks.

—Y luego dicen que yo soy el temerario…

—Ha salido bien, ¿no?

—Por un momento, he creído que esta noche asistiríamos a un concierto de Jim Morrison en directo, pero me alegro de perdérmelo. Otra vez será.

El comentario me hizo tanta gracia que me dio un ataque de risa de los que te dejan sin resuello y te hacen doblarte por la mitad. Seguramente, eran los restos de la adrenalina que corría por mis venas. Con los ojos anegados en lágrimas y la mandíbula dolorida, me giré al mismo tiempo que Brooks. Se acercaban luces por la carretera.

—Vamos, necesitamos un coche para una retirada táctica —dijo, conminándome a abandonar la carretera, aunque sin perder la sonrisa que tanto me gustaba.

—El coche está muy lejos —dije.

—Ya sabes qué hacer para remediarlo.

Ninguna otra respuesta me hubiera gustado más, porque eso quería decir que, pese a mi temeridad de hacía unos minutos, aún confiaba en mí.

A unos cientos de metros había una urbanización media, en la que convivían en la calle coches antiguos, propulsados por diésel o gasolina, con los eléctricos y que, supuse, marcaban la diferencia entre los habitantes. Unos eran los conservadores y los otros los «modernos». Yo solo había aprendido la lección de robar vehículos antiguos, así que elegí uno al azar y probé las lecciones de mi compañero, que funcionaron de maravilla, porque en apenas unos segundos tenía la puerta del conductor abierta.

—¿Qué te parece?

Me giré para recibir una felicitación, pero sus ojos refulgían de tal forma que me lancé a besarle, como él había hecho esa misma tarde, aunque sin su contención porque no esperaba un rechazo por su parte.

No hacía falta tener una titulación en ciencias para saber que existía una química especial entre ambos. Nos atraíamos y el beso se

convirtió en algo profundo, salvaje y precursor de nuestras acciones posteriores.

Mis manos recorrieron su espalda hasta bajar por su cintura y pegarlo a mis caderas, segura de que encontraría la reacción esperada en su entrepierna, como así fue. Él se contuvo un momento antes de pegarme a la puerta del coche, abandonar mis labios para besarme el cuello, mientras tanteaba con una mano la manija de la portezuela trasera. Me separó del vehículo para poder abrirla y a ciegas, nos dejamos caer dentro.

Acabamos en un caótico barullo de brazos y piernas, de bocas que no querían separarse y pieles que deseaban rozarse, como si desconociésemos las reglas de combate. Pero como en toda contienda, el objetivo acababa definiéndose por necesidad, así que él terminó sentado, con los pantalones por debajo de las caderas y yo sobre su regazo, con el vestido por la cintura, propiciando lo que tenía que ocurrir cuando se daba la química adecuada en el momento justo.

—Dame un minuto, quiero sentirte —dijo él, impidiéndome moverme por medio de un abrazo férreo, después de compartir un orgasmo en el que puse todos mis sentidos.

Me sentí incómoda. Estaba acostumbrada a escaramuzas, no a contiendas provistas de reglas. Y, desde luego, no acostumbraba a alargar los encuentros sexuales más de lo preciso. Sin embargo, aquel no fue un polvo memorable, sino uno necesario para quemar la adrenalina que corría por nuestras venas después de la aventura.

—Sé qué vas a decirme —continuó—. Que esto ha sido un impulso y ambos tenemos que olvidarnos. Pero dame un minuto porque yo no quiero olvidarlo, quiero sentirte y recordarlo. Tú puedes hacer lo que quieras con este momento.

Nunca me habían dicho nada que sonara tan romántico, claro que tampoco había dado pie a nadie para hacerlo, y algo en mi interior se removió. No negaré que me gustó, porque me gustó mucho. Era una sensación nueva, que daba un poco de miedo y no podía ser menos oportuna, así que dejé que la Cass pragmática pusiera las cosas en su sitio, antes de que el asunto se nos fura de las manos.

Le hundí el dedo en la herida y él soltó un siseo.
—Se acabó el recreo —dije—. Vámonos ya.

22. SOCIOS PROBLEMÁTICOS

Howard Lewis, ex agente de la CIA, se giró hacia su interlocutor. Tenía fuego en los ojos y ganas de pegarle un tiro.

—¿Estás tratando de hacer negocios a mis espaldas, Vartan? —le preguntó al armenio, de forma retorica—. Te aseguro que cada uno de esos camiones te saldrá muy caro.

—Ha sido mi primo, Howard. Ha vendido la mitad del pedido que tenía para ti. Pero tranquilo, lo completaré antes del plazo que me diste.

—Mira, imbécil, si no sabes respetar los tratos, hablaré con tu hermano pequeño, que parece más espabilado.

Ambos dirigieron la mirada hacia el piso superior, donde había sonado un disparo, reconocible incluso entre el intenso ruido que producían los tubos de escape de los camiones, los toros mecánicos que los cargaban y los juramentos con que los hombres del armenio salpicaban cada movimiento.

—¿Qué coño…? —exclamó Barsamian, corriendo hacia las escaleras de armazón metálico que daban al piso superior.

Lewis, que había salido tras él, se detuvo, asomado a la barandilla del balcón.

—¿Quiénes eran esos?

El armenio meneó la cabeza. No lo sabía.

El antiguo agente de la CIA dio un manotazo al dintel de madera carcomido por los insectos e hinchado por la humedad. Pero ,¿de qué debía extrañarse, si él había entrado con su coche hasta el

depósito donde se almacenaban millones en material balístico sin que nadie le diera el alto? ¡Menudo idiota!

Quizá fuese hora de prescindir del contacto. Le daba más problemas que soluciones y no podía descartar que los intrusos fueran policías o agentes de la Interpol. Barsamian había llamado demasiado la atención al presentarse a Ballantine en el centro de Marsella. El muy imbécil había ido a contarle lo que le había explicado a él hacía un momento: que su primo había vendido la mitad del material, pero que tendría el lote completo en el tiempo estipulado. Ni Ballantine se ocupaba de esas cosas ni podía decirle que la familia de origen armenio eran solo «conseguidores». Su parte era una miseria, en comparación con la que conseguiría la empresa de los Mathison.

23. FORZAR LA MAQUINARIA

Un mes antes

—Sargento mayor Lavick, estaba intentando ponerme en contacto con usted en este momento…

El coronel se levantó de detrás de la mesa de su despacho y le devolvió el saludo de forma automática. Enseguida, le pidió que tomara asiento.

Lavick estaba algo molesto con el coronel Bigelow. Le parecía genial que aprovechase cualquier oportunidad para poner a Majors en su sitio, pero no cuando se trataba de la vida de uno de sus hombres. Consideraba que, antes de pasárselo por las narices al teniente coronel, debía haberle puesto en antecedentes para que pudiera actuar. Al fin y al cabo, él le había dicho dónde iba Sully, de lo contrario, no hubiera reparado en la importancia del informe del agregado militar.

—Lamento no haber sido el primero en saberlo, señor. Podía tener los preparativos del rescate avanzados…

—Es mi culpa, lo reconozco —se avino Bigelow.

A ningún superior le gustaba recibir amonestaciones, así que Lavick se guardó los reproches. Necesitaba su ayuda.

—Sullivan no estaba en misión oficial y había dejado la unidad. Majors nos impide ir a buscarlo.

Bigelow, con los codos apoyados en los reposabrazos y las yemas de los dedos unidas, asentía, esperando continuación.

—Tenía que haber vuelto hace cinco días. Si no ha dado señales de vida es porque se encuentra en apuros.

—¿Y qué propone, sargento mayor? El funcionamiento de las unidades está a cargo de Majors. No puedo intervenir, pasando por encima de su autoridad, sin tener evidencias de negligencia por parte de un superior. Usted mismo dice que ya no pertenecía a la unidad. Podía estar actuando por su cuenta.

—Alguien tuvo que integrarlo en la delegación diplomática y eso solo pudo hacerlo Majors.

El coronel asintió, pensativo.

—¿Quiere resultados rápidos o justicia, Lavick? —preguntó—. Si investigamos para depurar responsabilidades, llevará meses formar un comité. Para entonces, su hombre…

Lavick era persona de acción y, aunque comprendía que la maquinaria de guerra la movían personas desde sus despachos, estos no entendían que las pequeñas piezas eran las que conseguían mantenerla en marcha.

—Puedo enviar a un equipo de respuesta rápida al país para que lo busquen —dijo Bigelow—. Se mueven en el portaaviones que patrulla el atlántico sur, y su base de operaciones no tiene nada que envidiar a las más sofisticadas de tierra. Estarían allí en doce horas, a lo sumo.

—Le agradezco el ofrecimiento, señor, pero prefiero que alguien que sepa cómo actuaría Sullivan en caso de estar herido, vaya en su busca, y que tenga el pleno apoyo del centro de control. Lo que necesito de usted es que, llegado el momento, de un paso adelante para que los implicados no sean acusados de conspiración.

—Me pone en el mismo aprieto de antes: confesaría que he pasado por encima de Majors, autorizando…

—Usted quiere a Majors y yo quiero sacarlo de la dirección de las unidades. Tengo pruebas y tendré pronto muchas más, que demuestran abuso de poder y que ha usado a los hombres bajo sus órdenes para lucrarse. Lo único que quiero a cambio es su apoyo en las sombras, solo por si acaso.

Bigelow alzó una ceja por su vehemencia.

—Por cierto, esas pruebas implicarían a los Mathison, la familia política de Majors. Quizá le merezca la pena el riesgo —añadió el sargento mayor.

El coronel soltó una risotada. Los Mathison, en especial el más joven, el actual subdirector de la DIA, era un bocado apreciado para cualquier *gourmet*.

—Usted sí que sabe negociar. No sé por qué no está en una oficina de este edificio.

—Prefiero estar dentro del huracán, allí peleas para no salir volando. Aquí están en el ojo, esperando que las cosas no cambien demasiado porque no resistirán el primer vendaval.

Bigelow no resistiría ese vendaval. Lavick lo supo nada más presentarle el caso. Se subiría a su lomo llegado el momento, pero no batallaría para combatirlo. Si algo tenía claro el sargento mayor era que solo podría contar con algún mando cuando todo estuviera atado, documentado y listo para despacharse. ¿Le ayudaría Bigelow? Sí. Por razones propias y a su conveniencia, por eso lo había elegido como interlocutor.

Tal vez los mandos hubieran sido escogidos por su diplomacia para dirimir conflictos, él era hombre de acción y sabía distinguir cuando había animadversión entre las partes para aprovechar la circunstancia.

Tenía una historia que exponer y necesitaba apoyo para hacerla creíble. La palabra de un sargento mayor no llegaría muy lejos, pero lo haría la de un coronel, y por eso estaba hablando con él, en lugar de hacerlo con un periodista, como había sido su primera intención, porque si las unidades se veían expuestas, las disolverían sin dar explicaciones.

Salió del despacho sin obtener respuestas claras ni promesas en firme. Así que habría que forzar la máquina.

24. VALORACIÓN

Cass

Cuando el momento extraño, entre tierno e incómodo, pasó, nos recompusimos. Alargar el abrazo más de la cuenta, hubiera podido confundirse con algo que solo fue un encuentro sexual impulsivo, pero consensuado, entre adultos.

El amanecer se insinuaba en el horizonte y estábamos corriendo demasiado riesgo. Seguíamos al lado de la urbanización, en el interior de un coche forzado y si el dueño era madrugador, podíamos vernos en un apuro. Brooks se sentó tras el volante, tiró del embellecedor que protegía el cableado de contacto y arrancó el motor. Era hora de volver al hotel a cambiarnos, porque se acercaba la hora programada para la salida de Ballantine y su séquito.

Me entregó el arma que le habíamos quitado al hombre del almacén y que todavía conservaba.

—Desmóntala y la tiraremos por partes —me dijo.

Al desastre de mi reluciente vestido verde lechuga, aderezado con rasgones y polvo, había que añadir manchas de aceite, pero ya puestos… Desmonté las piezas, borré mis huellas, por si acaso el borrado de Liv no resultaba tan efectivo como había asegurado mi compañero, y de camino al hotel, él detuvo el coche en varios contenedores, donde fui depositando las piezas, una por una.

—Vamos a llamar la atención en el hotel —dije, señalando nuestro aspecto sucio y los arañazos en las manos, por no hablar de la camisa banca de Brooks manchada de sangre.

Dejamos el coche a varias calles y caminamos presurosos. Él me señaló la puerta de servicio, ubicada en un callejón, y me pidió

su chaqueta que, aunque sucia de polvo, ocultaría lo más alarmante de su camisa.

—Dame un momento —dijo, dirigiéndose a la entrada.

No tardó ni cinco minutos en aparecer, franqueándome la entrada, con una tarjeta en la mano. Ni le pregunté ni me explicó cómo la había conseguido. No sabía cómo había podido pasar por recepción sin llamar la atención.

Mi aspecto tampoco era el mejor que podía ofrecer, tenía el vestido roto, mi pelo parecía un nido de ratas y seguía con las sandalias en la mano. A esas alturas, daba por cumplida mi promesa de no estamparlas a la primera oportunidad. Había hecho trampas, cierto; mis pies negros eran testigos de que había caminado descalza la mayor parte de la noche.

Subimos a la habitación, nos dimos una ducha rápida y nos cambiamos de ropa.

—Seguimos siendo turistas —me recordó.

Ya. Tampoco es que mi maleta contuviese ropa para elegir estilo, por lo que me puse un vestido floreado, de corte calcado al verde que había destrozado esa noche.

—Esto es lo más turístico que tengo —dije.

Brooks asintió con la cabeza sin mirarme. Si lo que pretendía era restarle importancia a lo ocurrido hacía un rato, ese era el peor camino. No había sonreído ni una sola vez, y eso era raro en él. A no ser que el sexo lo pusiera de mal humor. O que se estuviera arrepintiendo, porque entonces la que tendría mala conciencia sería yo. Bajo ningún concepto quería que perdiera esa sonrisa pícara, que me elevaba la temperatura interior y disipaba mis preocupaciones.

La labor que teníamos tampoco revestía demasiada importancia, según creía. Se trataba de saber cómo actuarían los guardaespaldas de Ballantine ante una posible amenaza, y cuántos había, aparte de los cuatro contabilizados en el casino.

De camino al hotel de lujo en el que se alojaba, Brooks, que para mi tranquilidad no había perdido su sentido del humor, compró en un mercadillo callejero una pamela enorme para mí y un sombrero de paja para él.

—Si con esto no pareces una turista total, me como el sombrero —dijo, regalándome una de sus sonrisas.

Entre el vestido floreado y la pamela, no podía sentirme más como una turista gilipollas y menos como yo. Tenía la impresión de llamar demasiado la atención, justo lo que queríamos evitar. Sin embargo, mi compañero, que tenía más tablas, indicó con un gesto que todo estaba en orden, y recordé lo que dijo Hossen: «deja que se fijen en lo evidente y no podrán dar detalles pormenorizados de ti».

Mi compañero me indicó que conectase mi auricular, desde el que pude escuchar a Lavick.

—Liv estará captando las imágenes, pero sed prudentes. No sabemos si tiene más guardaespaldas de los que conocemos y conviene que sigáis siendo desconocidos para ellos.

—Las nueve y media —dijo Brooks, consultando su reloj—. Corre o llegaremos tarde.

Tardamos quince minutos en cubrir la distancia hasta el hotel en el que se alojaba Ballantine. La entrada se hallaba a cierta altura de la calle y el acceso, tanto peatonal como de vehículos, consistía en una rampa de cincuenta metros, bastante llevadera, a no ser que usaras silla de ruedas, en cuyo caso era necesario coger el elevador para clientes impedidos, bien indicado al principio de la subida.

A la puerta del hotel se podía ver movimiento de personas que entraban y salían, empleados uniformados con ridículos trajes rojos y detalles dorados. Movían los equipajes hasta los coches que aguardaban a los clientes en imitaciones de antiguos portaequipajes, con una base roja provista de ruedas y un armazón porta trajes de cuatro varillas de latón. Para mi gusto, demasiada ostentación, incluso para un hotel de lujo, famoso en todo el mundo.

—¿Lista? –preguntó Brooks—. ¡Pues agárrate la pamela!

Aderecé el disfraz con unas grandes gafas de sol y, con semejante pinta, entramos en el *hall* del hotel. Lejos de intentar pasar desapercibido, Brooks miraba a su alrededor, girando con los brazos abiertos.

—¿Ves? Te lo dije, ¡es precioso! Mucho más que en las fotos. Mira la entrada. —Con absoluta cara de éxtasis, se adentró en la

recepción. Era una sala muy amplia y estaba bastante concurrida, por lo que nadie se fijó en el turista que pedía en el mostrador folletos de información del hotel con entusiasmo.

Había más turistas que no se alojaban allí porque el hotel era un edificio histórico que venía en las guías de viaje y a todos les atraía, a mí también, para que negarlo, la magnificencia de una recepción casi tan grande como un campo de fútbol, con la cafetería a un lado, una zona central con una fuente ornamental y asientos a su alrededor, elegantes frescos en el techo, columnas de mármol de altura imposible y dorados por doquier.

Me acerque por detrás de Brooks y escuche la conversación que mantenía con el recepcionista, en inglés, intercalando palabras en francés. Luego, nos sentamos en unas butacas dispuestas alrededor de una mesita de café, mientras él se dedicaba a consultar los folletos, sin perder de vista los ascensores.

Además de las imágenes que Liv tenía que estar viendo en directo, por medio del circuito de seguridad del hotel, yo llevaba una micro cámara en mi bolso para grabar el entorno.

Se acercó un camarero, pedimos café y echamos una mirada más detenida alrededor. Cuatro recepcionistas atendían a los clientes y uno más estaba al teléfono. Varios chicos jóvenes, uniformados y con los portaequipajes cargados, aguardaban la llegada de los vehículos oportunos para colocar maletas y bolsas de viaje en los maleteros. Los ascensores se encontraban en plena actividad y, cada vez que se abría uno, esperábamos que fuera Ballantine y su séquito.

—Si tarda mucho, se despejará la entrada –susurró Brooks, mostrándome una foto del folleto que tenía en la mano y sonriendo, como si hubiese descubierto algo fantástico.

Yo aparenté interés y susurré a mi vez:

—¿Cómo vamos a hacer para…?

—Sígueme la corriente, no tengo tiempo de explicártelo, ya están aquí.

Señaló con un leve gesto a dos hombres que acababan de bajar de un ascensor, para flanquear la puerta de otro.

—Vamos más cerca… —dijo, cogiéndome de la mano y llevándome casi en volandas a la fuente del centro de la recepción —. *Monsieur, s'il vous plait*… —Abordó a un hombre solo que acababa de entrar en el hotel, agobiándolo con un espantoso acento —. ¿Una foto?

El chapurreo en francés tuvo sus efectos, pues el hombre sonrió, asintiendo. Por el rabillo del ojo vimos que el ascensor se abría y sonreímos a la cámara. Brooks, en su papel de turista entusiasta, pidió con un gesto al hombre que nos hiciera otra foto. Ballantine salía del ascensor con dos guardaespaldas más e inició el recorrido hasta la entrada, mientras los primeros se unían a la comitiva y pasaban a nuestra espalda.

—¿Puede hacerle una a mi esposa mientras uso el baño? —le preguntó Brooks al hombre y a mí me susurró en voz baja—. Cuando oigas alboroto fuera, echa un vistazo y luego sal. Nos reuniremos en la calle, al pie de la rampa.

Nuestro fotógrafo fue muy amable y le di las gracias, liberándolo, en un francés chapucero, no por disimular como Brooks, sino porque apenas conocía un puñado de palabras.

Observé los alrededores, simulando contemplar las fotos recién hechas y me giré para tener la entrada a la vista.

Brooks se había deslizado por detrás de clientes y empleados, que esperaban sus vehículos correspondientes, como si saliera a dar un paseo. De repente, dio dos pasos atrás, colocándose detrás de uno de los portaequipajes más alejado y sin vigilancia del botones. Quitó el freno a las ruedas, le dio un ligero empujón y este se deslizó unos metros, cayendo poco después con estrépito de la acera a la calzada, volcando y deslizándose unos metros por la rampa.

Ballantine, que esperaba con sus guardaespaldas la llegada de su vehículo, se vio lanzado al suelo, rodeado por cuatro hombres, agachados y con las armas preparadas, al más puro estilo del Servicio Secreto.

«Son rápidos» pensé y me volví para ver a dos hombres más corriendo hacia la entrada, con las manos debajo de sus chaquetas. Todos los demás, clientes y empleados, se quedaron paralizados al

ver las armas, excepto un botones, que se lanzó detrás de un coche para protegerse.

—Hay dos más —dije por el comunicador—. Tres —rectifiqué, al ver a otro tomar la salida también.

—Ese último es de la seguridad del hotel —dijo Brooks—. Sal, nos vamos.

Los guardaespaldas, al comprobar que no había amenaza para su cliente, guardaron sus armas y ayudaron a un ofuscado Ballantine a levantarse, mientras él protestaba, airado.

Yo salí también, fingiendo estar asustada, y caminé con rapidez detrás de Brooks, cuyas zancadas eran más largas que las mías. Lo alcancé a la altura de la calle, lo cogí de la mano y cuando estuvimos en una de las callejuelas que flanqueaba el hotel, fuera de la vista de miradas indiscretas, soltamos una carcajada al unísono.

Aproveché para tirar la pamela en una papelera y él me imitó, deshaciéndose de su sombrero de paja.

—Liv, ¿tienes lo que querías? —preguntó—. ¿Lavick?

—Afirmativo —contestó la interpelada.

—Aquí también lo hemos visto —dijo Lavick—. ¿Confirmamos que son ex agentes de la CIA?

—Los cuatro que rodeaban a Ballantine, seguro —afirmó Liv—. Los otros son nuevos, dame tiempo para identificarlos.

—Avisa cuando sepas algo. Y vosotros, tenéis un coche alquilado en el hotel. Recoged y reuniros con nosotros en Niza.

—¡Joder, qué prisas! ¿Podemos desayunar, al menos? —protestó Brooks.

—¿Se te han pegado las sábanas, Mack? —rio Hossen.

—Visita nocturna a un almacén de munición, para satisfacer la curiosidad de Cass. Ya os contaré.

—Habréis sido discretos, espero… —intervino Lavick.

Eché una ojeada de alarma a Brooks.

—Igual que sombras, tranquilo —dijo él.

—De acuerdo, nos vemos a la hora de comer.

—¿Eso quiere decir que no podemos ir por la costa?

—Lo siento, Mack, no estamos de turismo.

—¿Y si pinchamos?

—Mack…

—Por mí, está bien… —murmuré, poniéndole la mano en el hombro. No quería que se metiese en un problema por hacerme de guía turístico.

—¿Cansada? —me preguntó, al cortar la comunicación.

—He estado peor —negué—. Vamos a desayunar y nos ponemos en marcha.

—¿Tienes hambre?

—¿Que si tengo hambre? Si intentas detenerme cuando encuentre una cafetería con cruasanes, eres hombre muerto.

Él consultó un mensaje recién llegado a su móvil y me guiñó el ojo, aunque con menos entusiasmo que otras veces.

—He visto una terraza perfecta mientras veníamos hacia el hotel de Ballantine…

—Genial —confirmé.

Sin embargo, no me pasó por alto su expresión preocupada y me pregunté de quién sería el mensaje.

Yo también estaba algo inquieta, tenía la impresión de que Lavick no se fiaba de mí. Haciendo un balance sincero, mi aportación a la misión había sido la misma que hubiera tenido cualquier otra mujer sin preparación. Y, si a eso vamos, creía que Brooks se las hubiese arreglado igual de bien sin mí. ¿Para qué me necesitaban?

Sentí que me había correspondido el poco respetable papel de «mujer florero», y no quería darle demasiada importancia o terminaría pegándole otro derechazo a Lavick a la mínima oportunidad, aunque me la devolviese.

25. QUERER Y PODER

Se detuvieron en la terraza de Le Petit Pernod, un pequeño restaurante con vistas al Puerto Viejo y pudieron disfrutar del desayuno, mientras el sol del Mediterráneo les vivificaba con su luz. Brooks observó a hurtadillas el perfil de Cass, que contemplaba pensativa el paisaje marino. Le sorprendía lo familiar que le resultaba; conocía cada línea de expresión, cada ángulo, cada imperfección…

Su risa, relajada y franca, transformaba sus facciones. La charla distendida suavizaba la expresión de sus ojos, que adquirían un matiz cálido. Su piel parecía absorber el sol e irradiaba sensualidad en cada gesto.

A Brooks le costaba alejar esos pensamientos de su cabeza. Y más le valía centrarse porque el mensaje que acababa de recibir de Lavick era una llamada de atención: «llámame cuando tengas un minuto para hablar en privado».

—Las maletas están en el coche —le dijo una recepcionista, alargando las llaves a través del mostrador.

—¿Quieres conducir? —le preguntó Brooks a Cass, lanzándole las llaves que le acababan de entregar.

—¿Sabré salir de aquí?

—Confío en ti. Dame un segundo que liquido la cuenta.

Alargó la tarjeta de crédito a la empleada y, cuando se cercioró de que Cass se había alejado lo suficiente, llamó a Lavick.

—Mack, quiero saber si todo va bien.

—Todo bien, en serio.

—¿Y la escapada nocturna?

—Solo para satisfacer la curiosidad. Nada importante.

—No es propio de ti correr riesgos innecesarios…

—El único riesgo que corrimos fue al caminar por una arboleda en la oscuridad. Ya te contaré lo que vimos.

Los segundos de silencio de Lavick indicaban que no estaba conforme con semejante respuesta.

—No corrimos ningún riesgo —aseveró.

—¿Todo bien con Cass?

—De maravilla, es una gran compañera.

—Si tengo algo que saber…

—Si tienes algo que saber, te lo diré, jefe.

En otro momento, Brooks hubiese aprovechado para bromear sobre ello. Lavick tomó nota de su seca respuesta.

—De acuerdo, nos vemos en un rato.

*****

Lavick cortó la comunicación con una nueva preocupación marcando su frente fruncida.

—¿Todo bien? —preguntó Hossen cuando se unió a Meir y a él en el salón de la vivienda desde donde tenían a la vista la fachada del hotel de Niza donde se alojaría Ballantine.

—¿Hay algo que vaya bien en este asunto? —preguntó Lavick a su vez, de forma retórica.

—Pues hay malas noticias para aburrir, señores —intervino Meir —. Después de procesar las imágenes del casino que envió Brooks, creo que tiene razón: el maletín de Ballantine no está diseñado para abrirse.

En realidad, su compañero había sido más explícito:

«—Si separamos el maletín de Ballantine, explotará. Es más, estoy por jurar que si el sensor deja de recibir sus señales vitales… ¡Boom! Es una bomba y dudo que contenga en su interior algo más que explosivo».

Todos recordaron sus palabras y les dieron en qué pensar.

—¿Cuál es la diferencia, según Ballantine, entre este intercambio y los anteriores? —preguntó Hossen en voz alta.

—Que ha exigido negociar directamente con el comprador, sin mediación de terceras partes —respondió Lavick.

—¿Y por qué la Agencia de Inteligencia de Defensa querría matarlos a los dos? —se preguntó Meir—. No tiene sentido.

—La misión era localizar al comprador y llevarlo vivo para su interrogatorio —caviló Hossen—. Muerto no le sirve a nadie.

—Atención, hay alguien en la habitación de Ballantine —exclamó Meir, que observaba por unos binoculares térmicos—. Se trata de un hombre solo.

—Será alguno de los guardaespaldas buscando dispositivos electrónicos —sugirió Hossen.

—Demasiado pesado para ser un guardaespaldas —dijo Lavick, echando un vistazo por los binoculares de Meir—. No lo pierdas de vista.

Cogió su chaqueta y bajó las escaleras de dos en dos hasta detenerse detrás de la puerta de entrada del edificio. Sacó su móvil y lo preparó.

—Acaba de salir de la habitación, jefe —dijo Meir por el intercomunicador.

Lavick se mantuvo al acecho. El hotel era pequeño y el mayor trasiego de personal y mercancías se hacía antes de amanecer. El movimiento de clientes, al ser pocos, tampoco suponía un problema para localizar al hombre fornido, que salió minutos después. Le hizo varias fotografías de buena calidad, desde distintos ángulos y, cuando pasó delante de la puerta, pudo verlo bien: era un varón blanco, vestido con un traje de grandes almacenes, la corbata aflojada y gotas de sudor perlando su calva.

Envió las fotos a Liv y subió al piso de observación.

—No tenía pinta de ser alguien importante —comentó Hossen —. Ni preparado.

—Si quiere mantenerse en el anonimato, el comprador enviará a un intermediario.

—O a varios —sugirió Meir.

—O a varios —convino Lavick.

—Que Liv localice a ese hombre. Quiero saber hasta el nombre de sus amantes.

Pretextando una jaqueca inexistente, Lavick salió a dar un paseo. Tendría que haber ido al piso compartido, pero necesitaba tomar el aire y dejar que los demás descubrieran algo que él ya sabía: el nombre del comprador.

Con el fin de preparar el trabajo, semanas atrás se había trasladado a Washington, para entrevistarse con Ballantine, al que Inteligencia de Defensa había descubierto vendiendo las listas de licitaciones del Pentágono, con las pujas actualizadas. Esa era la única información que le había proporcionado el subdirector de la DIA, James Mathison III. Pero el jefe de unidad no se conformaba con su palabra, por muy coronel que fuese o cargo importante que ocupase.

—Sargento mayor, en Inteligencia sabemos hacer nuestro trabajo y no hay duda de que este hombre opera solo. Lo hemos interrogado a fondo y por eso sabemos que se aprovechó del acceso a los contactos del general Mathison, para apropiarse de esos listados y enriquecerse, vendiéndolos.

Lavick era desconfiado y, en ese caso, tenía muchas más preguntas para Ballentine que las referentes a sus anteriores encuentros con compradores europeos. Para empezar, los Mathison eran familia política de Majors, así que sospechaba que ese trabajo se lo habían adjudicado a una unidad de las que dirigía, por algún motivo. Ballantine, a su vez, gestionaba las cuentas del general Mathison, pero se trataba de un civil sin contactos aparentes, como pudo descubrir tras una intensa búsqueda de información sobre el sujeto, antes de presentarse en la capital para conocerle.

Durante su entrevista con Ballantine, aprovechó sus dotes de interrogador. Cualquiera con experiencia sabía que conformarse con una única línea de interrogatorio, era una pérdida de tiempo. Provocaba una saturación mental del interrogado y le hacía incurrir en contradicciones, cuando no en mentiras. El interrogado solo quería complacer a la persona que le preguntaba para quitárselo de encima.

Cambiando de tema continuamente, Lavick consiguió mantener alerta a Ballantine, provocando respuestas rápidas a preguntas de diversa índole, que incluían algunas tan absurdas como su número

de calzado. Cuando el interrogado sentía que tenía el dominio, su mente se relajaba y tendía a hablar más de la cuenta. Así se enteró el jefe de unidad de lo que James Mathison III quería ocultarle y que el trabajo al que enviaban a su unidad era una tapadera para encubrir los «pecados» de la sociedad formada por los Mathison y Majors.

Solo compartió las revelaciones del detenido con un par de personas de su total confianza, pero ahora veía el conjunto con mayor claridad: la misión que Majors les había encomendado, revestida de un carácter oficial, era una burda excusa para matar dos pájaros de un tiro. Tres, si los supervivientes de su unidad se encontraban cerca.

Sully solo había sido el hombre que usaron para asegurarse la ventaja en la competición por el crudo africano y, de paso, desembarazarse de él, puesto que le achacarían el asesinato del primer ministro. Como tenían que encontrarlo muerto y carecía de identidad, nunca darían con los verdaderos culpables del magnicidio. Pero la jugada había salido mal. Sully era más duro de lo que Majors imaginaba, por eso no habían encontrado su cadáver y por eso Lavick creía que estaba vivo.

Él era experto en ocultar secretos. Todos sus hombres lo eran o no hubieran durado en la unidad más de un mes. Pero ese trascendía cualquier límite. Y aún se preguntaba cómo habían llegado a ese punto.

Cuando, cuarenta minutos después, Meir le llamó para comunicarle que Liv había encontrado un comprador factible en Lee Jamison, no le extrañó. El magnate había usado varios despachos de abogados para ocultar su rastro, pero el rastro no se perdía con tanta facilidad si Liv se encontraba al acecho.

Se puso en contacto con la jefa del centro de control de operaciones.

—Ya sabemos todos lo de Jamison. ¿Qué hay de Sully, Liv?

—Nada nuevo. No tenemos imágenes de satélite y Emma carece de pistas sobre su paradero.

Lavick imaginaba la razón: era una mujer sola y, por muy dura que pareciera, la mayoría de los africanos, en algunos países

especialmente, tenían sus propias ideas con respecto al papel de las mujeres en la sociedad.

—¿Dónde está?

—Sigue en la capital, recabando información y ofreciendo dinero como recompensa, pero…

—Si hablas con ella, dile que pronto le enviaremos ayuda.

—¿Majors lo ha autorizado?

—Lo autorizaré yo.

—¿Vamos con todo? —preguntó la mujer, anhelante.

—Con todo —respondió Lavick.

*****

En el pentágono, el coronel Bigelow seguía indeciso. Los Mathison tenían excesivo peso político y si el comité de acusación contra Majors no se mostraba férreo, este podría salir de la sala sin mácula en su hoja de servicio.

El principal problema estaba en la falta de pruebas que le implicasen en los accidentes de los hombres a su cargo. Debido al secretismo de las unidades, no existían informes ni órdenes de servicio, por lo que podía achacar las acciones de esos hombres a acciones individuales, motivadas por intereses propios. La investigación de cada caso llevaría meses. O años. La propia naturaleza secreta de las unidades actuaba en su contra.

Él tenía más ganas que nadie de desenmascarar a Majors y a los Mathison, pero no lo haría a costa de sus galones. Labuena voluntad tenían sus límites.

Quizá por eso Lavick no confiase plenamente en él. Tenía su razón y sus razones: el ejército no querría asumir la culpa de una manzana podrida; preferirían sacarla del cesto para que no contaminase a otras. Eso sería todo. Lavick y Bigelow lo sabían.

Por esa convicción, Bigelow empleó los dos días siguientes en entrevistas con superiores con los que no quería hablar, pero a los que debía informar. Era un coronel con bastantes mandos por encima de él y necesitaba apoyo. El que consiguió de palabra fue

mínimo: Mathison padre era general de dos estrellas y el hijo, coronel y subdirector de la DIA.

Las estrellas otorgaban gran peso, no solo en el ámbito militar, sino en el político, porque el Pentágono era un hervidero de tramas, que no podían descubrirse mediante un detector de metales como los de las entradas o pocos hubieran tenido acceso al edificio.

Cualquier acusación en contra de Majors debía sustentarse en pruebas irrefutables, si no quería que le estallase en las manos. Bigelow, de momento, carecía de ellas y Lavick se las guardaría para curarse en salud. Meterse con la persona equivocada podía costarle muy caro: no solo la degradación y perder los privilegios inherentes a su rango, sino la cárcel. El Pentágono tenía sus propias normas, encabezadas por respetar el escalafón o el escalafón aplastaría al infractor, sin dudarlo.

—Si tiene pruebas contra ese coronel, puede presentarlas y se estudiarán para ver si tienen base en un tribunal formal —le dijo un asesor legal militar, con aire condescendiente, cuando presentó la causa hipotética, sin proporcionar nombres—. Pero más le vale que cualquier acusación contra superiores suyos contenga algo más que sospechas.

Bigelow lo sabía, pero oírlo en voz alta le devolvió a una realidad en la que Majors, por parentesco, era prácticamente intocable. Aunque las misiones a las que envió a sus hombres no fueran oficiales ni contaran con aprobación alguna, le bastaría con alegar que habían actuado por cuenta propia.

—Mack… El sargento Sullivan, grabó la última orden de Majors y me la envió —le dijo Lavick.

—Lo grabó a escondidas. Eso tendrá poco peso en un tribunal, siento decirlo.

El coronel tenía razón, en un tribunal, se desecharía esa prueba. Las conversaciones privadas, solo dejaban de serlo si ambas partes estaban al corriente de ser grabadas. Este, por supuesto, no era el caso.

—Tengo tantas pruebas de misiones, y hombres dispuestos a testificar que fueron aprobadas por Majors, que ningún tribunal puede pasarlas por alto. La prensa no las desecharía.

La amenaza de Lavick iba en serio, aunque ambos sabían que no llegaría a buen puerto.

Las investigaciones periodísticas sobre cualquier escándalo que afectase al Pentágono, terminaban en subterfugios administrativos y luz de gas para contentar a los adictos a las conspiraciones con mucho tiempo libre.

Bigelow quería actuar, pero no era imbécil. Sabía a quién recurrir y lo haría cuando tuviese todo bien atado, no cuando le conviniera al sargento mayor.

26. DEFENSA PROPIA

—Conmigo, Brooks —exclamó Hossen.

Lavick detuvo al agente del FBI cuando se disponía a salir.

—Ve con él —le dijo a Cass—. Echad un vistazo y volved.

—Deja aquí el arma —indicó Hossen a la mujer, depositando la suya en la mesa—. No la vamos a necesitar.

Lavick les había proporcionado armas a Brooks y a ella en cuanto llegaron al piso alquilado. Cass la revisó. Estaba cuidada y lista, con el cargador lleno y una bala en la recámara. La dejó con cuidado al lado de la de Hossen, imaginando que en ese vistazo que tenían que echar, no estaban previstos los contratiempos armados.

Según Liv, que se había colado en algunos de los satélites europeos sin pedir los permisos pertinentes, Ballantine y su séquito se habían detenido a comer en Saint Tropez y aún tardarían un rato en llegar.

Meir quedó descansando en el piso alquilado, después de una guardia de seis horas nocturnas. Tenía que reponerse porque Lavick había adelantado y modificado los planes sobre la marcha. Ahora debía poner a Brooks al tanto de los cambios y determinar el momento. La tarde prometía ser larga.

—Tenemos que llevarnos a Ballantine hoy; como muy tarde, mañana —le dijo Lavick—. No vamos a esperar ninguna entrevista ni creo que sea necesario escuchar lo que se hablará en esa habitación de hotel.

—¿Qué sabes que no sepa yo?

—Como bien dijiste, ese maletín contiene solo explosivos y, si el cambio de escenario es que Ballantine se reúna con el comprador en persona, sabemos la conclusión…

—¡Boom! —exclamó Brooks.

—Eso mismo.

—Y sabemos quién es el comprador…

—Lee Jameson. Vive en Ginebra la mayor parte del tiempo, pero en esta época del año se traslada a su mansión en Mónaco. Lleva tres años comprando lo que Ballantine tiene para vender y le saca mucho rendimiento, por lo que quiere seguir haciéndolo y para eso se encarga de que nuestro hombre se encuentre cómodo y protegido.

—Protegido por ex agentes de la CIA —silbó Brooks.

—Mercenarios.

—Mercenarios que tienen sus propios intereses.

—Explícate —le pidió el jefe de unidad.

—Howard Lewis discutió con Ballantine en Marsella, tras la entrevista que este mantuvo con Barsamian.

Lavick asintió, esperando que continuara.

—Fuimos a los almacenes de los Barsamian por insistencia de Cass. Tenía curiosidad y no imaginaba que quisiera llegar más lejos que echar un vistazo fuera, pero entró.

El jefe de unidad le lanzó una mirada severa.

—La seguí, no iba a dejarla sola. La cantidad de munición que vimos no coincidía con los informes de Liv: allí dentro había suficiente para abastecer a dos bandos en guerra. Y, de postre, encontramos a Lewis, el hombre de la CIA, hablando con Barsamian. Discutiendo con él, más bien.

—¿Lewis estará haciendo negocios por su cuenta?

Brooks se encogió de hombros.

—Aquí hay muchos jugadores, y cada uno esconde sus cartas según su conveniencia. Ahora, cuéntame más sobre cómo te enteraste de que Lee Jameson es el comprador.

—Antes de espabilar, Ballantine se sacaba un sobresueldo, asesorando a algunos conocidos de confianza para ocultar sus negocios «paralelos». Para los Mathison creó una empresa fantasma para acceder a un contrato millonario con un país africano, en el que se había descubierto una bolsa de petróleo tan extensa que podría hacer sombra a la saudí.

—El rescate del geólogo… —comentó Brooks.

Lavick asintió.

—Y adivina quién estaba al tanto de la información.

—La CIA.

—Liv no ha parado de investigar desde que me entrevisté con Ballantine. En especial, desde la desaparición de Sully, al que Majors envió a una emboscada.

El agente del FBI ya sabía que Liv era un portento, además de buena persona. Si creía que el coronel estaba enviando a sus «chicos» a misiones suicidas, no descansaría hasta llegar al fondo del asunto y conseguir la información necesaria para lograr su destitución.

—¿Hossen y Meir lo saben? —le preguntó a Lavick.

—Lo saben, por eso Hossen ha ido a Mónaco. Lee Jameson, además de ser el cliente de Ballantine, es el competidor directo de los Mathison para hacerse con el contrato africano.

La información cogió por sorpresa a Brooks.

—Y Majors está metido en el negocio… —supuso—. Por eso lo de Sully y lo del maletín explosivo.

El jefe de unidad lo confirmó con un cabeceo.

—¿De quién es el encargo?

—De Mathison, el subdirector de la DIA.

—No querían encontrar al comprador. Sabían quién era desde el principio y al Pentágono no le parecía mal —asintió despacio Brooks—. Por mucha subasta que publiquen, prefieren que las contratas importantes queden en manos de los de siempre, que son capaces de abastecerlos del material necesario sin excesivos contratiempos.

—Defensa no desea competitividad, sino eficacia y los contratistas habituales han ganado verdaderas fortunas, pero también han sido generosos.

—Al final, todo se reduce al dinero —comentó Brooks y recordó que era lo mismo que había dicho Cass.

—Fortunas, de hecho —asintió su amigo—. Y poder. Tengo la certeza de que el maletín lo preparó la DIA para terminar con las amenazas que suponían Ballantine y Lee Jameson. Uno sabe

demasiado y el otro es uno de los mayores abastecedores de Defensa, pero también podría hacerse con el control del petróleo. Aunque para prevenirlo, enviaron a Sully.

—¿A matar al presidente del país africano? —dijo Brooks, incrédulo—. No nos dedicamos a eso.

—Tenía que herirlo para decantar las elecciones a su favor, según Majors.

—Sully no hubiese fallado y el hombre apareció muerto.

El jefe de unidad lanzó sobre la mesa varios periódicos internacionales. Todos daban la noticia de un atentado contra el presidente del país en cuestión, abatido por un francotirador de dos disparos, uno en el hombro y el otro en la cabeza.

—Supongo que era más barato deshacerse de él que convencerle —asintió Brooks—. Apuesto a que el actual presidente está abierto a una negociación.

—Y Sully debió estar vigilado en todo momento. Solo espero que siga vivo.

—Es un tío duro de pelar —le alentó Brooks, que también sentía un nudo en el estómago, Sully era un amigo.

—Por eso, cuando terminemos aquí, te vas a ir a buscarlo con Emma. Hay que encontrarlo…

No hizo falta que terminara la frase… «si sigue vivo». Ambos lo tenían demasiado presente.

Mack Brooks quería ir. Aun disponiendo de dinero suficiente, Emma se vería en dificultades para acceder a algunos círculos del dominio de hombres. Las milicias, el ejército y los mercenarios, en general, no respetaban a las mujeres y esperarían de ella más que un simple intercambio económico. Conociéndola, seguro que se había metido ya en problemas. Por suerte, Emma sabía defenderse, aunque eso no le proporcionaría respuestas, y Sully llevaba demasiado tiempo desaparecido.

—Y mientras, te he reservado habitación en el hotel. —Lavick señaló el del otro lado de la calle.

—¡Qué suerte!

—Creo que hay otro recepcionista, pero no puedo arriesgarme a que me vea la del otro día, así que tienes que encargarte de retirar

lo que colocamos Hossen y yo antes de que lleguen Ballantine y su séquito. Eso te da un margen de… —Consultó su reloj—. ¿Media hora?

—No sé, igual quieres que te traiga un café a mi vuelta —dijo Brooks con ironía, dirigiéndose a la puerta.

—Que sea doble —rio Lavick.

Echaría de menos esos ratos con su unidad, porque ahora sabía que, ocurriera lo que ocurriese con Majors, su tiempo de servicio activo había terminado. No quería entrenar a más hombres para perderlos por la falta de escrúpulos del mando de turno. Había tenido suficiente.

Seguía observando la entrada de la calle desde la ventana, ligeramente entreabierta, para hacerle una seña a Brooks si veía acercarse a los hombres de la CIA antes de que terminase su trabajo. Él estaría pendiente, sabiendo que, dentro del hotel, carecía de todo tipo de cobertura.

Lo vio salir y alejarse hacia el piso alquilado, minutos antes de que el coche con Ballantine y sus guardaespaldas se detuviera delante de la puerta del hotel. Solo entraron el portador del maletín y dos hombres, el otro se alejó en el vehículo, con un acelerón innecesario.

Eso suponía una dificultad añadida: tres de los hombres estaban sin localizar y confiaba en Liv para no tener sorpresas.

—¿Y el otro coche que viajaba con Ballantine? —le preguntó por teléfono a la jefa del control.

Ella respondió como si hablase con una amiga suya, aunque Lavick comprendió que no había perdido a los del otro coche. Era probable que el teniente coronel estuviese en la sala de operaciones y desde lo que ocurrió con la conversación de Bigelow, desconfiaba de ella.

Majors era parte de la trama, junto con su cuñado y su suegro, y no debían conocer el cambio de planes del equipo. Para eso, debían actuar con rapidez y confiar en Liv.

Cuando por fin pudieron hablar, la jefa del centro de control de operaciones tácticas le dio otra noticia inesperada, a la par que preocupante, sobre Christine.

*****

Majors tenía otras cosas en la cabeza, además de la insubordinación de Liv y la falta de información de Lavick y su equipo. Algunos aspectos de su vida privada, que tan bien había sabido encarrilar hasta el momento, empezaban a descontrolarse: su esposa había sufrido una crisis grave y, aunque los Mathison no serían tan estúpidos como para deshacerse de él, si ella moría, lo intentarían.

Además, estaba Christine, su impaciencia y la indiscreción de la que hacía gala últimamente. Ella ya había roto su matrimonio y no tenía nada que perder, al contrario que él. Y temía que se convirtiera en una piedra que lo lastrase hasta el fondo. Tenía que ponerle remedio sin falta.

En eso pensaba cuando se reunió con la esposa de Sullivan en la misma habitación del motel en el que se encontraban desde hacía meses.

Que ella no estuviese esperando en la cama, vestida solo con excitante ropa interior y pose provocadora, le dio mala espina y no era el mejor momento para que le echase en cara sus promesas. Le aburrían esas conversaciones y el esfuerzo de dotar sus palabras de credibilidad porque, siendo sincero consigo mismo, ya ni le apetecía el sexo con ella.

Dejó la guerrera del uniforme en el colgador de la pared y la observó, invitándola a hablar; sin embargo, la mujer no dijo nada. Solo continuó observándolo, sentada en una silla, con las manos apoyadas, una sobre otra, encima de la mesa.

—Mira Christine, si me has llamado para hacerme perder el tiempo, te aseguro que hoy no es buen día para eso.

—¿Dónde está Sully?

Él hizo un ademán de desesperación con la mano.

—¿Olvidas que no puedo hablar de eso con nadie? Y, en todo caso, ¿desde cuándo te importa su paradero?

—Nunca te he preguntado—contestó ella, dolida—. Pero me han llegado rumores de que está desaparecido.

—No es algo que deba preocuparte, está desplegado y es todo lo que voy a decirte.

—¿Ha sido cosa tuya?

—¿Acaso no lo querías fuera de tu vida? —preguntó Majors, a su vez, con más agresividad de la que pretendía.

Ella palideció, pero habló con determinación.

—Es el padre de mi hija. Si en algún momento di la impresión de que lo quería fuera de mi vida de otra forma que no fuera mediante el divorcio, no me expliqué bien.

—Sabes explicarte a la perfección cuando lo necesitas, Christine. ¿Ahora vas a derramar lágrimas por la leche vertida? ¡Vamos, querida! Sabías muy bien lo que querías y yo también. No te has quejado hasta ahora de que lo mandase a una misión tras otra para sacarlo de casa. Misiones en las que se jugaba la vida. ¡Y no digas que es algo nuevo para ti!

Ella se levantó e hizo ademán de abofetearlo. Majors le sujetó la muñeca y le espetó a escasos centímetros de la cara:

—¡Si quieres engañarte en esto, como en otros asuntos, es solo cosa tuya, cariño!

—¿A qué te refieres?

Él la soltó cuando ella aflojó la tensión del brazo.

—Sabes a qué me refiero. Hemos jugado con fuego hasta ahora, y ha sido excitante, pero, definitivamente, se acabó. Me cansas y me haces perder un tiempo que no tengo. —Recogió la chaqueta e hizo ademán de salir.

Christine se quedó estupefacta. Lo que acababa de decirle en pocas palabras es que lo suyo había sido un pasatiempo y nada más. Ni boda, ni futuro en Washington. Y ni siquiera había intentado disuadirla de divorciarse. La rabia la cegó y dijo, antes de poder pensarlo con detenimiento:

—Tu familia va a saber el gran hombre que eres, no te quepa duda. Tengo pruebas.

Majors se detuvo con el tirador de la puerta en la mano.

—¿Te refieres a esas fotos que nos hicimos al principio? —Sonrió, benevolente—. Hace tiempo que no las ves, ¿verdad?

Era cierto. Habían acordado borrarlas de los móviles, pero ella guardó una en papel, sacada en la impresora de su casa. La escondió en un lugar seguro, en el fondo del armario del garaje, ya que una vez Sully casi la descubre, y se lo comentó a Majors para reírse ambos. Se trataba de una fotografía explícita en la que estaban en la cama, desnudos y abrazados.

—Es una locura, quedamos en borrarlas todas para evitar escándalos —protestó el militar, cuando ella se lo dijo.

—Quería conservar solo una, para tener un recuerdo del momento en que empezó nuestra relación.

—¿Seguro que nadie mira allí?

—Solo hay herramientas que se usan del ciento al mil, cachivaches viejos y cajas de fotos antiguas, que pasamos a digital hace mucho.

El teniente coronel no acostumbraba a dejar al azar esos asuntos que, en este caso, podían hundirle la vida.

—Quemé esa foto hace tiempo —le dijo él ahora—. Ya no está en tu garaje ni en tu vida. Compruébalo.

Él mismo se había encargado de registrar el garaje de los Sullivan cuando supo que la casa quedaría vacía un par de días. La imprudencia de una mujer no lo mataría.

—Da igual —contestó Christine, en otro de esos arranques de rabia—. Se lo contaré a la unidad. Te estabas follando a una de sus mujeres, ¡y Sully tiene derecho a matarte!

Patrick Majors avanzó un paso hacia ella.

—Creo que deberías pensarlo bien.

—¿O qué? —dijo ella, desafiante—. De todas formas, no creo que a Sully le importe demasiado porque está liado con Emma. Eso no lo sabías, ¿verdad? No conoces tan bien a tus hombres como imaginabas…

—¿Y qué haría Sullivan si supiese lo puta que eres? Igual la custodia de tu hija terminaba en otras manos —silabeó él.

—Yo pensaba que me querías —susurró apenas ella, mientras retrocedía, viendo el peligro que emanaba de la ranura en que se habían convertido los ojos del teniente coronel.

—¿Quererte? ¿De qué vas? ¡Una cosa es echar un polvo semanal contigo y otra pensar en joder mi carrera por una zorra con pretensiones, porque eso eres, Christine! Te seduje porque te dejaste seducir por mi posición. Claro que te dije que me divorciaría y nos casaríamos, era lo que querías escuchar, pero ¿casarnos de verdad? ¡Oh, vamos! ¿En qué mundo vives?

A medida que Majors hablaba, Christine enrojecía de rabia. Furiosa, intentó alcanzar su cara con las uñas y él la apartó de un empujón, haciéndola trastabillar con sus propios pies. Cayó hacia atrás, golpeándose la base de la nuca con la mesilla de noche y dejó de moverse.

Se quedó tendida sobre la moqueta, que se iba empapando de sangre bajo su cabeza.

El teniente coronel se acercó, cogió un pañuelo de papel de la mesilla de noche, se lo puso sobre el cuello y le tomó el pulso en la yugular. Seguía viva, así que tenía que esperar, porque había tomado una decisión y el accidente le convenía.

Fue limpiando con el mismo pañuelo cualquier superficie que pudiera haber tocado, incluida la muñeca de Christine cuando la había sujetado, momentos antes. En cuanto a las fibras, no podía hacer nada. Ya se desharía de toda la ropa luego.

Volvió a tomarle el pulso. Más débil aún, pero no lo suficiente, y cada segundo allí suponía un riesgo exponencial.

Colocó un puñado de pañuelos cubriendo la cara de la mujer, y luego presionó su nariz y boca. En un minuto, se desvaneció cualquier signo vital.

Limpió el tirador, pasó el pañuelo varias veces más sobre la hoja de la puerta, por dentro y por fuera, y colocó el colgador de NO MOLESTEN. Eso demoraría el descubrimiento del cuerpo, al menos, un día.

En eso estaba pensando Majors mientras vigilaba en la sala dos del centro de control las acciones de Liv. Se había olvidado de Christine, hasta que alguien llegó para darles la noticia del descubrimiento de su cuerpo en un motel de la población cercana. Los operadores cuchichearon entre ellos y algunos lanzaron

exclamaciones, buscando en los diarios locales, pues la mayoría de ellos conocían a la esposa de Sullivan.

—Señores, ya cuchichearemos más tarde —dijo Majors, dando palmadas—. Ahora, seamos profesionales, estamos dirigiendo unidades sobre el terreno y necesitan nuestra ayuda.

Majors no se consideraba responsable del accidente de Christine. Había sido una cuestión de defensa personal.

27. MÓNACO

Cass

Si el puerto viejo de Marsella me pareció precioso y Niza, lo poco que pude ver de ella, el colmo del refinamiento, me sentí transportada a otro mundo en Mónaco.

Mónaco era… No sabía por dónde empezar a describirla, excepto para reseñar que la belleza y el lujo desbordaba por todos lados como chocolate caliente en una taza demasiado pequeña para contenerlo. El principado parecía un imán para millonarios excéntricos, dispuestos a aparcar sus cochazos en plena calle para demostrar su futilidad. Edificios y personas destilaban elegancia y estilo. Brillaban.

Silbé, sin poder evitarlo, cuando un Lamborghini cruzó por delante de nosotros. Era de un color morado estridente e inconcebible. No era un coche para uso habitual, sino un capricho. Para mi sorpresa, nadie se fijaba en él, como si fuera normal toparse con semejante y exótica maravilla a diario.

—Sé en qué piensas —dijo Hossen—. Creo que todos hemos tenido esa impresión la primera vez.

—Joder, es que esto es una pasada.

—Estoy de acuerdo con lo que presupones. Vivir a este nivel tiene que ser interesante.

—¿Interesante?

—Una temporada —asintió—. Yo creo que acabaría aburriéndome, como le ocurre a muchos ricos. Terminan drogándose para obtener nuevas emociones o haciendo cosas más estúpidas para sentirse vivos.

—No todos harán eso.

—Cierto. Estaba generalizando, pero ¿qué meta tienes cuando no te falta de nada?

Me giré para mirarlo. Conducía con soltura, cómodo entre el tráfico y sin abrir la boca hasta el suelo, como yo, cuando nos adelantaba un Ferrari, un Maserati, un Bentley o cualquier otro coche, cuyo precio me hubiera retirado de la vida laboral. Hasta los pocos gatos callejeros que pudimos ver hubieran salido más que airosos en un concurso felino de belleza.

—Se me ocurrirían muchas cosas para no aburrirme: lo agobiante es llegar a final de mes con un sueldo justito, después de pagar las facturas, y ver que vas a tener que seguir usando los pantalones con brillos en las rodillas un poco más.

Hossen rio.

—Venga, el FBI no paga tan mal.

Torcí el gesto, aunque no le faltaba razón: si hubiera tenido que depender de mi formación real, estaría limpiando retretes y viviendo en un piso compartido.

—Solo digo que me gustaría probar a ser una ricachona con casa en la Costa Azul, un yate a mi disposición, vestir trajes de alta costura, beber champán en vez de agua, y que mi única preocupación fuera decidir si dedicaría el día a navegar o a pasar una velada en el casino de Montecarlo.

—Te has organizado como si lo hubieras vivido.

—Las películas ayudan mucho —contesté riendo—. Pero lo dicho: me encantaría probar y, si me aburro, ya te avisaría.

Detuvo el coche en un aparcamiento subterráneo e imaginé que estábamos cerca de nuestro destino. En lugar de eso, abrió el maletero y una maleta que había en su interior, de la que sacó un pantalón de lino claro y una blusa oscura.

—Cámbiate —me dijo.

—¿Dónde?

—Aquí mismo. No voy a mirar.

Se dirigió a la parte trasera del vehículo, en la que había un porta trajes estirado en el asiento y se dispuso a cambiarse también, sin prestarme atención.

—Bueno, y ahora, sígueme la corriente.

Se había puesto un traje informal de un tejido ligero.

—Vamos a acercarnos a Jameson en un entorno en el que se siente cómodo. Tiene reunión en el casino con un proveedor de misiles de largo alcance.

—Tú eres ese proveedor, ¿no?

—Y él me ha citado en una sala privada del casino para impresionarme —asintió—. La primera regla de los negocios es demostrar al vendedor que no necesitas sus servicios, sino que él necesita venderte su material.

—¿Y yo soy…?

—Mi amante, por supuesto. A estas citas no se acude con la esposa, así que puedes soltarte el pelo.

Hossen parecía disfrutar.

—¿Reglas de combate? —pregunté, en tono de broma.

—Las más sucias, si es necesario. Vamos a negociar y a sacar a Jameson de su zona de confort para que me preste atención. Masca chicle y, si tienes una lima de uñas, no te cortes en usarla en medio de la reunión. Rezonga, chasquea la lengua… Demuestra que te aburres para que pueda proponerle una conversación en privado.

—¿No acudirá solo?

—No es probable. Llevará algún asesor. Pero si resultas una molestia, me darás motivos para mantener una reunión privada y, como sería una descortesía echarte solo a ti, cualquier compañía suya tendrá que irse también.

En ningún caso me sentí ofendida. Por el contrario, me admiró su ingenio. Yo no hubiera pensado en algo tan sutil.

—¿A qué esperamos? —exclamé, subiendo al coche.

—No te adelantes. Vamos a fundir el presupuesto —señaló hacia arriba—. Estamos bajo la avenida Princess Grace, plagada de las tiendas de coches de marca más prestigiosas del mundo, con servicio de alquiler. ¿Alguna preferencia?

—Cualquiera —respondí de inmediato—. Con la única condición de poder hacerme una foto con el coche.

Meterme en el papel de novia tonta y asombrada se me daba genial, porque estaba asombrada. Al final, lo de mujer florero se iba a convertir en una constante.

Hossen escogió un Mercedes de ensueño, pero de lo más discreto, en comparación con los coches expuestos en las numerosas tiendas de la avenida. Vehículos de diseño espectacular y colores llamativos, como el morado que habíamos visto. Incluso vi un deportivo verde, que hubiera hecho juego con mi vestido de la noche anterior. En fin, fantasía a raudales para los que podían permitírselo.

El aparcacoches del casino ni se inmutó al subirse a nuestro coche alquilado. Por los alrededores, en plena calle, había aparcados vehículos que harían estallar la cabeza a más de uno. Conteniendo las ganas de hacer fotos a todo lo que nos rodeaba, seguí a Hossen al maravilloso edificio del casino, cuyos jardines estaban plagados de figuras, que recordaban todas las películas que se habían grabado allí.

Describir como espléndido el exterior del edificio era quedarme muy corta, pero entrar fue una experiencia que nunca olvidaría: columnas labradas, techos decorados y pintados con murales delicados, atrios, ventanas porticadas, mosaicos, arañas de cristal colgando de altísimos techos… Olía tanto a dinero que me sentía mareada.

—*Monsieur* Jameson —dijo Hossen a la mujer que nos atendió, vestida con un impecable uniforme de falda hasta la rodilla y casaca cruzada con botones dorados.

—Síganme, por favor —pidió ella en perfecto inglés.

Me esforcé en no parecer una provinciana deslumbrada, aunque lo era y lo estaba. No solo se trataba del lujo imperante, sino de la belleza del conjunto lo que me tenía fascinada.

Unas escaleras de mármol, desgastadas por el uso, nos condujeron al primer piso y al atrio que se veía desde abajo. Mis tacones, que no eran de aguja esta vez, y los de la mujer que nos precedía, marcaban el ritmo, resonando en el amplio espacio. A varios metros de la escalera, ella llamó a una puerta con los nudillos, esperó a tener confirmación para abrirla, cedernos el paso y cerrar a nuestra espalda, sin hacer ruido.

La habitación disponía de una gran ventana en forma de arco, por la que entraba mucha luz, tanta que hasta pude ver las grietas

en los murales de la pared, decorados con pinturas en las que predominaba el azul.

Dos hombres sentados a una mesa para seis personas se levantaron y uno de ellos se destacó, alargando la mano a mi compañero con soltura.

—Señor Adams, es un placer conocerle en persona. Quiero presentarle a mi asesor…

Dejé de escuchar, observando a mi alrededor. Todos los muebles estaban lacados en un azul neutro, ni muy claro ni demasiado oscuro. La tapicería de las sillas y de dos sillones individuales destacaba en rojo anaranjado, brillante y algo desgastado por el uso. Las columnas que flanqueaban el ventanal, tenían roces en la pintura, como si un gato las hubiese arañado.

Presté poca atención a las presentaciones, en las que me incluyeron como ayudante de Hossen, pero me fijé en los personajes: el asesor era un hombre que hubiese hecho una brillante carrera en cualquier servicio de inteligencia. Era una persona corriente hasta el aburrimiento. Vestía un traje soso, tenía un rostro anodino y una constitución nada destacable. Era de esos personajes con los que te cruzas a diario y de los que no podrías dar detalles. Jameson, en cambio, deseaba llamar la atención. Pocos hombres de color, excepto los que tenían una gran confianza en sí mismos y ego a prueba de bombas, llevarían con soltura un sombrero Stetson blanco, una camisa con estampado de la bandera confederada, vaqueros y botas con puntera metálica. Pretendía dar una imagen de rebeldía, pero a mí me parecía un pretencioso. Sus ademanes resultaban excesivos y calculé que todo en él era más falso que mi identidad.

Tomamos asiento alrededor de la mesa y ellos empezaron a hablar sobre nada en particular, pura conversación de ascensor. Los negocios se abordaron media hora más tarde, aunque, lo que tenían que tratar de verdad, solo se haría cuando Hossen y Jameson quedaran a solas, así que empecé a «aburrirme» pronto para dar pie a la entrevista real.

Sentía la aversión que generaba en el asesor que, a su vez, demostraba la ansiedad que le producía, comiendo frutos secos de

un cuenco a su alcance, como si llevase a dieta toda la semana. Al principio, los escogía, pero al cabo de un rato, ni miraba. Masticaba con una concentración digna de estudio y me pregunté si sería un tic nervioso.

Mi actitud también irritaba a Jameson. Me lanzaba miradas de reojo continuas, mientras que mi compañero, en su papel, me fulminaba con los ojos cuando tenía ocasión.

—¿Querrías esperarnos abajo, cielo? —me preguntó en un momento dado, cuando ya había alterado a todos.

—No, aquí estoy bien. Pero nos traerán algún tentempié, ¿no? Me muero de sed y de hambre y ya no quedan frutos secos.

—Donie la acompañará al casino y nosotros podemos terminar de hablar —sugirió Jameson, que ignoró la mirada alarmada de su asesor. No le gustaba la decisión y creí que lo del diminutivo tampoco lo llevaba bien.

—Si la cuida bien… —se avino Hossen—. Es la mejor ayudante que he tenido.

El tal Donie se levantó y me hizo un ademán para invitarme a salir con él. Le gustaría poco, pero era obediente.

—Media hora, cielito —le dije a Hossen—. O empezaré a pensar que no te importo.

—Media hora, preciosa. Lo prometo.

El asesor me precedió por la escalera, sin ocultar su gesto huraño. Parecía enfurruñado como una adolescente a la que han dado plantón en el baile. Le hizo una seña al vigilante de la sala de juego, que nos franqueó la entrada, sin importarle que nos hubiésemos saltado las diligencias obligatorias de presentar un documento de identidad.

Accedimos al interior, que solo podía describirse como impresionante y quizá, excitante. Las mesas de apuestas se desplegaban en una enorme sala, ornamentada como todo el casino. Las reinas eran las mesas de ruleta, donde las bolas rodaban y los clientes apostaban al filo del cierre, aullando números o colores. Cada uno obtenía su chute de adrenalina como podía, y los clientes lo conseguían mediante apuestas absurdas, con las mínimas posibilidades de ganar a su favor.

El casino no llevaba una hora abierto y la sala estaba tan concurrida como un desfile de Acción de Gracias.

Mi obligado anfitrión me llevó a una de las barras de bar, acolchadas y decoradas con fruslerías para turistas como yo, cegados por las luces y el ambiente. En comparación y para mi gusto, era lo más descuidado.

Donie me preguntó qué quería tomar, se lo dije y me sustraje de cualquier conato de conversación. Él tampoco parecía muy dispuesto a intercambio alguno, así que tomamos nuestras copas en silencio. Yo miraba el reloj cada cinco minutos y resoplaba para seguir en mi papel. Por lo demás, estaba entusiasmada con el entorno. Me hubiese gustado apostar en alguna mesa, solo por probar suerte y poder contar que había jugado en el casino de Montecarlo. Se trataba de una experiencia única, que jamás se repetiría.

Cediendo al impulso, dejé a mi forzoso guardaespaldas plantado en la barra y puse unos billetes en la zona del rojo de la ruleta más cercana. De inmediato, un crupier sustituyó el dinero por fichas y la bola siguió dando vueltas.

Gané el doble de lo apostado, aunque eso no me importaba demasiado. Yo era de jugar sin arriesgar. En su momento, aposté todo a un número y había conseguido pleno. Esas cosas no ocurrían dos veces en una vida y no pensaba arriesgarme.

Hossen vino al rescate, cuando estaba tan harta del asesor que no hacía más que conminarle a tomar otra copa; a ver si lo emborrachaba y se caía redondo. Atento a cada uno de mis movimientos, su compañía resultaba un incordio y tenía toda la pinta de no soportar bien el alcohol… Y, si a eso vamos, tampoco soportaba hacer de niñera y disimular sus flatulencias.

Me habían preparado para subir paredes, para disparar multitud de armas, pero no para llevar tacones kilométricos ni oler los gases de alguien y fingir anosmia. Me pregunté si la causa del incómodo y oloroso ataque, serían los frutos secos que había devorado, sin tregua.

Mi compañero se unió a nosotros casi una hora más tarde. Su expresión no dejaba lugar a dudas sobre resultado.

—¿Qué pasa? —le pregunté, lejos de los oídos del asesor.

—Me ha escuchado y asegura haber comprendido el dilema que le he expuesto, pero yo creo que solo estaba buscando la forma de deshacerse de mí. Esperaba comprar armas, no escuchar historias sobre conspiraciones.

Jameson se unió a nosotros y pidió una copa al camarero con un simple gesto, señal de que era un habitual del casino.

—La tarde es joven, chicos. ¿Por qué no estáis probando vuestra suerte en las mesas? —exclamó—. Tiene aspecto de ser una mujer afortunada, señorita… —dijo, dirigiéndose a mí.

—Cass es suficiente, Lee.

Hossen me dio un codazo, pero yo tenía que decirle un par de cosas a aquel hombre sin el tacto de mi compañero.

—Llévate a Donie a probar suerte —le dije.

—Vaya, pareces una mujer peleona —sonrió Jameson cuando nos quedamos a solas en la barra.

—La gente como tú me importa una mierda. Hasta ayer no sabía tu nombre y mi vida no va a cambiar por conocerlo ahora, no te equivoques. Si leo en el periódico que te ha estallado una bomba en la cara, cuando termine de tomar el café, ya estarás en mi papelera de reciclaje mental —contesté—. Pero resulta que a nadie le importa tu forma de conseguir información del Pentágono, sino que te quieren muerto por otros negocios en los que andas metido, y nosotros estamos aquí para salvarte la vida. ¿Cuál es tu problema?

Leí en su expresión que no esperaba una exposición tan directa y me alegré del titubeo que pude percibir en él.

—¿Qué negocios?

Hossen debería haber sido más directo. Con gente como Jameson, los subterfugios no valían.

—Negocios que tienen que ver con cierto petróleo hallado en un país africano y su explotación. Ese es el motivo de que hayan enviado a alguien con un maletín explosivo, y no para salvaguardar la legitimidad de las licitaciones del Pentágono. Si mi compañero no te lo ha dicho, ha sido demasiado sutil. No espere sutilezas conmigo.

—No comento mis negocios…

—Ni falta que hace —le corté—. Seguramente no me gustaría escuchar los detalles o dejaría que esa bomba explotase. Pero resulta que tus competidores en ese negocio del crudo son gente con poder suficiente para joder la vida a gente inocente.

—¿Como tú? —Pretendió ironizar.

—Ahí te equivocas, yo soy la menos inocente y, si a eso vamos, a la que menos le importa todos esto. Me importa el compromiso que he asumido y eso incluye mantenerte a salvo, aunque no lo merezcas.

—Te has formado una opinión sobre mí sin conocerme.

—Para conocerte bastan unos minutos. Tu dinero no te convierte en una persona interesante, sino en un multimillonario que se cree intocable.

Sentí que Hossen me observaba desde una mesa de Black Jack e hice caso omiso a su advertencia en forma de mirada intensa. Jameson necesitaba que le hablasen claro o el viaje habría sido en vano y su silencio me indicó que, por fin, estaba pensando en la conveniencia de quitarse de en medio.

—Entonces, ¿qué me estás proponiendo? —preguntó, tras un breve periodo de meditación—. Tu compañero no ha sido demasiado claro y quiero saber qué me juego.

—Te juegas un negocio millonario —respondí—. Supongo que puedes prescindir de él, por lo que veo, pero como no pareces el tipo de persona que se retire sin pelear, tarde o temprano conseguirás que te maten. Si no es esta vez, será la siguiente. Pero ten por seguro que llegará tu momento.

—¿Y qué tendría que hacer?

—Desconozco los detalles, aunque imagino que se tratará de dejarte matar.

Su expresión de pasmo me arrancó una carcajada.

—No de verdad, por supuesto —aclaré—. Y para hacerlo bien, ni asesores ni abogados deberán saberlo. Tu familia, si es que la tienes, tampoco.

Hice un gesto a Hossen para que se acercase y le relevé, tomando su lugar al lado del asesor de Jameson.

—Dígame, ¿cómo se juega a esto? —le pregunté.

—Tendría que estar con el señor…

—Tranquilo, su cliente está en buenas manos, y es mayorcito para tomar decisiones por sí mismo. Cuando lo necesite, le llamará. Mientras, explíqueme este juego, si me hace el favor.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, salimos del casino.

El aparcacoches trajo el Mercedes y yo me adelanté a Hossen, sentándome detrás del volante.

—Me he ganado conducir un rato esta belleza —dije.

—Te lo has ganado de sobra. Por lo visto, se te da bien tratar con gente de pasta. ¿Deformación profesional?

—En delitos económicos me ha tocado lidiar con muchos más de los que quiero recordar y la mejor estrategia para captar su atención es ir al grano. Si les dejas marcar el ritmo, pierdes su interés y te echan encima a sus abogados. Y me costó mucho enterarme, la verdad. Los primeros años fueron espantosos.

Me di el gusto de recorrer el circuito del Gran premio de Mónaco de Fórmula 1, con un cochazo que costaba más que todo lo que ganaría en mi vida en el FBI. Antes de devolverlo, con el recuerdo de una paloma plasmado en la luna delantera, le pedí a Hossen que me hiciera una foto con él para inmortalizar el rato que había podido permitirme semejante extravagancia, reservada solo a personas privilegiadas.

Subimos al coche que nos había traído y miré por la ventanilla, suspirando.

—Cuando sea mayor, quiero vivir aquí —dije.

—Dudo que tu pensión por jubilación alcance para alquilar un apartamento.

—Pienso hacerme rica mucho antes.

Ambos reímos de buena gana. En nuestros respectivos trabajos, era tan probable hacernos ricos como esperar algún reconocimiento.

—¿Hay algo más que tenga que saber sobre la misión? —le pregunté, porque todo lo que le dije a Jameson había sido información de la que me enteré poco antes de llegar a Mónaco.

En principio, teníamos que llevarnos a Ballantine y a Jameson, una vez descubierta su identidad, pero todo eso había cambiado

mientras Brooks y yo estábamos en Marsella.

—Esta no es nuestra forma de actuar, no creas —dijo él—. Preparamos las misiones al detalle para tenerlo todo atado y bien atado, pero esta lleva torcida desde el principio, por las omisiones de Majors. Él y los Mathison pretenden usarnos para quitarse dos problemas de encima que les impiden avanzar en sus propios negocios. Ballantine sabe demasiado, ya que preparó las empresas fantasma con las que pretenden hacer fortuna en el país africano, cuyo subsuelo es una mina petrolífera. Jameson está en negociaciones sobre lo mismo y tiene más dinero que ellos para hacerse con el contrato.

—¿Y qué pinta la CIA en eso?

—Son ex agentes y su papel no está muy claro, excepto por Howard Lewis. Él parece jugar a dos bandas.

—O a tres, según pudimos ver en Marsella.

—Son mercenarios; no tienen que dar cuentas. Poseen mucha información y contactos de su paso por la CIA. Lo malo es que no sabes por donde saldrán —contestó.

—Por eso habéis decidido cambiar de planes.

—Por eso y porque no queremos que salten todos por los aires. Saber que el maletín de Ballantine contiene un explosivo ha dado una nueva dimensión al problema. Majors no es consciente de que lo sabemos, pero le viene de perlas que seamos nosotros los que presenciemos el encuentro. Quiere aniquilar nuestra unidad y este sería el golpe de gracia.

—¿Por qué esa animadversión contra vuestra unidad y no con cualquiera de las otras?

—Por… —negó con la cabeza—. No sé, por muchas cosas. Lavick no nos ha metido jamás en una misión de la que no pudiéramos salir. Y nos hemos metido en muchas complicadas, en las que hemos terminado con bajas. Pero si ha visto que nuestras posibilidades eran mínimas, ha rechazado la misión.

—¿Puede hacer eso? Se supone que son órdenes de un superior y hay que acatarlas, sean cuales sean.

—Cuando se crearon las unidades, dieron a los jefes de cada una la potestad de estudiar las misiones y decidir. Tienen autoridad

para dirigirse al secretario de Defensa directamente, si consideran que la misión es inviable y otra unidad la estudia, llegando a la misma conclusión.

—¿Ha llegado a las últimas consecuencias alguna vez?

—Que yo sepa, solo una —dijo mi compañero—. Y Majors recibió una amonestación.

—Y fue cosa de Lavick —adiviné.

Hossen asintió.

—Así que es un tira y afloja entre Majors y Lavick.

—No, es una cuestión de confianza. Majors jamás ha estado sobre el terreno y pretende movernos como si fuésemos piezas en un tablero de ajedrez. Pero resulta que somos personas, interactuando con otras personas, cuyo comportamiento puede ser impredecible. Ha enviado al matadero a la mitad de la unidad y a los demás se nos han hinchado los cojones.

Lo miré con cierta sorpresa.

Nunca le había escuchado palabras malsonantes, y entendí que se debía a la irritación. Si yo aún trataba de procesar la muerte de Goode, ellos, que habían sido compañeros durante años, tenían que estar destrozados.

Lavick nos dio la noticia de camino a Niza, porque no había querido descentrarnos de nuestro trabajo y Brooks soltó un juramento. No volvimos a hablar en todo el viaje y yo pensé que, por muy simple que me hubiera parecido esa misión, debía recordar que había muchos intereses en juego. Y la gente que tenía mucho que perder, también tenía un gran aliciente para ganar. A cualquier precio.

Solo hacía unas horas que Brooks y yo habíamos estado a tres metros de una bomba, y poco más tarde nos habían disparado. Por meter la nariz donde no nos llamaban, de acuerdo, pero esa gente no jugaba, y Goode era la prueba, aunque Majors los hubiese enviado, a él y a Meir, a una misión distinta.

De hecho, Meir no parecía el mismo cuando nos reunimos en Niza y no supe qué decirle, porque se puso a llorar cuando Brooks lo envolvió en un abrazo.

No quería imaginar el dolor que tenía que haberle causado la pérdida, si yo, que apenas conocí a Goode, el tío simpático que siempre tenía una broma preparada y una sonrisa en los labios, sentía un nudo en la garganta y escozor en los ojos desde que me enteré.

28. REGRESO AL HOGAR

Jane Jordan, antes Andersen, se vio forzada a visitar la sucursal del banco donde tenía una cuenta sustanciosa a su nombre. La semana anterior había tenido un accidente de tráfico, del que era culpable por ir despistada. El seguro solo le cubría el 20% de la reparación del otro vehículo, así que tenía que abonar dos mil dólares, aparte de la multa por exceso de velocidad, y sus ahorros ascendían a seiscientos, sin contar con que todavía tenía que pagar el alquiler del apartamento.

Decidió que era hora de arriesgarse. Lo único que podía pasar es que le dijesen que había sido una broma y que la cuenta estaba vacía.

Sus temores, sin embargo, eran infundados. Sacó tres mil dólares, sin tener que poner más que una firma en la solicitud de reintegro, y ahora no sabía qué pensar. La cuenta era real. El dinero que contenía era real. Pero ¿y si no era dinero limpio y tenía que devolverlo? ¿Cómo iba a hacerlo? Se prometió que nunca más recurriría a ella. Era una locura vivir por encima de sus posibilidades porque podía terminar en la cárcel.

—¿Señorita Andersen? ¿Jane Andersen?

El hombre que la abordó en la entrada del motel donde trabajaba, sobresaltándola, debía tener cerca de sesenta años o lo parecía, ya que su pelo y barba eran completamente canos, tenía profundas arrugas bordeando sus ojos cansados y se movía en silla de ruedas.

—Se equivoca, no me llamo así —aclaró ella.

Los ojos verdes del hombre se clavaron en los suyos, al tiempo que negaba con la cabeza.

—Lo sé, cambiaste tu apellido, pero no deberías haber abandonado uno tan honorable como el de tu padre.

Iba a replicar, cuando se fijó en que sus ojos y su tono de voz le sonaban familiares, aunque no terminaba de ubicarlo.

—¿Tienes tiempo de tomar café con un viejo conocido? —indagó él, esbozando una amable sonrisa.

—¿Qué es lo que quiere?

—Hablar nada más.

—¿De qué?

—De viejos tiempos, Jane. Tal vez no te acuerdes, pero yo era amigo de tu familia y hacías de canguro para mi hija, Blue. Todos os echamos de menos cuando os fuisteis de aquí.

—¿Cuándo nos fuimos? —espetó ella, agresiva—. Cuando nos echaron, quiere decir.

Keaton asintió con la cabeza y sus ojos se vidriaron.

—Cuando os echaron, sí —convino.

—¿Dónde estaban esos amigos entonces? ¿Sabe dónde fuimos a parar? ¿Sabe dónde murió mi madre?¿O eso no entra dentro de lo que un amigo de mi padre tendría que saber?

—Solo quería asegurarme de que estabas bien y contarte que lo que ocurrió con tu familia sacudió muchas conciencias.

—Vale. Tuvieron remordimientos, eso me anima mucho. Gracias por contármelo, me hace muy feliz.

Jane se dispuso a rodear la silla de ruedas para marcharse, cuando él la detuvo, cogiéndola del brazo con suavidad.

—Deja que te lo explique.

—Oiga, no le conozco y no voy a comprar lo que vende. Ahora, si no le importa, tengo que ir a trabajar.

—Llevas mucho dolor dentro, Jane.

Ella se detuvo, con los brazos en jarras.

—¿Y a usted qué le importa? No sé a qué viene esto. Mi padre murió y no creo que haya nada más que añadir. Parece un veterano y le doy las gracias por su servicio, pero me voy.

Pese a sus palabras, Jane se quedó.

—Quizá prefieras tomarte un día libre. Lo que quiero contarte no puede resumirse, y tengo para un buen rato…

—No puedo permitirme coger un día libre.

—Yo creo que sí. Todavía llega al banco el sueldo íntegro de tu padre, con las subidas pertinentes, y me consta que hoy ha sido la primera vez que has solicitado un reintegro.

Ella lo miró, suspicaz. ¿Cómo lo sabía?

—No se lo tengas en cuenta al banco. He hecho trampas para saber dónde localizarte, porque llevo mucho buscándote y no se me había ocurrido que podías haberte cambiado el nombre. Dedícame hoy tus horas de trabajo. Lo que tengo que contarte es largo.

Ella sopesó los pros y contras.

—De acuerdo, me cogeré por adelantado la media hora del almuerzo. Pero solo eso. No quiero que me despidan —se avino.

—Bien, vamos a un sitio donde no nos molesten.

La cafetería más cercana no era excesivamente ruidosa. A Keaton le bastaba para hablar.

—Tu padre no solo era personal de logística, Jane, formaba parte de una unidad especial, encargada de las misiones más arriesgadas. Era un soldado de élite y estaba conmigo cuando cayó. Entonces éramos jóvenes y pensábamos que el tiempo estaba de nuestra parte, pero el tiempo se agota para todos, y más en estos trabajos.

—¿Mi padre era un soldado de élite? —preguntó ella con desconfianza, sin tocar la taza de café que tenía delante.

—Lo era. Ojalá pudiera contarte todo lo que vivimos juntos, las misiones que llevamos a cabo y de las que salimos bien parados porque él estaba allí. Su muerte y lo que os ocurrió a tu madre y a ti fueron los precursores de algo que no se había hecho nunca y que no puedo explicarte con detalle. Pero la cuenta corriente que tienes a tu nombre es perfectamente legal y no debes temer usar sus fondos. Aunque el ejército os diese de lado, la unidad de tu padre no olvidó nunca lo que se le debía. Y se le debía seguridad para su familia.

Jane no pudo contestar, estaba saturada de sentimientos. Cada día recordaba a su padre, a su madre y la familia tan unida que componían antes de que la desgracia entrase en sus vidas.

—Desde lo de tu padre, cuidamos de los nuestros de forma personal, no dejamos a hijos y viudas a expensas de lo que la administración militar disponga. Sé que fue duro para vosotras, e intentamos seguiros la pista, pero el trabajo no lo ponía fácil y al final os perdimos.

—No era vuestra responsabilidad, sino la del ejército.

—El ejército carece de conciencia y no puede tratar cada caso de forma individual. Por eso juramos que a ninguno de los nuestros le iba a faltar nada, y así ha sido desde entonces. Llevo años intentando localizarte, pero solo pude encontrar a tu madre. Y, aunque fui a verla varias veces, nunca me reconoció ni pudo darme noticias tuyas

A la mente de la mujer volvieron ecos lejanos de meriendas en el parque, de barbacoas en un jardín, de juegos en la piscina con ese hombre y con su hija, muchos años atrás, en una vida anterior. En una en la que todo iba bien.

—Jane, eres de la familia y has vuelto a tu hogar. —El hombre tenía los ojos acuosos, la mirada fija en la suya.

Entonces, recordó a un Keaton más joven con nitidez. Se encontraban en la piscina de alguien, y él y su padre salpicaban a los niños, provocando risas y gritos. Y recordó a su madre, apartándose para que no le mojaran el pelo, gritando y también riendo. Era joven, guapa, feliz y despreocupada.

—Me acuerdo de usted —dijo ella—. Se marchó de la base con su familia mucho antes de…

Keaton tragó saliva, tratando de contener el torrente de sentimientos que le asaltaban, aunque se le saltaron las lágrimas cuando alargó la mano para coger la de ella. Igual que para Jane, los mejores años de su vida habían sido los previos a dejar la base. Ambos habían perdido a sus familias de forma trágica y no había cantidad que pudiera compensar el dolor.

Ella cogió su mano y sollozó sobre su hombro por lo que nunca recuperaría: sus padres y su vida.

—¿Y Blue? —preguntó, al cabo de un rato, limpiándose el rostro de lágrimas con una servilleta.

Observó su mueca de dolor y comprendió que su profunda aflicción no solo se debía al recuerdo de su padre y los buenos momentos compartidos. La vida también debía haberle golpeado duro y aguardó a que se recompusiera. Le dolía tanto recordar a su hija como a ella pensar en su padre y en su madre, y no quiso indagar más para no ahondar en su pena.

—Siento en el alma lo que os ocurrió, Jane. Nunca creímos los rumores que corrían sobre la desidia del ejército con el personal de las unidades especiales. Luego, os tocó a vosotros y las unidades se pusieron de acuerdo para que nunca volviera a ocurrir algo semejante. La idea tardó en materializarse porque dependíamos de medios económicos poco constantes y, cuando fue posible, tu madre ya estaba ingresada y tú desaparecida. Por circunstancias de la vida, ahora soy el responsable de manejar esos fondos, y he tardado en encontrarte, pero me alegro de haber perseverado.

29. NADIE QUEDA ATRÁS

Un mes antes

Sully trataba de centrar la vista en algún punto, intuyendo que le resultaría doloroso saber dónde se encontraba, pero sin importarle realmente porque le dolía todo el cuerpo y sentía que flotaba sobre el camastro en el que estaba acostado.

El interior de la choza, construida con adobe y techada con troncos y grandes hojas trenzadas, olía a humo y a mala ventilación. Olía a él, a sudor, a sangre y a tierra reseca.

Salía de su estado inconsciente cada cierto tiempo, para caer enseguida en otro sueño pesado, artificial. A veces, notaba restos de comida en su boca o el sabor picante de plantas y de algún compuesto químico en su garganta. Alguien intentaba bajarle la fiebre ,sin demasiado éxito.

Días después, o semanas, porque había perdido totalmente la noción del tiempo, despertó mientras una mujer joven retiraba una hoja mustia de su pecho, que le había servido de venda improvisada, para sustituirla por otra fresca, después de lavar la herida con agua amarronada.

—¿Dónde estoy? —logró articular Sully, con la garganta seca y los labios agrietados.

La mujer negó, limpiando los bordes tumefactos de la herida de bala con cuidado, ayudada por un trozo de tela.

Él rebuscó en su memoria, pero no hablaba ninguna de las lenguas africanas, así que preguntó en francés. Si no se equivocaba, se encontraba en una parte de África colonizada por los franceses en el siglo XIX y los escasos misioneros que continuaban su labor en la zona seguían comunicándose en esa lengua con la población.

Ella le entendió, pero abrió la boca para mostrarle su lengua cercenada y siguió limpiando sus heridas del pecho y de la pierna. La siguiente vez que despertó, la acompañaba una mujer enjuta, mucho mayor, con el rostro surcado de arrugas prematuras, y ojos escrutadores.

—Mi hija dice que hablas francés. Yo lo aprendí en la misión cuando era pequeña —dijo—. ¿Quién eres?

A Sullivan le costaba hablar. Le costaba incluso mantenerse despierto y ella asintió, comprendiendo.

—Te encontramos hace una semana, sangrando a un lado del camino que lleva al poblado —le explicó—. Pero no conseguimos bajarte la fiebre ni sacarte todos los trozos de bala que tienes dentro. Tendrás que ir a una ciudad o…

La mujer joven le pasaba el mismo trapo con que le limpiaba las heridas por la frente, perlada de sudor. El frescor del agua resultaba un alivio, aunque duraba apenas unos segundos y pensó, de forma fugaz, que ese trapo cargado de gérmenes terminaría de matarlo.

—Parece que los hombres que te buscaban, se han dado por vencidos y no hay peligro para que mi cuñado te lleve mañana en su camioneta. ¿Me has entendido?

Se le cerraban los ojos, así que ella le dio un cachete en la mejilla para despejarle. No sentía dolor, pero, de pronto, le asaltó el olor pútrido de sus heridas infectadas y un mal presentimiento se instaló en su confusa mente.

—Bebe agua —le dijo, acercándole un recipiente de plástico a la boca—. No se te ocurra morirte esta noche, ¿me oyes?

Él tenía demasiado por lo que vivir para rendirse ahora, por lo que tragó el agua con dificultad y se volvió a sumir en un estado de semiinconsciencia, decidido a aguantar lo que fuese por su hija Morgan y por Emma.

*****

La intervención de Bigelow en el asunto de la desaparición de Sullivan resultó de lo más inoportuna para Majors. Por una parte, lo

había puesto en evidencia, sugiriendo que no controlaba a sus hombres; por otra, lo obligaba a intervenir en su búsqueda o ganarse el desprecio del centro de control.

No obstante, enviar a alguien al continente africano suponía proveerlo de una cantidad de dinero importante. Y, en ese momento, no le convenía que se descubriese la desaparición de los fondos especiales con los que contaban las unidades para sacar adelante misiones delicadas.

Esos fondos, o la mayor parte de ellos, los había invertido, junto con todo su capital y el de su esposa, en la empresa petrolífera arruinada, a través de la que explotarían el subsuelo africano. Aun habiéndola adquirido de saldo, tuvo que desembolsar varios millones para igualar el depósito de su suegro y su cuñado. No podía conformarse con una participación menor, puesto que se había encargado de poner el asunto en marcha y silenciar a todos los que tenían conocimiento del hallazgo.

Howard Lewis, el hombre de la CIA, le vendió encantado la información por una participación. Pero parecía que no solo se la había vendido a él, sino que tentó al comprador de los «secretitos» de Ballantine. Lewis, cuyos contactos en Europa trascendían la legalidad, se buscaba la vida comerciando con información, por la que cobraba un buen pellizco. Disponía de su propia red de agentes expulsados, le sobraba confianza en sí mismo, y jugaba a tantos bandos que olvidaba lo que los mercenarios se jugaban: la vida.

Y eso era lo que quería cobrarse Majors de él.

La bomba que la DIA colocaría en el maletín de Ballantine, por órdenes directas de su cuñado, tenía como objetivo matarlo, junto con el comprador. Los Mathison no eran ajenos a lo que se jugaban en esa partida y tenían la misma falta de escrúpulos que él.

No obstante, enviar a Emma a por Sullivan requeriría de esos fondos de contingencia de la unidad y tuvo que echar mano de toda su creatividad para justificar el escaso capital con el que había dotado a la sargento.

Majors contaba con que en un par de meses, según le había prometido su suegro, obtendría un ascenso y podría dejar su puesto

actual para acceder a un despacho en la capital. Entonces, sería tan intocable como su familia política.

*****

Reunidos en su almacén de entrenamiento, Lavick contó a los demás lo que ocurría con Sully y las trabas económicas que estaba poniendo su teniente coronel.

—Echa mano de mis «fondos de jubilación», jefe —dijo Goode, sin tener que pensarlo.

—Y de los míos —añadió Meir.

Los demás se mostraron igual de colaboradores. Querían recuperar a Sully porque no abandonaban a los suyos y sabían que, de ocurrirle lo mismo con cualquiera de ellos, sus compañeros tomarían medidas similares.

Lavick era consciente de ello y, por eso, además de por sus habilidades sobre el terreno, estaban en su unidad: no eran de los que miraban hacia otro lado cuando las cosas se ponían feas. Todos hubieran ido a buscarlo y, de ser por él, haría días que se encontrarían en África. Pero no podía olvidar la cadena de mando, que pasaba por obedecer órdenes de su superior o someterse a un consejo de guerra por insubordinación. Y eso valía para todos.

Los fondos de jubilación habían surgido por la necesidad de afrontar un problema común en todos los mandos intermedios y bajos del ejército: una muerte prematura significaba un trauma familiar que trascendía el duelo. Honores, medallas póstumas y un funeral sentido, no era lo que las familias necesitaban para sobrevivir. Hacía falta dinero y, muchas veces, las pensiones no llegaban o llegaban tarde, si es que el soldado había estado tanto tiempo como para tener derecho a una.

La experiencia había enseñado a los hombres de las unidades la necesidad de pensar en el futuro. Tenían una profesión de mucho riesgo y, si les ocurría algo, sus familias no podían quedar desatendidas. Tras muchos años de malas experiencias, cuando alguno de los hombres había tenido que desaparecer con toda su familia, sin más respaldo que sus manos y las gracias de sus

superiores, o una baja en combate, que había dejado a la familia del caído en situación precaria, habían agudizado su ingenio.

Jamás se quedaban con nada legal, pero si podían sisar en tratos con traficantes de armas, de diamantes o narcotraficantes, buscaban la forma de hacerlo de manera discreta. Nunca quedaba constancia en grabaciones de video o audio.

El botín iba a parar a manos de un tesorero: un veterano incapacitado para actuar sobre el terreno, que se ocupaba del mantenimiento en óptimas condiciones de los materiales y armas de todos. Su puesto era honorífico, más que práctico, pero también un reconocimiento a sus años de servicio.

Anteriormente lo había ocupado Henry Williams, de las primeras unidades, sin familia y con un cáncer de pulmón que se lo llevó en pocos años. Su lugar lo cubrió Frank Keaton. Había estado pocos años en las unidades, debido a una herida grave, que lo volvió adicto a los calmantes. De ahí a empezar a drogarse hubo un paso, que no dio solo, puesto que su esposa se unió a la fiesta. Se marchó del ejército antes de que lo licenciaran con deshonor y a Lavick le costó mucho que Majors volviera a acogerlo en el servicio. Keaton era su amigo y la vida le había dado demasiado sufrimiento para que sus antiguos compañeros le volvieran la espalda.

Keaton se hizo cargo del mantenimiento desde su silla de ruedas. Y se encargó de lo más importante para las unidades: de administrar su dinero, engordarlo con inversiones inteligentes y de guardar el secreto.

Guardar silencio sobre esa práctica era la única forma de continuar velando por el futuro bienestar de todos porque, si un hombre sin cargas familiares era abatido, su fondo pasaba al nuevo miembro que lo sustituiría.

Era un seguro de vida que todos consideraban sagrado, y cada uno lo merecía de sobra. Su país no miraría por ellos, entre otras cosas porque no reconocía su existencia, por eso debían cubrirse las espaldas.

30. AMBICIÓN

Entre todos aquellos mequetrefes pretenciosos con los que había tejido su encaje de bolillos durante años, habían conseguido cargarse el negocio legal más brillante y lucrativo que se hubiera ideado.

Howard Lewis, que no había puesto un dólar, pero que se había molestado en mediar y allanar el camino, era rico. Por supuesto, había sido ese el fin, y no otro, el que perseguía al principio, cuando se dio cuenta de que el Pentágono era el mejor cliente. Más adelante, no obstante, le había cogido el gusto a usar a sus socios como peones y le enfurecía que sus rencillas personales, sus miedos y su poca determinación, hubieran terminado prendiendo fuego a la tela de araña, que había tejido con tanto mimo, soportando sus estupideces.

Majors, por ejemplo. Contaba con muchos hombres bajo su mando, pero se había cebado con una sola unidad, por animadversión personal hacia el jefe que la dirigía y que le recordaba continuamente su falta de liderazgo. Su carisma no compensaba sus carencias y carecía de experiencia para liderar a hombres sobre el terreno.

El coronel Majors era, sin duda, el eslabón más débil de la cadena y al que tenía que atar en corto, porque ya había hecho peligrar en numerosas ocasiones el negocio. No obstante, también había sido clave para acceder a los Mathison, por lo que cuando se le metía algo entre ceja y ceja, Lewis era el que terminaba encargándose, para mantenerlo limpio.

Los Mathison llevaban muchos años ganando dinero con las licitaciones del Pentágono, a través de empresas pantalla creadas

por Ballantine. A pequeña escala, porque tenían miedo de verse comprometidos, sin sospechar que era precisamente esa falta de ambición lo que estaba a punto de hundirlos.

Por entonces, Lewis trabajaba en la estación de la CIA de París, desde la que vigilaban a ciertos contrabandistas de Europa del Este, que movían armas por el continente, para abastecer a bandas de todo pelaje, e incluso a células terroristas, que esperaban su momento.

Ballantine era un personaje que aparecía un par de veces al año y se pegaba la gran vida, mientras dejaba caer aquí y allá unos billetes y unas palabras, susurradas en oídos indiscretos, ajeno a que sus movimientos eran tan poco sutiles como los de un elefante en una cristalería. En ese mundillo, cuanta menor importancia tenía el traficante, mayor el riesgo de filtraciones.

En ese momento, Howard Lewis se encontraba relegado a quehaceres de oficina, mientras su jefe de París hablaba con Langley sobre su futuro y el de varios compañeros. Gracias a la gran bocaza de uno de ellos, aficionado al alcohol y a alardear con las mujeres que se llevaba a la cama, estaban siendo investigados y no dudaba de que, en breve, todos ellos serían puestos de patitas en la calle. Como se aburría, decidió indagar un poco sobre Ballantine y le sorprendió lo que llegó a descubrir.

Ballantine, como muchas otras personas ajenas a su mundo, creía estar a salvo tras un pasaporte falsificado y un nombre nuevo. Y Lewis no le hubiese prestado más atención de no haberse entrevistado con alguien de su interés: Vartan Barsamian, un armenio instalado en Marsella, cuyo negocio era proveer de munición a una facción muy activa de Hamás en la franja de Gaza. Se trataba de un negocio pequeño en cifras, pero la familia Barsamian se encontraba en tratos para expandirlo a otras organizaciones militares de interés.

Tras una pasada rápida por el reconocimiento facial, Lewis tuvo en su ordenador toda la vida y milagros de Ballantine, aunque lo más interesante era, sin duda, que se trataba de un trabajador externo del Pentágono. Disponía de una asesoría propia, desde la

que solventaba asuntos de legalidad empresarial entre la administración y sus proveedores.

Cualquiera hubiera pensado que era uno más a la caza de una pequeña fortuna. Excepto por el ingreso, dos veces al año, coincidiendo con su aventura europea, de cantidades fraccionadas que sumaban un buen pico y que provenían de varias empresas que Ballantine mismo había creado para una sociedad ficticia, donde figuraban varios socios inexistentes, excepto uno: Martha Mathison, Majors de casada.

Ese fue el principio de su golpe de suerte, ocurrido diez meses antes de que la Agencia le enseñara la puerta, pidiéndole que cerrase al salir.

Durante ese tiempo, había acaparado información sobre Ballantine y sus relaciones, y se había acercado a la persona más vulnerable del trío que tenía en su punto de mira: Majors, teniente coronel, al mando de uno de los equipos de estudios logísticos más prestigiosos, al que había accedido sin preparación. Pero casarse con la hija del general James Mathison tenía sus recompensas. Varios ascensos inmerecidos en el escalafón y el traslado a la dirección del puesto fueron las suyas.

Tal como imaginó, Majors desconocía los trapicheos de su familia política con la información clasificada del Pentágono, que les reportaba cerca de medio millón anual. A modo de ver de Lewis, una bagatela.

31. SIN MIRAMIENTOS

A la caída de la tarde, todos estaban en el piso, delante del hotel de Niza en el que se alojaba Ballantine, que solo había pasado en su habitación diez minutos. Enseguida, siguiendo su costumbre, se desplazó a un casino cercano.

—Liv desconectará cualquier transmisión con el centro de control en tres horas. Tenemos ese tiempo para llevarnos a Ballantine —repitió Lavick—. Si vuelve antes, ella nos avisará y adelantará el apagón.

—Si se demora es cuando hay que empezar a correr —dijo Brooks—. Su afición por los casinos puede ser un contratiempo.

—No lo será —intervino Hossen—. La cita con el abogado contratado por Jameson es a las once de la noche.

—Bien. Está todo preparado, menos lo del barco. ¿Crees que podrás encargarte? —preguntó Lavick a Cass.

Ella asintió, remisa. Hacía unos minutos que le había hecho el encargo, aunque hubiera preferido acompañarles en el asalto, donde sería de utilidad, si aparecía el coche con los otros tres hombres que habían recogido a Ballantine en Marsella.

Lavick, después de una hora de conversación telefónica con Jameson, ya sabía que eso estaba descartado. Jameson pagaba al antiguo agente de la CIA, Howard Lewis, que se habría encargado de rebajar la protección: él pagaba la factura, así que él mandaba. Ballantine estaba suficientemente seguro con tres hombres cubriendo sus espaldas.

—Ve por delante —dijo Lavick a Cass—. Recuerda: necesitamos un barco sin patrón, para eso pagas más.

Ella asintió y se dispuso a salir. Tuvo que pasar al lado de Brooks, que le rozó el dorso de la mano con la suya, gesto que no pasó desapercibido al jefe de unidad. Lavick, no obstante, se desentendió porque necesitaba centrarse. Había prometido a McPherson, su amigo del FBI, que intentaría mantenerla lejos del peligro y pensaba cumplirlo. Cassandra Martin tenía que salir indemne o su padre lo mataría a él.

*****

—Os tengo monitorizados —dijo Liv, conectando con la unidad de Lavick desde el local de la ciudad cercana a la base, habilitado a toda prisa para la emergencia—. Hago apagón en cinco minutos con el centro.

Nando Ochoa, el operador con el que tenía mayor confianza, levantó el pulgar para indicarle que estaba listo para dirigir al equipo. Ambos se jugaban sus carreras, pero estaban dispuestos a arriesgarse. Había que detener a Majors. Nando ya había tenido algunas disputas con él por discrepancias sobre la dirección de los hombres desplegados.

Liv llevaban guiando a las unidades desde su creación, conocía a los hombres y sus debilidades, así como sus fortalezas. Tenían plena confianza los unos en los otros y eso no podía suplirse con galones en las hombreras; se conseguía a base de horas de conversación, y de una intimidad que solo se daba cuando las cosas se ponían feas. Había descubierto a Nando, que trabajaba manejando drones en una base del oeste, donde los mandos estaban desperdiciando su potencial. Lo reclamó para el equipo de estudios logísticos y ya llevaba cinco años con ellos. A pesar de su juventud, era su mano derecha.

Durante toda la jornada, y en secreto, Liv se había puesto en contacto con los jefes de unidad desplegados para que cesaran en sus actividades, si podía ser, durante un periodo de tiempo establecido. Solo una de ellas necesitaba guía sobre el terreno y Nando estaría para socorrerles.

Ella se dedicaría a dirigir la de Lavick.

Sin disponer de todo el material del centro de operaciones, tendrían que echar mano a otros recursos para no fallarles, aunque ambos estaban preparados.

—Ballantine acaba de salir del casino. Le acompañan tres hombres en el coche —dijo Liv—. Los otros tres han salido hace un rato en dirección a Marsella y, según veo, están a punto de llegar. Por ese lado, no hay problema.

—¿Tiempo estimado de llegada? —preguntó Lavick.

—Quince minutos. Menos, si el tráfico acompaña.

—Estamos preparados. ¿Estamos, no, Brooks?

—Bajo en medio minuto.

Brooks se había quedado en el piso para borrar cualquier rastro de su paso.

—¿Hossen?

—Al principio de la calle.

—¿Meir?

—Por detrás, para cerrarles el paso.

—¿Martin?

Ella tardó un poco en responder.

—Perdón, estoy comprando víveres y os recibo entrecortados. Todo listo para vuestra llegada —dijo.

—Controlados —informó Liv—. Cuatro minutos.

—¿Brooks? —preguntó Lavick.

—Estoy a tu lado ya —dijo el aludido, subiendo a la furgoneta sin distintivos que ocupaba su amigo.

—De acuerdo. Pasamontañas y pulso firme, muchachos. Preferiblemente, sin ruido, ni heridos ni muertos, ¿vale?

—Por lo menos, de nuestro lado —añadió Hossen.

Nadie dijo nada porque eso se daba por supuesto.

—Ahí están —dijo Liv.

El coche enfiló la calle peatonal, reduciendo la velocidad al ver a un furgón aparcado. El conductor aminoró la velocidad y accionó los retrovisores para recogerlos y que no chocasen contra la pared o el vehículo estacionado, debido a lo angosto del espacio.

—¡Vamos! —ordenó Lavick.

La furgoneta, conducida por él, se puso en marcha, pegándose al costado del conductor, impidiendo su salida por las portezuelas del lado izquierdo y aprisionando el vehículo contra la pared, de la que no podría moverse. Hossen se acercó, dando marcha atrás al coche que conducía y se detuvo a unos metros, mientras Meir hacía lo propio por detrás.

Acorralaron el vehículo y salieron, apuntando a las ventanillas del coche aprisionado.

Antes de que los hombres del interior pudieran reaccionar, Brooks disparó a un ángulo de la luneta delantera para romper el cristal y Meir hizo lo propio con la trasera.

Lavick, que había salido por la parte trasera de la furgoneta, gritó hacia los del interior del vehículo:

—Solo lo queremos a él. No hace falta matar a nadie.

Tampoco era necesario explicar a quién querían. Ballantine tenía las manos en alto y resollaba.

—Si veo un arma, dispararé —dijo Brooks al copiloto, Howard Lewis, que parecía dispuesto a resistirse—. ¿Te apetece ponerme a prueba?

—¡No puedo salir! —gritó Ballantine.

—Por aquí —dijo Lavick, alargándole la mano por la luneta trasera rota.

Ballantine la cogió y se arrastró fuera del coche. Temblaba de miedo y Lavick tuvo que ayudarle a ponerse de pie.

—Sube a la parte trasera —le dijo, señalando el coche de Meir, casi pegado al atrapado.

El hombre, con las piernas tambaleantes, se dirigió al vehículo indicado y se dejó caer dentro.

—Fuego disuasorio —exclamó Lavick.

Brooks y Hossen dispararon alto para no herir a ningún ocupante del vehículo atrapado y dar tiempo a Lavick y Meir para marcharse. Cuando vieron que habían salido de la calle, se lanzaron al suyo y salieron a toda velocidad.

—Están atrapados, no os pueden seguir —dijo Liv—. Va todo de maravilla.

—Somos unos fenómenos —contestó Brooks.

—Venga, centraros. Hay que dar un par de vueltas antes de dirigirnos al puerto —intervino Lavick.

Las cosas no estarían en orden hasta que todos se encontraran a salvo, y eso tardaría todavía un poco. Era necesario dar alguna vuelta y hasta cambiar de vehículo, antes de dirigirse al puerto, por si acaso disponían de algún dispositivo de rastreo.

—El maletín está libre de localizadores —dijo Liv.

—Tomaremos medidas, por si acaso. En dos horas en el puerto. Llevad cuidado.

Lavick no necesitaba decir más. Tenían a Ballantine y todo iba según había previsto.

—Liv, pon este canal en espera y echa un vistazo a las otras unidades.

—Están cubiertas, tranquilo. Os tengo en modo fantasma cuatro horas más. Nadie os sigue ni hay peligro inminente. Aguardaré hasta que lleguéis al barco de Jameson.

—Eso será mañana.

—Busca alguna excusa. Os puedo dirigir desde aquí porque tengo tres días libres, pero Majors querrá saber qué pasa con vuestro apagón de comunicaciones.

—Yo me ocupo. Gracias, Liv.

*****

La agente del FBI, que había escuchado todo por medio del comunicador, se encontraba en la cubierta del barco de recreo alquilado, inquieta, esperando y temiendo que algún contratiempo los retrasara. Ahora se hacía una idea de lo que sentía la jefa del centro operaciones tácticas, sin poder tomar parte en lo que ocurría al otro lado de sus monitores.

El patrón del barco no le había pedido documento alguno para comprobar que estaba cualificada para pilotarlo. El dinero tenía más poder de convicción que cualquier certificado, y acababa de proporcionarle una pequeña fortuna por una semana de alquiler, con la única condición de que fuera discreto.

—Si me entero de que ha hablado de esto con alguien, volveré a por mi dinero —le dijo, y añadió, ante su expresión de incredulidad —. Dispongo de medios para enterarme y los usaré, así que considere este su día de suerte y váyase a su casa.

El hombre, un corso que chapurreaba una docena de idiomas, era espabilado. Acababa de embolsarse el alquiler de un año y no sería él quién pusiera pegas. Bastante tenía con lidiar con turistas roñosos, que solo pretendían hacerse fotos desde su barco con el fondo de la Costa Azul.

Después de explicarle dónde podría conseguir víveres para un par de días, se marchó con un petate al hombro, sin volver la vista atrás.

Cass estaba en el supermercado mientras los demás llevaban a cabo el secuestro de Ballantine y volvió a sentirse infravalorada por Lavick. No sabía cómo calcular lo que comerían en un par de días, ni tenía idea de sus gustos. Esa tarea la estresaba más que cualquier cara a cara con los guardaespaldas de Ballantine. Además, no tenía idea de barcos ni de qué se podía cocinar en ellos. Adquirió muchos litros de agua, carne para hacer a la plancha, verduras y fruta. Si faltaba algo, pues improvisarían, a ella nadie le había dado un menú.

Meir, Lavick y Ballantine fueron los primeros en aparecer. El último correteaba detrás del jefe de unidad, cargado con su maletín y sudando profusamente. Aunque avisado de que algo así podía ocurrir, jamás se había encontrado en una situación en la que peligrase su vida. Ahora llevaba la muerte pegada a su muñeca sin siquiera saberlo y, si no conseguían despegar el maletín de él, terminaría como comida para los peces.

Cass les hizo señas para que subiesen a bordo. Liv se había encargado de inutilizar a distancia las cámaras del puerto antes de llegar ella, para encubrir a la unidad y su invitado. Cuantas menos pistas dejasen, mejor, ya que Howard Lewis podía seguir teniendo contactos en la CIA. Además, el siguiente paso era más delicado.

—Hossen, Brooks, ¿vais bien? —preguntó Lavick.

—Acabamos de adquirir nuevo coche y estamos de paseo, jefe —contestó Brooks—. Diez minutos.

—De acuerdo. No os demoréis, la pesca nos espera. Cass, entra, no conviene llamar la atención.

32. AL MARGEN

Cass

No pretendía llamar la atención, solo comprobar que los que faltaban se encontraban a salvo. Brooks, en especial.

Mi mente me la estaba jugando, porque yo no era enamoradiza ni caprichosa. Por el contrario, pensaba mucho todo lo que hacía porque tenía que pensarlo. Y, aunque no podía permitirme una auténtica relación de pareja, a veces imaginaba lo fantástico que sería sentirse como Josh y Charlie[6] que, al cabo de lo años seguían estando enamorados y tenían una complicidad envidiable.

Mi viaje a Nueva York me había marcado más de lo que creía y no de la forma negativa que esperaba. Reencontrarme con mi pasado resultó una experiencia menos traumático de lo que había temido. Además, conocí a personas entrañables, con las que resultaba imposible no encariñarse. Uno de ellos no sobrevivió y me dolía cada vez que pensaba en él, porque era un hombre con una fuerza interior impresionante, unas relaciones sólidas y criterio suficiente para separar los asuntos relevantes de los superfluos en una investigación. Y también en la vida. Me dolió mucho su rendición porque no lo esperaba de él, pero entendía que se hubiera ido cuando estuvo listo, en lugar de dejarse doblegar por la enfermedad.

Brooks llamó a la puerta, sin necesidad, con una gran sonrisa. Hossen entró después, negando con la cabeza.

—No vuelvo a irme con este, jefe —dijo—. Está loco.

—Gracias, hombre —contestó Brooks—. ¿Y lo que te has divertido robando un coche eléctrico?

—Claro, después de esquivar dos millones de contraseñas y pitidos de alarmas para despertar a un muerto…

—Sin equipo ¿qué esperabas?

—¿Discreción?

—La discreción está sobrevalorada. La gendarmería de turno se dedicará a buscar a ladrones de coches, no a turistas.

—Estás loco, Brooks —insistió Hossen.

—Tómate un zumo, tienes bajo el azúcar.

La disputa era seguida con diversión por todos, sabiendo que hablaban en broma. Se notaba que apreciaban a Brooks.

—Venga, poneos manos a la obra con eso, hay prisa. —Lavick señaló el maletín de Ballantine—. Hossen, ayúdame a largar cabos. Cass, sube conmigo al puente, te pondré en antecedentes de lo que vamos a hacer.

Mi única noción de náutica era la certeza de que los barcos flotaban, por lo que me quedé a un lado para no molestar, mientras el jefe de unidad ponía los motores en marcha y salíamos del puerto.

—¿Necesitas algo más, jefe? —preguntó Hossen desde la cubierta inferior.

—Sube a tomarme el relevo en una hora.

—Una hora —confirmó el aludido.

Mientras escuchaba los planes de Lavick, tenía la impresión de que quería decirme algo más y no sabía cómo abordarlo.

—¿Y mi cometido? —le pregunté.

—Te quedarás aquí y, cuando toquemos tierra, cogerás el primer vuelo de vuelta a casa.

—¿Por qué? ¿He hecho algo…?

—No. Te has desenvuelto muy bien con Lee Jameson. Hubiese llevado tiempo convencerlo y nos lo ahorraste.

—¿Pero…?

—No hay peros.

—Entonces, quiero quedarme con vosotros hasta el final. Creo que me lo he ganado.

Era muy osado por mi parte. Me había comprometido a acatar las órdenes del jefe de unidad, como todos, y me estaba rebelando, pero es que no quería irme así, sin saber qué ocurría al final, aunque no fuese de mi incumbencia. Me parecía un timo, como leer una novela interesante sin final.

Me echó un vistazo y dijo:

—Veremos.

Veremos no era una negativa.

—Has hecho un buen trabajo, excepto por esa escapada nocturna al almacén de armas.

—Que sirvió para descubrir que el ex agente de la CIA juega a dos bandas —dije.

Me pareció percibir un asomo de sonrisa en la comisura de sus labios.

—Corriste un riesgo innecesario. Mack y tú podíais haber salido mal parados, además de que hubieseis puesto en peligro toda la operación.

Tenía razón. Ambos la teníamos.

—Lo siento. No volverá a pasar.

Su vistazo rápido me indicó que no se lo creía. De hecho, no me lo creía ni yo. Lo volvería a hacer.

—Intentaremos evitarlo.

—Entonces, ¿me quedo?

—Veremos —repitió.

Bajé a la cubierta inferior, sintiendo que Lavick no me había dicho todo lo que quería, aunque tampoco pensaba insistir.

Brooks y Meir se encontraban inclinados sobre la mesa en la que reposaba el maletín. Ballantine estaba sentado en una silla, con el rostro demudado y sudando profusamente. Me acerqué a Hossen, que observaba la operación desde el ventanal que separaba el salón de la cubierta.

—¿Qué hacen? —pregunté.

—Dilucidar cómo quitarle el maletín sin que saltemos todos por los aires en el intento.

—¿Y podrán?

—Más vale o nos iremos al fondo.

—Valoro mucho tus ánimos, Hossen —dijo Brooks, sin girarse para mirarnos, aunque sabía, por su tono, que sonreía.

—Tú céntrate. Mi mujer me matará si sobrevivo a esto y me pierdo de nuevo su cumpleaños.

Meir sonrió por primera vez desde que se había unido a nosotros. No hacía falta ser psicólogo para ver que la muerte de Goode lo había sumido en la tristeza. Durante el tiempo que compartimos en la base, los dos amigos habían estado siempre dispuestos a hacer una broma de cada situación y esa nueva faceta suya me apenaba.

—Si movemos esta pieza, podremos acceder al interior —comentó Meir, señalando a su compañero algo que quedaba fuera de nuestra vista.

—Si movemos esa pieza, tenemos asegurados los fuegos artificiales —respondió Brooks—. Hossen, dile a Lavick que tiene que llamar a tierra para hacer otro encargo, por favor.

—¿Qué necesitas? —preguntó él.

—Un escáner manual. No sé cómo han metido esto aquí y, para abrirlo sin detonarlo, es mejor ir sobre seguro.

—¿Es fácil conseguir eso?

—En una tienda de seguridad en la que vendan alarmas y que suministre escáneres y arcos para aeropuertos. El personal de seguridad suele pasar un escáner manual por los aparatos antes de los vuelos, para detectar cualquier elemento oculto en el fuselaje o en los asientos.

Hossen subió las escaleras hacia el puente con agilidad y poco después descendió Lavick.

—Nos quedaremos anclados en el límite de las doce millas —dijo, y alargó su teléfono a Brooks—. Habla con el hombre que nos acercará lo necesario y explícale qué necesitas. Dile que se apure, el tiempo apremia.

Mack Brooks salió para hablar en cubierta.

—Ve a dormir un par de horas, tienes cara de cansancio —me dijo Lavick—. Te despertaré para que subas de guardia.

En realidad, me lo ordenó, porque vi en su expresión que no aceptaría réplica, así que entré en el camarote, provisto de dos literas y me tumbé. Estuve dando vueltas hasta que el resplandor que entraba por el portillo me indicó que amanecía y me levanté, harta de intentar relajarme.

—No puedo dormir, prefiero salir a tomar el aire —le dije a Lavick, que se encontraba al lado de Ballantine.

—¿Sabes pescar? —me preguntó el jefe de unidad.

—Aprendo rápido.

—Pues sube con Hossen, esta es una embarcación de recreo y conviene fingir que estamos pescando.

Se sentó frente a Ballantine, que no se había movido ni un centímetro y tenía la camisa empapada en sudor.

—Has estado varios días llevando ese maletín de un sitio a otro, aunque te relajes ahora, no va a explotar —le dijo.

—Me relajaré cuando me lo quitéis. No sabía que el hijo de puta de Mathison me había puesto una bomba.

Dejé de escucharlos porque en cuanto subí al puente, Hossen me indicó cómo ayudarle a fondear la embarcación. En realidad, no le hacía falta ayuda, pero entendió que me sentía un poco inútil. Era la única que no tenía nada que hacer.

Cuando terminamos, abrió un cofre metálico, aquejado del mal del salitre, y sacó varias cañas de pescar telescópicas.

—¿Crees que seremos capaces de pescar la comida? —le pregunté, divertida.

—Olvídate. Carecemos de cebo, además de que yo tampoco sé pescar. Solo tenemos que tumbarnos en las hamacas y tomar el sol o dormir. Basta con que desde otros barcos piensen que estamos de relax, que es para lo que sirven estas excursiones: fotos, cerveza fría y baño. Las cañas sobresaliendo de la borda en sus soportes son simples adornos.

El sol, que acababa de sobrepasar la línea del horizonte, aun no quemaba, pero como solía poner en evidencia mis pecas, teníamos una relación regular, por lo que trasladé mi hamaca a la sombra que proyectaba el puente de mando y, aunque el movimiento de las olas me dejaban expuesta a ratos, logré echarme una buena siesta, de la que me despertó el sonido de una lancha, acercándose con los motores revolucionados.

Después de pasar la noche del almacén en blanco y la anterior casi casi, estaba algo atontada. Abrí un ojo. Hossen se había

levantado y estaba descendiendo a la cubierta inferior. Me levanté, desperezándome, y me asomé.

El hombre que conducía la lancha detuvo motores, dejándola acercarse por la inercia, y sacó las defensas hasta que nuestro barco y su embarcación chocaron con suavidad y lanzó un cabo a Meir, que lo cogió y amarró a un bolardo. Se notaba que el recién llegado tenía práctica, igual que mis compañeros.

Para mí, todo aquello era nuevo.

Sin moverse de su barco, el hombre fue pasándole paquetes voluminosos a Meir que, a su vez, se los pasaba a Brooks y Hossen los depositaba a un lado de nuestra cubierta.

De no ser porque estábamos en pleno verano, hubiese dicho que acababa de llegar Papá Noel.

No hubo intercambio de palabra alguna. Cuando el hombre terminó, Brooks soltó el amarre y la lancha se alejó tan rápido como había llegado.

En el intervalo, todos parecían haber dormido alguna hora, aprovechando las literas de los dos únicos camarotes, aunque ella y Ballantine parecían los menos despejados.

Hossen estaba abriendo los paquetes y le entregó uno a Brooks, alargando los brazos para mantenerlo alejado.

—Toma, esto es tuyo —le dijo—. Espero que no emita radiaciones, por si acaso me apetece tener algún hijo más.

—Eres un jodido alarmista, Hossen. Esto puede dejarte impotente, pero no estéril.

Lavick, sin intentar ocultar la sonrisa, se acercó a Brooks.

—Venga, Meir y tú poneos con eso. Si no lo solucionáis, vamos a tener que hacer planes alternativos y estoy cansado.

—Estás mayor, jefe —apostilló Hossen.

El jefe de unidad lo señaló con el dedo índice, antes de recogerlo y sacarle el dedo medio.

—Mira la impresión que me merece tu opinión —dijo, haciéndonos reír a todos.

Había confianza entre ellos y, seguramente, muchas horas de momentos tensos compartidas.

—Anda, vete a dormir un rato, y tú también, Cass. Yo me quedaré arriba, que tengo que hablar con Liv.

Ballantine no se había movido de su sitio. Si no fuese por el sudor, diría que estaba petrificado. Y no lo estaba, pero sí que se sentía aterrado de saber que llevaba una potente bomba en ese maletín con el que había cargado por toda la costa francesa.

Hossen se metió en uno de los camarotes y le seguí. Me vendría bien alguna hora más de sueño. Él escogió una de las literas altas y yo me quedé en una de abajo.

Y esa vez, aun con toda la luz que entraba por el portillo, me dormí profundamente.

*****

Desperté sobresaltada. Brooks se encontraba a mi lado, arrodillado en el suelo, rozando mi mejilla con la punta de sus dedos y, cerca de mi oído, susurró:

—Despéjate, vamos a comer y nos pondremos en marcha.

—¿El maletín?

—Abierto. Te dije que soy bueno en lo mío y no dejo que nada me explote entre las manos.

Se marchó, después de rozar mis labios con un dedo.

Olía a comida, aunque no tenía demasiado apetito. Me apeteció más darme un baño al ver salir del agua a Meir.

Ballantine, una vez pasado el susto, dormía a pierna suelta en el otro camarote. Sus ronquidos se podían oír desde el puente de mando.

—¿Está buena el agua? —le pregunté a Meir.

Él me lanzó unas gafas y un tubo de *snorkel*.

—Aprovecha —me dijo—. Delante hay una formación rocosa con mucha vida marina, pero llévate esto también.

Me entregó un arpón pequeño para ajustar al muslo.

—¿Por si acaso me ataca algo?

—Por si acaso encuentras algo de cena —sonrió.

Ante la falta de bañador, me lancé al agua de cabeza en ropa interior y la única camiseta que había entre mi equipaje. No pensaba

usar el arpón, pero sí despejarme y relajar la tensión de los últimos días, dejándome mecer por el agua en calma de un azul profundo y atrayente.

Me sobresalté al ver aparecer a Mack por debajo de mí, buceando a pulmón, sonriéndome y saludando con las dos manos. Me dio un ataque de risa y la máscara se me despegó, dejando pasar el agua, que se me metió en la nariz. Salí a la superficie para quitarme el tubo y reírme, y el emergió a mi lado.

—Me cuesta horrores mantenerme lejos de ti —dijo, en voz baja, cogiéndome la mano por debajo del agua.

—Salid a comer. Nos vamos en media hora —gritó Lavick desde el barco para llamar nuestra atención.

Mack Brooks me guiñó el ojo y se alejó, nadando con agilidad hacia el barco. Yo me demoré un poco.

—¿Y la cena? —me preguntó Meir, tendiéndome la mano para ayudarme a subir a cubierta.

—Crecí con las pelis de Disney, ¿qué esperabas? No puedo matar conejitos, ciervos, ni peces de colores.

—¡Espero que cuando llegue el fin del mundo no me toques de compañera, porque no sobreviviríamos! —intervino Hossen, sonriente.

—Siempre nos podemos dar al canibalismo.

Hossen y Meir rieron y yo me sentí a gusto, excepto por las miradas de soslayo que me lanzaba Lavick, cada vez más a menudo, y que me ponían nerviosa.

—¿Despertamos a Ballantine? —preguntó Brooks.

—Deja que duerma, ya comerá luego. Ahora conviene centrarnos en los próximos pasos. Conectar los auriculares, Liv nos contará las novedades y así me ahorro tener que repetirlas.

—Hola, chicos. Todavía puedo teneros en desconexión con la base durante un par de horas más, pero no puedo alargarlo, hay dos unidades desplegadas que necesitan asistencia.

—Majors estará contento… —comentó Hossen.

—No lo sé. Me ha llamado muchas veces, pero se supone que estoy de vacaciones y no he contestado. Y Nando, lo mismo, aunque con él ha sido menos insistente.

—¿Estáis fuera de la base? —preguntó Meir.

—En un piso alquilado de la población más cercana. Cuando terminéis ahí, devolveré el control al centro y estaréis solos. La única forma en la que podremos comunicarnos será mediante el móvil y con mucho cuidado. Majors no se fía de mí y me matará si se entera de que se la he vuelto a jugar.

Por alguna razón, no parecía bromear. Y no solo lo pensaba yo, por el intercambio de miradas que vi entre ellos.

—¡Venga, al lío! —exclamó la jefa del control de operaciones—. Acabo de hablar con Jameson. Ha salido del puerto hace quince minutos y fondeará en las coordenadas que le he proporcionado. Luego, pretextando una cita privada, enviará a la tripulación a tierra. ¿Cuánto tardaréis en llegar?

Lavick hizo un gesto a Meir para que recogiera el ancla, subió al puente de mando y puso los motores en marcha.

—Media hora para estar fuera de la vista de cualquier curioso —dijo—. Falta hora y media para atardecer, tiempo más que suficiente para fondear en la nueva ubicación.

—Nando está desviando el tráfico marítimo de la zona para prevenir accidentes.

—Teníamos previsto descender a dos o tres metros, a lo sumo —intervino Hossen.

—Estaré pendiente de Jameson. Cuando me diga que está solo en el yate, os daré la señal para salir —dijo Liv—. No os demoréis, por favor.

—Hossen, ¿los propulsores están cargados?

—A tope de batería, y los respiradores individuales también. Todo listo.

—¿Propulsores? —pregunté—. ¿Eso es lo que han traído?

Hossen señaló los aparatos, colocados en un rincón del salón, que debían haberse cargado mientras yo dormía.

—¡Nunca he usado uno! —dije, entusiasmada.

—Pues hoy no va a ser el día que pruebes la propulsión submarina —contestó Lavick, para mi disgusto.

33. UNA DE CAL Y OTRA DE ARENA

—Mira, Hossen, sé que Cass os cae bien. A mí también me gusta, pero estamos trabajando y, si entra en pánico, puede poner en peligro toda la operación.

Hablaban en voz baja en el puente de mando.

—Estaré atento e iré detrás de ella.

—Nuestro cometido es traer a Jameson a este barco sano y salvo. Estar atento a dos novatos puede ser un problema…

—La has atado muy en corto todo el viaje, dale un respiro. Según Mack, se manejó de maravilla en Marsella.

—Prometí cuidarla y alejarla del peligro —dijo Lavick.

—No voy a preguntarte a quién se lo prometiste y, en todo caso, es un poco tarde. Todos tenemos ojos y somos más espabilados de lo que parecemos.

—Estoy en ello. Un desengaño se pasa, pero si hay un contratiempo ahí abajo, habría que emerger y alguien podría verla.

—Tú mismo, jefe. No voy a insistir porque terminaríamos discutiendo. Aunque, si la aceptaste, después de que habíamos rehecho los planes para trabajar solos, era porque tenías algún tipo de interés y en algún momento me lo contarás.

Lavick frunció el ceño.

—Sabes que lo harás —dijo Hossen, riendo—. Anda, baja un rato, piensas demasiado cuando estás solo.

El jefe de unidad observó a Cass, ayudando a Brooks a guardar en una bolsa estanca el maletín con los explosivos. Se había asegurado de mantener separados los compuesto para que no

estallase por accidente. Meir comprobaba los tubos respiradores de repuesto, que les darían autonomía de diez minutos cada uno, y los metía en otra bolsa de malla.

—Guarda otro más —le dijo—. Cass irá también.

El rostro de la agente se transformó.

—Ni se te ocurra agradecérmelo. Es probable que te ahogues —añadió, dirigiéndose a ella—. Brooks, termina de preparar eso, Meir, enséñale a usar la máscara de buceo para que no se le suelte el respirador por accidente.

—He buceado antes —dijo ella.

—No así. Los propulsores os llevarán bajo el agua a seis kilómetros por hora. Parece poco, pero tendrás que estar atenta a que la presión y la velocidad no te despeguen la máscara o te puedes ver en apuros.

—Seguiré las instrucciones que me de Meir al pie de la letra —prometió Cass.

—Pues venga. Estamos llegando al punto y en diez minutos deberíais estar en el agua.

—¡Eres todo un tipo duro, jefe! —gritó Hossen desde arriba, haciendo reír a todos.

—No hagas que me arrepienta —le dijo Lavick a Cass.

Ella asintió.

*****

Cass disfrutó de la inmersión.

Resultó mucho más fácil de lo que le había hecho pensar Lavick y le maravillaba la precisión con la que habían calculado el tiempo. Ocho minutos exactos desde su barco hasta el yate de Jameson fondeado, con el paisaje monegasco de telón de fondo. Su respirador portátil se agotó justo cuando emergían.

—¡A tiempo! —dijo, quitándose la mascarilla.

—Respiras como una locomotora —rio Hossen—. El oxígeno debería haberte durado diez minutos.

—Por eso Lavick nos ha acercado un poco más —dijo Brooks—. El jefe, como siempre, haciendo de papá.

Jameson se asomó por la borda y lanzó al agua una escalerilla de cuerda, por la que Brooks comenzó a ascender. Cuando me disponía a seguirle, Hossen me detuvo.

—Nosotros nos quedamos, tenemos que ayudar a Jameson mientras Brooks pone el explosivo. Cámbiate el respirador para la vuelta y no te despistes, esta vez estará bastante oscuro.

Era cierto. De la luz del atardecer quedaban solo restos y, en unos minutos, se quedarían a oscuras. Jameson descendió por la escalerilla y se puso con dificultad la mascarilla. Hossen le entregó el propulsor de repuesto que había cargado hasta allí, le enseñó a usarlo, así como la mascarilla, y le indicó que esperase la vuelta de su compañero.

Brooks solo tardó unos minutos más y cuando se metió en el agua, cogió un respirador nuevo de la bolsa de malla, se ajustó la mascarilla y alzó el pulgar. Jameson y él irían primero; Hossen y ella les seguirían a unos metros, sin perder de vista la baliza encendida por Meir bajo el barco, que les guiaría en medio de las aguas oscuras del Mediterráneo.

Si Cass, según Hossen, respiraba como una locomotora, Jameson le ganaba, de forma que a cuarenta metros del barco, tuvieron que emerger, porque había agotado el oxígeno. Por suerte, la oscuridad acompañaba y Lavick estaba atento. Ordenó arrancar motores y aproximarse a ellos.

—¡Vámonos, Meir! —exclamó, cuando estuvieron todos a bordo —. ¡Un minuto, Brooks!

Los motores rugieron para llevarlos mar adentro a la máxima velocidad. Brooks manipuló un aparato que acababa de recoger de la mesa, levantó la tapa, observó la distancia a la que se encontraban y pulsó un botón. La explosión del yate de Jameson bañó la oscuridad de dorados y rojos por un segundo.

—¡Bingo! —exclamó Hossen.

Jameson se giró. Parecía agotado por la inmersión nocturna, pero sonreía.

—El seguro me va a conseguir un barco mayor y nuevo. Salve Lady Texas —le dedicó un saludo militar.

Cass y Hossen intercambiaron miradas. Cuando fueron a hablar con él al casino de Monte Carlo, se negó a dejar que la bomba explotase en su casa.

—¡De eso nada! Acabo de reformarla y me ha costado un riñón. Si algo tiene que volar por los aires, que sea mi barco. Tiene un seguro que sobrepasa su valor, así que me compensarán con otro yate mayor y recién salido del astillero.

—Eso podría ser más complicado, Jameson —dijo Hossen.

—Vosotros habéis venido buscando mi ayuda y yo elijo el barco. ¿Me viene de perlas que queráis sacar a los Mathison del mapa? Claro, aunque podría hacerlo por mi cuenta, gastándome un pastón.

Hossen suspiró, pensativo.

—Esa es mi oferta —concluyó Jameson—. Por lo demás, me parece divertido lo que me propones. Luego, tendré libertad para seguir pujando por los contratos del Pentágono y me quedaré con el petróleo africano.

—Exacto —respondió Hossen—. En cualquier caso, sales ganando. Y nosotros también.

—Haber empezado por ahí, sin tanto rodeo. A ver si aprendes de ella. —Señaló a Cass, que atendía a las explicaciones sobre el juego de Black Jack del asesor, sin interés.

—No me hubieses recibido.

—¡También es verdad! —exclamó el empresario, retirándose el Stetson blanco de la frente y soltando una carcajada, que hizo girarse a varios clientes—. Entonces, ¿qué dices? ¿Jodemos a los Mathison?

A partir de ese momento, Liv fue la encargada de estar en contacto con él. Los demás se ocuparon de organizar lo que acababan de llevar a cabo para fingir la muerte del magnate y de Ballantine. Los equipos de rescate buscarían restos, pero el barco había quedado destrozado por completo por la explosión y la conveniente ayuda de los tanques de combustible llenos.

—Bueno, ¿hay algún sitio en esta bañera mugrienta donde pueda quitarme esta ropa mojada y poner en horizontal mis viejos huesos? —preguntó Jameson.

Meir lo llevó a uno de los camarotes y se desentendieron de él. Volvían a la distancia de las doce millas para no ser interceptados por alguna patrulla costera.

—Más tarde limpiaremos los neoprenos, ahora cambiaos de ropa, os quiero aquí a todos en diez minutos.

Lavick tenía que preparar los siguientes pasos porque, a partir de ese momento, quedaban librados a su suerte.

Majors se enteraría de la explosión y durante alguna horas, creería que el trabajo estaba hecho, pero la falta de noticias de la unidad lo pondría sobre aviso de que ocurría algo. Quizá la tregua durase un día más, mientras los servicios de emergencias buscaban los restos de Jamison. Al no encontrarlos, el teniente coronel sospecharía la encerrona, porque no era tonto.

Si el coronel Bigelow reculaba, estarían todos jodidos.

—Liv, ¿lista?

—No sé si quiero hacer esto, Lavick. Es…

—Lo sé. Es personal. Pero créeme, también es necesario.

—De acuerdo. Avísame cuando estéis todos.

Lavick le había dado muchas vueltas al tema. Liv se lo había consultado en privado, por si no era procedente la información que tenía que trasladar. Los asuntos privados tenían que esperar a la vuelta de las misiones, pero él acababa de darle luz verde, con la condición de que todos pudiesen escucharlo.

Después de darse una ducha rápida para librarse de la sal, se reunieron en el salón. Ballantine seguía durmiendo, como atestiguaban sus ronquidos, y Jameson se había ido, por petición del jefe de unidad, a la proa.

—Vale, Liv, estamos todos conectados —dijo Lavick.

—En cinco minutos os dejaré solos, tengo que devolver el control al centro, pero me alegro de que todo haya salido bien. Nando ha restaurado el tráfico marítimo en la zona, aunque parece que está tomada por lanchas de la policía después de la explosión. Por lo demás, todo se encuentra bastante tranquilo.

—¿Noticias de Bigelow?

—Las hay. Parece que ha decidido mojarse y esta misma mañana ha trasladado a la oficina legal un escrito con cargos de

prevaricación contra los dos Mathison y contra Majors, pero…

—Ya. Si no aporta testigos, se desestimará.

—Eso es. Espero que tengáis planes, de verdad. Mi palabra tampoco valdrá mucho, después del sabotaje que acabo de realizar a las unidades.

—Siento haberte metido…

—Déjalo, Lavick. Me he metido porque he querido. He visto la sistemática caza que Majors ha realizado contra tu equipo y a mis chicos tengo que cuidarlos. Es mi deber.

Nadie dijo nada porque no había nada que decir. Todos sabían que el teniente coronel había sido el responsable de la merma del equipo. Meir apretaba los puños de forma inconsciente y Lavick hacia verdaderos esfuerzos por no rechinar los dientes, aunque tenía la mandíbula tensa.

—Saldremos de esta, Liv —dijo—. Tengo el equipo mejor preparado para solventar lo peor.

—No te olvides de Sully. Los dos días que me quedan de vacaciones, voy a buscar su pista desde aquí.

—Brooks se reunirá con Emma cuando toquemos tierra.

—Por cierto, tengo una buena noticia para ti, grandullón. Por poco se me olvida —exclamó Liv.

—¿Has decidido invitarme a café tú, después de tanto tiempo? —preguntó Brooks, sonriente.

—Mejor que eso. Mónica te estaba buscando. Parece que vais a ser papás. ¡Enhorabuena, grandullón!

Las exclamaciones y palmadas en la espalda de Hossen y Meir, se eclipsaron para Brooks ante la expresión de Cass.

Ella miraba a Lavick, que la observaba a su vez, consciente de la artimaña del jefe de unidad para abrirle los ojos.

—Felicidades —dijo a Brooks, haciendo un esfuerzo.

—Bueno, chicos —intervino Liv—. Estaré atenta al teléfono. Tened cuidado, u os mataré yo misma cuando volváis.

34. EN LA CLANDESTINIDAD

—Venga, Nando. Aquí hemos terminado.

El muchacho desgarbado y con marcas antiguas de acné en mejillas y frente, se giró hacia Liv.

—Deberíamos cerciorarnos de que el centro tiene el control. La caída de los sistemas ha sido radical.

—Vinnie me ha escrito para decirme que el problema estaba solucionado. Todo ha vuelto a la normalidad.

—Menos la unidad de Lavick.

—Nosotros ya no podemos intervenir en eso. Vuelve a la base y sorpréndete cuando te cuenten los problemas que han atravesado durante las últimas horas.

—¿Y tú?

—Me quedaré un poco más. Prefiero que sigan pensando que estoy de viaje.

Cuando se quedó sola, meditó sobre el futuro que le esperaba: Majors estaría desquiciado y sospecharía que ella había tenido que ver con la desconexión de las unidades. Tenía interés especial en el seguimiento de la unidad de Lavick y su súbito mutismo haría que se subiera por las paredes.

El piso alquilado disponía de pocas comodidades, aunque tenía una ducha, que usó durante diez minutos para quitarse el cansancio, despejarse y salir a correr, que era lo que necesitaba para poder aclarar su mente.

Desde que tomó el mando de las unidades, Liv siempre había tenido sus más y sus menos con el teniente coronel, pero esta vez

decidió implicarse porque las unidades merecían otra persona que los dirigiera, alguien preocupado por el bienestar de sus hombres y no por el propio. A ella le daban igual sus manejos para enriquecerse; si no lo hacía él, lo harían otros. Siempre había depredadores en el mundo globalizado, capaces de robar los recursos a países poco desarrollados, provocando miseria a su población. Eso no cambiaría, mientras la política mundial estuviese gobernada por indeseables. Pero poner en peligro a sus chicos… Eso era distinto, siempre que estuviese en sus manos impedirlo.

Cada vez que pensaba en que se había atrevido, incluso, a presionar al general Bigelow para animarle a actuar, le corría un sudor frío por la espalda. Todo el mundo tenía cadáveres en su armario y el coronel también.

El cadáver de Bigelow era uno maloliente, que los mandos habían justificado como un accidente, provocado por el caos de la guerra. Sin embargo, había informes censurados que señalaban su impulsividad al ordenar el ataque, que terminó con un balance de sesenta y cuatro soldados muertos. Al resultar herido él también, le concedieron el corazón púrpura, como solía ocurrir y, como nadie quería héroes con pies de barro, las pruebas de su negligencia acabaron en un cajón muy profundo.

A Liv le había costado encontrarlos, y no lo hubiera hecho sin la ayuda de Frank Keaton, que se preocupó de buscar entre los veteranos de guerra retirados a algunos soldados que sirvieron a las órdenes del actual coronel. De haber tenido otra opción, la jefa del control de operaciones hubiese preferido no tener que usar la coacción, pero necesitaban a Bigelow para desalojar a Majors de la dirección de las unidades porque se quedaban sin tiempo.

Se puso las mallas y las zapatillas, dispuesta a desentumecer los músculos, porque a la vuelta no descansaría hasta meterse en todos los satélites que cubrían la zona de África en la que tenía que encontrarse Sully. Poseía contactos en las embajadas y entre el personal de la CIA, a los que podía pedir favores y de los que pretendía cobrarse alguno. Pensaba usar todos sus recursos porque Sullivan llevaba desaparecido demasiado tiempo. La única que

estaba buscándolo era Emma y, por muy capaz que fuese, tenía todo en su contra.

Acostumbraba a correr por el interior de la base y el nuevo recorrido le proporcionó, además del bienestar del ejercicio, horizontes nuevos. Rodeó un parque, desierto a esas horas, y se dirigió a un pequeño bosquecillo cercano al río.

Perdida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que alguien la seguía muy de cerca, en un coche sin distintivos y a una velocidad moderada, hasta que aceleró de forma sorpresiva, haciendo rugir el motor y arrollándola.

El golpe le partió la columna vertebral y la lanzó a varios metros de distancia, donde se golpeó la cabeza contra el asfalto, aunque estaba muerta antes de tocar el suelo.

35. HERIDAS POR OMISIÓN

Cass

Me creía una maestra del engaño y solo era una aficionada, como me acababa de demostrar Lavick, a través de terceros. Pero claro, una omisión no era una mentira. Mack Brooks me había contado anécdotas sobre sí mismo inocuas, en las que no aparecía una pareja. Aunque no podía reprochárselo, porque yo evitaba hablar de mí pasado y, cuando tenía que hacerlo, mentía descaradamente.

Hossen tenía razón cuando me recordaba en sus clases de mimetización que la sinceridad tenía el valor que uno quisiera atribuirle. No se trataba de una visión cínica de la vida, porque todos nos reinventábamos para ajustar la realidad a nuestra conveniencia, pero ¿quién estaba libre de ese pecado? Las mentiras, en todo caso, nos convertían en lo que queríamos ser y no en lo que éramos.

—Volvemos a tierra —dijo Lavick—. Hay que regresar a casa de forma discreta.

—Respecto a eso… —intervino Jameson, que se había unido a nosotros—. Puedo echar una mano.

—Estás muerto, ¿recuerdas? —le dijo Hossen.

—Pero sigo teniendo empresas, que disponen de *jets* privados en las ciudades europeas más importantes, y mi administrador puede hacer uso de todo eso con discreción.

—Nadie debería saber que estás vivo —añadió Meir.

—Y solo él lo sabe —contestó el magnate, con suficiencia—. Mi familia tuvo que aceptar las ordenes de sus amos blancos en el

pasado, a diario y sin derecho a protestar, y yo no pienso renunciar a las comodidades que he conseguido, a base de trabajo e ingenio. Quizá para los demás no signifique una mierda, pero a mí los lujos me proporcionan satisfacción.

—Si corre la voz de que… —empezó a protestar Meir.

—Si corre la voz, solo puede salir de mi administrador y mañana estaría en la calle, sin posibilidad de volver a trabajar ni en un supermercado. Le pago demasiado bien para que tenga la boca cerrada y las orejas abiertas.

Por su trabajo, Cass había conocido a muchos millonarios, la gran mayoría aquejados del mal de la prepotencia, pero Jameson tenía cátedra propia.

—Te escuchamos —intervino Lavick.

—¿Hace falta un avión privado? Tengo muchos a mi disposición y con tripulación discreta.

El jefe de la unidad asintió y nos despidió a todos para quedarse a solas con él en el salón.

Tampoco es que hubiese mucho espacio para la intimidad, pero me fui a la proa. Para la unidad, quizá fuese habitual navegar por el Mediterráneo, yo quería empaparme de él antes de marcharnos, consciente de que quizá no volviese en mi vida. La luna llena incidía en el agua, creando una sensación de ingravidez en el movimiento balanceante del barco.

Sentí que no estaba sola apenas un minuto después. Brooks, sin hacer ruido, se había puesto detrás de mí.

Agarró la barandilla con ambas manos, rodeándome, pero sin tocarme. Podía notar su calor, y también sus ganas de decir algo, sin decidirse por las palabras. Le ayudé porque quería estar a solas y porque no necesitaba disculpas que no había pedido ni necesitaba. Un polvo en la parte trasera de un coche tampoco era para tanto.

—Te felicito por tu próxima paternidad, pero me gustaría disfrutar del paisaje nocturno a mi aire.

—Cass…

Sentí su tensión como una vibración a mi espalda durante otro minuto. Luego, se marchó sin añadir nada.

Me alegré porque podía dar la apariencia de ser insensible, pero no lo era, así que me restregué las lágrimas que me desbordaban los ojos cuando se fue.

Había gente a la que la vida le sonreía a diario; yo tenía que pelearme con ella a muerte todos los días. Pero darme por vencida no entraba en mis planes inmediatos. Me había enamorado de la persona equivocada, ¿y qué? Encajaría el revés, que no era el primero ni el peor de mi vida.

Volvimos a Marsella en un ambiente enrarecido por las últimas noticias. Liv no había vuelto a dar señales de vida y Majors estaba en Washington, para responder a algunas acusaciones vertidas por el general Bigelow en su contra.

—Se ha precipitado todo —comentó Hossen.

Lavick torció el gesto. Quizá se había precipitado más de la cuenta y, por su gesto grave, adiviné que no confiaba en que aquello que habían comenzado, fuera a salir bien. Yo me sentía excluida del ruido general. Era asunto de la unidad y mi pertenencia a ella se debía a una anomalía.

Jameson dejó el móvil, con el que llevaba hablando dos horas y se giró hacia todos:

—Tenemos disponible un avión en este momento. ¿A dónde le digo que tiene que dirigirse?

—Ese tiene que salir hacia África con Brooks —dijo Lavick.

—¿No conviene salir hacia Washington cuanto antes? —preguntó el magnate.

—Primero, Sullivan —aseveró el jefe de unidad, sin esperar el asentimiento de todos sus hombres—. Necesitamos localizarlo, y él puede testificar contra Majors, puesto que le envió a la misión que terminó con el asesinato de un primer ministro contrario a sus pretensiones.

—Tengo casa en Marsella, podemos usarla mientras esperamos otro avión de la empresa.

—Nos quedaremos en un hotel discreto —negó Lavick—. ¿Cuánto tardarás en conseguir ese avión?

—Está listo.

—Vale, dame eso, yo lo guardaré hasta que vuelvas a necesitarlo —le tendió la mano para pedirle el móvil al magnate.

Intenté vaciarme de cualquier expresión cuando Brooks se despidió de todos. Saldría hacia el continente africano para reunirse con la mujer que estaba buscando a Sullivan.

Lo vi alejarse con un nudo en la garganta. Nos veríamos pronto y trabajaríamos juntos, pero no volveríamos a tontear ni a disfrutar de esa intimidad robada en momentos puntuales. Mack sería como el Mediterráneo: un lugar que nunca olvidaría y al que no era probable que regresara.

Aguardamos en un hotel económico de las afueras de Marsella durante dos días. Lavick quería esperar para cerciorarse de que los investigadores y equipos de búsqueda del cuerpo de Jameson quedaban satisfechos. El explosivo usado tenía potencia suficiente para volatilizar todo en un radio de veinte metros y, si había sido capaz de reducir a esquirlas metal, madera y cristal, no contarían con encontrar restos humanos reconocibles. Aunque sí algún rastro.

—¿Vamos a tomar algo? —le pregunté a Meir—. Me muero de aburrimiento sin hacer nada.

Él asintió. Seguía arrastrando la tristeza por la muerte de Goode y yo tampoco era la mejor compañía en ese momento. No obstante, tomar el aire nos vendría bien.

El barrio en el que nos encontrábamos no tenía nada que ver con el puerto. Se trataba de una zona obrera, con edificios anodinos y parques descuidados. La nota de color la aportaban los adolescentes, disfrazados como sus cantantes favoritos, donde predominaban las sudaderas enormes y las faldas muy cortas. Las lentejuelas añadían un toque de extravagancia, y las gorras sin calar, una pizca de rebeldía.

—¿Podemos pasear sin más? —preguntó Meir.

—Claro, solo quería salir de la habitación.

Paseamos alrededor del parque, sin prisa.

—¿Crees que Jameson llegará hasta el final? —me preguntó—. Lo conoces un poco más que nosotros.

—¿Te refieres a testificar contra Majors si llega el momento? —pregunté, a mi vez, más por ganar tiempo para pensarlo que porque

no lo hubiera entendido—. Solo le conozco del rato que hablamos en Montecarlo, pero si tuviera que mojarme, diría que no. Esto le resulta divertido y aguantará mientras esté entretenido. Tiene bastante dinero para quedarse con los derechos del petróleo, aunque le cueste mucho más de lo que cualquiera en sus cabales estaría dispuesto a pagar, y encontrará la forma de hacerse de nuevo con las pujas de Defensa. Por eso se lo querían cargar. Jameson es un ganador.

—Lo mismo pensaba yo. Podría estar muerto sin nuestra intervención, pero ya está sobre aviso. Testificar sobre los negocios de Majors y los Mathison no le conviene. Lo del crudo sigue siendo un asunto que conocen un puñado de personas y exponerlo en público sería abrir la veda a nuevos cazadores.

—Todo esto es muy turbio.

La tarde había caído y las luces del parque iluminaban a los grupos de adolescentes que se pasaban botellas de licor, reían y bailaban con la música de un coche aparcado en las inmediaciones, provisto de unos potentes altavoces. Las lentejuelas lanzaban destellos y la ropa de vivos colores se mezclaba con el humo de los cigarrillos. Los jóvenes jugaban a ser mayores con demasiada inocencia para ser tomados en serio.

Los padres de muchos de ellos, estaban llegando en sus coches del trabajo. Daban vueltas, buscando aparcamiento, gritaban algo a los chavales y se metían en sus edificios. En pocos años, los adolescentes se darían cuenta de que ser adulto no consistía en hacer lo que querías, sino lo que podías.

—Los llaman para subir a cenar —dijo Meir, traduciendo alguno de los gritos de los padres y madres trabajadores.

Sonreí. Lo había imaginado, pero me gustó que tuviese la deferencia de aclarármelo.

—¿Tu adolescencia fue así? —le pregunté.

—Para nada. Yo solo podía salir los sábados y, en la ciudad donde crecí, si un poli te pillaba bebiendo en la calle, te llevaba de la oreja a tu casa, le echaba una bronca a tu padre y el castigo posterior te quitaba las ganas de repetir. ¿Y tú?

—Yo tenía…

Detuve a Meir, cogiéndole del brazo.

Conocía a dos hombres que acababan de aparcar en los alrededores del parque y que salían de su vehículo, recolocándose las armas en los arneses.

—Son los guardaespaldas de Ballantine —dije.

De otro coche se apearon tres más, Howard Lewis, el ex agente de la CIA, entre ellos.

—Llama a Lavick —exclamé, viendo que se dirigían al hotel donde nos alojábamos.

Me incliné y corrí para ponerme tras ellos, esperando que Meir me imitase. Los coches aparcados en batería nos ocultaban a su vista, aunque se hubiesen vuelto.

Meir me puso la mano en el hombro, para indicarme que estaba detrás de mí y ambos sacamos el arma.

—¿Lavick? —pregunté.

Mi compañero asintió para decirme que le había avisado.

—Tú, entérate de que habitación ocupan —dijo Howard Lewis a uno de ellos, elevando la voz para hacerse oír por encima de la música que salía del coche de los jóvenes—. Vosotros dos por detrás y tú conmigo.

Noté el respingo de Meir y tiré de su manga para que se inclinase más. Lewis miraba en nuestra dirección.

—¿Quién es ese? —me preguntó en un susurro.

Se lo dije, mientras tiraba de él para avanzar porque llegaba otro coche y su ocupante podía ver nuestras armas.

Su teléfono se iluminó y Meir contestó.

—Por detrás —me dijo.

Entendí que Lavick, Hossen, Ballantine y Jameson saldrían por allí y debíamos cubrirlos.

—¡Vamos! —le conminé.

Meir seguía con la vista fija en la entrada principal, por la que habían desaparecido los tres hombres.

—Ve tú. Os alcanzaré…

—¡No!

Le sujeté de la cinturilla del pantalón y le empujé contra el coche sin ningún cuidado. Me miró con dureza.

—Luego me cuentas qué mosca te ha picado, pero ahora hay que respaldar a Lavick y Hossen —exclamé, con voz contenida para no llamar la atención.

—No lo entiendes…

—Cualquier cosa, tendrá que esperar, porque lo que entiendo que hay dos hombres en la salida trasera, que pueden dar un disgusto a tus compañeros.

Mis palabras le hicieron recapacitar y apartó la vista de la entrada principal del hotel.

—Consigue un coche en el próximo minuto —me dijo—, y entra en el callejón. Voy por delante.

Me señaló por el que se habían internado los dos hombres que acudían a la entrada trasera del hotel.

Salió corriendo y yo abordé a una mujer que estaba aparcando. Si tenía que buscar un coche y hacerle un puente, me llevaría más de ese minuto que me había dado Meir.

—Lo siento, señora. Necesito su coche.

No me entendió, pero comprendió mi intención cuando saqué mi arma porque me entregó su bolso. Negué, le hice señas para que se apeara y me puse un dedo cruzando los labios para indicarle que guardara silencio, antes de ocupar su lugar tras el volante y salir a toda velocidad.

Por supuesto, ella no hizo caso y comenzó a gritar, pero yo ya estaba en el callejón. Frené para recoger a Meir y volví a acelerar. Los dos hombres se encontraban en la esquina desde la que tenían la puerta trasera del hotel a la vista. Llevaban sus armas preparadas y ocultas a la espalda.

Creí que Meir les dispararía, pero puso su pie sobre en mío en el acelerador y giró el volante para atropellarlos. Ellos se dieron cuenta en el último momento y no tuvieron tiempo de apartarse. Pasamos sobre uno, y el otro tuvo suerte de encontrarse pegado a la pared, por lo que solo recibió un golpe.

—¡Frena!

Clavé el pedal del freno y entonces Meir sí que sacó su arma y abatió al hombre herido.

—Vamos, a la puerta —me dijo.

El estampido del arma atraería pronto a la policía y quizá, a curiosos. Lavick, que también lo había oído, asomó por la puerta trasera con su arma por delante, e hizo salir a Jameson y Ballantine cuando comprobó que éramos nosotros.

—¡Arriba, rápido! —les dijo.

Ambos subieron con prisas a la parte trasera y Meir me conminó a continuar.

—Conduce con cuidado, no queremos llamar la atención. La policía llegará enseguida.

—Le he robado el coche a una mujer del barrio, pronto lo buscarán —le dije.

—De acuerdo. Métete por ahí. Buscaremos otro.

—¿Y Lavick y Hossen?

—Se las arreglarán para salir de la zona —contesto, y enseguida, se giró hacia los pasajeros con expresión adusta—. ¿Cuál de los dos lleva un dispositivo electrónico encima?

36. SEÑALES DE VIDA

Emma conducía una vieja camioneta, sorteando baches, con la atención puesta en la carretera. Había acudido al aeropuerto a por Mack Brooks y le había puesto en antecedentes de sus últimos pasos, para no sorprenderle.

—¿Te he escandalizado? —le preguntó.

—¿Escandalizado? —preguntó Brooks a su vez—. Haría lo mismo de encontrarme en tu lugar. Pero me parece arriesgado que te metieras en un nido de mercenarios sin refuerzos para atrapar a uno.

—Se supone que eran soldados, aunque tenían un comportamiento vomitivo. Este tío, en concreto, no dejaba de manosear el trasero de una cría de no más de diez años. De verdad que es espantoso el giro que ha dado el país desde que el nuevo presidente ocupó el puesto del anterior.

—¿Le has sacado algo?

—No me ha dado tiempo. Estaba atándole cuando me avisaste de que tu vuelo había llegado.

—Genial. ¿Jugamos a poli bueno, poli malo, o a polis malos, sin andarnos con florituras?

Emma sonrió.

—Yo ya soy la poli mala. Podemos ver si apela a ti para librarse de mí. Liv me buscó el lugar, un grupo de almacenes abandonados, lejos de miradas indiscretas. Le he dejado macerándose un poco.

El hombre, antiguo guardaespaldas del anterior presidente del país, la había seguido hasta el coche, con intención de darse el gusto con una mujer blanca. Cualquier idea preconcebida sobre su

gran conquista, se le pasó enseguida, cuando ella le puso un arma en la entrepierna.

Era un cerdo que se creía el amo del mundo por aterrorizar a mujeres y niños con su arma. Tenía una expresión de astucia tan desligada de la inteligencia que a Emma le provocaba aversión. Le daría noticias de Sully, pero también quería que sintiera en carne propia la agonía que hacía sufrir a los demás, solo porque podía.

Al cabo de unas horas, casi le había hecho comprender que ese ya no era su mundo, era el mundo de Emma, y sus reglas nada tenían que ver con las de las mujeres a las que acostumbraba a tratar. Aunque casi era la palabra clave. Todavía era remiso a hablar, imaginando que sería lo último que dijera.

Emma lo ató a una columnas, con las manos por detrás. Luego le pasó una cuerda por la cintura y le dio sendos pisotones en los empeines, destrozándole los huesos. El dolor debía ser agónico, pero él continuaba sin decirle lo que quería saber, solo podía maldecir y gritar, algo que a ella no le interesaba.

—Tengo que dejarte un rato, aprovecha para meditar.

—Te mataré, zorra —susurró.

—Hablaremos a mi vuelta —dijo ella—. Se me ocurren un par de cosas que te joderán mucho más.

Ella volvió con un hombre, que lo observó y chascó la lengua, aparentemente en desacuerdo con el trato que le estaba dando. Le pareció algo más civilizado y esperaba poder ponerlo de su parte, ahora que ella había salido a tomar el aire fuera.

—Dos millones, si me sacas de aquí.

Brooks le lanzó un rápido vistazo, levantando una ceja. Estaba sentado cerca de él, pero enfrascado en su Tablet.

—Tres millones.

—¡No me jodas tío, tengo *jetlag*! –suspiró Brooks, frotándose la cara. Llevaba varios días durmiendo poco y pensando mucho en lo que no debía.

Ni siquiera había devuelto la llamada a Mónica porque no quería enfrentarse a lo que le esperaba en San Francisco.

—Cinco millones, si me sacas ahora, mientras ella está fuera. Es una oferta que nadie podrá mejorar.

—¿Hablamos de dólares?

—De dólares, sí. —Un destello de esperanza asomó a los ojos del prisionero.

—Si tuvieses cinco millones de dólares, no estaríamos aquí. Tú estarías pegándote la gran vida en una playa paradisíaca y yo con otro desgraciado que se le hubiese cruzado en el camino a mi compañera. Te va a matar despacio si no le das información. Puede que si le dices lo que quiere saber, te lleve a un hospital, porque esos pies…

Brooks hizo una mueca. El herido no se los veía, pero notaba puñaladas cada vez que intentaba moverse. De no ser por la cuerda que le rodeaba la cintura, estaría en el suelo.

—No sé dónde está vuestro amigo ahora —gimió, aunque ante el alzamiento de hombros de Brooks, añadió—, pero puedo decirte dónde lo dejamos.

—¿Y? Empiezo a pensar que te gusta sufrir porque hace falta ser gilipollas para callar lo que puede salvarte la vida.

Emma estaba tras la espalda del hombre, fuera de su vista, sin delatarse con ningún ruido. Quería escuchar, e hizo una seña a Brooks para que lo apremiara. Le había costado mucho encontrar a los guardaespaldas del antiguo presidente y cada minuto era otro minuto perdido.

—Si me llevas al hospital —intentó negociar el herido.

—Te llevaré cuando me cuentes todo.

A grandes rasgos, la historia era la que imaginaron: alguien relacionado con la CIA había pagado a los guardaespaldas del presidente para terminar el trabajo de Sully, que consistía en herirle solo. Para ello, les había proporcionado un arma idéntica a la del francotirador y, cuando se lo llevaron herido en el coche, lo remataron con una bala en la cabeza.

Después de eso, fueron en busca de Sully, pero él se había marchado y lo tuvieron que abatir en la calle. Para que pareciera que había intentado huir, lo llevaron fuera de la ciudad.

Emma apretó los puños.

—¿Estaba muerto? —preguntó Brooks.

—No, pero no creo que sobreviviera con un tiro en el pecho y otro en el muslo.

—Su cuerpo no apareció...

—Enviamos al ejército para que lo encontrasen y se atribuyeran el mérito… El caso es que no estaba donde nosotros lo habíamos dejado.

—¿Dónde lo abandonasteis?

El hombre le dijo dónde, y le señaló en el mapa que había desplegado Brooks, el lugar exacto.

—Buscaron en el poblado cercano, incluso registraron todo durante días, y no apareció. Y ya no sé nada más. Cobramos mucho por el trabajo y te puedo pagar bien si me llevas ahora a un hospital.

Sobraba decir que ese día no hubo ninguna visita al hospital, aunque sí los siguientes, tras encontrar el extremo del ovillo. La población aborrecía a los militares y la impunidad de sus desmanes, gracias a gobiernos anteriores. A Emma y Brooks no los percibieron como una amenaza y, dos días después, se encontraban hablando con las mujeres que cuidaron a Sully y se encargaron de enviarlo a un hospital para que tratasen sus graves heridas.

—¡Está vivo! —suspiró Emma, dejándose caer en el asiento de la furgoneta, como si todos los músculos se le hubieran relajado al mismo tiempo.

—¿Lo dudabas? Sully es un tío duro. Anda, pasa al otro lado y descansa, yo conduzco.

Emma sabía que él también se había alegrado por la noticia. Sully y él eran buenos amigos. Ella conocía menos a Brooks, con el que solo había trabajado dos veces, pero echaba en falta su sentido del humor, comparable al de Meir y Goode.

—¿Cómo está Meir? —le preguntó, al hilo de sus pensamientos —. Liv me contó lo ocurrido con Goode.

Brooks torció el gesto. Los dos amigos nunca dieron muestras de ser algo más que eso, pero sus compañeros los conocían demasiado para ignorar sus sentimientos.

—¿Y tú? ¿Qué tal en el FBI? ¿Mónica está bien? Siento no haberte preguntado antes, es que…

—Estoy ofendido por tu falta de interés —contestó él, restándole importancia—. Todo genial, Emma, aunque yo tengo curiosidad por la nueva dinámica de pareja entre tú y Sully.

—Sully te lo hubiese contado, si Majors no lo hubiese enviado a esta jodida misión de un día para otro.

Él asintió. Estaba seguro de que lo hubiera hecho, porque hablaban un par de veces al mes por teléfono. De pronto, se acordó de que Emma llevaba fuera de la base unas semanas.

—¿Sabes lo de Christine? —le preguntó.

—¿Qué pasa con ella? Liv dijo que tenía que contarme algo, pero no hemos hablado estos días.

—Tuvimos a Liv ocupada y el asunto es algo delicado.

Le contó lo ocurrido en Niza, evitando hablar de Cass, porque era un tema que tendría que rumiar y superar a solas. Aunque sí que pretendía hablar con Liv sobre la indiscreción de su última llamada, con el beneplácito de Lavick. Lo conocía demasiado para ver su autoría detrás.

Quizá Emma y Sully hubieran encontrado la forma de compaginar trabajo y relación, él no veía que eso estuviera a su alcance con Cass, aunque nunca pretendió engañarla. Sentía lo que sentía por ella y sabía que su relación (o lo que fuera que habían iniciado en Marsella), tenía fecha de caducidad. Y más ahora que Mónica estaba embarazada. Los sentimientos, sin embargo, carecían de razones.

—Entiendo que el asunto que Lavick se lleva entre manos concierne a todos, pero ha olvidado contarme lo de Christine.

—Christine ha muerto.

—¿Murió? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Por lo visto, la asesinaron.

—¿Y saben quién…? —Emma calló y Brooks asintió—. ¡Pobre Morgan, tiene que estar destrozada!

—Creo que está con sus abuelos, ellos la cuidarán hasta que volvamos con Sully, en un par de días.

Ella le apretó el brazo, agradeciéndole el ánimo, y sin imaginar que el plazo se alargaría.

37. LECCIÓN DE ESCAPISMO

Sullivan recuperó el conocimiento en un hospital. Según le explicaron, se encontraba en Nairobi, donde se recuperaba de un shock séptico que lo había mantenido en coma durante dos semanas. Por suerte, la infección remitía, pero la recuperación sería larga. Fingió amnesia cuando le preguntaron por su nombre y nacionalidad, y le advirtieron que tendría que acudir a las autoridades para regular su estancia en el país.

Aguardó cinco días más, probando sus fuerzas cuando nadie le veía. Desde que dejaron de alimentarlo por vía intravenosa, caminaba de un lado a otro de la habitación, haciendo caso omiso a las punzadas de dolor de su muslo. Los kilos y la fuerza perdidos le costaría más recuperarlos, pero se conformaba con poder salir de allí por sus medios, sin comprometer a Liv, ni a la unidad. Sentía que la herida del pecho curaba bien, al contrario que la de la pierna. La bala debía haber tocado hueso, y no hacía falta que los médicos le dijesen que cojearía el resto de su vida. Lo notaba y lo daría por bien empleado, porque había salido vivo del trance.

Ya lo afrontaría, llegado el momento.

Aprovechó la confusión del cambio de turno para meterse en un vestuario y hacerse con ropa y calzado que le iba grande. Salió del hospital sin llamar la atención y recorrió un par de kilómetros para llegar a su destino. Conocía el centro de Nairobi de anteriores ocasiones, por lo que se apostó al lado de un hotel de lujo, esperando su momento.

Hacia el mediodía salió una pareja que le pareció ideal para su propósito. Sustraerle la cartera al hombre no le llevó más que unos segundos, y eso sin estar en plena forma.

Entró en una peluquería con servicio de afeitado y le rasuraron la barba crecida, además de cortarle el cabello muy corto. Con un aspecto más presentable, entró en unos almacenes para conseguir un traje de tejido fresco que, aunque no fuese de calidad, le serviría.

En Nairobi se hacían muchos negocios y pasar desapercibido era imprescindible.

La tarjeta robada sería segura durante unas horas más, aunque el turista se hubiese dado cuenta de su desaparición enseguida. Por si acaso no veía oportunidad en Nairobi, tenía preparado un plan B, que consistía en salir por Mombasa. Abordar barcos como polizón o como tripulación indocumentada, era una tarea sencilla, y más habitual de lo que muchos imaginaban. Compró un billete de autobús para la ciudad portuaria y, en una tienda con servicio de envío de dinero, se hizo con efectivo a cambio de la tarjeta.

También esa era una práctica muy extendida en las ciudades turísticas, que solo conocían los carteristas y la policía.

Cuando terminó, se sentó en la terraza de una cafetería céntrica, ocupada casi en su totalidad por occidentales, vestidos más o menos como él. Tomó chai[7], descansó y se dedicó a escuchar las conversaciones que tenían lugar en las mesas de alrededor. El tedio de las charlas comunes entre los turistas, lo rompió una pareja, sentada a dos mesas de la suya. Desechó con la mano el ofrecimiento de otra bebida por parte del camarero y siguió escuchando. Tenía que concentrarse.

Estaba previsto que un cargamento con animales vivos saliese hacia el aeropuerto Charles de Gaulle, en París, esa misma tarde. Parecía una práctica habitual para el hombre que lo contaba, pero la información, y su forma de alardear, estaba destinada a impresionar a la mujer con la que se encontraba.

Inspiró un par de veces y se levantó, dispuesto a improvisar, porque de animales y zoos sabía tanto como de tendencias en estilismo capilar.

—¿Monsieur Lavall? —Igual que había escuchado la conversación, había oído al camarero llamarlo así, y un oído atento era una herramienta eficaz, que proporcionaba mucha información —. Disculpe mi intromisión, pero me gustaría hablar con usted un minuto, si es tan amable.

El hombre lo miró, interrogante. Su rostro rubicundo tenía que deberse, además de la mala combinación del sobrepeso con el calor, a la compañía. Era más joven de lo que le pareció por su voz, calculó que debía tener unos treinta años, si llegaba. Eso también jugaba a su favor: los jóvenes eran impresionables y con un tono de voz adecuado, no le daría problemas.

—Soy Francis Boumann, biólogo supervisor jefe del departamento de reacondicionamiento de animales en cautividad de París —dijo, sin tener idea de si existiría tal puesto—. Precisamente tenía intención de reunirme con usted, cuando el camarero ha dicho su nombre. Sin duda, toda una casualidad.

¿Había zoo en parís? ¿Irían los animales a ese zoo? Era un tiro medio a ciegas. Lo máximo que podía ocurrir es que fallase con el destino y eso se arreglaba con una disculpa nada más.

—¿En qué puedo servirle Monsieur Boumann? –El hombre se levantó, olvidando la servilleta que tenía sobre sus rodillas, que fue a parar al suelo.

Sullivan alzó ambas manos en gesto apaciguador y le tendió la mano.

—¡No, por favor, no se levante! No quiero interrumpir…

—No interrumpe. De hecho, le decía a la señorita que estaba a punto de salir hacia el aeropuerto.

—Solo estoy aquí para asegurarme de que los animales llegan a su destino en condiciones. Es un encargo confidencial de la dirección, ante las dificultades de los últimos transportes.

Sullivan se quitó las gafas de sol para mirar al hombre directamente a los ojos. Este desvió enseguida la mirada y enrojeció aún más. Puede que Lavall se hubiera ocupado en persona de los traslados y eso le concernía.

Se podía adivinar, por medio de sus reacciones, si un interlocutor necesitaba una figura afín o una de autoridad. Lavall era

de los segundos.

—Entonces, debería acompañarme —dijo el encargado de los traslados—. Le aseguro que los animales gozan de buena salud y serán trasladados en las mejores condiciones.

Lavall era un tipo inseguro, como ya había supuesto al escucharlo alardear con la mujer. Seguramente, debería estar supervisando la carga y no en una terraza, tomando una copa.

—Por supuesto que le acompañaré, es mi trabajo. Pero nadie más del equipo debe saber quién soy. Puede presentarme como un veterinario nuevo, por ejemplo, porque mi misión tiene que pasar desapercibida para comprobar que cada uno hace su trabajo de manera adecuada. Una vez en Paris, tendré que dar mi evaluación sobre usted y el resto del equipo, y me gustaría que fuera positiva, Monsieur.

El supervisor había olvidado a su acompañante. Se apresuró a dejar unos billetes para pagar la cuenta y a precederle hasta la fila de taxis, detenida frente a un concurrido hotel.

Sully había usado un francés correcto, pero con algo de acento. Con su actual aspecto, podría pasar por irlandés, y quería que el otro lo percibiera como un profesional que conocía su idioma, sin llegar a tenerlo dominado. Los detalles para cambiar de identidad eran más importantes que el conjunto.

Por suerte para él, Lavall era un auténtico desastre y, en el taxi que los llevó al aeropuerto, además de hablar demasiado, ni siquiera se enteró de que Sully le sustraía la tarjeta de identificación del Zoológico de Paris del bolsillo de la chaqueta.

En la zona de embarque, solo dos funcionarios hacían guardia. Los animales vivos no eran bombas y se mostraban excesivamente confiados. Lavall se palpó los bolsillos, en busca de su identificación.

—Me la he debido dejar en el avión —dijo a los funcionarios, enrojeciendo otra vez.

—Pase, Monsieur, sabemos que es el supervisor del zoo.

—Monsieur Boumann trabaja conmigo.

Sully no mostró la identificación sustraída a Lavall, pero la había colocado de forma que sobresaliera del bolsillo del pecho,

boca abajo. Hizo ademán de cogerla cuando el funcionario les invitó a pasar con un además apresurado.

—Adelante —dijo—. Parece que el piloto tiene prisa por salir hoy y nuestro turno termina ahora.

Los envíos de animales vivos a zoos reportaban grandes beneficios al país, y los funcionarios que vigilaban esos embarques también se llevaban un extra, a cargo de los supervisores. Cuanto menos pegas ponían a los embarques, mayores eran sus gratificaciones.

Lavall, tras un titubeo, por si el biólogo no estaba al tanto de la práctica y le resultaba deplorable, sacó un fajo de billetes del bolsillo y lo entregó al funcionario más cercano, que asintió y le tendió la mano para estrechársela.

El avión estaba esperando, con la carga completa.

Sullivan declinó el ofrecimiento de Lavall de sentarse a su lado, en la zona destinada a pasajeros. Pasó de largo hacia la parte trasera, libre de asientos, habilitada como compartimento de carga para el traslado de animales vivos.

El aparato estaba dividido en cuatro grandes espacios por mamparas rígidas, para no mezclar animales que, por muy sedados que estuvieran, mantenían su instinto depredador. Convenía tener separados a los carnívoros de sus presas naturales. Aunque su olfato les alertaba de su proximidad, el anestésico evitaba reacciones poco deseables para la estabilidad en vuelo.

Los animales despedían un fuerte olor, que no molestaba a Sully. Se sentía más a salvo allí que en la choza en la que le procuraron sus primeros cuidados. Además, el equipo de zoólogos y ayudantes estaban sentados con Lavall, esperando el despegue, así que no había nadie a la vista. Encontró un espacio que debía servir para solventar incidentes con animales durante el vuelo, por la especie de camilla enorme y sólida que contenía. Se acomodó en ella y se durmió antes de que el avión hubiese abandonado la pista de despegue.

El supervisor pasó un vuelo menos tranquilo. Paseaba entre los animales, comprobando que se encontraban tranquilos y que la sedación fuera correcta. Estaba nervioso, daba órdenes aquí y,

encima, no veía donde se había metido el biólogo. Sin proponérselo, Sully había sido el ángel guardián de los animales de ese vuelo.

Se despertó cuando el comandante anunció por megafonía la aproximación al aeropuerto de Charles de Gaulle, y fue en busca del desquiciado supervisor, que se relajó un tanto al ver su sonrisa cómplice. Puede que no fuesen a despedirlo de inmediato, como había temido durante todo el viaje.

Tomaron tierra sin problemas y nadie se molestó en comprobar la documentación del equipo. Por lo visto, igual que en Nairobi, allí estaban acostumbrados a semejantes traslados. Sully, preparado para separarse del grupo y evadirse por alguna de las zonas de empleados, salió con el resto sin pasar por la aduana ni el control de equipajes. Para eso estaba Lavall, del que se despidió con un gesto risueño a distancia. El hombre le correspondió, elevando el pulgar. A su modo de ver, había pasado la prueba con nota, y se enfrascó en los trámites aduaneros de los animales, más exhaustivos que los de las personas del equipo, todos ciudadanos franceses.

Aquellos eran vuelos especiales, concertados de antemano. Al personal no se le prestaba la atención que requerían los animales. Los trámites para la entrada de estos eran tediosos y complicados, con varios sanitarios y veterinarios pendientes de vetar a cualquier animal con síntomas sospechosos, susceptible de perjudicar la salud de otros o de las personas.

Sully cogió un autobús al centro.

En comparación con Nairobi, París le pareció la tranquilidad materializada en cemento y asfalto. Olía a comida, a gases de escape y a calles húmedas.

Se permitió una cena apetitosa y buscó alojamiento en un hostal modesto, en el que, por el importe adecuado, se conformaban con la excusa de la documentación extraviada.

Por fin, se encontraba en lugar seguro desde el que podía pedir evacuación a Liv. Marcó su teléfono personal y aguardó varias horas sin recibir respuesta. Cuando empezaba a preocuparse, recibió una llamada inesperada: la de Nando.

—Liv no puede atenderle en este momento…

—¿Nando?

—¿Sullivan? No te había reconocido —dijo el muchacho, con voz entrecortada—. ¿Dónde estás? Te están buscando en… Te buscan desde hace varias semanas.

—¿Es una línea segura?

—Lo es.

Nando era el protegido de Liv. Todos lo sabían y confiaban en él, igual que en la jefa del control de operaciones.

—Me gustaría hablar con Liv y ponerme en contacto con Lavick. No te lo tomes como…

—Liv… Liv ya no está.

—¿Qué? ¿Majors la ha sustituido?

Le escuchó tragar saliva y carraspear para recomponer la voz, que temblaba como si estuviese a punto de llorar.

—La atropellaron, Sully.

—La atropellaron… —repitió, en un murmullo.

El sollozo del muchacho le hizo tragar saliva a él.

—¿La unidad…?

—Lavick te contará todo, pero no en la línea habitual; ya no es segura, así que bórrala de tus contactos.

—¿Cómo me comunico con él?

—Yo te llamaré a ese número en un par de horas, cuando termine mi turno, y os pondré en contacto.

—Gracias, Nando, y siento muchísimo…

—Lo sé. Todos lo sentimos, pero estamos trabajando para que lo lamenten quienes de verdad tienen que hacerlo.

38. BAÑO NOCTURNO

Se reunieron con Lavick y Hossen en un lugar del puerto destinado al atraque de embarcaciones de recreo. Se cercioraron de que nadie les seguía de cerca, aunque la rápida huida les había impedido asegurarse de que Jameson, el conflictivo en ese caso, carecía de cualquier otro dispositivo de rastreo, además del teléfono.

Meir lo cacheó nada más detener el vehículo y lanzó el teléfono, desde el que había llamado a Lewis, al agua del puerto.

—Este tío tendrá mucha pasta, pero es gilipollas —dijo, hundiéndole el índice en el pecho.

—Hablemos de ese otro teléfono que te guardabas en la manga —dijo Lavick, cogiendo al magnate del brazo y arrastrándolo hasta un lugar apartado, sin darle tregua.

—Tranquilo, solo pretendía cubrirme las espaldas. Nadie os iba a hacer daño —dijo Jameson, alzando las dos manos, intimidado por la amenaza que se cernía sobre él.

—Yo estoy tranquilo. Tú, en cambio, no deberías estarlo.

—¿A qué te refieres? He accedido a testificar sobre los negocios de los Mathison y voy a poner a vuestra disposición…

—¿Qué? ¿Un avión? ¿Crees que la seguridad de mi equipo vale tan poco?

—Lewis trabaja para mí.

—Lewis trabaja para sí mismo. Si todavía no lo has entendido, es que eres más imbécil de lo que pareces.

—Tenemos un trato —balbuceó el magnate.

—Teníamos uno, que tú has dinamitado esta noche. Ahora, yo te daré instrucciones y te limitarás a obedecer.

—¿Y si no quiero? —preguntó Jameson, desafiante.

Lavick entrecerró los ojos.

—Estás muerto, ¿recuerdas? Nadie te buscaría —siseó.

—Mi administrador…

—Tu administrador se ocupará de sí mismo cuando dejes de dar señales de vida. ¿Crees que removerá cielo y tierra para buscarte? ¡Aterriza en la vida real de una vez, joder!

—No te consiento…

Lavick le dio un puntapié en el trasero y Jameson cayó de cabeza a las frías aguas del puerto.

—¿Necesitas una mano, jefe? —preguntó Hossen que, junto a Meir y Cass, habían observado la escena.

—No te preocupes, creo que sabrá llegar a las escalerillas. Las ratas siempre encuentran la forma de escapar.

—Gilipollas —espetó Meir de nuevo, refiriéndose a Jameson—. Espero que su colaboración merezca la pena, porque estoy harto de los manejos de estos tipos.

Ballantine seguía en el coche. Cualquiera diría que estaba a punto de sufrir una apoplejía. Además de encontrarse congestionado, le faltaba el resuello.

Hossen le puso una mano en el hombro a su amigo.

—Da igual lo que hagan unos y otros. Nuestra misión es proteger a la unidad, y eso vamos a hacer.

—Deberíamos habernos puesto antes —rezongó Meir.

Su compañero entendía su frustración. Si hubiesen puesto manos a la obra con la ofensiva meses antes, Goode estaría vivo. Y alguno más de sus compañeros. Pero las cosas eran como eran y no podían cambiarse.

—Ayúdame a sacar a este inútil, antes de que se ahogue y solo sirva de comida para los peces —le pidió Lavick a Hossen, chasqueando la lengua, al ver los esfuerzos de Jameson por agarrarse a las piedras húmedas.

Cass y Meir continuaron apoyados en el coche, observando la maniobra para sacar del agua al magnate, que jadeaba y boqueaba, en busca de oxígeno.

—¿Que ha pasado en la puerta del hotel? —preguntó ella.

—Lewis.

—¿El de la CIA? Ya lo habías visto en las grabaciones, e imagino que también cuando secuestrasteis a Ballantine.

—Pero no había escuchado su voz.

Ella se giró para mirarlo directamente.

—¿Y?

—Nada.

—Es algo relacionado con Goode, ¿verdad? No me lo cuentes si no quieres, pero tienes todo mi apoyo.

—Estás aquí hasta que terminemos con esto, luego te irás a continuar con tu vida.

—¿Y qué? —gruñó Cass—. Sigo aquí. Por lo que a mí respecta, vosotros sois mi prioridad ahora.

Los ojos oscuros del hombre se clavaron en ella.

—Maté al hombre que disparó a Goode…

Se le estranguló la voz y carraspeó.

—Recibía órdenes por teléfono. Llamé al número que me indicó y que tenía en marcación rápida. No podía saber de quién se trataba, pero cuando he escuchado a Lewis esta noche, me ha quedado claro.

—Lewis trabaja para Jameson —dije.

—Y para Majors —aseveró él—. Al final, todo procede del mismo lugar. Quiere deshacerse de la unidad y Lewis le ha ayudado, facilitándole el trabajo. Puede que Sully esté desaparecido, gracias al ex agente de la CIA. El cabrón de Majors nos quiere muertos, uno a uno, sin detenerse en consideraciones.

Cass comprendía su frustración. Las unidades no existían y, por tanto, carecían de la protección militar que los mandos debían a cualquier cuerpo reconocido por Defensa.

Vieron a Hossen palmeando la espalda de Jameson para que soltase toda el agua, sin demasiada delicadeza.

—Me gustaría mucho poder distinguir a los buenos de los malos —suspiró Cass.

—Entonces, te has equivocado de profesión —respondió Meir —, porque nosotros no somos los buenos.

—Depende del punto de vista, supongo.

—A veces, me pregunto si nuestro trabajo marca la diferencia o el mundo seguiría igual de jodido. ¿A qué ciudadano de a pie le importa un comino que el ejército compre un chaleco antibalas a Jameson o a cualquier otro vendedor? Los impuestos no bajan por abaratar costes y el excedente va a parar a los bolsillos de los de siempre.

Ella le puso la mano en el hombro.

—Estás dolido…

—Lo estoy —aseveró Meir—, pero no desvarío. ¿Contribuimos al bien general de los ciudadanos o solo a satisfacer los intereses de un puñado de personas?

—Yo me siento más segura sabiendo que alguien con tu nivel de compromiso vela por…

La bala pasó entre los dos, rozando el techo del vehículo en el que se apoyaban, arrancándole chispas. Ambos se agacharon de inmediato, buscaron sus armas y miraron alrededor.

Meir cogió la manga de Cass y tiró de ella hacia la trasera del coche, cuando otra bala mordía la carrocería a su derecha.

—Lavick —gritó Meir, advirtiendo a los que se encontraban al borde del muelle, que no se habían dado cuenta, porque el francotirador usaba silenciador.

Un coche se acercaba a toda velocidad y Cass se alzó ligeramente para apuntar en su dirección. Estaba claro que alguien debía haber rastreado la señal del móvil de Jameson. Observó que, para efectuar un disparo limpio al conductor, tendría que ponerse al alcance del francotirador.

—¡Al agua! —exclamó Lavick, valorando la vulnerabilidad de su posición.

Cass abrió la puerta trasera del coche y tiró de Ballantine, que cayó como un fardo al suelo.

—Corre y tírate al agua —le gritó.

Meir y ella se desentendieron del hombre. Si quería vivir, espabilaría, porque se encontraban entre el fuego cruzado de un francotirador y los recién llegados.

El choque con el agua resultó abrumador, debido a su baja temperatura. Pero era un lugar seguro al que no llegaban las luces

del malecón. Lavick les hizo pegarse a las paredes del muro, viscoso de algas, e hizo una seña a Hossen para que se colocase a la sombra de una embarcación cercana.

El disparo, por la reverberación en el muro del puerto, los ensordeció, pero el chapoteo del cuerpo que cayó desde lo alto indicó que no había fallado. El fuego del compañero del abatido se centró en él.

—Yo lo tengo a tiro —dijo Cass, sacando su arma del agua y accionando la corredera, para eliminar los restos líquidos que pudieran afectar al mecanismo.

Se impulsó con los pies en la pared, apuntó y disparó, sin aguardar el dictamen de Lavick.

Hossen se unió a sus compañeros, indicándoles una defensa, que pendía de una cadena herrumbrosa, por donde podían salir. Las resbaladizas escaleras, la opción más lógica, se encontraban demasiado expuestas y contaban con que el francotirador se centraría en ellas.

Lavick llegó el primero, se sujetó con una mano a la cadena y alargó la otra hacia Cass.

—Eres rápida. Sube, ocúltate detrás del coche más cercano, y procura que te vea mientras te deslizas hacia el otro, que se encuentra en una zona poco iluminada. Saldremos mientras se centra en ti.

—¡Y que no te fría el culo! —recomendó Hossen.

Ella colocó el pie en la mano del jefe de unidad se aupó, sin el esfuerzo que le hubiera supuesto antes de hartarse de subir y bajar una cuerda en la base. Corrió al abrigo del coche más cercano y, conservando la sangre fría, puesto que el francotirador disparaba en su dirección, se asomó por el otro extremo, distinguiendo la procedencia del destello, antes de correr, agachada, hasta el siguiente coche.

Lavick, Hossen y Meir llegaron al primer vehículo en rápida sucesión, aprovechando que el tirador la buscaba con su mira telescópica.

—Se encuentra en ese edificio —dijo Lavick.

Hossen se acercó al coche tras el que se ocultaba Cass, en el que él y Lavick habían llegado, abrió la puerta trasera y sacó una bolsa pesada, que dejó caer en el suelo. Extrajo su rifle, lo ajustó y se asomó, apoyándose en el capó, como si nadie les estuviera disparando.

—No estoy en buena posición —masculló, cogiendo el rifle y volviendo al abrigo del primer coche, donde lo volvió a apoyar, para echar un vistazo.

—Han debido venir todos juntos, porque el francotirador ha escogido el lugar con prisas. Un profesional nunca se hubiera puesto ahí —comentó Lavick—.

—¿Tendrá alcance suficiente? —preguntó Meir a Hossen.

—Puede que no, pero voy a probar un truquito que me enseñó Sully —contestó Hossen—. Pásame el puntero láser.

—¿Un truco para que el rifle tenga mayor alcance? —se extrañó Cass—. No querría perdérmelo.

—Eso mismo. —Hossen, ignorando las dos balas que pasaron a su derecha, se acodó sobre el capó, miró por el visor y sujetó con una mano el puntero laser, alineado con el cañón.

Cass entendió qué iba a hacer, momentos antes de que encendiera el puntero, cuya luz se concentró en la ventana de la que procedían los disparos. El francotirador no debía ser muy certero o todos estarían muertos, y no podía saber de qué armas disponían. Un punto de luz láser le daría una información errónea sobre el alcance del rifle de Hossen.

—Un duelo para ver quién la tiene más larga —rio ella por lo bajo—. Eres un tramposo.

—Pero él cree que la tengo más larga y, por tanto, ha perdido —dijo Hossen, sonriente.

En efecto. Desde que había encendido el puntero láser, el francotirador no había vuelto a disparar. Cass calló su réplica, porque un brazo le rodeó el cuello desde atrás, obligándola a alzarse. El tercer ocupante del coche, que se había escondido, al ver que sus compañeros habían caído en apenas unos segundos, usó la mano armada para apuntar a los hombres de la unidad, sin descuidar la presión con que estrangulaba a la agente.

—¡Tirad las armas! —gritó—. ¡Y tú, estate quieta! —le dio un culatazo en el pómulo a Cass, que sintió como si un caballo le hubiese golpeado la cara.

Lavick asintió, dejando caer la pistola al suelo. Meir alzó ambas manos para indicar que no iba armado y cuando Hossen soltó el rifle, que cayó con estrépito al suelo, sacó su arma corta. No tuvo que disparar al hombre que había capturado a Cass y la tenía como escudo. Ella se había dado cuenta de que no podría librarse del agarre, pero él había cometido el error de poner la pistola a su alcance.

La agente del FBI dejó de debatirse, e inspiró con tranquilidad para despejarse del aturdimiento. Unió ambas manos para ejercer mayor potencia, le dio un golpe en la muñeca y el crujido de la rotura de algún hueso la llenó de satisfacción. El arma del hombre cayó al suelo. Ella, aprovechando que había aflojado el agarre de su cuello, se giró, le dio un rodillazo en la entrepierna y se agachó. Antes de que el hombre pudiera reaccionar, Hossen le atravesó la cabeza de un disparo.

Lavick se acercó y le tendió la mano, para ayudarla a alzarse. Ella aún sentía la cabeza ligera por la falta de oxígeno del estrangulamiento, y del pómulo abierto le manaba un reguero de sangre que se le escurría hasta la barbilla.

—¿Estás bien? —le preguntó el jefe de unidad, observando su pómulo con preocupación.

—¡De fábula!

—Solo vi dos dentro del coche —dijo Meir, con disgusto.

—Todos vimos dos —respondió Hossen—. Alguno debía ir agachado en el asiento trasero.

—¡Venga, nos vamos! —dijo Lavick, dando una palmada.

Hossen guardó el rifle y el puntero láser en la bolsa, que fue a parar otra vez a los asientos traseros del coche. Cass se fijó en que a ninguno de ellos se le había alterado la respiración siquiera, mientras que ella notaba la adrenalina corriendo por sus venas y calentando sus músculos. Ni siquiera sentía frío, y eso que todos ellos tenían la ropa y el cabello mojados.

Jameson salió solo, pero Meir tuvo que lanzarse al agua de nuevo para empujar a Ballantine por las escaleras. Se negaba a abandonar la seguridad del muro del puerto, que le ofrecía refugio. No estaba listo para semejantes sobresaltos y, desde que llegó a Niza, era uno detrás de otro.

—Si prefieres quedarte hasta que vengan los amigos del francotirador… —sugirió Lavick, encogiéndose de hombros.

Era un farol, pero uno que funcionó, porque el hombre se apresuró a salir del agua y corrió hasta el coche en el que había llegado, sin esperar nuevas instrucciones.

—Lleváoslo, Meir. Jameson vendrá con nosotros.

Su teléfono sonó, emitiendo alguna nota discordante, por lo que su estanqueidad parecía haber quedado comprometida con el baño nocturno. El jefe de equipo lo sacudió, frunciendo el ceño, y pulsó el botón para contestar a la llamada.

—Te oigo lejos, pero te oigo…

Su talante cambió enseguida, y todos imaginaron que se trataba de una buena noticia.

—Jameson, ¿tu *jet* puede llevarnos a París? —preguntó, nada más cortar la comunicación.

—A cualquier sitio.

—Pues prepáralo —le dijo, entregándole su teléfono—. Tenemos que salir antes de amanecer.

39. MALAS NOTICIAS

Durante semanas, había temido por su seguridad, por lo que Lavick sintió tal alivio al encontrarse con Sully, que solo se dio cuenta del mal aspecto que tenía cuando deshizo el abrazo.

Había insistido en ir a buscarlo al hostal en el que se hospedaba para poder hablar con tranquilidad. En el *jet* del magnate habría demasiados oídos indiscretos, para hablar de asuntos propios, que únicamente concernían a la unidad. Confiaba en la discreción de Cass, pero no en la de Ballantine y Jameson.

A Ballantine se le estaba pasando el susto y había estado todo el viaje pensativo, quizá sopesando sus posibilidades. El mismo que le había prometido inmunidad, el subdirector de la DIA, coronel Mathison, había pretendido silenciarlo con la bomba. Eso le dejaba una única salida: negociar un nuevo trato con los Mathison por su silencio en otros asuntos, porque testificar contra ellos suponía auto implicarse en la trama.

Por su parte, Jameson empezaba a cansarse de estar muerto. No le parecía tan divertido si tenía que prescindir de las comodidades a las que estaba acostumbrado. Los manejos de los Mathison para hacerse con el petróleo, saldrían a la luz de todas formas. Y a él le convenía adelantarse, negociando con el nuevo gobierno, ofreciendo un margen más amplio, que se encargaría de invalidar en su momento.

Lavick sabía todo eso y de ahí sus prisas, pero quería que Sully le contase lo ocurrido, y decidir qué compartirían, porque su testimonio tendría peso, siempre que quedase claro que seguía órdenes de Majors. Además, solo un reducido grupo de personas podrían escucharlo, o sería el fin de las unidades.

Aunque era de dominio público que todas las agencias tenían sus propios grupos encargados de ejecutar los trabajos «delicados», convenía fingir desconocimiento, y llevarse las manos a la cabeza cuando salían a la luz. Querían resultados: que barriesen la porquería y que no dejasen rastro.

—Vámonos. Es hora de que vuelvas a casa —dijo el jefe de unidad, después de escuchar a su amigo.

*****

—He oído hablar mucho de ti —le dijo Cass a Sully.

—No puedo decir lo mismo, pero me alegra saber que has contribuido a que estos tocapelotas vuelvan de una pieza —respondió él, disimulando una mueca de dolor al sentarse.

—¿Todo bien, compañero? —le preguntó Meir.

—Cojonudo, excepto por algún resto de bala que sigue rozándome el hueso como si quisiera comérselo.

—¿No estuviste en un hospital? —indagó Hossen.

—El cirujano hizo solo un trabajo regular. Tendrás que darme clases para moverme de forma elegante con un bastón.

—Cuando terminemos, parecerás un noble.

A pesar del tono de broma usado en todo momento, a Cass no le pasó desapercibida la rápida mirada que intercambió con el jefe de equipo y que supo interpretar: Sully ya no podría trabajar con la unidad, salvo que accediera a ocupar un puesto en el centro de control de operaciones. Para aquellos hombres, acostumbrados a la acción, la inactividad repentina tenía que resultar traumática, por mucho humor que derrocharan.

Lavick entró en la cabina de mando.

—Preparaos, despegamos de inmediato —advirtió, tras instruir a los pilotos sobre su destino.

—Perfecto —exclamó Jameson—. Esta noche dormiremos en un buen hotel de la capital.

Cass lo dudaba. A esas alturas ya sabía que Lavick haría lo contrario de lo que imaginaba el potentado. Uno quería pasar desapercibido y el otro acostumbraba a llamar la atención, aunque

tuviera que encargar fuegos artificiales y dar una rueda de prensa para presentarse.

Al cabo de dos horas, cuando Jameson y Ballantine dormitaban en sus asientos, Lavick convocó a su gente en la parte delantera, pegados a la cabina.

—Como ya imaginaréis, hay cambio de planes —dijo—. Entraremos por Montreal. El piloto ha cambiado sobre la marcha el manifiesto y el avión continuará hasta Baltimore. Nosotros conduciremos las horas necesarias.

—Luego te lo explico, Cass —añadió en susurros Hossen.

Ella se lo agradeció con una sonrisa, aunque imaginaba a qué se debía el cambio de planes.

—Meir y Hossen —continuó Lavick, hablando en un tono muy bajo—. Os llevaréis a Ballantine. No lo perdáis de vista.

Los dos hombres asintieron.

—Os iré informando, pero si surgen problemas y perdemos la comunicación, ya sabéis dónde nos encontraremos. —El jefe de unidad consultó su reloj—. En 24 horas.

Ballantine acababa de abrir los ojos y los miraba fijamente, intentando escuchar la conversación.

—Venga, pues a descansar hasta que aterricemos —recomendó Lavick.

Hossen le señaló a Cass un asiento y ambos se acomodaron cerca de la cabina.

—Lo que vamos a hacer no es lo usual. A veces, las operaciones nos obligan a volver por nuestros medios, sin apoyo alguno —le dijo en voz baja—. Disponemos de «puertas traseras» para entrar en el país indocumentados sin dejar rastro, que ofrecen bastante fiabilidad. Una de ellas es la de Montreal. Evitaremos sensores y patrullas para colarnos por una antigua ruta abierta por traficantes de la época de la Ley Seca.

—Cortesía de Liv, supongo…

—Se trata de una aplicación ideada solo para las unidades. —Le guiñó el ojo él—. Cuando cuentas con el equipo adecuado, la mitad del trabajo está hecho.

A diferencia de la frontera entre México y Estados Unidos, la que su país compartía con Canadá, la más larga del mundo, se encontraba abierta en su mayor parte, debido a la larga historia de cooperación entre los dos países.

La frontera, de casi nueve mil kilómetros, atravesaba diversos tipos de terreno, incluyendo bosques, lagos y montañas. Aunque existían algunos tramos con vallas o muros, especialmente cerca de áreas urbanas o puntos de cruce fronterizo, la mayor parte de la frontera era, simplemente, una línea divisoria marcada por una zona despejada de maleza.

—Este desvío es por el incidente en Marsella, ¿verdad?

—Si Lewis sabe que Jameson está vivo, Majors lo sabe también. Pero no es él el que nos preocupa ahora, es Mathison, su cuñado. Dispone de medios para tener a gente esperando en cualquier aeropuerto del este.

—Que no tendrán orden de detenernos.

Él le palmeó el hombro.

—Estás aprendiendo muy rápido este juego. Aún puedes cambiar de opinión y venirte a trabajar con nosotros.

—¿Y entrar en el ejército? No gracias, me falta vocación y paciencia para admitir órdenes sin protestar —contestó ella.

—Lo pasarías mejor con nosotros que con Brooks. Se le está olvidando cómo divertirse.

Cass lanzó una ojeada a Meir.

—Sí, ya has comprobado de primera mano que alguna vez es menos divertido —dijo Hossen, adivinando sus pensamientos—. Pero eso ocurre también en el FBI. Ambos trabajos conllevan sus riesgos.

—No, si trabajas en delitos económicos.

—Tenía entendido que querías pasar a la división de investigación criminal, en concreto al departamento antiterrorista. Eso es entrar a jugar en las ligas mayores.

—Lo estoy pensando…

—Pues no lo pienses tanto. Es una oportunidad única y Brooks un mentor que puede enseñarte mucho. En caso de que no te guste, siempre puedes pedir otro cambio; son gratis.

Cass prefería no hablar de eso. Quería pensarlo mejor.

—¿Y cuándo pasemos la frontera? —le preguntó a Hossen.

—Conduciremos hasta Bethesda y nos reuniremos con el general Bigelow, si nada lo impide. Esperemos que para entonces Majors y los Mathison estén suspendidos cautelarmente, en espera de una investigación. Puede que tengamos que pasar un tiempo en Washington o volver para testificar. Pero tú no. Podrás largarte a San Francisco a seguir con lo tuyo, aunque espero que vengas a visitarnos, si pasas por aquí.

Se volvieron ante una exclamación de Lavick, que hablaba con Sullivan y Meir.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

Meir se masajeaba el puente de la nariz y Jameson, que había estado dormitando, se despertó con un respingo.

—Creí que Nando te habría contado lo de Liv. Siento haber sido tan poco delicado —dijo Sully, inclinándose para poner la mano sobre el hombro de Lavick, que se encontraba claramente afectado por lo que acababa de decirle.

—¿Qué pasa con Liv? —preguntó Hossen.

—La atropelló un conductor que se dio a la fuga —contestó Sully—. Pensé que estabais al tanto.

La noticia conmocionó a todos los que la conocían, incluso a Cass, que guardó silencio mientras Lavick se ponía en contacto con Nando y hablaba con él, recorriendo el pasillo del *jet* a largas zancadas.

—¡Hijo de puta de Majors! —masculló Lavick al colgar.

—¿Crees que la descubrió? —preguntó Meir.

—Según Nando, debió ocurrir poco después de cortar la comunicación con nosotros.

Lavick cayó entonces en la cuenta de que no le había dicho a Sully lo de su esposa y el viaje empezó a resultarle una pesadilla de malas noticias que no quería dar ni recibir.

Se acercó a Hossen y Cass.

—¿Os importa pasar delante si habéis terminado? —les preguntó, a lo que ambos accedieron—. Sully, ven a sentarte conmigo un momento, por favor.

Meir, Hossen y Cass apartaron la mirada, aunque escucharon la imprecación de Sully cuando Lavick le contó que Christine estaba muerta. Lavick, sentado frente a él, se inclinó hacia adelante y le palmeó el brazo.

—¡Es el motel donde se reunía con Majors! —exclamó Sully—. Ha sido él, ¿verdad? ¡Cabrón de mierda!

—La policía está en ello.

—Pero no van a encontrar nada.

—Es poco probable —dijo Lavick con toda sinceridad.

—¡Tenía que haber hecho valer mis derechos en su momento. Nos hubiésemos ahorrado…!

—No podemos centrarnos en qué hubiera ocurrido de haber hecho tal o cual cosa, Sully. Lo sabes.

—¡Megan! —exclamó de repente—. ¿Dónde está?

—Tu hija se encuentra bien y con sus abuelos, tranquilo. Querrás que te vea con mejor aspecto cuando os reunáis.

—Me da igual mi aspecto, me necesita.

—Y en cuanto pases por chapa y pintura, te prometo encargarme personalmente.

Sully se recostó contra el respaldo. Se encontraba muy cansado y solo deseaba estar con Emma y con Megan. Quería un tiempo de tranquilidad para pensar y solucionar lo que hubiera que arreglar porque, al contrario de Lavick, tenía poca confianza en que la justicia militar hiciera lo correcto.

Goode, Christine y Liv podían estar vivos de haberse encargado en su momento de Majors.

40. PUERTA TRASERA

Cass

Como experiencia, no podía quejarme. McPherson en eso había tenido razón. No obstante, tampoco estaba muy contenta, y no solo por lo de Brooks, que eso era cosa mía.

Tenía la impresión de que había una razón distinta de la que me contaron para entrar en el equipo de Lavick porque, en realidad, mi contribución había sido meramente anecdótica. Lo más relevante que hice fue encontrar un barco de recreo en alquiler y llenar su despensa de comida.

Sospechaba que McPherson no me había ofrecido una oportunidad, sino que había pedido un favor, aunque se me escapaban sus motivos. Nos habíamos caído bien, pero no se piden favores de ese calado para un conocido.

Además, me sentía vigilada en todo momento por Lavick. Lo sorprendí muchas veces mirándome, pensativo, y me pregunté por qué habría accedido a meterme en su equipo si no se fiaba de mí, cuando lo más importante para la unidad era la confianza. ¿Qué le debía a McPherson? ¿O se trataba de desconfianza por mi condición femenina? Desde luego, con el anuncio de la próxima paternidad de Brooks en directo, me había dejado clara su opinión sobre mi comportamiento.

Me pregunté si con Emma, la única mujer de la unidad, tendría la misma actitud. No lo parecía, por las referencias que tenía, pero eso solo me reafirmaba en la creencia de que era una intrusa entre ellos.

Por si fuera poco, cuando aterrizamos en Montreal y nos dividió en dos grupos para pasar la frontera, se negó a dejarme ir en el

coche con Meir, Hossen y Ballantine.

—Necesitaré que me releves al volante cuando tenga que hablar por teléfono —dijo.

Mientras aguardábamos a que Meir y Hossen volvieran con un par de coches, comprados en un negocio de vehículos usados de las afueras de la ciudad, me acerqué a Sully.

—Siento mucho lo de tu esposa —le dije.

Él asintió despacio, agradeciéndolo. Brooks me había contado que su relación con Emma era reciente y nadie me dijo si el divorcio ya era un hecho o estaba sobre la mesa, porque todos se referían a Christine como su esposa.

—Y yo siento que nos hayas conocido en nuestro peor momento. Solemos ser más… acogedores.

—No tengo queja, aunque estoy flipada: me he sentido como en una película de espías. ¡Y hasta he aprendido a robar coches y andar con tacones!

—La unidad didáctica, nos llaman —sonrió él por mi entusiasmo, del todo genuino—. Pues me han dicho que ha sido un trabajo bastante fácil, excepto por el tema de la bomba. ¡Suerte que teníais al mago de los explosivos con vosotros!

—Ahora que recuerdo: tú eres el que se comió a medias con Brooks una viga ardiendo, ¿no?

—¿Te lo contó? ¡Será chismoso!

—Me lo contó porque yo creía que su cicatriz se debía a la explosión de algún artefacto. La chismosa soy yo —reí.

Hablar con Sully era fácil. Como todos ellos, incluido Lavick, sabían captar la atención y hacer fluida cualquier conversación. Debía ser condición necesaria en su profesión.

—¿Con ganas de llegar a casa? —le pregunté.

—¡Ni lo imaginas! —resopló.

Cuando Hossen y Meir volvieron con los coches, nos dividimos y condujimos hacia el sur, como si fuésemos a pasar la frontera por uno de los pasos.

El coche conducido por Meir iba delante y le seguimos cuando se desvió hacia el camino de entrada de una granja, que dejamos a

la derecha. A un kilómetro, el sendero sin asfaltar terminaba en la puerta de una cerca, cerrada con candado.

Nos detuvimos y Hossen bajó de su coche con una herramienta, cortó el candado y empujó para abrir. Cuando los coches pasaron al otro lado, me giré para ver que usaba la misma cadena herrumbrosa para volver a cerrar, pero con un candado nuevo, reluciente entre el metal oxidado.

Pasó corriendo hacia su coche elevando un dedo, pidiendo un segundo. Sacó una botella de agua, de la que tiró un chorrito en el suelo, untó el candado reluciente con el barro, se enjuagó la mano, subió a su coche otra vez y arrancaron. Me fascinaban aquellos detalles, que a mí nunca se me hubiesen ocurrido, pero que eran esenciales para que cualquier patrulla que pasara por allí no diese la voz de alarma antes de tiempo.

Miré a Lavick, que conducía muy despacio. Ya habíamos perdido el otro coche de vista.

—Ellos irán por delante. Conviene que nos separemos —me dijo, como si leyera en mi ceño fruncido.

Desde el asiento de atrás, Sully aclaró:

—Dos coches levantan más polvo que uno, y vamos a ir por carreteras de tierra la mayor parte del tiempo.

—Compañía o velocidad —dijo Lavick.

—Podíamos haber hecho todo el trayecto en avión —gruñó Jameson, malhumorado desde que se enteró de los nuevos planes, confeccionados a sus espaldas.

—Los muertos no cruzan continentes —le recordó el jefe de la unidad, cortante.

—Me estoy cansando de esta tontería. ¿Cuántas jodidas horas vamos a estar encerrados aquí?

—Las necesarias. Y aprovecha cuando repostemos para ir al baño porque es para lo único que pararemos.

Estaba claro que Lavick y Jameson habían chocado, aunque la actitud del jefe de unidad podía devenir en un problema, si el potentado cambiaba de opinión sobre declarar contra los Mathison, aunque ya me cuidaría de comentarlo.

Al cabo de casi dos horas, cruzamos la frontera, tras recibir una llamada de Meir, conminándonos a aguardar el paso de la última patrulla estadounidense. Ellos se habían incorporado al tráfico de la interestatal 87 y nos llevaban bastantes kilómetros de ventaja.

Lavick detuvo el automóvil al poco de cruzar la frontera.

—Sustitúyeme, tengo que hacer unas llamadas —me dijo.

Intercambiamos asientos.

—No rebases el límite de velocidad y detente en la tercera estación de servicio que encontremos.

El jefe de la unidad escuchaba más que hablaba por teléfono y daba la impresión de que lo que le contaban no era de su agrado. Cuando nos detuvimos a repostar, fue al maletero, del que sacó un destornillador.

—Deja que lo haga yo —le pidió Sully que, al igual que Jameson, había salido a estirar las piernas.

—Aparca allí cuando llenes el depósito —me dijo Lavick.

Yo no sabía qué iban a hacer hasta que Sully volvió con dos matrículas, que cambió por las nuestras.

—Por si acaso —dijo, guiñándome un ojo.

Me recordó muchísimo a Brooks, aunque alejé enseguida esos pensamientos, que no me llevaban a ningún sitio en el que quisiera estar.

—¿Te traigo agua? —le pregunté.

—El jefe traerá para todos. Y algo de comer.

Lavick volvió con todo eso, pero volvió solo.

—Deja, yo conduciré unas horas. Descansa —me dijo.

—¿Y Jameson? —pregunté, al ver que nos disponíamos a marcharnos sin él.

—Jameson ha resucitado.

Sully me lanzó una mirada para que no preguntase y me quedé con las ganas. ¿Tantas molestias para eso?

—Siéntate delante —le ofrecí—. A no ser que quieras dormir un rato.

—De acuerdo. Procura dormir tú, aún tenemos mucho camino por delante.

Empezaba a anochecer y agradecí la deferencia porque estaba cansada. Comí una barrita de cereales y bebí agua. Luego, me acomodé y entré en un duermevela muy agradable, hasta que empezó a amanecer y nos detuvimos.

Estábamos en otra gasolinera y el jefe de la unidad había ido a buscar café, según me dijo Sully.

—Algo va mal, ¿verdad? —le pregunté.

—En el ejército todo va bien. SNAFU.

—¿SNAFU?

—Situation Normal: All Focked Up[8]

—¿Por eso se ha quedado Jameson atrás?

Él pareció pensar su respuesta.

—Exponer a ciertos mandos a la crítica, supone una deshonra para todo el ejército. Pero no es una novedad.

—¿Aunque hayan cometido un delito probado?

—Eres civil, Cass. Las cosas aquí no funcionan igual que para todos los ciudadanos —dijo, con una sonrisa tensa—. Si me permites un símil, es como intentar implicar a la nobleza en algún crimen: son intocables y, como mucho, se libran con un rapapolvo. En caso de que trascienda, algo que se evita a toda costa, pierden sus privilegios. Es todo.

—Pero eso es…

—Una putada, lo sé. Cuanto más alto en la cadena de mando, más intocable; cuanto más alto en política, más inmune. ¿A quién le importa la opinión pública? Mañana los periódicos estarán hablando de otra cosa. Ellos no pisan una cárcel ni pierden sus fortunas.

—Es lamentable —dije.

—Es la realidad en la que vivimos. Las apariencias pesan más que los hechos. ¡Venga, despéjate, que estamos cerca!

Me puse al volante para cubrir la última hora y Sully se sentó en la parte trasera, estirando la pierna herida sobre el asiento. No se quejaba, pero se notaba que le dolía por la cantidad de horas de inmovilidad.

—Coge la próxima salida —me indicó Lavick.

El café había hecho poco efecto en mi organismo. Me sentía aún adormilada y casi me paso el motel que me señaló. Aunque el sueño se me pasó enseguida cuando vi a Brooks esperándonos en el aparcamiento.

Parecía descansado y sonreía de aquella forma que calentaba el corazón. Saludó a Lavick con una palmada en el hombro y abrazó a Sully como si quisiera romperle las costillas.

—¡Joder, tío, que escurridizo eres! —le dijo—. Creí que tendría que asistir a tu entierro y no he traído un traje apropiado.

—Mala hierba, amigo.

—Y estás hecho una mierda. ¿Es que no has comido?

Sully rio, aunque su mente estaba en otro sitio. Buscaba con la mirada en el aparcamiento algo que no encontró y Brooks pareció leerle la mente.

—Emma ha estado buscándote casi un mes, ve a buscarla tú ahora. Está en la habitación 34 —le dijo, palmeándole la espalda con cuidado.

Había percibido la extrema delgadez de su amigo y la cojera que no podía ocultar, aunque él se apresuró a subir las escaleras hasta el tercer nivel del motel.

—¡Ey! —me saludó Brooks—. ¿Todo bien?

—Perfecto.

—Me alegro. Estás en la 25. —Me entregó una llave magnética —. Ve a descansar.

Esta vez no hubo roce de dedos, miradas cómplices, ni demora al entregarme la tarjeta. Y yo me sentí idiota por haberlos esperado. Lavick había hecho bien al abrirme los ojos de forma tan brusca, necesitaba aterrizar en la realidad.

—Tendrías que haber vuelto a casa —le dijo Lavick.

Yo me dispuse a subir por las escaleras, intentando no escuchar su conversación, pero la oí, porque no hay nada más tentador que hurgar en la herida hasta que vuelva a sangrar.

—Os esperaba para no dejar sola a Emma y despedirme de todos. Tengo vuelo mañana a primera hora.

—Acompáñame a ver a Bigelow entonces.

—¿No quieres dormir un rato?

—No podría. —Elevó la voz para llamarme—. Cass, ¿podrás quedarte un par de días?

—Claro —contesté.

—Vale. Luego hablamos. Descansa.

Brooks se volvió a mirarme a espaldas de Lavick y me lanzó una sonrisa triste que se me clavó en las entrañas.

41. SOBORNOS HONORABLES

—Decepcionado es poco para lo que realmente siento en este momento, señor.

Lavick no se sentía tan decepcionado porque esperaba poca justicia. Los mandos se cubrían unos a otros, pactaban, negociaban, engañaban, y todo quedaba en casa.

—Tome asiento, por favor —le pidió el coronel Bigelow.

La oscuridad del despacho solo la disipaba una lámpara de escritorio, que apuntaba hacia la carpeta que su titular tenía entre las manos, tan fina como si estuviera vacía, y dejaba el rostro de los dos hombres en penumbra.

—Esta es la resolución a la que se ha llegado —el coronel alzó la carpeta, que solo contenía tres páginas.

—Sin siquiera investigar ni escuchar a los testigos…

—Imposible hacer más. Cuando en instancias superiores valoraron mi denuncia, decidieron tomar cartas en el asunto y solucionarlo a la mayor brevedad, renunciando a ponerlo en manos de un comité evaluador.

—Para que no trascienda.

Bigelow cerró la carpeta y se acodó en la mesa.

—Ya sé que no es lo que esperaba, sargento mayor, pero así se solucionan las cosas aquí. Habría muchos encantados de poder arremeter contra los Mathison, entre los que me incluyo, si no repercutiera en contra de lo que representamos.

—A mi modo de ver, ahora mismo representamos a una noble institución llena de sinvergüenzas, que aprovechan la confianza de

los ciudadanos para enriquecerse. Barrer la porquería para ocultarla debajo de la alfombra, es sentar un precedente peligroso, dar permiso a cualquiera con galones en sus hombros para delinquir de manera impune.

El coronel ni se inmutó por el discurso.

—Usted lo ha dicho: representamos a una noble institución y necesitamos seguir contando con el apoyo de los ciudadanos. Si algo de esto trasciende, empezaría una verdadera caza de brujas, en la que saldrían a relucir los trapos sucios de algunos, pero también la existencia de las unidades, que serían desmanteladas y sometidas a la crítica del público.

Era lo que temía Lavick. Si insistía, no solo las unidades se desintegrarían, sino que sus componentes serían tratados como criminales. El secreto era lo que las mantenía en pie, por eso no había archivos y los informes desaparecían cuando Majors los había leído.

Temiendo eso, Liv llevaba grabando y guardando todo en discos duros externos más de un año: desde la posición de las unidades desplegadas, comunicaciones e incidentes, hasta los informes presentados por cada miembro de los equipos, que ella copiaba antes de destruirlos.

Y no había servido para nada porque ya estaba todo solucionado, sin siquiera debatirlo. Mathison padre había pactado una jubilación inmediata, a cambio de que su hijo continuase en su puesto, conservando el rango. La única condición a semejante concesión era que antes de un año, abandonaría la subdirección de la DIA. Al coronel Majors, que carecía de influencias, lo licenciaron, sin especificar que se trataba de una licencia deshonrosa, pero por la que sus vínculos con el ejército quedaban zanjados de por vida.

Ni anuncios ni comunicados. Todo se decidió y se ejecutó en un despacho, en el intervalo de dos horas.

—Pero no todo son malas noticias —añadió Bigelow—. Las unidades se han librado del teniente coronel.

—Y Majors se ha librado de pagar por todos sus delitos.

—Ahora es un civil. Se le puede encausar por cualquier delito, siempre que no se encuentre entre los que conciernan al secretismo

de las unidades —y añadió, con una mueca escéptica—, si hay pruebas, por supuesto.

—Sería más realista creer en el karma.

El general se recostó en el sillón y sonrió de medio lado. Había escuchado por boca de Mathison hijo, en cierta ocasión, que las unidades eran las encargadas de solucionar lo que se le pasaba por alto al karma. Nunca imaginó el subdirector de la Agencia de Inteligencia de Defensa, que ese karma se volviese un día contra los manejos de su familia, dejándole con el culo al aire. Por mucho que su padre hubiese querido proteger su carrera, los rumores corrían y James Mathison hijo, aunque seguiría gozando de los privilegios y ventajas económicas de su rango, nunca volvería a ocupar un puesto de responsabilidad.

—Imagino que no tendrá idea del paradero de Majors…

—Desde que su suegro le amontonó las cosas en la puerta de casa, no se le ha vuelto a ver.

Majors y su esposa vivían en casa de los padres de ella desde su accidente.

Lavick observó que Bigelow destilaba satisfacción por cada uno de sus poros. Él había conseguido su desquite con Majors y lo de los Mathison le venía bien, porque había tenido su recompensa al destapar los desmanes de una de las familias arraigadas en el seno de la capital y, por tanto, odiada y envidiada por muchos, incluido el coronel.

—Pero imagino que al capullo de Majors le alcanzará el karma, por muy lejos que vaya —añadió el militar, arrellanándose en el sillón de su despacho.

El sargento mayor tenía mucho en qué pensar y ni siquiera se molestó por la insinuación de Bigelow sobre una venganza personal de las unidades contra Majors. En todo caso, era una decisión que competía a su unidad y él no tomaría decisión alguna sin someterla a votación.

Brooks se levantó del sillón de la sala de espera.

—Tienes cara de que te hayan estrujado los huevos.

—A dos manos.

—Cuéntame de camino al aeropuerto, he reservado habitación en uno de los hoteles cercanos.

—Podrías haberte quedado en el motel —dijo Lavick.

El agente del FBI se encogió de hombros. Demasiado había metido la pata como para seguir tentando la suerte y, aunque sabía que su amigo no le preguntaría, tampoco quería preocuparle más de lo que estaba.

Tanto McPherson como Lavick le había pedido el favor de recomendar a Cass para su división y a él le había faltado tiempo, incluso sin conocer su trayectoria laboral. No se arrepentía, pero temía hacerlo en el futuro, cuando tuviera que verla a diario y fingir que lo de Marsella no había ocurrido.

—Venga, cuéntame qué te ha dicho el general —le pidió a Lavick al salir del garaje, lejos de oídos indiscretos.

El sargento mayor no se hizo de rogar. Tenía suficiente confianza con Brooks.

—Así que todo queda en casa —dijo el agente, negando con la cabeza—. Nadie sale perjudicado, evitan un escándalo y os obligan a callar, a cambio de la supervivencia de las unidades. Extorsión, pura y dura.

—Tal cual.

—¿Y?

—No lo sé, Mack.

—Pues yo sí que lo sé y te voy a decir lo que el resto de la unidad va a querer: hacer pagar a Majors sus deudas antes de que intervengan los Mathison, porque cuando se enteren de lo de Ginebra, van a querer sus pelotas en una bandeja.

—Quizá sea mejor que se encarguen ellos —dijo Lavick—. La unidad necesita estabilidad.

—Baja a tomarte un trago conmigo, te veo muy desfondado y no es propio de ti.

—Y yo veo que tienes pocas ganas de quedarte solo.

—¿Qué dices? —fingió escandalizarse Brooks—. ¡Estoy deseando disfrutar de unas horas tranquilas, sin tener a uno u otro de vosotros dando por el culo!

El sargento mayor rio.

—Disimula cuanto quieras; nos echas de menos.

Brooks no lo negaría. Le gustaba su trabajo en el FBI, pero echaba en falta los enormes retos de sus tiempos en la unidad de Lavick: cada misión era distinta y tenían que prepararse de formas diferentes. A veces, tenían tiempo para organizarse, pero otras había que improvisar y confiar en la destreza de los demás para sacarlas adelante. Respiraban adrenalina y se trataba de una droga muy adictiva.

—¿Y el resto del trato? —le preguntó a su amigo.

—Tengo que pensarlo. Se trata de un soborno.

—Lo es. Pero también lo mejor que les puede pasar a las unidades. Dirigidas por ti, funcionarían como nunca. Hasta yo me plantearía volver.

Ambos rieron porque sabían que Brooks bromeaba. La excesiva rigidez castrense le agobiaba y, aunque las unidades estaban libres de la mayoría de obligaciones inherentes a su condición militar, las órdenes no se discutían; se acataban. Brooks nunca hubiera hecho carrera porque necesitaba explicaciones, que los mandos no estaban dispuestos a dar.

—Ascenso a un rango superior al que te quitaron y quedarte en casa —dijo Brooks—. A Madie le encantará.

Lavick asintió con la cabeza, era cierto que a su esposa le alegrarían las noticias. Había sobrepasado la edad límite de las unidades para actuar sobre el terreno y ella se lo recordaba constantemente. El rango, sin embargo, le daba igual. Había asumido su degradación en el pasado y lo único que le pesaba era haber arrastrado a Sully en su caída. Ambos lo aceptaron porque desobedecer órdenes directas tenía consecuencias, y mejor eso que una licencia deshonrosa, cuando su «delito» había consistido en sacar del país musulmán a su guía, una mujer valiente que se puso al descubierto al salvar sus vidas. Estaba embarazada y si la hubiesen dejado atrás, hubieran sido responsables de su condena a muerte.

El episodio, interpretado por Majors a su conveniencia para socavar la autoestima de la esposa de Sully, no fue único. Intentaban dejar el trabajo acabado y olvidarse, pero algunas veces

se daban circunstancias extraordinarias de las que, moralmente, no podían desligarse.

—Y lo mejor de todo —continuó Brooks—: dirigir las unidades. Si hay alguien preparado, ese eres tú.

—Lo que no deja de ser un soborno para mantenerme callado, y asegurarse de que nadie de la unidad hable.

Brooks miró a su amigo de reojo y chasqueó la lengua, volviendo su atención al tráfico.

—¿Qué sentido tiene ahora sacar las mierdas de Majors? —preguntó, de forma retórica—. No devolverá la vida a los caídos y dañaría a las familias, que piensan que murieron en acto de servicio, sirviendo a su país.

Lavick suspiró, asintiendo con lentitud.

—Además, hasta donde recuerdo, la unidad es muy capaz de impartir la justicia necesaria —continuó Brooks.

—Hubiese preferido que se pudriera en la cárcel. La muerte no es suficiente para él…

—No te corresponde decidirlo.

Lavick era consciente. La decisión estaba en manos de la unidad, en especial, en la de los mayores perjudicados por la actuación del teniente coronel: Sullivan y Meir.

—Además, mira el resto de ventajas: habéis recuperado el dinero de operaciones que robó Majors, con lo que en tu nueva función no tendrías que mendigar una partida presupuestaria extraordinaria. Para todos sería un nuevo comienzo, con la tranquilidad de saber que están respaldados por un profesional con tu experiencia sobre el terreno.

—Ya veremos…

—Puedo quedarme, si necesitas apoyo —dijo Brooks.

Lavick meneó la cabeza, en muda negativa. En otras circunstancias, hubiera accedido, pero en esas… Además de tener que lidiar con los responsables de otras unidades, cuya opinión quería consultar, y con los suyos, que se decepcionarían al saber que Majors no iba a pagar por sus fechorías, tendría que sacar tiempo para hablar con Cass. Y la quería centrada.

El asunto que hubieran tenido ella y Brooks en Europa, deberían solventarlo ellos mismos, en su momento, que no era el presente.

—Coge ese avión, Mack. Tienes tu propia guerra.

42. SOBRE LA MESA

—Lárgate, Ballantine. Esta vez te has librado, pero yo que tú me marcharía bien lejos. Aunque la justicia no te busque, los Mathison querrán respuestas.

Lavick abrió la puerta de la habitación del hombre, que seguía vestido y sentado en una silla. Sudaba profusamente y debía tener la tensión por las nubes, a juzgar por el exagerado rubor de su rostro. Dado su sobrepeso, se estaba jugando un accidente cardio vascular.

—Yo no he hecho nada…

—No me lo cuentes a mí —exclamó Lavick—. Te has acostado con ellos durante muchos años, espero que hayas disfrutado de la experiencia y reunido unos ahorros.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Hossen con ojos adormilados, abriendo la puerta de su habitación.

—Me despedía de Ballantine.

—¿Nos deja?

—Ahora mismo.

—¿Podría quedarme aquí esta noche? —pidió el hombre, que no había esperado semejante desenlace.

—No. Tienes dinero en efectivo y tu documentación, es hora de que empieces a cuidarte solito.

Hossen y Lavick contemplaron al hombre alejarse por el aparcamiento. Llevaba el mismo traje con el que le habían secuestrado en Niza, que hubiese estado mejor en un contenedor de basura. Apestaba y tenía arrugadas hasta las solapas. Ni la tintorería más competente hubiera podido devolverlo a un estado aceptable.

—Este cambio de opinión huele a malas noticias —dijo Hossen, con los brazos cruzados ante el pecho.

—Vete a dormir. Mañana volveremos a la base y os contaré cómo están las cosas.

—Yo tampoco sé si voy a poder dormir con la intriga —dijo Meir, uniéndose a ellos.

—También estamos despiertos y deseando conocer las novedades —exclamó Emma, desde la puerta de la habitación que compartía con Sully.

Lavick chasqueó la lengua.

—No me vais a dejar descansar, ya veo.

—Tenemos el minibar lleno —intervino Sully—. Cuéntanos primero y luego todos a dormir.

—De acuerdo —claudicó Lavick.

*****

—¿Quieres saber lo que pienso de verdad? ¡Que esto es una mierda! —exclamó Emma, rompiendo el silencio que se había instalado en la habitación tras las decepcionantes novedades—. ¿En serio dices que se van todos con las manos limpias después de matar a tanta gente?

Meir se frotó el puente de la nariz.

—Estoy de acuerdo con Emma —dijo Hossen—. ¿Qué pasa con nuestros compañeros y con Liv? ¿Y con Christine? ¿Nadie va a pagar por eso?

—No he dicho que no vayan a pagar. Pero será con el tiempo. Ahora mismo, quedaríamos expuestos.

—¿Y el jodido Lewis? —escupió Emma—. Preparó la emboscada que mató a Goode y la que casi termina con Sully.

—Lo encontraremos, cariño —respondió él, rodeándole los hombros con el brazo y dándole un beso en la sien—. Pero Lavick tiene razón: hay que esperar.

—Lo que no tiene espera es tu respuesta a Bigelow —intervino Meir, pidiendo silencio—. Me gusta mucho tenerte al mando de la unidad, pero creo que las demás tendrán suerte si te pones al frente de todas. Sully será un buen jefe.

El interpelado le dio un puñetazo amistoso en el hombro.

—Lo siento más que nadie, amigo, pero mis tiempos de correrías han terminado —dijo, señalándose la pierna.

—Esperemos a ver qué dicen los médicos —intervino Hossen—. Igual te pueden hacer un apaño.

Sully negó.

—Iré al hospital en cuanto lleguemos a casa, aunque no me hago ilusiones. La bala tocó hueso y la infección fue importante, al carecer de atención médica la primera semana.

Emma le dio un empujoncito.

—Yo me alegro de que hayas vuelto vivo.

—Si los demás jefes de unidad están de acuerdo, puede que acepte la dirección, aunque prefiero consultarlo con ellos. En ese caso Sully se quedaría a cargo del centro de control de operaciones —dijo Lavick—. Y por antigüedad, te correspondería la dirección de la unidad —continuó, dirigiéndose a Meir—. Si los demás están de acuerdo y queréis continuar.

Emma miró a Sully y él asintió.

—Habrá tiempo para pensarlo, espero… —terció Meir—. Ya que no hemos podido despedir a nuestros amigos, me gustaría hacerlo a nuestra manera. Y luego necesitaré un par de días de asuntos propios.

—Sin problemas, Meir —accedió el jefe de unidad—. Lo único que corre prisa ahora es mi contestación a Bigelow, y para eso tengo que reunirme con los jefes de las unidades. Si no hay contraorden, en dos días nos reuniremos en mi casa para celebrar la vida de nuestros amigos. Traed a vuestras familias, que sea una celebración entrañable.

—Estupendo, jefe. Te lo iba a proponer —dijo Sully.

—Cuando las aguas vuelvan a su cauce, haremos unas fiesta a lo grande con las demás unidades y los del centro de control, en su memoria. Esta vez, será familiar. Brooks ha sentido mucho tener que irse, pero Cass nos acompañará.

—Puede alojarse conmigo en la base —se ofreció Meir—. Yo dormiré en el sofá.

—Procura que acepte, debería hablar con ella y no sé del tiempo del que dispondré.

43. UN CIELO SIN ESTRELLAS

Cass

Los ojos de Brooks se llevaron cualquier rastro de sueño que hubiera acumulado. De hecho, tenía el corazón tan pasado de vueltas como si hubiera llegado de Canadá corriendo.

En un intento de mantener a raya los pensamientos que no me convenían, me senté en la cama y cogí el teléfono. Tenía que hacer una llamada, demorada durante tres meses. Desde que me marché a Nueva York.

Casi prefería que el hombre con el que había empezado una extraña relación antes de irme de San Francisco, no contestase. Lo hubiese entendido. Él me había llamado varias veces y nunca le había respondido.

Pero contestó. Y pude imaginar por qué.

Nuestra relación incipiente era un ejercicio de reciprocidad. Nos necesitábamos el uno al otro por diferentes motivos. No lo amaba y creo que él a mí tampoco. Yo era parte de su terapia y él me servía para espantar a los moscones del trabajo, que no podían concebir a una mujer sin compromiso sentimental a mi edad y, por tanto, representaba todo un desafío a su masculinidad. No todos eran así, pero el porcentaje era lo suficientemente alto, y ya costaba bastante mantenerse al día con el trabajo como para soportar insinuaciones, más o menos veladas, hora sí y hora también.

Empezaba a sospechar que la relación con las personas que pasaban por mi vida tenía fecha de caducidad, por alguna especie de karma. Aunque no quedaba nadie vivo para reclamar por mi

apropiación de identidad, cada día aumentaba mi temor a ser descubierta.

Incluso había pensado en volver a empezar de cero para lograr un poco de paz, pero ¿merecería la pena?

—Ronco.

—¿Qué?

—Cuando duermo a pierna suelta, ronco —repitió Meir.

—Bueno, ya saldré a darte un codazo si no me dejas dormir —le contesté.

Hubiese preferido quedarme en un hotel de la población cercana a la base, pero Meir no me dio opción.

—Tienes que echarme una mano, cubriéndome, porque debo hacer un par de recados —me dijo—. Si Lavick pregunta por mí, estoy comprando víveres.

—¿Una cita secreta?

—Algo por el estilo. Tardaré una hora, a lo sumo.

Me dio la impresión de que tardaría un poco más porque Emma, cuyo apartamento estaba al lado del de Meir, lo interceptó en el pasillo y estuvieron un buen rato hablando. A veces, levantando algo la voz.

Como no quería meterme en lo que no me concernía, me retiré al interior del apartamento.

Cuando volvió y guardó lo que traía en el botiquín bajo llave, me conminó a acompañarle. Quería enseñarme la base, que no dejaba de ser una especie de pueblo en miniatura. Había mucho militar uniformado de acá para allá, pero también amas de casa de compras, niños en bicicleta o jugando en parques y campos de deporte. Me llamó la atención que fueran sin compañía de adultos y se lo dije a mi guía.

—El acceso a la base está muy controlado y los niños están seguros —respondió.

—Tarados hay en todos sitios.

—Cierto, pero esto es como un pueblo y casi nos conocemos todos. Alguien con esos impulsos no actuaría aquí, por la cuenta que le traería. La comunidad militar es una gran familia: si tocas a uno, los demás se lo toman como algo personal.

—No ha sido así con Majors —rebatí.

—Logística es un mundo aparte. Imagino que te lo explicaron. El personal de logística vive en la base, pero nadie de la base sabe qué ocurre de verdad en logística.

—Lo sé. Es vuestra tapadera.

—Una buena. A ver si dura… —murmuró entre dientes—. No sé si te lo ha dicho Lavick: en tu currículum constará que trabajaste con los equipos especiales de la DIA.

—Puede que no haga falta.

—¿Por qué? Será bueno para adjuntar en tu expediente, aunque tengo entendido que ya tienes un puesto en antiterrorismo con Brooks.

—Llevo unos días dándole vueltas. Creo que aún no estoy preparada para eso.

Meir me lanzó una mirada de reojo y me cedió el paso para entrar en un bar de paredes recargadas con trofeos, banderines, chapas y fotografías.

—Vamos a tomar algo fresco y me lo explicas, si quieres.

—No hay nada que explicar. Me he dedicado a delitos económicos. ¿Qué tiene que ver eso con el terrorismo?

Él pidió dos cervezas ante mi asentimiento y me invitó a tomar asiento en una banqueta.

—Todo —dijo, cuando pensaba que ya habíamos dado el tema por zanjado—. Sin financiación, no habría terrorismo internacional. Los grandes terroristas necesitan mucha financiación y ahí entras tú. Puede que no sepas mucho sobre eso, pero ya te pondrás al día. Y ten por seguro que Brooks te enseñará a lidiar con las células y los individuos que las componen, además de darte algún curso acelerado sobre detección y desactivación de explosivos.

Justo lo que no quería escuchar. Aprender y trabajar no me daba miedo, pero temía tener a Brooks tan cerca. Sabría ocultar mis sentimientos porque tenía un historial impecable al respecto, pero ¿merecía la pena el esfuerzo?

—Imagino que tendrás un tiempo para asimilar todo eso, no te van a lanzar a la calle sin más —continuó Meir—. Pero fíate de Mack, es un buen tío.

No dudaba de su profesionalidad, sino de la mía. Los sentimientos tenían sus propias y absurdas reglas.

Meir era buen interlocutor y terminamos en el parque con un par de cervezas y un cigarrillo de marihuana, que no sé de dónde sacó, pero que compartimos, tirados en el césped cuidado, mirando un cielo sin estrellas.

—No estoy preparado para dirigir una unidad —dijo.

Seguí mirando el cielo brumoso. Él no esperaba interrupciones, quería hablar.

—Nunca he pensado que pudiera hacerlo. Soy bueno en lo mío, me adapto y consigo mis objetivos, pero de ahí a dirigir a mis compañeros, va un paso muy largo. Mi fuerte no es la estrategia. Sully lo hubiese hecho igual de bien que Lavick, pero de poder elegir líder, sería Hossen. Hace falta alguien capaz de separar los sentimientos del trabajo, y él compartimenta unos y otros como nadie que conozca.

—¿A Emma no la tienes en cuenta? —pregunté.

—Emma es demasiado temperamental y alberga en su corazón el mismo deseo de venganza que yo, el rasgo menos deseable para un jefe de unidad, que debe mantener la calma en todo momento.

—No me pareció que Lavick estuviese muy calmado cuando lanzó a Jameson al puerto —ironicé.

Meir sonrió.

—Resultó creíble, ¿no? Seguro que Hossen te dijo que gran parte de nuestro trabajo es actuar. A eso, yo añadiría varias profesiones poco recomendables, que incluyen la noble habilidad del carterista callejero.

Me giré para mirarle con fijeza.

—Tú tiraste su móvil al agua.

—Jameson creyó que lo era, pero se trataba del mío. Los cambié antes de fingir que lo sacaba de su bolsillo. Convenía cerciorarnos de que sus «guardaespaldas» lo tenían localizado .— Entrecomilló la palabra guardaespaldas con los dedos.

—Casi nos matan.

—Lo del francotirador fue sorprendente, lo reconozco. Pero se notaba que se había apeado del mismo coche en el que vinieron los

demás por la mala elección de su puesto. Cualquier francotirador experimentado hubiese elegido una altura más elevada. Y no hubiera fallado.

—¿Mereció la pena el riesgo? —le pregunté.

—El tiempo lo dirá. De momento, como Jameson piensa que su teléfono terminó en el puerto de Marsella, tiene otro al que no ha cambiado de número, para recuperar sus contactos. Esto nos permite espiar todo lo que haga, sin necesidad de colocarle un *malware* detectable por cualquier experto.

—Y también disponéis del número de todos sus contactos —dije, con cierta admiración, porque yo no me había enterado de esas maniobras, llevadas a cabo delante de mis narices.

Me pregunté cuántas más de ellas se dieron en ese viaje a las que yo era ajena.

—Supongo que pensáis hacerle un seguimiento —sugerí.

—Supones bien. La fuente de información que le facilitaban los Mathison para pujar se le ha agotado, pero ten por seguro que buscará alternativas. El suministro de material bélico supone miles de millones, a los que no querrá renunciar y, tarde o temprano, se le acabará la suerte.

—Tendrá buenos abogados.

—También tiene malos socios. Si queda expuesto, los mayores suministradores mundiales de armas querrán cerrarle la boca. Esos negocios entrañan mucho riesgo, y el anonimato es esencial para su protección.

—Lo desenmascaráis y otros hacen el trabajo sucio.

Meir se encogió de hombros.

—Ya sabes que el que siembra vientos…

—Recoge tempestades —terminé.

¿Eso había hecho yo? ¿Sembrar vientos en mi vida? Prefería no pensarlo, de momento.

—Puede que parte de la información que se saque de ese móvil termine en manos del FBI. Concretamente, en conocimiento de los equipos antiterroristas en los que vas a entrar. Porque al final los asuntos de armas tienen muchas ramificaciones. Alégrate de haber

contribuido a que se pueda hacer un seguimiento de los contactos de Jameson.

Me pasó el cigarrillo y se lo devolví, después de dar una calada y toser como una tuberculosa en fase terminal.

—¿Esto se supone que relaja? —pregunté, con voz ronca.

Meir soltó una carcajada.

—Pensaba que tendrías algo de práctica. Es raro el paso por la universidad sin haber experimentado un poco —dijo.

—Con gente como yo, la DEA no existiría. Es la primera vez que pruebo la marihuana y jamás se me ocurriría tocar algo más fuerte. Me da miedo.

—Habrás tenido oportunidades…

—Siempre he preferido dedicar mi atención al alcohol y al sexo, aunque son igual de perniciosos —reí también—. Por cierto, ¿sabes qué quiere decirme Lavick mañana?

Él negó con un gesto.

—Imagino que querrá agradecer tu ayuda, te advertirá de nuevo sobre la necesidad de mantener nuestro trabajo en secreto, y querrá que conozcas a nuestra pequeña gran familia. Considéralo un regalo porque no suele hacerlo con los colaboradores externos. Eso quiere decir que le has impresionado.

Elevé la ceja, incrédula.

—¿Haciendo qué? ¿Turismo?

—Cada uno desempeñamos una función para que el total del operativo salga adelante. No hay papeles estelares ni estrellas entre nosotros.

Meir rió entre dientes.

—¿Sabes cuál fue mi papel en el primer trabajo que hice con la unidad? —preguntó, de forma retórica—. Tenía que pasar corriendo por un pasillo en penumbra gritando: ¡fuego! Y encima salió fatal porque estaba tan nervioso que tropecé con el cuerpo de un borracho que dormía la mona y me caí de boca.

Me señaló la cicatriz sobre su labio superior y reímos ambos; él recordando lo ocurrido y yo imaginándolo.

Iba a echar de menos a aquel variopinto grupo.

—Anda, vámonos a dormir —dijo Meir, al cabo de un rato—. Tengo que ir a buscar carbón para encender la barbacoa o no comeremos mañana. Soy el experto.

—¿Habrá mucha gente?

—Los de la unidad, sus familias, y algún amigo.

Esa noche también me costó conciliar el sueño. Poner la mente en blanco requería de una mente tranquila, de la que yo carecía, y la única forma de relajarme era poniéndome algún podcast aburrido. Seguía la narrativa, concentrándome en las palabras del locutor, intentando enterarme del contenido, hasta que me aburría y me dormía.

—¡Arriba, dormilona! —exclamó Meir.

Me froté los ojos, desubicada por un momento.

—He pensado que en vez de quedarte aquí, mirando las musarañas hasta la hora de la comida, me acompañes. Tengo que ir a ver a Nando un momento y puedo enseñarte las partes de logística que no llegaste a conocer.

—¿Podré entrar?

—Vas conmigo, guapa. Entraremos donde nos dé la gana.

Meir parecía de buen humor esa mañana. Quizá estaba empezando a superar la pérdida de su compañero y me alegré por él, porque yo nunca superaría la mía.

44. CONVERSACIONES APLAZADAS

Lavick prefirió ocultar a su esposa las novedades, hasta que hubiera consultado con los jefes de las otras unidades. Madie estaría encantada de que se quedase en la base, eso lo sabía, así que no quería precipitarse, por si fallaba el voto unánime y había que contemplar otras posibilidades.

Se llevaba bien con todos los jefes de unidad y creía que aceptarían la nueva jerarquía, aunque no podía darlo por hecho hasta que lo hubieran consensuado. A diferencia de Majors, a él le importaba la opinión de la gente bajo su mando.

Se reunieron en una sala del control operativo que Nando había preparado para que dispusieran de intimidad. Los dos jefes de unidad que se encontraban en la base fueron puntuales; los que se hallaban desplegados tardaron un poco. Sus unidades estaban en distintos lugares del mundo, por lo que fijar una hora resultó complicado para ellos y para el equipo técnico que tenía que ponerlos en pantalla.

Todos se encontraban al tanto de la destitución de Majors, por lo que la noticia no los pillaba de nuevas.

—¿Habéis sido vosotros? —preguntó uno de los jefes, con el que Lavick tenía más confianza.

—Eso da igual, Kant —respondió Lavick—. Lo importante es que ya no podrá usarnos de nuevo.

—¿Es cierto que mató a Liv? —preguntó otro.

—No hay pruebas, pero tampoco muchas dudas. Liv nos estaba ayudando a recopilar información en su contra y la señal de su móvil

en el momento del atropello lo situaba cerca.

Hubo un suspiro general. Todos querían a Liv.

—¿Cuándo vamos a por él? —gruñó Kant.

—Ya hablaremos de eso —respondió Lavick—. Sería demasiado evidente y nos pondríamos en el punto de mira de algunos oficiales que están al tanto. Debemos pasar desapercibidos; sabemos y podemos hacerlo.

—Entonces, ¿ya está? —exclamó, agrio, uno de los jefes que se encontraba en algún lugar de Oriente, según pudieron adivinar por el entorno—. ¿Nos usa y lo único que pierde son los galones de teniente coronel?

—Créeme, Sanders, está más jodido de lo que cree. Pero no es eso lo que quería consultar con vosotros. Escuchad y cuando termine, espero una decisión unánime o una proposición alternativa al futuro de las unidades.

Lavick contó a sus compañeros la investigación que Liv y él llevaban a cabo desde hacía tiempo y todo lo acontecido desde entonces, de lo que ellos habían sido ajenos.

—Vimos en esta misión la forma de desenmascarar su autoría y la de los Mathison, y la aprovechamos —terminó.

—Pero salió mal —bufó Kant.

—Los Mathison han sabido negociar su salida airosa. Su chivo expiatorio ha sido Majors.

—¡Joder, tío, qué asco! —exclamó uno de los jefes de unidad presente en la sala.

—Eso pasa por poner a un chupatintas de jefe —dijo otro.

—Las unidades deberían estar dirigidas por alguien que haya sentido el roce de una bala, cuyas manos sepan empuñar un arma y haya llegado a casa oliendo a sangre y a pólvora —aseveró Kant, el más belicoso de todos ellos.

Como si hubieran adivinado, de repente, todos los ojos se posaron en Lavick.

—Es lo que quería consultar con vosotros. Me han ofrecido la dirección de las unidades. Y no soy tonto, es una forma de mantenernos callados, pero la alternativa es disolverlas —dijo—. Quiero conocer vuestra opinión.

—Ya conoces mi parecer, Lavick —dijo uno de ellos—. Pero me gustaría compartir esto con mis hombres y saber qué les parece. Somos un todo juntos.

—Lo entiendo. Consúltalo, no hay prisa.

—Dame una hora. Hay algunos de guardia.

La reunión online se alargó más de lo previsto por Lavick, aunque con el resultado esperado: tenía el apoyo de los jefes de unidades, sin el que no hubiera podido asumir sus funciones.

Llamó a Bigelow para acceder a su proposición, con la confianza de gozar del beneplácito de todos y cierta tristeza por tener que retirarse de primera línea.

Esa parte nunca la compartiría con nadie, ni siquiera con su esposa. Le iba a costar mucho acostumbrarse a ver los acontecimientos a través de un monitor.

—Esto hay que celebrarlo —exclamó uno de los jefes que se encontraba presente, tras despedirse de sus colegas.

—Una cerveza —dijo el otro—. Me parece buena idea. Luego no querrás juntarte con tus subalternos.

—Cuando rechace una cerveza con mis amigos, será hora de retirarme —exclamó Lavick.

No podía dejarlos colgados, así que se le iba a hacer tarde para la charla que quería tener con Cass antes de la comida familiar, por lo que le envió un par de mensajes para que le esperase, que no fueron leídos.

Las dos cervezas que se tomó con los jefes de unidad se le hicieron eternas porque tenía otras cosas en la cabeza.

Aparcó delante de los apartamentos y subió al de Meir a la carrera. Creía tenerlo todo controlado y nada más lejos de la realidad porque, al no recibir respuesta a las numerosas llamadas a la puerta, consultó su móvil y se tapó los ojos con la mano libre. Mientras se despedía de los demás jefes de unidad, había recibido un mensaje de Meir, avisándole de que Cass y él llegarían a su casa antes, para preparar las brasas con tiempo.

Sudaba cuando aparcó a varios metros de la entrada de su casa, ofuscado por el apresuramiento de los acontecimientos.

Alargó la mano hacia la puerta, cuando esta se abrió de golpe. Cass salió con una mirada decidida en su rostro pálido.

—Cass, espera un momento —murmuró, cuando pasó a su lado, sin detenerse.

Ella se giró. Tenía fuego en la mirada, a juego con su melena rizada, del color del cabello de su padre.

—¿De qué coño vas, Lavick? ¡Vete a la mierda!

La vio alejarse corriendo y no tuvo ánimo para ir tras ella.

Las cosas tendrían que haber sido distintas. Lo había organizado para poder contarle una historia en privado.

Entró en su casa para ver que no solo Madie tenía el ceño fruncido; McPherson, con una bandeja entre las manos, le miraba de manera acusadora.

—Lo siento —dijo.

Tenía que haber advertido a Meir que Cass debía esperar en su apartamento. Ahora… Esperaba no haberlo fastidiado. Él sabía, mejor que nadie, que había que tener en cuenta todas las posibilidades y esperar las más adversas.

—¿Keaton? —preguntó, dirigiéndose a McPherson.

El hombre del FBI negó.

—Está en el jardín, no se ha enterado, pero Lavick…

—Ya lo sé, no me vengas con monsergas tú también.

—Se ha dado cuenta de mi participación y me gustaría disculparme con ella, cuando lo haya asimilado —dijo McPherson.

Lavick asintió despacio, frotándose la cara con la mano. La había fastidiado por no contar con imprevistos, algo que no era propio en él. Pero pensaba arreglar su torpeza manejando un asunto tan sensible, porque Frank necesitaba saber que su hija seguía viva, y ella necesitaba saber que su padre nunca quiso abandonarla.

Aceptó el vaso de agua fría que le alargó su esposa.

—¿Ha ido bien con los chicos? —preguntó ella.

El jefe de unidad le depositó un beso en la mejilla.

—Me quedo en casa, dirigiendo las unidades, Madie.

Ella entrecerró los ojos.

—No es una broma, ¿verdad?

Ante el asentimiento de Lavick, Madie sonrió y le dio un rápido abrazo. Su esposo no le hablaba de las misiones, pero sabía que cada vez que salía de casa para una de ellas, corría el riesgo de no volver, y había acudido a demasiados funerales como para estar tranquila.

—Frank te espera en el jardín. Ha traído a una invitada a la que querrás saludar.

Lavick echó un vistazo fuera.

Meir se afanaba en la barbacoa. Había encendido el fuego y estaba preparando los utensilios y las especias, moviéndose al ritmo de una canción que sonaba en sus auriculares.

Bajo una frondosa haya, se encontraba Frank Keaton en su silla de ruedas, acompañado de una joven desconocida. Ambos tomaban sendas cervezas frías y charlaban animadamente.

—¿Quién es? —le preguntó a Madie.

Ella le guiñó el ojo.

—No pienso fastidiar la sorpresa, aunque espero que me cuentes luego por qué la amiga de Meir ha salido corriendo.

Él le dio un beso suave en los labios.

—Esta noche —le prometió.

Frank Keaton se percató de su presencia y alzó la mano.

—¡Ah, Lavick! Te esperábamos —exclamó.

Le tendió la mano a su amigo y luego a la muchacha, que parecía dominada por un ataque súbito de timidez.

—¿Recuerdas a la hija de Joe Andersen?

El jefe de unidad no pudo ocultar su sorpresa. La familia de Andersen había desaparecido del mapa poco después de su fallecimiento y, aunque nunca dejaron de buscarlas, desconocía que Frank Keaton las hubiese encontrado.

—¿Jane, verdad? —le preguntó a la joven y, tras su asentimiento, la atrajo en un abrazo—. ¡Bienvenida a casa! Te hemos echado mucho de menos.

Ella se sonrojó, pero sonrió.

—Pero siéntate con nosotros —le pidió Frank—. Tengo otra sorpresa que te encantará.

—Me tienes intrigado —dijo Lavick, acercándose al barril donde las cervezas se enfriaban, sumergidas en hielo—. ¿Queréis otra? —les ofreció.

Ante su negativa, se sentó en el banco, al lado de Jane.

—Por cierto —comentó Frank—. Llegaron los fondos. Las unidades jamás volverán a tener que hacer trapicheos.

Era lo único bueno que había salido de las trampas de Majors. Habían pasado por Ginebra para hacerse con las claves de la cuenta de la empresa fantasma. Hossen le había ayudado a caracterizarse porque, por complexión y estatura, Lavick era el más adecuado para hacerse pasar por Patrick Majors. La mayor dificultad fue ocultar sus ojos oscuros, en contraposición de los muy claros de su superior. Parte de ese dinero, que había sido robado a las unidades, volvería a ellas, junto con varios millones para aumentar sus fondos de jubilación.

—En cuanto a la sorpresa… Adivina dónde trabajaba antes Jane. —Hizo un gesto con las manos, desdiciéndose—. Déjalo, nunca lo adivinarías.

—Frank…

—Vale. Solo pretendía darle un poco de emoción al asunto. Jane trabajaba en el motel donde se citaban el teniente coronel Majors y Christine Sullivan.

Ante la cara de sorpresa de su amigo, soltó una risotada.

—Pero lo mejor es que tiene pruebas de que estuvo allí el día que asesinaron a Christine. Le extrañó verlo limpiando el tirador de la puerta y la jamba, y lo grabó a escondidas.

—¿En serio? —No podía encontrarse más asombrado.

—Era un cerdo, que trataba fatal a todos los empleados y solía quejarse de la limpieza —contestó ella—. Cada vez que aparecía, yo me escondía. Daba miedo.

—¿Tienes esas pruebas?

—Tengo la grabación. Se la entregaré a la policía.

—Te llamarían a testificar, si llega a haber juicio. ¿Lo harías? —preguntó Lavick a la muchacha.

Ella asintió y él volvió a abrazarla. Quizá aún estuviera a su alcance la justicia que merecían todas sus víctimas.

45. EL KARMA Y SUS COSAS

Howard Lewis se encontraba en un motel de la interestatal 66, a media hora del centro de la capital.

Tras su reunión con el coronel Mathison, subdirector de la DIA, le había quedado en la garganta cierto regusto a derrota al que no estaba acostumbrado. El negocio de las licitaciones se iba a mirar con lupa para prevenir nuevos casos de prevaricación y la oficina de Defensa dedicada a ese tema, quedaría en manos de uno de los mayores cabrones de la administración militar, con un comité permanente dedicado a estudiar con lupa a cada empresa licitadora.

A partir de ese momento, ninguna empresa sin representante físico responsable, tendría opciones competitivas. Eso dejaba a la de los Mathison, donde él tenía invertido gran parte de su dinero, fuera de juego. No es que fuese un dinero que hubiera aportado, pero era lo que le debían por los trámites, que él había decidido cobrarse en participaciones.

Por otra parte, Jameson también estaba vetado, al saberse su implicación en la adquisición de secretos militares, y lo que le debía el potentado, por otros conceptos, lo invirtió en la siguiente operación que llevaría a cabo el empresario, mientras los Mathison esperaban su oportunidad.

—Quiero mi dinero de vuelta —le dijo a Lee Jameson.

El potentado, tras reaparecer vivito y coleando para sorpresa de sus allegados, se había trasladado a Washington, alojándose en el mejor hotel de la ciudad.

—Me lo pensaré —contestó Jameson, envuelto en un albornoz mullido, llevándose un vaso de *whisky* a los labios.

—¿Qué tienes que pensarte? Invertí dinero, con ciertas condiciones que no se dan en este momento.

—No te pedí que invirtieses en mi empresa, fue cosa tuya. Ahora esa empresa está siendo investigada y los fondos congelados. Ya te avisaré cuando…

—¡Y una mierda! —bramó Lewis, avanzando dos pasos para colocarse a medio metro del potentado—. Me de igual de dónde saques la pasta, me consta que para ti es calderilla; te gastas más en esta *suite*.

Jameson volvió a la mesita de los licores para alejarse de la ominosa mole del ex agente de la CIA.

—¿Olvidas que fuiste tú el que me metió en este jodido lio? ¿Sabes cuánto me va a costar el error?

—Es el riesgo de meterse en negocios turbios —dijo Lewis.

—Podría contestarte lo mismo. Pero además, te contraté, a ti y a tus amigos tarados de la CIA, para protegerme, ¿y qué pasó? Yo te lo diré: ¡que casi me vuelan el culo con una bomba y que me secuestró otro grupo de tarados!

Lewis volvió a acercarse a Jameson y le hundió el índice en el pecho, amenazador.

—Dame mi medio millón y esto habrá quedado en nada.

—Lo estudiaré con mis asesores cuando vuelva a Ginebra, es lo único que puedo…

El ex agente de la CIA cerró la puerta de la *suite* a su espalda varios minutos después, para dirigirse a los ascensores, sin apresurarse, e ignorando las cámaras. Mientras aguardaba la llegada de uno, se humedeció el pulgar con la lengua para retirar una salpicadura de sangre de la frente. Tenía las acciones de la empresa de Jameson, por lo que, tarde o temprano las cobraría. No lo necesitaba con vida.

Lo que sí necesitaba eran los dos millones invertidos en la empresa de los Mathison. Y los necesitaba para desaparecer porque en ese hotel había cámaras para aburrir en las zonas comunes. Si tuviese tiempo, lo hubiera arreglado, pero no era el caso, así que

cualquier policía novato que echase un vistazo, lo señalaría como el autor del homicidio de Jameson. No tenía problema con eso porque disponía de su propio paraíso: hacía años que era dueño de un pequeño club en la isla de Ibiza, adquirido a través de un consorcio, con su identidad alternativa.

Y si se aburría, ya buscaría la forma de meterse en algún negocio alternativo. De esos sobraban.

El general Mathison carecía de personal de seguridad, por lo que entrar en su casa fue cosa de abrir la puerta trasera, saludar al personal de cocina, como si lo hiciera a diario, y buscar al general, que se encontraba en el salón.

—¿Qué…?

—Hablemos en un lugar más privado, coronel.

Mathison, que se encontraba solo, le precedió a su despacho, ubicado en la planta baja.

—Te voy a hacer el favor de venderte mis acciones, Mathison. Es un porcentaje muy pequeño, pero te otorgará una mayoría decisiva sobre tu hijo y tu yerno.

El despacho del general Mathison carecía de imaginación, igual que su ocupante.

El general no conocía a Lewis, porque solo había mantenido contacto directo con Majors, pero el ex agente de la CIA quería liquidar el asunto de su dinero de inmediato. Si tenía que buscar a Majors, temía que su mal genio aflorase y eso no convenía, o tardaría mucho más en rescatar su inversión.

El militar, que había tenido temporadas mejores, accedió a hacerle una transferencia inmediata. Semejante diligencia se debía al arma que le apuntaba al pecho, más que a su voluntad, pero nunca se había jactado de ser un héroe, como proclamaban las condecoraciones que lucía en su uniforme.

A pesar de ser una cuenta conjunta la que figuraba a nombre de la empresa, cada socio mayoritario podía disponer de su parte proporcional para la compra de acciones de socios minoritarios. Lewis conocía esa condición, por eso le había explicado al general que se podía ahorrar excusas.

Debido a la hora, la sucursal del banco suizo de Nueva York estaba cerrada, pero cualquier oficina europea podía tramitarlo en unos minutos.

Cuando Mathison se encontraba al habla con un ejecutivo del banco en Ginebra, Lewis le deslizó delante un papel con el número de cuenta al que tenía que transferir los fondos. Y supo que algo iba muy mal al ver la súbita lividez del rostro del militar, que parecía a punto de vomitar. Escuchaba lo que decía su interlocutor, pero parecía incapaz de articular palabra.

Lewis apretó el botón del teléfono para escuchar lo que decía el hombre, e intervino:

—Disculpe, soy uno de los socios de la cuenta de la que hablamos. Puede repetirme…

Dos minutos después, cortó la comunicación. Había tenido suficiente, aunque no sabía si reírse o empezar a jurar.

—Parece que no te has molestado en controlar a tu yerno y os la ha jugado bien —dijo, negando con la cabeza—. Ha tenido tiempo de volar a Suiza y vaciar la cuenta.

Rio hasta que poco después, cuando exigió a Mathison su dinero, él le confesó que había invertido todo en la empresa: estaba arruinado, igual que su hijo.

—Pues peor para ti. Cualquiera entenderá que has tenido una época fatal y has tomado una decisión drástica. Pero tranquilo, que yo te ayudo, por si te falla la determinación…

Antes de que el servicio pudiera reaccionar al disparo que salió del despacho del general, Lewis había salido de la casa.

Tumbado en la cama del motel, decidió que por una noche estaba bien. Mañana empezaría su caza, aunque le costaría algo más porque Majors sería estúpido si hubiera vuelto. Con tantos millones en su bolsillo, lo normal es que intentase desaparecer, o su cuñado y su suegro lo matarían.

Él lo encontraría, se le daba bien encontrar gente y se cobraría la persecución con creces.

Cerró los ojos y entonces percibió el sutil olor a quemado que se colaba por debajo de la puerta.

Encendió la luz, vio el humo y enseguida alguien accionó la alarma contra incendios, que provocó un coro de voces de clientes airados por haber visto interrumpido su descanso. Resopló con fastidio, recogió su bolsa de viaje y abrió la puerta.

La bala, disparada con silenciador a apenas un metro de distancia, le destrozó la rodilla. El dolor fue ten intenso, que no pudo gritar ni oponer resistencia a la mujer que se inclinó para apretarle una gasa con cloroformo sobre la boca y la nariz.

Los inquilinos del motel siguieron las instrucciones de Meir, que los conminaba a bajar por las escaleras que daban al aparcamiento y, cuando ya no quedaba ningún huésped, entró a la habitación de Lewis y se lo cargó al hombro.

Emma, que había salido al pasillo, confirmó que se encontraba despejado y descendieron por las escaleras de incendios, al pie de las cuales esperaba el coche con el maletero abierto.

—¡Qué bien se nos dan los secuestros! —exclamó Emma cuando se incorporaron a la interestatal—. Deberíamos dedicarnos a esto en exclusiva.

Meir esbozó un amago de sonrisa. A veces, le preocupaba la facilidad para delinquir que habían desarrollado en nombre de un bien general, porque cualquiera con malas intenciones, como las que tenían Emma y él en ese momento, podría hacer lo mismo, sin esperar consecuencias.

—Sé lo que piensas —dijo ella, cambiando a un tono grave, apretando el antebrazo de su compañero con cariño—. Si prefieres dejarlo, yo me encargaré.

Él negó con la cabeza.

—Aunque fueron órdenes de Majors, este desgraciado se encargó de organizar la trampa que terminó con Goode. Le prometí que lo encontraría y lo mataría por lo que le hizo.

—También fue el que organizó lo de Sully y casi lo matan. No lo consiguió, pero ya no dirigirá una unidad por su culpa. Este hombre es un cáncer —dijo Emma.

—Pues tranquila, que tendrá la quimioterapia adecuada.

—Lo echaron de la CIA, pero sigue teniendo muchos contactos y, después de estropearle el negocio de las licitaciones, no se

conformará. Solo tienes que ver lo que ha hecho esta noche para recuperar su dinero.

—No tienes que recordármelo —concordó Meir—. Por eso va a tener la misma muerte que el que asesinó a Goode, para eso me he procurado otra dosis de veneno de coral. No nos resarcirá del daño, pero tendrá muchas horas para arrepentirse.

Ella estaba de acuerdo. No solo quería retirarlo de la circulación por razones personales. Lewis era peligroso por muchos motivos: el principal era que conocía, gracias a Majors, la existencia de las unidades y quizá quisiera pagar su frustración con ellas, si no conseguía su dinero. Y no iba a obtenerlo.

Liv había sido muy diligente y, con la ayuda de Nando, rastreó el dinero que Majors había robado a las unidades, imaginando que estaría invertido en la empresa fantasma que compartía con los Mathison. Colarse a través de la seguridad del banco suizo llevó más de una semana y el desplazamiento de Nando a Zúrich, lugar de su sede central.

Pero llegado el momento, estaba todo listo.

Hossen, que debía haber acompañado a Cass, era más necesario para ayudar a caracterizar a Lavick. Conseguir las claves de la cuenta era esencial para poder vaciarla y recuperar lo que Majors había robado a las unidades. La ocasión se presentó antes de iniciar la misión, por eso él y Lavick habían aterrizado en la base aérea de Ramstein, en Alemania, en vez de ir directamente a Niza. Las cámaras de seguridad del banco lo captaron de lejos y luego hubo un fallo general del sistema.

Liv había guardado esas imágenes para insertarlas, con los metadatos modificados, llegado el momento. Y, aunque tuvo que encargarse de hacerlo Nando, el momento llegó varios días antes, coincidiendo con la desaparición de Majors. A todos los efectos, él se había apropiado del dinero de la empresa que, en realidad, había ido a parar al fondo común de las unidades para asegurar jubilaciones anticipadas y contratiempos inesperados, excepto lo que el antiguo coronel había esquilmado del presupuesto de logística. Eso volvería al lugar que le correspondía.

Nando había insistido en implicarse de lleno, tras el asesinato de Liv. Ella había contado con su confianza y él pensaba llegar hasta las últimas consecuencias para que alguien pagase por su muerte, así que cuando Emma le dijo que necesitaba encontrar a uno de los culpables por su cuenta, no lo dudó ni un segundo. Estaba al tanto de toda la operación, pero esa parte, que Meir y Emma consideraban privada, también necesitaba de su intervención, por lo que no dudó en ayudarles.

Emma contestó a la llamada de Nando, poniendo el manos libres para que su compañero pudiera escuchar.

—Lewis acaba de recibir una llamada —dijo—. Como no ha tenido contestación, han dejado varios mensajes en su buzón de voz. Merece la pena oírlos.

Reconocieron enseguida la voz de Majors. En esencia, en tres mensajes, conminaba a Lewis a ponerse en contacto con él a través de ese teléfono. En el último de ellos, parecía haber perdido la paciencia y le explicaba que los Mathison habían vaciado la cuenta de la empresa.

—¡Las buenas noticias corren! —exclamó Emma—. ¿Has podido localizar la llamada, Nando?

—La duda ofende. Majors tiene un teléfono prepago, pero lo mantiene encendido por si recibe noticias de Lewis, así que, hasta que no lo apague, tengo su ubicación exacta, con un margen de error de tres metros.

—¿Se lo has dicho ya a Lavick? —preguntó Meir.

—Os voy a dar otra hora, pero no más. Si Majors apaga el móvil, rastrearlo en Nueva York puede eternizarse.

—Gracias, Nando. Por la información y por cubrirnos.

—Es mi trabajo —contestó el joven—. Aunque esta vez es más una satisfacción que una obligación. Os avisaré.

Emma señaló la salida de la autopista por la que tenían que desviarse, puesto que ella se había encargado de buscar y alquilar la última casa que vería Lewis en su vida.

46. INDISCRECIÓN Y AMBICIÓN

Lavick tomó el mando mucho antes de lo que había imaginado, por los rápidos acontecimientos y porque, igual que su mermada unidad, él también estaba en modo de caza.

Su esposa resopló cuando se levantó de la cama, comenzó a vestirse a toda prisa y le dio un rápido beso, nada más recibir la llamada del centro de control de operaciones.

—Cuéntame, Nando. Ya podemos hablar —dijo, tras subirse en su coche.

—Como te he dicho, Majors está localizado. La unidad 3 esperaba su vuelo de traslado en el aeropuerto de La Guardia —respondió el interpelado—. Los he puesto sobre aviso y se han desplazado a Brooklyn de inmediato. Jackson aguarda tus órdenes para saber cómo proceder.

—Contacta con él, llegaré en cuatro minutos.

—Lo tengo en línea.

—Llego enseguida.

Liv había hecho un buen trabajo con Nando, tenía que reconocerlo. Gracias a su trabajo, habían accedido a toda la agenda de Jameson, pinchando los teléfonos de sus contactos más «sensibles», entre los que se encontraban muchos traficantes de armas internacionales y un sujeto bastante escurridizo: Lewis, ex agente de la CIA y marionetista en el asunto de los Mathison y Majors.

Por los datos recabados por Liv antes de su asesinato, sabían que Lewis aprovechó un «pecadillo» del general Mathison para

convertirlo en un asunto millonario. Como la discreción del militar brillaba por su ausencia cuando necesitaba ser el centro de atención, compartió la información de las licitaciones con algunos de sus amigos íntimos, que tampoco eran conocidos por saber guardar secretos. Así, a través de terceros interesados, llegó a oídos del ex agente, que vio la oportunidad de hacer dinero con sus propios contactos.

La llegada al centro de control de Meir y Emma, cuyo objetivo de atrapar a Lewis no había sido un secreto, aclaró muchas ideas. Habían tenido tiempo de sacarle información al ex agente de la CIA antes de dejar que meditara en privado sobre sus actos durante toda la eternidad.

El general nunca hubiera escuchado la propuesta de negocio por boca de un agente de la CIA caído en desgracia, pero había alguien más en la familia, cuya ambición carecía de límites, que sabría deslizar las palabras adecuadas en el momento oportuno: Majors. Los Mathison procedían de una larga estirpe militar, con más orgullo que dinero y más necesidad de seguir guardando las apariencias que vergüenza por las deudas en el banco. Llevaban generaciones viviendo por encima de sus posibilidades y les iba a ofrecer la posibilidad de liquidar sus deudas y adquirir una pequeña fortuna, vendiendo lo que regalaban: la información sobre las licitaciones de Defensa.

Majors adoptó la idea como propia y el contacto como suyo: Jameson tenía muchos intereses, pero pagaría muy bien por una información como la que tenía Mathison para introducirse en el ámbito de las licitaciones militares a saco. Los grandes negocios no eran rentables a corto plazo, sino que sentaban las bases para futuras ganancias millonarias. Eso lo sabía un millonario, no un inversor codicioso, ávido de migajas.

Los Mathison y Majors, sin embargo, creyeron estar preparados para competir de forma anónima, y hubiera salido bien de haber sido menos codiciosos, escuchando los consejos de Lewis. Tramar a sus espaldas había supuesto joder un negocio redondo, descubriéndose en el proceso, y teniendo que hacer frente a la ruina económica.

—Lavick, estamos a la espera de órdenes —dijo Jackson desde Nueva York—. Tenemos a Majors vigilado.

La unidad de Lavick, que se encontraba en una sala aislada en el centro de control, junto con Nando, prestó atención. Habían aprovechado que el antiguo teniente coronel se había metido en una cafetería a picar algo para escuchar las novedades que traían Emma y Meir.

Las unidades habían seguido haciendo su trabajo, porque había cosas que arreglar en una u otra parte del mundo, pero el asunto presente era del interés de todos. Los jefes de las unidades lo seguían de cerca, no obstante, era preferible mantener al margen al resto de analistas de datos y empleados del centro de comunicaciones tácticas. Necesitaban esa aparente normalidad para mantenerse centrados en su trabajo.

—Si queréis daros el gustazo —siguió Jackson—, no lo vamos a perder de vista y vosotros podéis estar aquí en tres horas.

Lavick miró a su equipo uno por uno y de todos obtuvo una negativa en forma de gesto: Majors había usado a su unidad y los había querido exterminar, pero era un asunto que concernía a todas las unidades.

—No estoy al tanto de tu misión, Jackson, pero si puedes aplazarla un día, me gustaría que te encargaras de traer al señor Majors esposado para entregarlo a la policía.

Hubo un instante de silencio al otro lado.

—¿A la policía? —preguntó Jackson, asombrado.

—Tiene que responder por el asesinato de Christine Sullivan. Es el único delito por el que se le puede juzgar, pero tenemos una testigo y pruebas documentales.

—¿Puedo argumentar resistencia si se pone feo?

—Cuento con que se va a resistir —dijo Lavick—. Dale una buena hostia de mi parte y machácale los huevos de parte de mi unidad, te lo agradecerán.

—Me acabas de hacer muy feliz.

—Disfruta. Te estamos viendo.

La unidad 3 tenía encendidos sus micrófonos y cámaras, por lo que pudieron seguir el asalto a la habitación del hotel en el que se

encontraba Majors, bajo una identidad nueva.

Quince minutos después, Majors era introducido en un vehículo anónimo, con el rostro amoratado y el gesto dolorido. Le costaba caminar y los hombres que lo flanqueaban, lo llevaban casi en volandas. No quedaba en su porte ni rastro de la arrogancia que luciera en su día, cuando había creído liderar a aquellos hombres que le acababan de esposar las manos en la espalda y ponerle grilletes en los tobillos, obligándole a caminar con pasos cortos, despojado de cualquier dignidad.

La caza de Majors había terminado.

Ahora solo quedaba el último actor de aquel drama, que no se había enriquecido, sino que había actuado por envidia.

—Vamos a descansar —dijo a su unidad y a Nando, que seguía al frente de los monitores con visibles muestras de cansancio, evidenciadas en las bolsas bajo sus ojos—. Mañana terminaremos con esto de una vez.

—Yo no estoy de acuerdo —intervino Hossen.

—Habla —le invitó Lavick.

—No estoy de acuerdo en dejarlo para mañana. A la luz de las revelaciones que Emma y Meir han sacado a Lewis, el asunto toma un nuevo cariz, del que no podemos despreocuparnos. Está previsto que Bigelow tome el relevo del hijo de Mathison en la subdirección de Inteligencia de la Defensa…

—Eso quiere decir que estaremos bajo su mando —asintió Meir —. Cambiamos a un corrupto por un corruptor.

—Mientras vosotros estabais preparando la operación de Niza, Liv indagó en su vida, ¿recordáis? —terció Nando—. Bigelow parecía reticente a denunciar a los Mathison y ella encontró algo para obligarle a tomar partido.

Lavick asintió. Liv tenía instinto y un olfato fino para buscar información, colándose en grietas donde otros solo veían callejones sin salida.

—¿Tenemos sus archivos? —preguntó Emma.

—Los tenemos —confirmó Nando—. Con un encriptado especial y subidos a dos nubes, por si acaso. Liv no dejaba ciertos asuntos al azar.

—Si me das acceso, me quedo a revisarlos —dijo ella, sentándose delante de uno de los monitores—. Quizá Liv dio con algo que podamos usar contra Bigelow.

—¿Para qué? —dijo Meir, encogiéndose de hombros—. Si Liv usó esa información para «estimular» su cooperación, Bigelow habrá hecho lo imposible para enterrarla a mucha profundidad para que no vuelva a salir a la luz.

—Parece mentira que tú digas eso —rebatió ella—. Nada puede borrarse del todo.

—Yo me quedo también —dijo Hossen.

—De acuerdo —exclamó Lavick, dando una palmada—. Esto es voluntario, si alguien quiere salir de la sala, está en su derecho. Los que nos quedemos, iremos revisando la información que recabó Liv de todos los participantes en esta trama.

Meir no se marchó, por el contrario, dejó el móvil desbloqueado de Lewis al alcance de Nando.

—¿Puedes echar un vistazo a los contactos de este teléfono? —le pidió al informático—. Lewis dijo que la última vez que se puso en contacto con Bigelow, a través de un mensaje de texto, fue el día que volvimos a casa. Nos vendría bien tener su número privado para seguir sus movimientos y saber dónde ha estado y con quién ha hablado.

El jefe de la unidad soltó una risita.

—Cuando yo empecé en esto, las cosas no eran tan fáciles. Ahora, cualquiera con un móvil pierde su privacidad.

—Eso está hecho. A no ser que haya usado el teléfono de Defensa —comentó Nando—. Esos emiten una alarma de vulnerabilidad traspasada, alertando a Inteligencia.

—Bigelow no hubiese usado el de Defensa para tener contacto con un ex agente de la CIA —aseveró Lavick—. Hasta el momento, se ha mostrado muy cauteloso.

—¡Pues manos a la obra!

47. RASGOS INOLVIDABLES

Cass

Aún me temblaban las rodillas cuando llegué al aeropuerto. Carecía de información sobre vuelos de vuelta a casa porque durante el trayecto en taxi mi mente estaba en otro lugar y, quizá, en otro tiempo.

—Venga, vente conmigo y vamos preparando las cosas para la barbacoa. Si Lavick quiere hablar contigo, puede hacerlo en su casa —le había dicho Meir.

Accedió porque tenía razón, porque hacía un día espectacular y porque Lavick avisó de que se retrasaría. Aguardar en el apartamento me apetecía más bien poco y, además, me picaba la curiosidad por conocer otro aspecto de la vida de los hombres de la unidad, alejados de su trabajo.

Los había visto en acción y esta era mi oportunidad de observarlos en su día a día, con sus familias y amigos.

Meir, por ejemplo, ofrecía una faceta muy distinta de sí mismo cuando se encontraba en su apartamento. Su afición consistía en montar autómatas a base de mecanismos de cuerda, poleas y engranajes, sin ayuda de componentes eléctricos u electrónicos.

—A mí, me divierte esta actividad, me proporciona tranquilidad y me permite pensar en mis cosas, sin interferencias externas —dijo, cuando me explicó la utilidad de su taller, que ocupaba la otra habitación del apartamento—. Cuando termino un modelo, lo regalo.

—No se me ocurre qué podría hacer yo con uno. De hecho, si me despertase una noche y viera a este en mi habitación, saldría

corriendo. Ese aspecto antiguo, da muy mal rollo.

Él rio de buena gana.

—Es la gracia que tienen. No necesitan hacer nada, excepto imitar los movimientos humanos cuando les das cuerda. Son muy básicos en su aspecto, pero para mí son retos y cada uno es único. Hoy, cualquiera puede tener un robot.

—No te ofendas, pero yo esperaré a que la industria saque uno al alcance de mi economía, que me permita llegar a casa y no tener que mover ni un dedo. Que se encargue de la colada, de la limpieza y de cocinar para mí.

—Siempre puedes casarte.

Meir me hacía reír con sus salidas.

—Te aburrirías… —apostilló.

—Ya te aseguro que no.

Prometió no obsequiarme con uno de sus autómatas y yo se lo agradecí de corazón, porque le había dicho la verdad: aquel autómata me daba repelús.

La casa de los Lavick estaba rodeada de un jardín bien cuidado, con la tierra alfombrada de césped recién cortado y macizos de rosas a modo de delimitadores. Había tiempo y esfuerzo invertido en su cuidado y así se lo hice saber a Madie, la anfitriona, cuando salió a recibirnos a la puerta.

—Es el bebé de mi marido, con la mala mano que tengo con las plantas, los rosales no durarían dos días.

Sonreí, pero pensé que si Lavick había tenido tiempo de dedicarse a su jardín desde que habíamos llegado, podía haberme dedicado unos minutos y yo estaría de vuelta en casa.

Meir, que pareció leer en mi mente, me susurró al oído, mientras seguíamos a Madie al interior de la casa:

—Lavick le paga a un chaval para que lo cuide mientras él está fuera. Madie es como Atila con las plantas.

—Ojito con las similitudes, que nos conocemos, Meir —exclamó la anfitriona por encima de su hombro.

Lo dijo sin acritud y mi compañero volvió a reír.

—Y, además, tiene un oído muy fino.

La decoración interior podría definirse como ecléctica, aunque acogedora. Se notaba que los habitantes no habían seguido estilo alguno, sino que muebles y detalles parecían elegidos por motivos sentimentales o de comodidad. En el salón, convivían austeros sillones de cuero envejecido, con una moderna mesa de forja para doce personas, diseñada en líneas rectas y cristal azul. Sobre aparadores y estanterías, libros, figuritas y fotos, competían por abarrotar el espacio. El resultado, a pesar de parecer caótico, no dejaba de tener esa sensación de hogar del que carecían muchas casas.

Admiré a Madie; si yo hubiese tenido que limpiar el polvo de la habitación, estaría todo en la basura.

—Voy al jardín —dijo Meir.

Me dispuse a seguirle, cuando la anfitriona me pidió:

—¿Te importa ayudar a Vic a sacar las bandejas de carne que ha traído Hossen?

La seguí a la cocina, esperando encontrar a otro desconocido, no a McPherson, jefe del departamento de operativos especiales del FBI de Nueva York y culpable de mi presencia allí.

Decir que no sé cuál de los dos se sorprendió más, sería mentir: yo fui la más sorprendida. No había pensado en que si Lavick me había aceptado con tanta facilidad, sin conocerme, era porque su relación con McPherson tenía que ser estrecha.

—Caramba, muchacha, parece que has vuelto entera —exclamó, dándome un rápido abrazo.

—De una pieza —sonreí, aunque pensé: «o casi».

—¿Y Lavick? Creí que te recogería él.

—Como ha dicho que iba a retrasarse, he decidido venir con Meir y ahorrarle el viaje.

Yo no era la persona más observadora del mundo, pero pude notar su contrariedad y me pregunté qué me estaría perdiendo, porque era evidente que ocurría algo.

—¡Venga, que esta carne no va a salir sola al jardín! —exclamó la anfitriona.

—Deja, yo la saco —se apresuró a ofrecerse McPherson—. Así podrás poner a Cass al tanto de los cotilleos de unos y otros.

Madie elevó una ceja, aunque asintió. Mientras McPherson sacaba una bandeja de carne, me señaló una de las banquetas altas que rodeaban la isla de la cocina.

—Siéntate y tómate una cerveza, la gente no tardará en llegar y luego ya no habrá respiro. —De repente se llevó la mano a la frente—. ¡Anda, si la cerveza está en los barriles del jardín!

—Ya voy yo. ¿Quieres una?

Ella hizo un aspaviento, pero terminó cediendo.

—¿Por qué no?

Me dispuse a seguir los pasos de McPherson hacia el jardín trasero, cuando levanté la vista y me quedé tras la puerta mosquitera, tan paralizada que olvidé respirar.

Hay muchos rostros que se olvidan al cabo del tiempo, facciones que se desdibujan, se transforman o perecen en la vorágine de la memoria. En la mía, había dos imborrables: dos personas fallecidas tiempo atrás. Pero tenía una delante de mí, al otro lado de la puerta mosquitera, protegida del sol bajo un árbol frondoso y sentada en una silla de ruedas.

Hay muchos rostros que se olvidan, pero jamás se olvida el de un padre al que quise mucho y al que odié más.

McPherson, de vuelta de dejar la carne, me ocultó de la vista a mi padre y por fin pude reaccionar.

Le miré, dolida, me giré y salí corriendo de la casa.

Podía haberme quedado a afear la conducta de Lavick, con el que me crucé en la entrada, pero tenía que pensar y en ese momento corría el riesgo de dejarme llevar por mis sentimientos, malos consejeros donde los hubiera.

Durante el paseo a pie al apartamento de Meir para recoger mis cosas, tuve tiempo para pensar y darme cuenta de que, con mi huida, había confirmado mi identidad.

Era evidente que, de alguna forma, McPherson había descubierto que yo no era Cassandra Martin y, si me había asociado con Frank Keaton, tenía que haber sido mediante una muestra de ADN.

En fin, ¿para qué darle más vueltas?

Tuve razón al pensar que Lavick me tenía atada en corto por algún motivo; ya sabía cuál.

Ahora alguien tendría que mover ficha y no sería yo, porque Cassandra Martin volvía a casa, a San Francisco, a enfrentarse a su próximo reto.

Lo único claro que me había proporcionado esa experiencia es que nunca podría relajarme. El pasado disponía de muchos medios para llegar hasta mí.

48. QUIEN ROBA A UN LADRÓN...

Pocas cosas eran capaces de sorprender a los miembros de la unidad, pero esa madrugada la información que sacó Nando del móvil de Bigelow, consiguió lo imposible.

—¿Cuánto puedes remontarte en el tiempo? —preguntó Lavick, dirigiéndose al informático.

—Desde que dio de alta este número de teléfono a su nombre. Los datos de años atrás serán confusos porque el sistema GPS era menos sofisticado, pero puedo recuperar cada conversación y cada número al que ha llamado o desde el que ha recibido llamadas en este móvil.

—Quiero un desglose de todo. Meir, ocúpate de los movimientos de su GPS desde… —Lo pensó—. Dos años atrás.

Su subordinado asintió y se puso manos a la obra.

—Emma, conversaciones escritas, con quién las mantenía y relevancia de las mismas. Idéntica antigüedad.

—Yo me hago cargo de resaltar los números con los que ha estado en contacto —dijo Nando.

Lavick elevó el pulgar y se giró hacia Hossen:

—Sigue con los archivos de Liv —le dijo—. Debió descubrir más asuntos sucios de unos y otros, pero los de Bigelow son los que nos interesan en este momento.

En realidad, Bigelow era una persona de un interés mucho mayor del que imaginaron en un principio. La localización de su móvil lo situaba en el lugar y el momento en el que atropellaron a Liv, y tenía tantas razones para deshacerse de ella como Majors.

Quizá alguna más, puesto que la jefa de comunicaciones había descubierto lo mismo que ellos: Bigelow seguía de cerca a Majors y su familia política y así se enteró del «asuntillo» que tenían los Mathison para sacar provecho de las licitaciones de Defensa.

—Aquí —exclamó Nando, alzando la mano—. Tengo un primer contacto en años de Bigelow con Lewis, el ex agente de la CIA, de cuatro años atrás. —Tecleó en su ordenador un par de segundos—. Después de eso, hubo un silencia prolongado hasta hace año y medio.

—Antes de que Lewis tuviera contacto con Majors —dijo Lavick, pensativo.

—Según la cronología, diez meses antes.

—Lo que hace sospechar que Bigelow conoció a Lewis en Siria, siguió su pista, se puso en contacto con él y lo utilizó para presionar a Majors, que desconocía los chanchullos de su familia política. Pero como entró poco después a formar parte de la empresa, cabe suponer que se encaró con ellos, exigiendo su parte del pastel, a cambio de su silencio.

—No sé, parece un poco descabellado: igual que los Mathison habían impulsado su anodina carrera, podían hundirla —dijo Meir, negando con la cabeza.

—A no ser… —respondió Lavick, pensativo—. A no ser que propusiera lo del negocio del petróleo africano como contrapartida. Un negocio «casi legal».

—Del que se enteró por medio de Lewis también —afirmó Emma—. Puede que este lo hubiera sacado del propio Jameson, para el que ya trabajaba de guardaespaldas.

—Y Jameson no lo hubiese admitido como socio; los Mathison y Majors, en cambio… —añadió Nando—. Lewis aportaba la información, además de la logística necesaria, y el resto ponía los medios económicos.

—Como logística te refieres a contactar con la gente adecuada para encargarse de Goode y de Sully, imagino… —sugirió Meir con desagrado.

—Lo siento —se disculpó el informático.

Meir negó. Ninguno de los presentes era culpable; lo eran aquel grupo de hombres, cuya ambición, codicia y envidia había provocado la desgracia en su unidad.

El puzle empezaba a encajar. Lo malo es que no podían probar ninguna de esas teorías, aunque hubieran tenido a alguien que quisiera escucharlas.

—Me parece increíble que Bigelow haya sido el instigador de todo esto, con la ayuda del hombre de la CIA —comentó Emma—. Y solo con la intención de quitar a Majors de en medio.

—Bigelow no tenía prisa —añadió Hossen—. Su meta era hundir a Majors, sin mojarse directamente.

—Pues le ha salido muy bien —intervino Meir.

—Excepto por haberse convertido en objeto de investigación de Liv para obligarle a tomar una posición activa en nuestro conflicto con Majors —dijo Lavick—. Nadie imaginó que estaba deseando hacerlo y no hacía falta ninguna presión para ayudarle a decidirse. Pero lo que destapó Liv lo convirtió en una carrera para esconder sus errores.

—¿Crees que él mató a Liv? —preguntó Emma.

—Solo hay una manera de salir de dudas. Nando, envíame su dirección al móvil… —dijo Lavick.

El interpelado detuvo su salida de la habitación, elevando una mano en el aire, tras ojear la pantalla en la que había buscado la información.

—Parece que ha salido de viaje —dijo.

Lavick soltó una maldición.

—¿Hace cuánto? —preguntó.

—Cuatro horas. Ha tomado un vuelo a San Francisco.

El jefe de la unidad emitió un resoplido.

—Ha debido imaginar que Lewis iría a por él —dijo.

El informático tecleó en su portátil y lo confirmó.

—Sí, según la localización del teléfono de Lewis, pasó por la residencia de Bigelow.

—San Francisco… —dijo Hossen, vocalizando lo que todos pensaban—. Brooks y Cass.

—Yo me encargo. De momento, concentrémonos en Majors, que sigue a nuestra disposición y tiene que contarnos algunas cosas —dijo Lavick—. Hay pruebas de que asesinó a Christine, pero quiero saber si también fue el responsable del de Liv.

—Y te lo va a decir…

La incredulidad en el tono de Emma le hizo suspirar.

—Majors está jodido. Va a ir a la cárcel y no con el régimen que él piensa. Estará con los presos comunes y, aunque ya no es carne fresca, te aseguro que muchos querrán quitarle esos aires de superioridad que exhibe como si fuesen un escudo.

—Los asesinos de mujeres no son como los pederastas o los que matan a niños —adujo Hossen.

—Depende. Los presos comunes no tienen acceso a los expedientes, se guían por rumores y, por el precio adecuado, se pueden hacer correr muchos. En poco tiempo, suplicará para que lo metan en un ala protegida, pero eso tendrá un precio.

—Si es la única forma de sacarle una verdad, me vale —dijo Emma, con rabia mal contenida.—. Ojalá antes lo apaleen hasta reventarle algún órgano.

—¡No vais a creeros esto! —exclamó Hossen, girando el ordenador donde seguía revisando el material recopilado por Liv.

—¿Qué es? —indagó Lavick.

Hossen rio entre dientes.

—La bolsa de petróleo africana que todos ambicionaban, nunca existió. La CIA hizo correr el rumor por motivos que solo ellos conocen. Quizá pretendían conseguir financiación para que el presidente del momento siguiera en su puesto y eso se consigue con dinero.

—Puestos de trabajo equivalen a mejoras en la sociedad —asintió Meir—. Una inversión millonaria dispararía la economía, sentando las bases de la prosperidad.

—Si existiese esa valiosa bolsa de crudo… —dijo Emma.

—Mira lo que consiguieron con un simple rumor —respondió Lavick—. No solo los Mathison estaban interesados, Jameson también. Y quién sabe cuántos más.

—¿Lo sabría Lewis? —se preguntó Hossen.

—No hubiese invertido su capital en la empresa de los Mathison, de haberlo sospechado —negó Meir.

—¿A ninguno se le ocurrió hacer una prospección antes de lanzarse de cabeza al negocio? —dijo Nando, incrédulo.

—Aun no entiendo cómo han llegado tan lejos siendo tan tontos —exclamó Emma.

—Liv debió reírse de lo lindo cuando lo descubrió —dijo el ingeniero informático, soltando una risita, que fue coreada por todos, porque sabía cómo le gustaban esas sorpresas a la jefa del centro de control que, a la mínima ocasión, se reía de todo.

—Descansemos por ahora, lo hemos ganado. Y tú, vuelve al hospital con Sully —le dijo el jefe de unidad Emma, pasándole el brazo sobre los hombros—. Tiene que estar despertando de la anestesia y queremos que nos informes.

Ella asintió. Los padres de Sully se habían quedado con él, pero quería estar cuando despertase. Sus ansias de caza habían disminuido cuando Meir y ella se encargaron de Lewis. Ahora debía hacerse a un lado y dejar a sus compañeros terminar de atar los cabos que quedaban.

49. CAZADOR FURTIVO

Mack

No me había pasado por la oficina ni había avisado de mi vuelta al jefe de departamento. Aún intentaba asimilar lo mal que estaba gestionando mi vida cuando recibí la llamada de Lavik, obligándome a posponer cualquier decisión drástica.

—¿Y ahora te vas?

—Es por trabajo, Mónica.

Si hubiese sido por mí, me hubiera marchado el día anterior. Y no por trabajo.

Llegué a casa sin avisar y me fui a recoger a mi esposa al trabajo. A través del gran ventanal de la galería, la vi organizando la exposición de una pintora novel que se inauguraría, según los carteles pegados en la fachada, dentro de dos días.

Mónica tenía una bonita sonrisa y se movía con la prestancia que la caracterizaba. Era resolutiva y organizaba las exposiciones como Lavick las misiones: dejando los mínimos aspectos al azar, adelantándose a cualquier contratiempo.

Observándola desde fuera, sabiendo que era ajena a mi presencia, me pregunté qué había cambiado en los dos años que llevábamos juntos. Aparentemente, nada. Nada que pudiese apreciarse a simple vista. Por supuesto, nuestros sentimientos habían evolucionado porque, así como Lavick tenía que hacer prevalecer sus decisiones sobre la opinión de los hombres bajo su mando, un matrimonio debería regirse por decisiones conjuntas, cediendo lo justo para una convivencia pacífica. Hoy cedía uno y mañana cedía el otro. Cuando una parte obligaba a la otra, el equilibrio se descompensaba.

A través del cristal, Mónica parecía la de siempre, hasta que el chico que colgaba los cuadros donde ella le indicaba, me vio y le avisó de mi presencia.

Entonces, todo cambió, para mal.

Mónica salió de la galería, exhibiendo una triste sonrisa, que no había lucido un segundo antes. Caminaba como si le costase moverse y se arrojó en mis brazos, soltando un sollozo.

Llevaba varios días preparándome para una conversación complicada y no hizo falta que me explicase que había abortado para saber que me estaba mintiendo. Que había mentido en todo momento. Aunque era incapaz de imaginar por qué había llegado a semejante nivel de crueldad.

Yo no quería tener hijos; ella sí.

Ahí empezó la brecha por la que estuvimos al borde del divorcio un par de meses antes y por la que ahora me tenía atrapado: yo sería el cabrón que la habría abandonado poco después de sufrir un aborto.

Eso lo sabía yo y ella también.

La acompañé al interior de la galería para que recogiera sus cosas y se despidiese del personal hasta el día siguiente, luciendo un aire tan decaído que podía haber optado a un Oscar de la academia.

Ni me molesté en pedir explicaciones. Me metí en la habitación sobrante, que Mónica quería decorar para un futuro hijo y yo había adaptado como despacho, y no salí.

Me sobraban sus excusas. Ella era lo bastante inteligente para saber que había descubierto su juego.

No me permití pensar en Cass. Tenía que mantener a raya la tentación de llamarla, anhelando, no obstante, escuchar su voz, aunque estuviera despojada de la calidez con la que se había dirigido a mí, antes de enterarse de lo que yo había querido olvidar, por conveniencia. Fue estúpido por mi parte, y egoísta, pero ella me hacía sentirme vivo de nuevo.

—Acabo de enviarte un par de archivos —dijo Lavick—. Imprímelos y busca a Bigelow. Tiene que estar alojado en algún sitio cerca del aeropuerto. Nando lo está buscando y te mandará ubicación exacta cuando la tenga.

—¿Qué quieres que haga con…?

Lavick me lo explicó, mientras el sonido de la impresora intentaba colarse en nuestra conversación.

—Lo vas a hacer, ¿verdad? —le pregunté.

—Claro que lo voy a hacer. ¿Acaso alguien como él merece su puesto? Abandonó a sus hombres en dos ocasiones. Es un cobarde y el ejército lo compensó, ascendiéndolo, para ocultarlo —exclamó el jefe de unidad—. Dos veces, Mack. Y si no lo hubieran retirado a una oficina, lo hubiese hecho de nuevo. Quiero saber si él mató a Liv para callarla.

—Me mentirá.

—Y tú sabrás si te miente.

No me hizo falta la destreza de Nando. Bigelow usaba su nombre y lo localicé diez minutos después. Se alojaba en un hotel del aeropuerto, aunque no tenía ningún billete de avión reservado a su nombre. Debía estar esperando a saber qué ocurría, porque un empleado del hotel estaba llamando a su puerta, cargado con los diarios de mayor tirada nacional.

Debía ser de los que no se quedaban tranquilos después de consultar los mismos titulares en la red, como si la prensa escrita fuera mucho más veraz.

—Perdón, señor Bigelow. —Me colé en su habitación, antes de que tuviera tiempo de cerrar la puerta—. Tengo aquí material de lectura que puede interesarle más que el que lleva ahí.

Pasé de las amenazas y protestas del general porque prometían alargarse más de lo que daba de sí mi paciencia, por lo que tiré los periódicos de un manotazo y le aplasté las carpetas que traía yo contra el pecho. Hacía muchos años que la arrogancia de los militares de cierto rango me causaba más desprecio que respeto. El respeto era un valor que se ganaba con acciones, no venía en el mismo estuche de los galones.

Por si todo aquello fuera poco, la sospecha de que podía ser el asesino de Liv, me daba la excusa perfecta para aplastarle la cara contra la pared y dejar que sus dientes resbalaran hasta la mullida moqueta.

Buscaba la excusa y me la dio. Aunque sus dientes permanecieron intactos, el crujido de su nariz y el chorro de sangre que manaba de ella, me confirmó que su perfil se vería alterado en adelante.

Incluso con mi fino poder de persuasión, me mintió.

Primero dijo que no había estado por los alrededores del lugar en el que atropellaron a Liv y, cuando le mostré los movimientos de su móvil, esgrimió una excusa tan tonta que hubiera avergonzado a un párvulo.

Ante la contundencia de mis argumentos, accedió a echar un vistazo a las fotocopias de los documentos oficiales desenterrados por Liv y le hice una propuesta razonable.

—Se declara culpable del asesinato de Liv Iversen o publico esto en el New York Times.

La propuesta era razonable; la decisión, difícil de cojones.

En caso de declararse culpable, un tribunal militar lo juzgaría y condenaría. Perdería su rango y su libertad, pero no se sometería al bochorno público.

La alternativa suscitaría un escándalo y rodarían cabezas en el Pentágono. A él lo someterían a un Consejo de Guerra, perdería rango y libertad, pero tomaría el camino al penal bien acompañado de los que lo encubrieron.

Me pidió un tiempo para meditarlo, pero me negué porque se le veía en los ojos que ya había tomado su decisión: si no había más remedio que caer, sería la bola que se llevaría a tantos bolos por delante como pudiera.

Por supuesto, tenía intención de largarse a un país sin acuerdos de extradición para verlo todo desde la barrera y, por supuesto, yo no le iba a dar esa oportunidad. Tendría que dar la cara por los soldados bajos sus órdenes a los que dejó indefensos y que murieron en consecuencia, pero también pagaría por lo de Liv. Si en la unidad había profesionales capaces de rescatar información enterrada hacía años, también eran capaces de crearla de la nada.

Para no ceder al primer impulso de romperle los dientes, lo maniaté en la cama con esposas plásticas bien apretadas, le quité el pasaporte y me largué, después de colocar el cartel de «no

molesten» en la puerta. La policía militar lo encontraría en un plazo de 24 horas, en la situación más bochornosa posible porque nadie aguanta tanto sin visitar un baño.

—Está hecho —le dije a Lavick por teléfono—. Puedes llamar a tu contacto y entregar todos los documentos.

—¿No fue él…?

—Sí que fue él, aunque no lo ha reconocido. Espero que pague también por eso.

—Descuida, yo me ocupo de indagar sobre sus vehículos privados. Por muy bien que lo haya lavado o hecho reparar, siempre quedan rastros y los encontraré. Gracias, Mack.

Le di el nombre del hotel y la habitación, para que lo deslizase en los oídos oportunos. Tampoco quería que Bigelow muriera por deshidratación.

—Me pongo enseguida con ello. Llegaremos a la última edición para que salte la liebre esta misma noche —aseguró—. Por cierto, ¿todo bien en casa?

Me tomé un segundo más de la cuenta para contestar. Lavick era un amigo y no merecía una mentira.

—No. Ya no hay bebé.

—Lo siento mucho, Mack.

Tras una despedida apresurada, corté la comunicación.

A la gente le daba pena que Mónica hubiera perdido el bebé, yo estaba seguro de que nunca había existido. Pero no iba a buscar indicios de su mentira porque me sentía demasiado aliviado: no quería hijos.

Miré la hora y decidí que ya estaba bien de hacer el vago. Tenía varios frentes abiertos en mi trabajo y era hora de volver.

Saludé al equipo, a los que se encontraban en la oficina, y pasé al despacho del jefe de división.

—Estoy de vuelta —le dije, a modo de saludo, entrando en su oficina sin llamar. Había complicidad entre los dos y sabía que a él no le molestaba.

—Pues me alegro. Tu nuevo fichaje no se incorporará hasta dentro de unas semanas y tenemos trabajo para dos departamentos —contestó, dando una palmada para que me largara a hacer lo que

tenía que hacer—. Por cierto, espero no ver una baja por paternidad en mi mesa. Haces falta aquí.

Lo bueno de mi jefe era que se mantenía al margen, dando por supuesto que cada uno conocía su cometido; lo malo era su falta de tacto, que no se limitaba al personal bajo su mando, sino que debía extenderse a su vida personal, ya que iba por su tercer matrimonio y había rumores de un inminente divorcio.

John Petrie no lo hacía adrede, pero el último comentario me dejó tocado. Los rumores se extendían con rapidez y yo no tenía ganas de dar explicaciones.

—¡Y ponte un puto traje! —gruñó Petrie a mi espalda—. Ya no estás en un campus universitario.

—Me alegro de verte también —me despedí, alzando el puño con el dedo medio levantado.

—Espero que no le enseñes eso a la novata —refunfuñó.

Llevaba más de diez minutos sin pensar en Cass de forma consciente, pero había acudido a la división con la intención de verla y descubrir si sería capaz de dominar mis sentimientos o terminaría estropeando todo.

50. ASUNTOS PERSONALES

Cass

A mi jefe, la noticia de mi próximo traslado le sentó igual que una patada en el escroto. Y no porque me tuviera especial cariño, sino porque preveía usarme en el futuro. Tras el buen resultado del caso que me llevó a Nueva York, quería exprimir a fondo el asunto antes sus superiores. Solía vanagloriarse del éxito de su división como si resolviese los delitos económicos en persona, cuando la realidad es que era el trabajo conjunto de un equipo de treinta y seis personas.

No me importaba que se colgase las medallas, irrumpiendo en la sala de prensa donde mi jefe de equipo daba las pertinentes explicaciones, acaparando halagos y felicitaciones. Yo había dejado clara mi postura a ese respecto: no quería salir ni en segundo plano. La excusa era que prefería mantener un perfil bajo; la realidad es que necesitaba pasar desapercibida porque, después de tantos años, continuaba intranquila.

Así que, cuando llegué para vaciar mi mesa, se plantó en la puerta de su despacho y chasqueó los dedos, en un intento de llamar mi atención, como si fuese una mascota.

—No sé qué pretende recogiendo sus cosas, agente Martin —me dijo, sin llegar a entrar en su despacho—. Su traslado ha sido aprobado, pero tiene que terminar el papeleo y redactar un informe preciso de los casos abiertos para que un compañero pueda tomar el relevo.

—Acabo de pasar por…

Él sacudió una mano delante de mi cara, en un gesto tan maleducado que estuve a punto de cogérsela, doblarle la muñeca y

ponerlo de rodillas. Aún recordaba cómo se hacía y, que yo supiera, él nunca había pasado por la academia.

—Ya llamaré a Petrie para decirle qué opino sobre este repentino interés por una agente que está, claramente, muy poco cualificada para sus estándares.

Ni qué decir tiene que todos mis compañeros, aunque fingían escribir en sus ordenadores, estaban pendientes de la conversación. Soliloquio, en realidad.

—¿Algo más, señor?

Me despidió con idéntico gesto desagradable de la mano. Me pregunté si en dirección escogían al responsable del departamento de delitos económicos entre los más gilipollas que optaban a él, porque este estaba cortado por el mismo patrón que su homónimo en Nueva York.

No obstante, el que mandaba, mandaba, por lo que me senté a mi mesa, encendí el ordenador y resoplé. Tenía siete casos abiertos y tendría que refrescar la memoria, antes de ponerme con las notas para el que ocupase mi puesto. Eso no me llevaría un día ni dos. Me llevaría semanas.

Y si alguna vez se me pasó por la cabeza que mis compañeros de equipo se iban a alegrar de mi ascenso, me caí de la nube enseguida. Lo más amable que oí entre los cuchicheos a mi espalda eran apuestas sobre la cantidad de pollas que había tenido que chupar en Nueva York para que me enchufaran en la división de investigaciones especiales.

Para mayor frustración, apareció, días después, un personaje que no pintaba nada allí y que revolucionó a los más acérrimos productores de cotilleos.

Vic McPherson se asomó a la gran sala compartida, echó un vistazo y avanzó hacia mi mesa con los brazos abiertos y una gran sonrisa en el rostro. Llevaba la chaqueta desabrochada y su placa de jefe de división del FBI en el cinturón, asegurándose de que todo el mundo pudiera verla.

Era un alarde, por supuesto. Nunca había visto a McPherson exhibirse como lo estaba haciendo. En ese momento, no me acordaba de que había echado pestes contra él y contra Lavick la

última vez que nos vimos. La sorpresa solo me permitió levantarme de la silla que ocupaba y dejarme abrazar.

—¡Vengo a secuestrarte! —exclamó.

Deshice el abrazo, aunque ya era tarde para frenar los comentarios maliciosos que se producirían en breve.

—Me queda una hora para el almuerzo —dije.

—Descuida, yo me encargo.

Antes de que pudiera detenerlo, se dirigió al despacho de mi jefe y entró sin llamar, dejando la puerta abierta. Se presentó, avanzando en su dirección con la mano tendida y no pude escuchar su conversación que, sin embargo, era seguida con interés por los más cercanos al lugar de la entrevista.

No obstante, mi jefe parecía superado e intentaba sonreír, a la vez que me lanzaba rápidos vistazos.

Tras una breve charla, un soliloquio que esta vez mi jefe no protagonizó, McPherson le dio una palmada en la espalda y volvió a mi lado.

—Coge el bolso, que nos vamos. Tienes el día libre.

En el ascensor que nos dejó en el vestíbulo, le pregunté:

—¿Qué hace aquí, McPherson?

—Darte explicaciones. Lo necesito y tú también.

—Si es sobre…

Él hizo un leve movimiento con la cabeza. No quería hablar delante de extraños y el ascensor estaba lleno.

—¿Recuerdas a Majors? —Aguardó mi asentimiento—. Él no mató a Liv. Esperaba su oportunidad cuando Bigelow se le adelantó. Ambos tenían mucho que esconder y ella era persistente, no lo dejaría estar.

—Leí que los dos estaban detenidos.

—Y lo van a pasar muy mal, no lo dudes.

No lo dudaba, esos hombres disponían de muchos contactos, aunque callé cualquier comentario ácido al respecto porque acababan de subir dos personas más en el ascensor, que salieron antes que nosotros.

McPherson me cedió el paso con naturalidad.

—¿Puedo saber a dónde vamos?

Él me indicó el parque cercano, donde muchos empleados de las oficinas próximas aprovechaban el buen tiempo para almorzar al sol. Pidió un par de refrescos en un carrito callejero y caminamos sobre la hierba fresca, húmeda por la llovizna de la noche anterior.

—No sé por dónde empezar… —dijo.

Yo no pensaba darle una pista, él es el que quería hablar.

—Todo empezó con Friedman.

Elevé una ceja con incredulidad. Friedman era el compañero que me asignaron a mi llegada a Nueva York, un hombre demasiado mayor para seguir en el FBI, pero que se las había arreglado para superar la barrera de edad impuesta por la administración. Su trabajo era su vida, que se quitó cuando el cáncer que padecía consiguió doblegar su voluntad.

En pocos días, había llegado a apreciarlo y descubrir su cadáver fue un tremendo golpe para mí. Nunca salió a relucir la palabra suicidio en el informe final, y yo comprendí que se había ido cuando se sintió preparado, antes de que la enfermedad le arrebatase cualquier rastro de dignidad.

—Friedman creía que te había ocurrido algo muy malo en Nueva York para que odiases tanto la ciudad, y un día me trajo un vaso de café con tus huellas dactilares y tu ADN.

Me lo creí, Friedman era un investigador nato. Igual que había aprendido a apreciarlo como compañero, creí que él también me había cogido cariño.

—Me pidió confidencialidad y premura. Yo le di el gusto, creyendo que quizá te habías cambiado el nombre para olvidar algún asunto grave, que podíamos ayudarte a superar.

Le lancé una mirada resentida. No tenían derecho.

—Lo sé. Era meternos en tu vida y debería haberme negado, pero no lo hice. Los resultados llegaron cuando él... En fin, cuando ya no estaba con nosotros, y yo podía haberlo dejado pasar, si no me hubiese fiado del instinto del viejo —dijo.

—Las huellas no son un asunto fiable por completo.

McPherson asintió.

—Lo sé. Hay parámetros que pueden cambiar con el paso de los años y lo tuve en cuenta —comentó—. El ADN, sin embargo, es

otro tema.

—Sí, un tema de violación de la privacidad.

No intenté minimizar mi cabreo. Era auténtico.

—Tienes razón al pensar que me metí donde no me llamaban, pero tu apellido… —Negó con la cabeza—. Había alguien llorándote desde hacía años y no podía callarlo. Yo conocía poco a tu padre, pero sabía que Lavick era amigo suyo y…

—Y por eso me propuso para el trabajo en Europa.

Bajó la mirada.

—No solo fue por eso. Podía haberle hablado de ti a Lavick sin haber mencionado…

—Pero lo mencionó y por eso Lavick me tuvo en Europa arropada en todo momento, sin dejarme actuar.

—Eso tendrá que contártelo él —contestó, señalando al frente, donde Lavick esperaba, paciente, apoyado en una palmera solitaria —. Yo solo quería contarte la parte que me toca, en la que intervine, porque necesitas saberlo y yo disculparme por haberme inmiscuido.

El jefe de unidad nos vio y se acercó a nosotros.

McPherson hizo un mutis discreto, tras apretarme el brazo con suavidad y asentir, para que tuviera paciencia.

—Vic te ha contado cómo me enteré de tu identidad, supongo… —dijo Lavick—. ¿Caminamos?

En realidad, no quería caminar con él, ni escuchar lo que quería decirme, porque me iba a romper el corazón otra vez y tenía suficiente para una buena temporada.

—Antes de que digas nada —le advertí—, tienes que saber que no pienso cambiar nada en mi vida. Mi familia desapareció hace tiempo y yo no voy a …

—No estoy aquí para desmontar la identidad que te has creado. Muy buena, por cierto: hija única de un anticuario muerto años atrás, sin otra familia.

—¿Qué pretendes entonces, Lavick?

—Que sepas lo que ocurrió en realidad, porque no lo sabes. Tu padre no os abandonó. Recurrió a mí para desintoxicarse y lo consiguió, aunque le llevó mucho más de lo que imaginaba. Cuando volvía con vosotras…

Me giré para mirarle con toda la rabia y el dolor que había acumulado desde los once años. Yo era una cría a cargo de otra niña, cinco años menor.

—¿Cuatro años consideras que es un plazo razonable? ¿Sabes qué edad tenía yo cuando se fue? ¿Y mi hermana? Nos dejó en manos de una drogadicta.

—Tuvo un accidente, Cass. Quedó en una silla de ruedas, pero lo peor es que perdió la memoria por el trauma y no volvió a recordar hasta años después.

—Pues mientras yo suponía que estaba muerto porque no volvía, tuve que arreglármelas. Y era una puta cría que creció rodeada de drogadictos y necesidad. Si quieres descubrir mi identidad, ¡adelante! Pero si me vas a joder la vida, piensa qué excusa tienes, porque no veo la necesidad. Frank Keaton perdió a su familia hace más de diez años. Nadie los recuerda.

—Yo los recuerdo…

—Ya, por eso corriste a socorrernos, ¿no?

—Tu madre se trasladó y no pude dar con vuestro rastro —dijo, sin inmutarse por mi sarcasmo.

—O no pusiste demasiado empeño —espeté, más dolida de lo que quería dejar traslucir—. Mira, me dan igual tus excusas, no las he pedido y no las necesito. A todos los efectos, Blue Keaton murió en un incendio. Yo soy Cassandra Martin y sabes dónde encontrarme, si es que quieres algo más que tranquilizar tu conciencia.

Me giré y volví a entrar en las oficinas, sin permitirme derramar ni una lágrima por Blue Keaton. Las había agotado.

FIN

Por supuesto, es un final con punto y seguido. Nos vemos en la próxima, ¡si te apetece!

¿Me ayudas con una reseña?

Si la novela ha sido de tu gusto, te agradecería que escribieras una breve reseña en Amazon. No te llevará más de dos minutos y ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias!

[1] Este es un detalle que ocurren en la primera parte de Desde cero.

[2] En el universo de la Guerra de la Galaxias, un Padawan es un aprendiz.

[3] La National Football League (NFL), Liga Nacional de Fútbol Americano, es la mayor liga de fútbol americano profesional de Estados Unidos.

[4] Fullback (FB) es una posición de ataque de fútbol americano. El trabajo del fullback es atravesar con gran potencia la línea defensiva en carreras de corto yardaje o bloquear los posibles ataques que reciba el quarterback u otro running back que tenga posesión del balón.

[5] El quarterback (QB), es el líder del equipo ofensivo en fútbol americano, responsable de decidir la jugada a realizar. Inician casi todas las jugadas recibiendo el balón y avanzan con él o lo pasan a otro jugador más avanzado.

[6] Protagonistas de la primera parte: Malas inversiones.

[7] El chai no se parece mucho al consumido en Europa, es una variedad de té que se toma tras hervirse en leche y abundante azúcar durante largo tiempo. Resulta en una bebida extremadamente dulce.

[8] Situación normal: todo está jodido

AGRADECIMIENTOS

A mis hijos, **Aisha y Pepe**. A ellos tengo que agradecerles la luz que hay en mi vida y las ganas de continuar, cuando la voluntad flojea.

Agradezco a mis lectores cero habituales su sinceridad, disponibilidad (que pongo a prueba cada vez) y su lealtad. Aún sigo preguntándome por qué me aguantan, después de tantos años.

Marga González Benavides, Andreu Purroy Giribet, Elena de la Cruz, Esther Sierra F., Isabel Maicas, Jerónimo Alcaraz y Ángela Campillo son mis ángeles de la guarda.

El que me pone a prueba constantemente **Sawyer**, el gato de la familia. No es cariñoso ni leal, para qué engañarnos, pero siempre se echa a dormir cerca de donde estoy escribiendo. El resto del tiempo lo dedica al parkour extremo, provocando a las golondrinas de todo el vecindario, y a exigir chuches.

A los que practican la lealtad, una virtud que escasea en estos tiempos.

Tu lealtad, **lector**, es admirable y por eso sigo aquí.

ACERCA DE LA AUTORA

MariaL Pardos es aragonesa de nacimiento y de corazón. Lleva más de media vida fuera de su tierra, pero siempre la echa de menos.

Ávida lectora de cualquier género desde que tiene memoria, un día probó a poner por escrito sus «películas mentales», dando a luz varias novelas de acción con trasfondo romántico, que han cosechado muy buenas críticas entre sus lectores.

Contacto: erethcl@gmail.com

instagram



facebook



NOVELAS DE LA AUTORA

serie Desde cero





serie Instinto de manada



















novelas independientes













PÁGINA DE AUTOR AMAZON

MariaL Pardos



Mi página de autor Amazon